pierre bourdieu

homo academicus



siglo veintiuno editores

pierre bourdieu
homo academicus

Homo academicus es el libro más personal de Pierre Bourdieu, porque en él aplica su capacidad interpretativa a su propio ámbito: el mundo universitario. En este sentido, el análisis que propone tiene una impronta casi autobiográfica, pero sobre todo un marcado compromiso intelectual. Bourdieu demuestra que el campo de la universidad es el lugar de una constante lucha de poderes que se desarrolla siguiendo una lógica específica: el poder académico y el prestigio intelectual o científico son los dos polos de esa lucha, y las disciplinas y las prácticas dominantes y dominadas se distribuyen en torno a ellos.

¿Cómo se manifiesta este juego de fuerzas e intereses? En los conflictos entre facultades o entre disciplinas; en las pujas por lograr horarios de clases, recursos económicos y personales; en la reproducción del cuerpo de profesores universitarios, en la endogamia de ese cuerpo y en sus modos de reclutamiento y selección; en la exclusión de los adversarios. Pensar que la producción intelectual está exenta de determinismos o que surge del ejercicio libre e independiente del pensamiento es una ilusión: esa producción está condicionada por la ubicación y la trayectoria en el espacio académico, y quienes se consagran al saber (los que lo construyen y lo transmiten, pero también los estudiantes) no deberían soslayar esta evidencia.

Homo academicus constituye una provocación, o mejor aún, una intervención política que busca quebrar la aceptación acrítica del mundo académico y abrir nuevos espacios para la libertad y la acción intelectual.

ISBN 978-987-629-028-9



siglo veintiuno
editores

biblioteca clásica
de siglo veintiuno

Traducción: Ariel Dilon
Revisión de la traducción: Pablo Tovillas

pierre bourdieu

homo academicus


siglo veintiuno editores



siglo veintiuno editores argentina s.a.
Tucumán 1621 7° N (C1050AAG), Buenos Aires, Argentina

siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
Cerro del agua 248, Delegación Coyoacán (04310), D.F., México

siglo veintiuno de españa editores, s.a.
c/Menéndez Pidal, 3 BIS (28006) Madrid, España

Bourdieu, Pierre
Homo academicus - 1a ed. - Buenos Aires : Siglo XXI Editores Argentina, 2008. // 320 p. ; 23x16 cm. (Biblioteca Clásica)

Traducido por: Ariel Dilon // ISBN 978-987-629-028-9

1. Sociología. I. Ariel Dilon, trad. II. Título
CDD 301

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d' Aide a la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère des Affaires Etrangères et du Service Culturel de l' Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la Edición Victoria Ocampo, ha sido beneficiada con el apoyo del Ministerio de Asuntos Extranjeros y del Servicio Cultural de la Embajada de Francia en la Argentina.

Título original: *Homo academicus*

Diseño de interior: tholön kunst

ISBN 978-987-629-028-9

Impreso en Grafinor / / Lamadrid 1576, Villa Ballester,
en el mes de mayo de 2008.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Índice

Agradecimientos

Agradezco a todos aquellos que han tenido a bien ayudarme respondiendo mis preguntas, entregándome documentos e informaciones, releyendo una u otra de las versiones preliminares de este texto; aquí encontrarán, eso espero, la huella fiel de sus sugerencias y de sus críticas. Las lecturas previas de las que he podido beneficiarme, en un círculo más numeroso y más amplio que el acostumbrado, han contribuido mucho, al menos a mi modo de ver, al control científico de este trabajo. Mis primeros lectores me han ayudado también a superar la angustia de la publicación en la medida en que las correcciones o las confirmaciones que pudieron aportarme, a partir de puntos de vista muy diferentes, han contribuido a franquearle a mi análisis los límites inherentes al hecho de ocupar una posición en el espacio analizado.

Quiero agradecer muy especialmente a Yvette Delsaut, quien ha participado en todas las etapas del trabajo, desde la recopilación de las fuentes y la investigación de las informaciones hasta la elaboración y el análisis de los datos, y sin la cual este trabajo no habría podido ser lo que es.

1. ¿Un “libro para quemar”?

Y ellos no quieren que se haga la historia de los historiadores. Lo que quieren es agotar completamente la indefinición del detalle histórico. Pero no quieren, ellos, pasar a ser tenidos en cuenta en esa indefinición del detalle histórico. No quieren encontrarse dentro del rango histórico. Es como si los médicos no quisieran estar enfermos y morirse.
CH. PÉGUY, *L'argent, suite*

Al tomar por objeto un mundo social en el que uno se halla *comprendido*, se obliga a tropezar, bajo una forma que podría llamarse *dramatizada*, con una cierta cantidad de problemas epistemológicos fundamentales, ligados todos ellos a la cuestión de la diferencia entre el conocimiento práctico y el conocimiento erudito, y especialmente a la dificultad particular de la *ruptura* con la experiencia nativa, originaria, y de la restitución del conocimiento obtenido al precio de dicha ruptura. Uno sabe qué obstáculo representan para el conocimiento científico tanto el exceso de proximidad como el exceso de distancia, y la dificultad de instaurar esa relación de proximidad rota y restaurada que, al precio de un largo trabajo sobre el objeto pero también sobre el sujeto de la investigación, permite integrar todo aquello que no se puede saber a menos que uno lo sea y todo aquello que no se puede o no se quiere saber porque uno lo es.

Uno sabe menos, tal vez, los problemas que hace surgir, particularmente en materia de *escritura*, el esfuerzo por transmitir el conocimiento científico del objeto, y que puede verse especialmente a propósito de la *ejemplificación*: esa estrategia retórica comúnmente empleada para “hacer comprender”, pero incitando al lector a abrevar en su experiencia, y por ende, a comprometer clandestinamente en su lectura una información incontrolada, tiene como efecto casi inevitable hacer caer en el plano del conocimiento ordinario construcciones científicas que han debido ser conquista-

das contra él.[1] Basta asimismo incluir nombres propios –¿y cómo renunciar completamente a hacerlo tratándose de universos en los que una de las jugadas es "hacerse un nombre"?– para estimular la tendencia del lector a reducir al individuo concreto, sincréticamente aprehendido, ese otro individuo construido que no existe como tal sino en el espacio teórico de las relaciones de identidad y de diferencia entre el conjunto explícitamente definido de sus propiedades y los conjuntos singulares de propiedades, definidas según los mismos principios, que caracterizan a los otros individuos.

Pero por más que se lleve hasta el extremo el esfuerzo por desterrar todas las notaciones amenazadas de funcionar en la lógica ordinaria –la del chisme, la de la maledicencia o la calumnia, o la del libelo y el panfleto– que, si de buena gana se disfrazan en nuestros días de análisis, no sacrifican una sola anécdota, un solo rasgo, una sola palabra, al placer de lastimar o de brillar; por más que se renuncie metódicamente, como aquí, a invocar los asuntos no obstante conocidos por todos, las relaciones declaradas entre los universitarios y el periodismo, sin hablar de las relaciones escondidas, familiares o de las otras, que los historiadores pondrán su honor en juego en descubrir, a pesar de todo no se ha de escapar a la sospecha de ejercer una acción de *denuncia* de la que el propio lector es ciertamente responsable. Es él quien, al leer entre líneas, al llenar más o menos conscientemente los blancos del análisis o, simplemente, "al pensar, como se dice, en su propio caso", transforma el sentido y el valor del protocolo deliberadamente censurado de la encuesta científica. Por no poder escribir todo lo que sabe, y que sus lectores más dispuestos a denunciar sus "denuncias" saben a menudo mejor que él, pero de un modo totalmente diferente, el sociólogo corre el riesgo de aparentar sacrificarse a las estrategias más probadas de la polémica, la insinuación, la alusión, la media palabra, el sobrentendido, y otros tantos procedimientos tan especialmente caros a la retórica universitaria. Y sin embargo esta historia sin nombres propios a la que se reduce no se adecua más a la verdad histórica que el relato anecdótico de los hechos y gestos de los agentes singulares, célebres o desconoci-

1 Tomé plenamente conciencia de este problema cuando muchos de mis primeros lectores me pidieron "dar ejemplos" a propósito de análisis de los que yo había excluido conscientemente todas las informaciones "anecdóticas", incluso las más conocidas por los "medios bien informados", esas mismas que el periodismo o el ensayismo sensacionalista se apresuran a desvelar.

dos, al cual se sacrifica de buena gana la historia, vieja o nueva: los efectos de la necesidad estructural del campo no se cumplen sino a través de la contingencia aparente de las relaciones personales, fundadas en el azar socialmente arreglado de los encuentros y de las frecuentaciones comunes y en la afinidad de los habitus, vivida como simpatía o antipatía. ¿Y cómo no lamentar que sea *socialmente imposible* probar y hacer experimentar lo que yo creo que es la verdadera lógica de la acción histórica y la justa filosofía de la historia, utilizando plenamente las ventajas inherentes a la relación de pertenencia, que permite acumular la información recogida por las técnicas objetivas de la encuesta y la intuición íntima de la familiaridad?

Así, el conocimiento sociológico está siempre expuesto a ser llevado a la visión primera por la lectura "interesada" que se adhiere a la anécdota y a los detalles singulares y que, al no poder ser detenida por un formalismo abstracto, reduce a su sentido ordinario las palabras comunes a la lengua erudita y a la lengua general. Esta lectura casi inevitablemente parcial procura una falsa comprensión, fundada en la ignorancia de todo lo que define como tal al conocimiento propiamente científico, es decir, la estructura misma del sistema explicativo: ella deshace lo que la construcción científica había hecho, mezclando lo que había sido separado, especialmente el individuo construido (persona singular o institución), que no existe sino en la red de las relaciones elaboradas por el trabajo científico, y el individuo empírico, que se entrega directamente a la intuición ordinaria; ella hace desaparecer todo lo que distingue la objetivación científica tanto del conocimiento común como del conocimiento semidocto que, como bien puede verse en la mayoría de los ensayos, más mistificados que desmitificadores, sobre los intelectuales, tiene casi siempre por principio lo que podría llamarse el punto de vista de Tersites, el soldado grosero y envidioso, del *Troilo y Crésida* de Shakespeare, empeñado en criticar a los grandes, o, más cerca de la realidad histórica, el punto de vista de Marat, de quien se olvida que fue también, o en primer lugar, un mal médico:[2] la lucidez parcial que favorece la necesidad de *reducir* inspirada por el resentimiento conduce a una visión ingenuamente finalista de la historia que, al no llegar hasta el principio oculto de las prácticas, se atiene a la denuncia anecdótica de los responsables aparentes y termina por engrandecer a los autores sospechosos de los "complots" denunciados, al hacer de ellos los su-

2 Cf. C. C. Gillispie, *Science and Policy in France at the End of the Old Regime*, Princeton, Princeton University Press, 1980, pp. 290-330.

jetos cínicos de todas las acciones detestadas, y en su grandeza misma, para empezar.[3]

Por otra parte, aquellos que campean en la frontera entre el conocimiento erudito y el conocimiento común, ensayistas, periodistas, universitarios-periodistas y periodistas-universitarios, tienen un interés vital en enturbiar esa frontera y en negar o anular lo que separa el análisis científico de las objetivaciones parciales que imputan a individuos singulares o a un *lobby* –como se ha hecho con el responsable de tal o cual emisión literaria de la televisión o con los miembros de la École de Hautes Études ligados al *Nouvel Observateur*–, efectos que en realidad comprometen a toda la estructura del campo. Les bastará aquí dejarse llevar en la lectura por la simple curiosidad que hace funcionar los ejemplos y los casos particulares, según la lógica del cotilleo mundano o del panfleto literario, para reducir el modo de explicación sistemática y relacional que es propio de la ciencia al procedimiento más ordinario de la reducción polémica, *la explicación ad hoc por argumentos ad hominem.*

> El análisis (que se encontrará en un anexo) del desarrollo [*processus*] (o del proceso [*procès*]) al término del cual resulta atribuida la notoriedad periodística, tiene por efecto primero el denunciar la ingenuidad de todas las denuncias personales que, bajo la apariencia de objetivar el juego, siguen participando plenamente de él en la medida en que intentan poner las apariencias del análisis al servicio de los intereses asociados a una posición en ese juego: el sujeto de la técnica del *ranking* literario no es un agente singular (para el caso, Bernard Pivot), por influyente y hábil que sea, o una institución particular (emisión de televisión, revista), ni siquiera el conjunto de los órganos periodísticos capaces de ejercer un poder sobre el campo de producción cultural, sino el conjunto de las relaciones objetivas constitutivas de ese campo y especialmente las

3 Entre otros, se puede citar al recién llegado a este medio, Hervé Couteau-Begarie, cuyos análisis de la École des Annales traicionan con la más completa ingenuidad la violencia contenida que suscita la exclusión intelectual duplicada por la distancia provincial: "Los nuevos historiadores presentan pues un *proyecto coherente* e ideológicamente *adaptado* al público al 1
que está destinado. [...] Es esta expansión la que explica el éxito de los nuevos historiadores. A continuación, han podido *partir a la conquista* de la edición y de los medios masivos *a fin* de obtener lo que Régis Debray llama 'visibilidad social'" (H. Couteau-Begarie, *Le phénomène nouvelle histoire*, París, Economica, 1983, pp. 247 y 248).

que se establecen entre el campo de producción para los productores y el campo de gran producción. La lógica que desempeña el análisis científico trasciende largamente las intenciones y las voluntades individuales o colectivas (el complot) de los agentes más lúcidos o los más poderosos, aquellos a los que la búsqueda de "responsables" señala. Dicho esto, nada sería más falso que extraer de esos análisis argumentos para disolver las responsabilidades en la red de relaciones objetivas en la que cada agente está comprendido. Contra aquellos que querrían encontrar en el enunciado de leyes sociales convertidas en destino la coartada de una dimisión fatalista o cínica, hay que recordar que la explicación científica, que proporciona los medios de comprender, incluso de reconocer una inocencia, es también lo que puede permitir transformar. Un conocimiento acrecentado de los mecanismos que gobiernan el mundo intelectual no debería (empleo adrede este lenguaje ambiguo) tener como efecto "descargar al individuo del molesto fardo de la responsabilidad moral", como teme Jacques Bouveresse.[4] Por el contrario, debería enseñarle a situar sus responsabilidades allí donde se sitúan realmente sus libertades, y a rehusar obstinadamente las cobardías y los abandonos infinitesimales que le dejan toda su fuerza a la necesidad social, a combatir en sí mismo y en los otros la indiferencia oportunista o el conformismo desengañado que le concede al mundo social aquello que él reclama, todas las naderías de la complacencia resignada y de la complicidad sumisa.

Es sabido que los grupos no quieren para nada a aquellos que "se van de lengua", sobre todo, quizá, cuando la transgresión o la traición pueden proclamarse entre sus valores más altos. Los mismos que no dejarían de saludar como "valiente" o "lúcido" el trabajo de objetivación si se aplicara a grupos ajenos o adversos, sospecharán de los determinantes de la lucidez especial reivindicada por el analista de su propio grupo. El aprendiz de hechicero que se arriesga a interesarse en la hechicería nativa y en sus fetiches, en lugar de ir a buscar bajo lejanos trópicos los tranquilizadores sortilegios de una magia exótica, debe estar preparado para ver cómo se vuelve contra él la violencia que ha desencadenado. Karl Kraus estaba en el mejor lugar para enun-

4 J. Bouveresse, *Le philosophe chez les autophages*, París, Éd. de Minuit, 1984, pp. 93 y siguientes.

ciar la ley según la cual la objetivación tiene tantas más oportunidades de ser aprobada y celebrada como "valiente" en los "círculos familiares" cuanto más alejados en el espacio social estén los objetos a los que se aplica; y decía bien, en el editorial del primer número de su revista, *Die Fackel*, que aquel que rehúsa los placeres y los beneficios fáciles de la crítica lejana, para aplicarse al entorno inmediato que todo le aconseja tener como sagrado, debe atenerse a los tormentos de la "persecución subjetiva". También nos veríamos tentados de retomar el título, *Libro para quemar*, que Li Zhi, mandarín que quebrantó el destierro, daba a ciertas obras autodestructivas en las que él presentaba las reglas del juego del mandarinato. No para lanzarles un desafío a aquellos que, no obstante tan dispuestos a insurreccionarse contra todos los autos de fe, consagrarán a la hoguera toda obra percibida como un atentado contra sus propias creencias,[5] sino para expresar simplemente la contradicción que se inscribe en la divulgación de los secretos de la tribu y que es tan dolorosa sólo porque la publicación (incluso parcial) de lo más privado tiene también algo de confesión pública.[6]

La sociología induce demasiado poco a la ilusión para que el sociólogo pueda pensarse aunque sea un solo instante en el papel del héroe liberador. No obstante, al movilizar toda la experiencia científica disponible para intentar objetivar el mundo social, lejos de ejercer una violencia reduccionista o un imperio totalitario –como se lo pretende a veces, particularmente cuando su trabajo se aplica a aquellos que pretenden objetivar sin ser objetivados–, ofrece la posibilidad de una libertad; y puede al menos esperar que su tratado de las pasiones académicas sea para otros lo que ha sido para él mismo: el instrumento de un socioanálisis.

5 Por una suerte de simbólico auto de fe, sin duda no concertado, todos los diarios vieneses cubrieron a *Die Fackel* con el más absoluto silencio, durante toda la duración de la vida de Karl Kraus.

6 Se sabe que la *Interpretación de los sueños*, que Freud tenía por su obra científica más importante, encierra, bajo la lógica manifiesta del tratado científico, un discurso profundo en el cual, a través de una sucesión de sueños personales, Freud entrega un análisis de sus relaciones, inextricablemente entremezcladas, con su padre, con la política y con la Universidad. Cf. especialmente Carl E. Schorske, *Fin de siècle Vienna, Politics and Culture*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1980, pp. 181-207 (*Vienne fin de siècle, Politique et culture*, trad. de Y. Thoraval, París, Seuil, 1983, pp. 177-196 [*Fin de siglo*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1981]).

EL TRABAJO DE CONSTRUCCIÓN Y SUS EFECTOS

Colocado ante el desafío que representa el estudio de un mundo al que uno está ligado por toda clase de investiduras específicas, inseparablemente intelectuales y "temporales", al principio no puede pensarse más que en la fuga: la preocupación por escapar a la sospecha de la posición tomada conduce a un esfuerzo por desaparecer como sujeto "interesado", "prevenido", sospechado de antemano de poner las armas de la ciencia al servicio de los intereses particulares, por abolirse incluso como sujeto cognoscente al recurrir a los procedimientos más impersonales, más automáticos, y por ende, al menos en esta lógica que es la de la "ciencia normal", los más indiscutibles. (Aquí puede verse la actitud de *dimisión* que sostiene con tanta frecuencia la elección del hiperempirismo; y también la ambición propiamente política –en sentido específico– oculta por este neutralismo cientificista, la de cortar, por medio del trabajo científico y en nombre de la ciencia, debates confusos, la de posar de árbitro o juez, la de anularse como sujeto comprometido en el campo, pero para resurgir "más allá de la refriega", con la irreprochable apariencia del sujeto objetivo, trascendente.)

Uno no escapa al trabajo de construcción del objeto y a la responsabilidad que él implica. No hay objeto que no conlleve un punto de vista, por más que se trate del objeto producido con la intención de abolir el punto de vista, es decir, la parcialidad; de sobrepasar la perspectiva parcial que está asociada a una posición en el espacio estudiado. Pero las operaciones mismas de la investigación, al obligar a explicitar y a *formalizar* los criterios implícitos de la experiencia ordinaria, tienen por efecto hacer *posible* el control lógico de sus propios presupuestos. No hace falta decir, en efecto, que el conjunto de las elecciones sucesivas, desplegadas por otra parte a lo largo de muchos años –que, en el caso de la encuesta sobre el poder en las facultades de letras y de ciencias humanas de 1967, han conducido por ejemplo a determinar la lista de los individuos estudiados estableciendo el universo de las propiedades pertinentes cuando se trata de caracterizarlos, es decir, la población de los universitarios más "poderosos" o los más "importantes"–, no se ha realizado con una transparencia epistemológica perfecta ni con una lucidez teórica completa.[7]

7 Más adelante, en el capítulo 3, se encontrará una descripción detallada de los principios de construcción de esta población. Las características de la muestra representativa que ha servido de base al análisis del conjunto de las facultades (exceptuada la de farmacia) están descritas en el capítulo 2. Las fuentes utilizadas en estas dos encuestas están descritas en el Anexo 1.

Es preciso no haber hecho investigación empírica alguna para creer o pretender lo contrario, y no es seguro que esta suerte de oscuridad en sí misma de las operaciones sucesivas, en la que entra lo que se llama "intuición", es decir, una forma más o menos controlada del conocimiento precientífico del objeto directamente involucrado y también del conocimiento docto de objetos análogos, no sea el verdadero principio de la irreemplazable fecundidad de la investigación empírica: hacer sin saber del todo lo que uno hace es darse una oportunidad para descubrir en aquello que se hace algo que uno no sabía.

> La construcción docta se obtiene por la acumulación lenta y difícil de indicadores diferentes, que el conocimiento práctico de las diferentes posiciones de poder (por ejemplo, el comité consultor o el jurado de agregación*) y de la gente a la que se considera "poderosa", incluso de las propiedades comúnmente designadas o denunciadas como índices de poder, sugiere tomar en cuenta. La "fisonomía", global y groseramente aprehendida, de los "poderosos" y del poder, cede así poco a poco el lugar a una serie analítica de rasgos distintivos de los detentores de poderes y de las diferentes formas de poder cuya significación, pero también el peso, se precisan, a lo largo de la investigación, a través de relaciones estadísticas que los unen unos a otros. Lejos de ser, como han podido hacerlo creer algunas representaciones "iniciáticas" del "corte epistemológico", una suerte de acto inaugural y terminal a la vez, la ruptura con la intuición primera es la conclusión de un largo proceso dialéctico en el que la intuición, al realizarse en una operación empírica, se analiza y se controla, engendrando nuevas hipótesis, ya más informadas, que encontrarán su superación gracias a las dificultades, a los defectos, y a las expectativas que habrán hecho surgir.[8] La lógica de la investigación es un engranaje de dificultades mayores o menores que condenan a interrogarse, en cada momento, sobre

* En el sistema educativo francés, el término "agregación" designa el concurso de reclutamiento de profesores para la enseñanza secundaria. [N. del T.]

8 Nunca se deplorará bastante el no haber mantenido un *diario de investigación* que, mejor que todos los discursos, habría hecho ver el papel del trabajo empírico en el cumplimiento progresivo de la ruptura con la experiencia primera. Pero la lectura de la recensión de los recursos utilizados (véase el Anexo 1) debería dar al menos una idea del trabajo de recolección controlada que es el principio fundamental de la diferencia entre la experiencia común y el conocimiento docto.

lo que se hace, y permiten saber cada vez mejor lo que se busca al proporcionar principios de respuesta que conllevan nuevas preguntas, más fundamentales y más explícitas.

Pero sería extremadamente peligroso darse por satisfecho con esta "docta ignorancia". Y no estoy lejos de pensar que la principal virtud del trabajo científico de objetivación consiste –a condición, desde luego, de que uno sepa analizar su producto– en que permite objetivar la objetivación. En efecto, para el investigador interesado en saber lo que hace, el código, el instrumento de análisis, se convierte en objeto de análisis: el producto objetivado del trabajo de codificación deviene, bajo la mirada reflexiva, la huella inmediatamente legible de la operación de construcción del objeto, la grilla que se ha puesto en funciones para construir lo dado, el sistema más o menos coherente de las categorías de percepción que han producido el objeto de análisis científico, en este caso particular, el universo de los "universitarios importantes" y de sus propiedades. El conjunto de las propiedades consideradas reúne, por una parte, el universo de los criterios (o de las propiedades) que, fuera del *nombre propio* –la más preciosa de todas las propiedades cuando se trata de un nombre célebre–, son efectivamente utilizables y utilizados en la práctica cotidiana para *identificar*, y hasta clasificar, a los universitarios (lo que resulta testimoniado por el hecho de que se trata en lo esencial de informaciones publicadas, particularmente en las noticias oficiales de presentación de cada persona) y, por otra parte, una serie de características que la experiencia práctica lleva a considerar como pertinentes y a constituir por eso mismo como propiedades clasificatorias.

Por lo demás, el retorno reflexivo sobre la operación misma de codificación descubre todo lo que separa de los esquemas prácticos e implícitos de la percepción ordinaria al código construido, que en la mayoría de los casos no hace otra cosa que retomar codificaciones socialmente confirmadas, como los títulos académicos o las categorías socioprofesionales del INSEE [Institut National de la Statistique et des Études Économiques], y, al mismo tiempo, todo lo que implica, para una comprensión adecuada del trabajo científico y de su objeto, la conciencia de esta diferencia. En efecto, si es verdad que todo código, tanto en el sentido de la teoría de la información como en el sentido del derecho, supone un consenso sobre el conjunto finito de las propiedades establecidas como pertinentes (las fórmulas jurídicas, dice Weber, "toman en cuenta exclusivamente las características generales unívocas del caso considerado") y sobre un conjunto de relaciones formales entre dichas propiedades, no carece de consecuencias ignorar la distinción entre los casos en los que la codificación científica retoma una codificación ya existente en

la realidad social y los casos en los que produce a partir de todas las piezas un criterio inédito, dando así por resuelta la cuestión de la pertinencia de ese criterio, que puede ser una configuración de conflicto; ni, de manera más general, escamotear la cuestión de las condiciones sociales y de los efectos sociales de la codificación. Una de las propiedades más importantes de toda propiedad, abolida por la mezcla de criterios construidos por el investigador y de criterios socialmente reconocidos, es efectivamente su grado de codificación, así como una de las propiedades más significativas de un campo es el grado en el que las relaciones sociales se objetivan en él en códigos públicos.

Está claro, en efecto, que las diferentes propiedades establecidas para construir la identidad de los diferentes universitarios están muy desigualmente utilizadas en la experiencia ordinaria para percibir y apreciar la individualidad preconstruida de esos mismos agentes, y sobre todo muy desigualmente objetivadas, y por ende muy desigualmente presentes en las fuentes escritas. La frontera entre las propiedades institucionalizadas, y por ende reconocibles en documentos oficiales, y las propiedades poco o nada objetivadas, es relativamente vaga, y está destinada a cambiar según las situaciones y según las épocas (al poder volverse un cierto criterio científico, la categoría socioprofesional por ejemplo, un criterio práctico en ciertas coyunturas políticas). Se va así, por grados de objetivación y de oficialidad decrecientes, desde el conjunto de los títulos puestos al frente en la autopresentación (por ejemplo, en los papeles con membrete oficial, los documentos de identidad, las tarjetas de visita, etc.), como la pertenencia universitaria ("profesor de la Sorbona"), las posiciones de poder ("decano") o de autoridad ("miembro del Instituto"), los títulos universitarios ("ex alumno de la École Normale Supérieure"), términos de referencia *oficiales*, conocidos y reconocidos por todos, que a veces se corresponden con los modos de dirigirse a alguien ("Señor Profesor", "Señor Decano", etc.), hasta las propiedades que, aunque institucionalizadas, son poco utilizadas en las clasificaciones oficiales de la existencia cotidiana, como la dirección de un laboratorio, la pertenencia al Consejo Superior de la Universidad o a los jurados de los grandes concursos, y por último a todos los índices, a menudo inaprensibles para el lego, que definen lo que se llama el "prestigio", es decir, la posición en las jerarquías propiamente intelectuales o científicas. En este caso, el investigador se ve enfrentado cons-

> tantemente a una alternativa: ya sea introducir clasificaciones más o menos artificiales o incluso arbitrarias (o, por lo menos, siempre susceptibles de ser denunciadas como tales), o bien poner entre paréntesis unas jerarquías que, incluso si no existen en el estado objetivado, público, oficial, se encuentran incesantemente en cuestión y en juego en la objetividad misma. De hecho, como se verá, lo mismo es válido para todos los criterios, incluso los más "indiscutibles", como los indicadores puramente "demográficos", que permiten a sus usuarios titulares pensar su "ciencia" como una ciencia de la naturaleza.[9] Pero lo que ha de tenerse en cuenta al momento de la elección de los índices de "prestigio intelectual" o "científico" –los de las propiedades pertinentes que están menos objetivadas– es que la cuestión de los criterios, es decir de los principios de pertenencia legítima y de jerarquización, y, más precisamente, la cuestión de los poderes y de los principios de definición y de jerarquización de los poderes que el investigador se plantea a propósito de su objeto, se encuentran planteadas *en el objeto* mismo.

Así, el trabajo de construcción del objeto delimita un conjunto finito de *propiedades pertinentes*, instituidas por *hipótesis* en *variables eficaces*, cuyas variaciones están asociadas a las variaciones del fenómeno observado, y define al mismo tiempo la población de los *individuos construidos*, caracterizados ellos mismos por la posesión de esas propiedades en grados diferentes. Estas operaciones lingüísticas producen un conjunto de efectos que es preciso explicitar so pena de registrarlos, sin saberlo, a la manera de la constatación (lo cual constituye el error cardinal del positivismo objetivista). En primer lugar, la objetivación de lo no objetivado (por ejemplo, el prestigio científico) equivale, como venimos diciendo, a un efecto de oficialización de naturaleza

9 Habría que someter a una crítica profunda el efecto de naturalización, particularmente el que actúa en demografía, que confiere a ciertos parámetros (edad, sexo o incluso estatuto matrimonial), y a los trabajos que los manipulan sin otra forma de proceso, la apariencia de la "objetividad" absoluta. De manera más general, y sin esperar desanimar, no obstante, la repetición compulsiva de los trabajos que apuntan a reducir la historia a la naturaleza biológica, geográfica u otra, sería bueno describir la forma que adopta este efecto de deshistorización en cada una de las ciencias sociales, desde la etnología cuando ella se sacrifica a las analogías verbales con las ciencias de la naturaleza, hasta la historia misma cuando investiga en la "historia inmóvil" del suelo y del clima la sustancia cuyos movimientos históricos no serían sino los accidentes.

cuasi jurídica: así, el establecimiento de clases de notoriedad internacional fundadas en el número de citas o la elaboración de un índice de participación en el periodismo son operaciones completamente análogas a las que realizan, en el seno mismo del campo, los productores de palmarés*.[10] Este efecto no puede pasar desapercibido en el caso límite de las propiedades que se excluyen oficial o tácitamente de todas las taxonomías oficiales e institucionalizadas o incluso oficiosas o informales, como la pertenencia religiosa o las disposiciones sexuales (heterosexualidad/homosexualidad), aunque puedan intervenir en los juicios prácticos y ser asociadas a variaciones visibles en la realidad observada (sin duda, es esta clase de información en la que se piensa cuando se denuncia el carácter "policial" de la encuesta sociológica).

Para visualizar los efectos de la codificación docta, y especialmente la homogeneización del estatuto acordado a propiedades consagradas de manera muy desigual en la realidad, basta considerar el modo y el grado de existencia en tanto *grupos* de las poblaciones que corresponden a los diferentes criterios, que van desde las clases etarias o, a despecho de una conciencia y de un movimiento feministas, las clases sexuales, hasta conjuntos tales como los normalistas** o los catedráticos por agregación, que son característicos de dos modos diferentes de existencia colectiva: el título de normalista es el sostén de solidaridades prácticas que se mantienen con mínimo apoyo institucional (asociación de ex alumnos, boletín de enlace, cena de promoción); el título de catedrático, al que no corresponde una verdadera solidaridad práctica ligada a experiencias comunes, sirve de apoyo a una organización, la Société des Agrégés, orientada a la defensa del valor del título y de todo aquello de lo que es solidaria, y proporciona representantes dotados de poderes que les permiten hablar y actuar por el grupo en su conjunto, expresar y defender sus intereses (en las negociaciones con el poder político, por ejemplo).

Los efectos de institucionalización y de homogeneización que se ejercen a través de la simple codificación, y de la elemental forma de reconocimiento que ella acuerda de manera indistinta a criterios desigualmente reconocidos,

* *Ranking*, historial, relación de méritos que suele aparecer en diarios o semanarios como balance de un período. [N. del T.]

10 No se puede dejar de lado el hecho de que el análisis científico mismo ejerza un efecto de teoría capaz de transformar la habitual visión del campo.

** A falta de un término más ajustado, se ha optado por traducir como "normalista" la palabra francesa *normalien*, que designa a los estudiantes y egresados de las *grandes écoles* (como la École Normale Supérieure). El título correspondiente es similar al universitario pero de mayor prestigio en el sistema francés de educación superior. [N. del T.]

son de pleno derecho y, aunque operan sin que el investigador lo sepa, lo conducen a escindir "en nombre de la ciencia" aquello que no está escindido en la realidad. En efecto, los grados de reconocimiento práctico varían considerablemente según los agentes (y también según las situaciones y los períodos) y algunas de las propiedades que unos podrán poner en primer plano y reivindicar públicamente, como el hecho de escribir en *Le Nouvel Observateur* (el caso no es imaginario), serán percibidas por otros, situados en posiciones diferentes dentro del universo, como estigmas que implican la exclusión fuera del universo. Los casos de inversión perfecta, como aquel en que el título de nobleza de uno puede devenir en marca de infamia para otro, el emblema en insulto y a la inversa, están allí para recordar que el campo universitario es, como todo campo, el lugar de una lucha por determinar las condiciones y los criterios de la pertenencia y de la jerarquía legítimas, es decir, las propiedades pertinentes, eficientes, apropiadas para producir, funcionando como capital, los beneficios específicos que el campo provee. Los diferentes conjuntos de individuos (más o menos constituidos como grupos) que se definen por estos criterios diferentes tienen partido tomado por ellos y, al reivindicarlos, al esforzarse por hacer que se los reconozca, al afirmar su pretensión de constituirlos como propiedades legítimas, como capital específico, trabajan por modificar las leyes de formación de los valores característicos del mercado universitario y por acrecentar de esa manera sus posibilidades de beneficio.

De modo que es en la misma objetividad donde existe una pluralidad de principios de jerarquización en competencia y los valores que ellos determinan son inconmensurables, incluso incompatibles, ya que pueden estar asociados a intereses antagónicos. No es posible sumar, como lo harían sin duda los amantes de los índices, la participación en el comité consultor de las universidades o en el jurado de agregación y el hecho de publicar en Gallimard o de escribir en *Le Nouvel Observateur*, y la construcción falsamente docta de índices acumulados no haría otra cosa que reproducir la amalgama polémica que opera el uso semidocto de la palabra "mandarín". Numerosos criterios que la construcción científica emplea como instrumentos de conocimiento y de análisis, aunque se trate de los más neutros y de los más "naturales" en apariencia, como la edad, funcionan también en la realidad de las prácticas como principios de división y de jerarquización (piénsese en el uso clasificatorio, y a menudo polémico, de las oposiciones viejo/joven, paleo/neo, antiguo/nuevo, etc.) y, como tales, son asimismo lo que está en juego en las luchas. Es decir que uno no tiene posibilidad alguna de evitar tomar como la verdad del campo tal o cual de las representaciones, más o menos racionalizadas, que se engendran en la lucha de las clasificaciones, y en particular las

representaciones semidoctas que de ellos mismos ofrecen los universos doctos, a menos que se tome además por objeto la operación de clasificación que el investigador realiza y la relación que ella mantiene con las imputaciones clasificatorias a las que se entregan los agentes (y el propio investigador desde el momento en que deja de situarse en el terreno de la investigación).

En efecto, es falso practicar de manera clara un corte entre las dos lógicas que tanto en este dominio como en otros la sociología tiende tan a menudo a proponer bajo el nombre de "tipologías" de las taxonomías semidoctas que mezclan las etiquetas nativas, con frecuencia más cercanas al estigma o al insulto que al concepto, y las nociones "científicas", construidas sobre la base de un análisis más o menos informado. Organizadas alrededor de algunos personajes típicos, esas "tipologías" no son ni realmente concretas, por más que sin duda se las haya obtenido, al igual que los "caracteres" de los moralistas, a partir de figuras familiares de la experiencia nativa o de categoremas más o menos polémicos, ni realmente construidas, aunque recurran a términos en uso en la jerga del *social scientist* norteamericano, como *local* o *parochial* y *cosmopolitan.* Siendo el producto de una intención realista, la de describir a individuos o grupos "típicos", ellas combinan, en desorden, diferentes principios de oposición, mezclando criterios tan heteróclitos como la edad, la relación con el poder político o con la ciencia, etc. Son, por ejemplo, *the locals* (entre ellos, *the dedicated,* "fuertemente consagrados a la institución", *the true bureaucrat, the homeguard* y *the elders*) y *the cosmopolitans* (entre ellos, *the outsiders* y *the empire builders*), que Alvin W. Gouldner distingue en función de sus actitudes con respecto a la institución (*faculty orientations*), a su inversión en las competencias profesionales y a su orientación hacia el interior o el exterior;[11] o bien, según Burton Clark, que ve en ellos a los representantes de diferentes "culturas", *the teacher,* abocado a sus estudiantes, *the scholar-researcher,* "químico o biólogo totalmente dedicado a su laboratorio", *the demonstrator,* suerte de instructor empeñado en transmitir competencias técnicas, y finalmente *the consultant,* "que pasa tanto tiempo a bordo de aviones como en el campus";[12] o, para terminar –aunque se podría continuar de este modo

11 A. W. Gouldner, "Cosmopolitan and Locals: toward an Analysis of Latent Social Rules", *Administrative Science Quarterly,* 2, diciembre de 1957, pp. 281-307.

12 B. Clark, "Faculty Organization and Authonomy", en T. F. Lunsford (editor), *The Study of Academic Administration,* Boulder, Colorado, Western Interstate Commission for Higher Education, 1963, pp. 37-51, y "Faculty Culture", en *The Study of Campus Culture,* Boulder, Colorado, Western Interstate Commission for Higher Education, 1963.

por un largo tiempo–, los seis tipos que distingue John W. Gustad, *the scholar,* que se considera "no como un empleado sino como un ciudadano libre de la comunidad académica", *the curriculum adviser, the individual entrepreneur, the consultant,* "siempre fuera del campus", *the administrator* y *the cosmopolitan,* "orientado hacia el exterior".[13]

Se trata tan sólo de hacer notar todos los casos en los que los conceptos-injurias y los estereotipos semidoctos –como el de *jet sociologist*– se ven transformados en "tipos" semicientíficos –*consultant, outsider*– y todos los índices sutiles en los que se traiciona la posición del analista en el espacio analizado. De hecho, estas tipologías no tienen credibilidad alguna excepto en la medida en que, siendo el producto de esquemas clasificatorios en uso en el universo considerado, proceden por *particiones reales,* análogas a las que opera la intuición ordinaria, de un universo de relaciones objetivas reducido así a una *población* de profesores universitarios, e impiden pensar el campo universitario como tal, y en las relaciones que lo unen, en los diferentes momentos de su historia y en las diferentes sociedades nacionales, por un lado al campo del poder y por el otro al campo intelectual y científico. Si estos productos, desgraciadamente muy comunes y perfectamente representativos de lo que a menudo se presenta como sociología, ameritan que uno se detenga en ellos, es porque, por obra de la retraducción a lenguaje con aires doctos que ellos operan, pueden hacer creer, y no solamente a sus autores, que brindan acceso a un nivel superior de conocimiento y de realidad, cuando en definitiva dicen menos que la descripción directa de un buen informador. Las clasificaciones que engendra una aplicación enmascarada de los principios de visión y de división utilizados normalmente para las necesidades de la práctica "efectivamente se parecen, como dice Wittgenstein, a lo que se obtendría si se quisiera clasificar las nubes de acuerdo con su forma".[14] Pero las apariencias a menudo son por la apariencia y esas descripciones sin objeto que tienen para sí la lógica de la experiencia y el aspecto exterior de la cientificidad están mejor preparadas para satisfacer las expectativas comunes que las construcciones de la ciencia, que se hallan al mismo tiempo directamente enfrentadas con la particularidad del caso singular tomado en su complejidad y mucho más aleja-

13 J. W. Gustad, "Community Consensus and Conflict", *The Educational Record,* 47, otoño de 1966.

14 L. Wittgenstein, *Philosophische Bemerkungen,* Oxford, B. Blackwell, 1964, p. 181 [*Observaciones filosóficas,* México, UNAM, 1997], citado por J. Bouveresse, *Le mythe de l'intériorité,* París, Éd. de Minuit, 1976, p. 186.

das de la representación primera que el lenguaje ordinario o su retraducción semidocta dan de lo real.

Así, la ciencia social sólo puede romper con los criterios y las clasificaciones comunes, y alejarse de las luchas de las que ellos son el instrumento y el elemento en juego, a condición de tomarlos como objeto en lugar de dejarlos introducirse subrepticiamente en el discurso científico. El universo del que ella debe dar cuenta es el objeto, y al menos por una parte el producto, de representaciones en competición, a veces antagónicas, que aspiran todas a la verdad y, por eso mismo, a la existencia. Toda toma de posición sobre el mundo social se ordena y se organiza a partir de una posición determinada en ese mundo, es decir, desde el punto de vista de la conservación y el aumento del poder asociado a esa posición. Es así como, en un universo que depende en su realidad misma, como lo hace el campo universitario, de la representación que de él se hacen los agentes, éstos pueden sacar partido de la pluralidad de los principios de jerarquización y del débil grado de objetivación del capital simbólico para intentar imponer su visión y modificar, en la medida de su poder simbólico, su posición en el espacio al modificar la representación que los otros (y ellos mismos) pueden tener de esa posición. Nada más revelador, en este sentido, que los prólogos, exordios, preámbulos o prefacios, que a menudo esconden, bajo la apariencia de la condición previa metodológica, metodológicamente indispensable, tentativas más o menos hábiles para transformar en virtudes científicas las necesidades y sobre todo los límites inscritos en una posición y una trayectoria, al mismo tiempo que para despojar de su encanto a las virtudes inaccesibles. Se verá así al erudito, al que se llama de buena gana "estrecho", y que no puede no saberlo (sin duda le ha sido anunciado mil veces, y de mil maneras, en el lenguaje cruelmente eufemístico de los juicios académicos, y en primer lugar, tal vez, a través de los veredictos magistrales que sólo le concedían "seriedad"), trabajar para desacreditar las audacias de los ensayistas "brillantes" y de los teóricos "ambiciosos". Estos últimos, por su parte, recurrirán a la retórica de la antífrasis para alabar la erudición que suministra "preciosos materiales" a su reflexión y será necesario que se sientan realmente amenazados en la posición hegemónica que se atribuyen para que enuncien abiertamente su desprecio soberano por las prudencias mezquinas y estériles de los pedantes "positivistas".[15]

15 Habrá que atenerse a estos casos un poco irreales, ya que están demasiado "depurados", al no poder entregar los estudios de casos, condenados a aparecer como ejecuciones polémicas, y que son los únicos que permitirían

En una palabra, como se puede ver muy bien en las polémicas, que son los momentos fuertes de una competencia simbólica constante, el conocimiento práctico del mundo social, y muy especialmente de los adversarios, obedece a una posición tomada por la *reducción*: recurre a etiquetas clasificatorias que designan o registran grupos y grupos de propiedades sincréticamente aprehendidos y que no encierran el conocimiento de sus propios principios. Y hay que ignorarlo todo acerca de esta lógica para esperar que una técnica como la de los "jueces", que consiste en interrogar a un grupo de agentes, tratados como expertos, sobre los problemas en discusión –por ejemplo, los criterios pertinentes para definir el poder universitario o la jerarquía de los prestigios–, permita escapar a la cuestión de las instancias fundadas para legitimar las instancias de legitimidad. En efecto, basta poner a prueba esta técnica para ver que *reproduce* la lógica misma del juego que se supone que ella ha de arbitrar: los diferentes "jueces" –y el mismo "juez" en distintos momentos– ponen en funcionamiento criterios diferentes, incluso incompatibles, reproduciendo así, pero sólo de manera imperfecta –puesto que se hallan *en situación artificial*–, la lógica de los juicios clasificatorios que los agentes producen en la existencia común. Pero, sobre todo, un mínimo de atención a las relaciones entre los categoremas recogidos y las propiedades de aquellos que los formulan permite ver que se prejuzga la naturaleza de los juicios obtenidos al prejuzgar sobre los criterios de selección de los "jueces", esto es, sobre su posición en el espacio, todavía desconocido en ese estado de la investigación, que yace en el principio de sus juicios.

¿Es decir que el sociólogo no tiene otra opción que la de usar la fuerza técnica pero también simbólica de la ciencia para instaurarse como juez de los jueces, e imponer un juicio que nunca puede librarse por completo de los presupuestos y de los prejuicios asociados a la posición que ocupa en el campo que él pretende objetivar, o la de abdicar de los poderes del absolutismo objetivista para contentarse con un registro perspectivista de los puntos de vista presentes (incluido el suyo)? En realidad, la libertad con respecto a los determinismos sociales que pesan sobre él es proporcional a la potencia de sus instrumentos teóricos y técnicos de objetivación y sobre todo, tal vez, a su capacidad de volverlos, de alguna manera, contra sí mismo, de objetivar su propia posición a

desmontar las estrategias más típicas de esta retórica de la autolegitimación y mostrar que las características genéricas y específicas de la posición ocupada en el campo universitario y en tal o cual subcampo especializado se expresan en ellas, con mucha frecuencia de manera altamente eufemizada, aunque perfectamente transparente para las personas advertidas.

través de la objetivación del espacio en el interior del cual se definen la posición que ocupa y su visión primera de su posición y de las posiciones opuestas; a su capacidad de objetivar al mismo tiempo la intención misma de objetivar, de adoptar sobre el mundo, y en especial sobre el mundo del que él mismo forma parte, un punto de vista soberano, absoluto, y de trabajar para excluir de la objetivación científica todo lo que ella pueda deberle a la ambición de dominar sirviéndose de las armas de la ciencia; a su capacidad, por último, para orientar el esfuerzo de objetivación hacia las disposiciones y los intereses que el investigador mismo debe a su trayectoria y a su posición y también hacia su práctica científica, hacia los presupuestos que ella compromete en sus conceptos y sus problemáticas, y en todas las aspiraciones éticas o políticas asociadas a los intereses sociales inherentes a una posición en el campo científico.[16]

Cuando la investigación tiene por objeto el universo mismo donde ella se lleva a cabo, los logros que procura pueden ser reinvertidos inmediatamente en el trabajo científico a título de instrumentos del conocimiento reflexivo de las condiciones y de los límites sociales de ese trabajo que es una de las armas principales de la vigilancia epistemológica. Tal vez sólo se pueda, efectivamente, hacer avanzar el conocimiento del campo científico a condición de servirse de la ciencia que se pueda tener para descubrir y superar los obstáculos que le implica a la ciencia el hecho de ocupar en ese campo una posición, y una posición determinada, y no, como ocurre en general, para reducir las *razones* de los adversarios a *causas*, intereses sociales. Todo permite pensar que, desde el punto de vista de la calidad científica de su trabajo, el investigador tiene menos interés en ver los intereses de los otros que en ver sus propios intereses, a saber, aquello que tiene interés en ver y en no ver. Y se puede arriesgar así, sin la menor sospecha de moralismo, que en este caso no podría obtenerse beneficio científico alguno a menos que se esté especialmente alerta contra la tentación de servirse de la ciencia o del efecto de la ciencia para intentar triunfar socialmente en el campo científico. O, si se prefiere, que sin duda no existe la menor posibilidad de contribuir a la ciencia del poder sino a condición de renunciar a hacer de la ciencia un instrumento de poder, y en primer lugar, dentro del universo de la ciencia.

16 El relativismo historicista o sociologista que invoca la inserción del investigador en el mundo social para cuestionar su capacidad de acceder a una verdad transhistórica, ignora casi siempre la inserción en el campo científico y los intereses correlativos, lo que impide toda posibilidad de control sobre aquello que es la mediación específica a través de la cual se ejercen todos los determinismos.

Genealogía nietzscheana, crítica marxista de las ideologías, sociología del conocimiento, todos los procedimientos perfectamente legítimos que aspiran a traer las producciones culturales hacia intereses sociales se han descarriado con gran frecuencia por el efecto del doble juego ligado a la tentación de hacer servir en la lucha a la ciencia de las luchas. Esta especie de uso ilegal de la ciencia social (o de la autoridad que ella puede otorgar) encuentra una realización ejemplar, puesto que ejemplarmente ingenua, en un artículo donde Raymond Boudon toma como un análisis científico del campo intelectual francés una denuncia del éxito "extracientífico" que oculta (bastante mal) un alegato *pro domo* que consiste en hacer de la oscuridad una virtud.[17] Una descripción que no encierra ningún retorno crítico sobre la posición a partir de la cual se expresa no puede tener otro principio que los intereses asociados a la relación no analizada que el analista mantiene con su objeto. Nada hay de sorprendente, pues, en que la tesis fundamental del artículo no sea otra cosa que una estrategia social que aspira a desacreditar la jerarquía nacional de las celebridades al reprocharle ser puramente francesa, es decir, ligada a "singularidades" y particularismos, automáticamente identificados con arcaísmos –con el tema del espíritu literario–, y a oponer a esa jerarquía (tácitamente) señalada como diferente de la jerarquía internacional, la única científica, y, por eso mismo, como extracientífica, una jerarquía supuestamente científica puesto que internacional, es decir, norteamericana.[18] Hecho notable: esta toma de posición cientificista no recibe el más mínimo esbozo de verificación empírica. Lo cual obligaría, por ejemplo, a

17 Cf. R. Boudon, "L'intellectuel et ses publics: les singularités françaises", en J.-D. Reynaud e Y. Grafmeyer (editores), *Français qui êtes-vous?*, París, La Documentation française, 1981, pp. 465-480.

18 El hecho de que lo esencial del razonamiento que sostiene este discurso –la jerarquía francesa es diferente de la jerarquía internacional, la jerarquía internacional es la única científica, por lo tanto la jerarquía francesa es extracientífica– permanezca en estado implícito incluso en un texto con pretensiones científicas, manifiesta una de las propiedades fundamentales de los procedimientos polémicos más característicos de las luchas en el seno del campo intelectual: apoyándose en presupuestos compartidos por todo un grupo, las estrategias de difamación que aspiran a menoscabar el crédito simbólico de los competidores proceden por *insinuaciones* más o menos calumniosas que no soportarían, por lo común, ser completamente explicitadas.

descubrir que, como se ha de ver, una fracción importante de los productores que dominan lo que, en un artículo ya antiguo,[19] yo llamaba campo o mercado restringido y que Raymond Boudon, siempre preocupado por los signos exteriores de la cientificidad, llama, sin referencia, "Mercado I", son también los más reconocidos en el mercado de gran producción, o que las marcas más elevadas en materia de traducciones en lenguas extranjeras o de menciones en el *Citation Index*, que no tiene nada de típicamente francés, generalmente son alcanzadas –salvo para las disciplinas más tradicionales, como la historia antigua o la arqueología, que no tienen nada de tan "literario"– por los investigadores más reconocidos en los sectores más extracientíficos del mercado nacional.

Al construir el conjunto finito y completo de las propiedades que funcionan como poderes eficientes en la lucha por los poderes específicamente universitarios y que el conjunto de los agentes eficientes posee en grados diversos, el sociólogo produce un espacio objetivo, definido de manera metódica y unívoca (y por lo tanto reproducible), y que no puede reducirse a la suma de todas las representaciones precientíficas parciales de los agentes. Así, la construcción "objetivista", que es la condición de la ruptura con la visión primera y con todos los discursos mixtos, mezclando lo semiconcreto y lo semiconstruido, la etiqueta y el concepto, es también lo que permite reintegrar en la ciencia del objeto las representaciones precientíficas que forman parte integrante del objeto. En efecto, no se puede disociar la intención de establecer la estructura del campo universitario –espacio de muchas dimensiones, construido sobre la base del conjunto de los poderes que pueden devenir eficientes en un momento u otro, en las luchas de competencia– y la intención de describir la lógica de las luchas que, al encontrar su principio en la estructura, aspiran a conservarla o a transformarla redefiniendo la jerarquía de los poderes (y por lo tanto la de los criterios). Incluso cuando no revista la forma organizada de una competencia entre grupos conscientemente movilizados o tácitamente solidarios, la lucha cuyos criterios y propiedades, que ellos señalan, son al mismo tiempo su instrumento y su elemento en juego, es un hecho indiscutible que el investigador debe integrar en su modelo de la reali-

19 P. Bourdieu, "Le marché des biens symboliques", *L'Année sociologique*, vol. 22, 1971, pp. 49-126 ["El mercado de bienes simbólicos", en *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama, 2005].

dad, en lugar de intentar excluirla artificialmente instituyéndose como árbitro o como "observador imparcial", juez en última instancia, el único en situación de producir el *buen orden* adecuado para poner a todo el mundo de acuerdo, al colocar cada cosa en su lugar. Tiene que superar la alternativa de la visión objetivista de la división de clases objetiva –cuya expresión caricaturesca representa la búsqueda de una escala única y de índices acumulados– y de la visión subjetivista o, mejor aún, *perspectivista*, que se contentaría con registrar la diversidad de las jerarquías tratadas como otros tantos puntos de vista inconmensurables. De hecho, al igual que el campo social tomado en su conjunto, el campo universitario es el sitio de una lucha de clases que, trabajando para conservar o para transformar el estado de la relación de fuerza entre los diferentes criterios y entre los diferentes poderes que ellas señalan, contribuye a hacer la división de clases de modo tal que pueda ser captada objetivamente en un momento dado del tiempo. Pero la representación que los agentes se hacen de esa división de clases, y la fuerza y la orientación de las estrategias que pueden poner en acción para mantenerla o subvertirla, dependen de su posición en las divisiones de clase objetivas.[20] El trabajo científico aspira pues a establecer, al mismo tiempo, un conocimiento adecuado de las relaciones objetivas entre las diferentes posiciones y de las relaciones necesarias que se establecen, por medio de los habitus de sus ocupantes, entre esas posiciones y las tomas de posición correspondientes, es decir, entre el punto ocupado en ese espacio y el punto de vista sobre ese mismo espacio, que participa de la realidad y del devenir de ese espacio. En otros términos, la "clasificación" que produce el trabajo científico a través de la delimitación de *regiones* del espacio de las posiciones es el fundamento objetivo de las estrategias clasificatorias por las cuales los agentes aspiran a conservarlo o a modificarlo y entre las cuales hay que contar la constitución de grupos movilizados en vistas de asegurar la defensa de los intereses de sus miembros.

La necesidad de integrar las dos visiones, objetivista y perspectivista, en un trabajo que tienda a objetivar la objetivación, a hacer la teoría del efecto de la teoría, se impone por otra razón, sin duda fundamental, tanto desde el punto

20 Esta lucha puede no percibirse en tanto que tal y el agente o grupo de agentes puede amenazar el crédito de los otros miembros del campo con su sola existencia (por ejemplo, imponiendo nuevos modos de pensamiento y de expresión, y criterios de evaluación favorables a sus propias producciones), sin presentarlos conscientemente como competidores y menos aún como enemigos, y sin recurrir a estrategias expresamente orientadas contra ellos.

de vista teórico como desde el punto de vista ético y político: la construcción docta del espacio "objetivo" de los agentes y de las propiedades actuantes tiende a sustituir la percepción global y confusa de la población de los "poderosos" por una percepción analítica y reflexiva, destruyendo de ese modo la vaguedad y la niebla de imprecisión y de incertidumbre que son constitutivas de la experiencia ordinaria. Comprender "objetivamente" el mundo en el que se vive sin comprender la lógica de esta comprensión, y aquello que la separa de la comprensión práctica, es impedirse comprender lo que hace que este mundo sea soportable y viable, es decir, la vaguedad misma de la comprensión práctica. Como en el caso del intercambio de dones, la captación objetivista que no se conoce en su verdad anula las condiciones de posibilidad de la práctica, es decir, el desconocimiento del modelo adecuado para dar razón de la práctica. Y únicamente las satisfacciones que la visión objetivista proporciona al ánimo reduccionista podrían llevar a olvidarse de introducir en el modelo de la realidad la distancia de la experiencia con respecto al modelo objetivista, que hace a toda la verdad vivida de la experiencia.

Sin duda hay pocos universos que ofrecen tanta libertad, incluso, tantos apoyos institucionales, a los juegos del disimulo ante sí mismo y al desajuste entre la representación vivida y la verdad de la posición ocupada en el campo o en el espacio social; la tolerancia concedida a ese desajuste es sin duda la más profunda realidad de un medio que autoriza y favorece todas las formas de *clivaje del yo*, es decir, todas las maneras de hacer coexistir la verdad objetiva confusamente percibida y su negación. Se permite así a los más desprovistos de capital simbólico sobrevivir en esa lucha de todos contra todos en la que cada uno depende de todos los otros, al mismo tiempo competidores y clientes, adversarios y jueces, para la determinación de su verdad y de su valor, es decir, de su vida y su muerte simbólicas.[21] Se sobrentiende que esos sistemas de defensa individuales no tendrían la más mínima eficacia social si no

21 Habría que analizar los procedimientos de la semiología y de la estadística espontáneas a través de las cuales se constituye la intuición práctica de la posición ocupada en la distribución del capital específico, y en particular el desciframiento y la enumeración de los índices espontáneos o institucionalizados de la posición ocupada; y también los mecanismos de defensa o de negación de la verdad, tales como todas las formas de club de mutua admiración, así como todas las estrategias de compensación y de sustitución, como el sindicalismo universitario y la política, que ofrecen un terreno favorable a las estrategias de doble identidad y de doble lenguaje favorecidas por el uso de "conceptos" indefinidamente extensibles como "trabajadores", o el traslado de palabras y de modos de pensamiento tomados de las luchas obreras.

se encontrasen con la complicidad de todos aquellos a quienes la ocupación de una posición idéntica u homóloga lleva a reconocer en esos errores vitales y en esas ilusiones de supervivencia la expresión de un esfuerzo por perseverar en un ser social que es también el suyo...

Hay numerosas representaciones y prácticas más o menos institucionalizadas que no pueden comprenderse, efectivamente, sino como *sistemas de defensa colectivos* a través de los cuales los agentes encuentran los medios para escapar de los cuestionamientos demasiado brutales que suscitaría la aplicación rigurosa de los criterios proclamados, los de la ciencia o los de la erudición, por ejemplo. Es así como la multiplicidad de las escalas de evaluación, científica o administrativa, universitaria o intelectual, ofrece una multiplicidad de vías de salvación y de formas de excelencia que permiten a cada uno enmascararse, con la complicidad de todos, en las verdades conocidas por todos.[22] El protocolo científico debe tomar en cuenta los efectos de vaguedad que la indeterminación de los criterios y de los principios de jerarquización engendra en la objetividad misma: la incertidumbre, por ejemplo, de criterios, como el lugar de publicación o el número de coloquios o de conferencias en el extranjero, se apoya en el hecho de que hay, para cada ciencia, una jerarquía, compleja y discutida, de revistas y de casas de edición, de países extranjeros y de coloquios, y también en que aquellos que rehúsan participar pueden reunirse en una misma frecuencia con aquellos que no han sido invitados. En una palabra, sería atentar gravemente contra la objetividad omitir inscribir en la teoría la imprecisión objetiva de las jerarquías que el modelo –construido sobre la base de un inventario, indispensable, de los indicadores de estatus científico– aspira precisamente a sobrepasar. Y hay que preguntarse si la misma pluralidad de jerarquías y la coexistencia de poderes prácticamente inconmensurables, prestigio científico y poder universitario, reconocimiento interno y renombre externo, no son el efecto de una suerte de ley antiacumulación, a la vez inscrita en las estructuras y tácitamente reconocida, al mismo tiempo que una protección contra las consecuencias de una aplicación sin concesiones de las normas oficialmente profesadas.

Se puede ver otra manifestación de ello en el hecho, paradójico, de que ese universo que se proclama ciencia no proponga práctica-

22 Uno de los factores de la bruma de las jerarquías reside en la división en disciplinas y, dentro de éstas, en especialidades que, aunque jerarquizadas, ofrecen jerarquías autónomas.

mente signos institucionalizados del prestigio científico propiamente dicho. Sin duda se podrá invocar el Instituto y la medalla de oro del CNRS [Centre National de la Recherche Scientifique], pero mientras que la primera de esas distinciones parece consagrar tanto disposiciones ético-políticas como realizaciones científicas, la segunda es totalmente excepcional. Y en la misma lógica, es decir, como una concesión impuesta por la necesidad de dar y recibir garantías contra los riesgos específicos del oficio de investigador, se puede comprender la tendencia de tantos comités científicos a funcionar como comisiones paritarias, o las estrategias tan familiares entre los ocupantes de posiciones dominadas en el seno del campo universitario o científico que consisten en abusar de la capacidad de universalización ofrecida por la retórica política o sindical para tratar como una identidad de condición las homologías de posición (de acuerdo, por ejemplo, con el esquema de las "tres P", patrón, profesor, padre, que hizo furor en 1968) y para establecer de ese modo identificaciones más o menos forzadas, en nombre de la solidaridad, que nunca es inocua, entre todos los dominados de todos los campos posibles, entre posiciones y tomas de posición tan alejadas como la de un OS [*ouvrier spécialisé*, obrero especializado] de Renault y la de un suplente [*vacataire*] del CNRS, la lucha contra la aceleración de los ritmos de trabajo y el rechazo de los criterios científicos. También habría que inventariar metódicamente todos los casos en los que la politización funciona como una estrategia compensatoria que permite escapar de las leyes específicas del mercado universitario o científico. Por ejemplo, todas las formas de crítica política de los trabajos científicos que permiten a productores científicos desfasados darse y dar –a sus semejantes– la ilusión de superar aquello que los supera: el estado del marxismo histórico –tal como se lo observa en la realidad de los usos sociales que se hacen de él– no podría comprenderse si no se llegase a ver que a menudo tiene, con todas las referencias al "pueblo" y a lo "popular", esta función de último recurso que les permite a los más desprovistos científicamente instaurarse como jueces políticos de los jueces científicos.

INDIVIDUOS EMPÍRICOS E INDIVIDUOS EPISTÉMICOS

Si ha sido preciso intentar despejar, mediante una reflexión retrospectiva sobre las operaciones de la investigación y sobre el objeto que ellas han producido, los principios de construcción que se han *puesto en obra*, es porque ese trabajo lógico, por muy logrado que sea, puede contribuir a reforzar el control lógico y sociológico de la escritura y de sus efectos, y a dar más eficacia a las advertencias contra las lecturas que tenderían a destruir el trabajo de construcción. En efecto, sólo a condición de saber, para decirlo en términos de Saussure, "lo que el sociólogo hace", se puede leer adecuadamente el producto de sus operaciones.

Los riesgos de malentendido en la transmisión del discurso científico sobre el mundo social residen, de manera muy general, en el hecho de que el lector tiende a hacer funcionar enunciados del lenguaje construido como funcionan en el uso ordinario. Esto se puede ver bien en el caso en que el lector, ignorando la distinción weberiana, aprehende, como juicios de valor del sociólogo, *referencias a los valores* inscritos en el objeto que él estudia:[23] cuando habla, por ejemplo, de "facultad de segundo orden", de "disciplina dominada" o de "regiones inferiores" del espacio universitario, el sociólogo no hace más que constatar un *hecho de valor* que se esfuerza por explicar al relacionarlo con el conjunto de las condiciones sociales de su existencia y puede incluso ver en él el principio explicativo de la forma de los *juicios de valor* destinados a "refutarlo" (por ejemplo, las protestas que, mal leído, puede suscitar). Pero no hay en ello sino una forma menor, puesto que grosera y groseramente visible, de malentendido. Y el efecto más peligroso de la lectura consiste, como se puede ver a propósito de los nombres propios, en sustituir la lógica del conocimiento ordinario por la lógica del conocimiento científico.

El discurso científico llama a una lectura científica, capaz de reproducir las operaciones de las que él mismo es producto. No obstante, las palabras del discurso científico, y en particular aquellas que designan a personas (los

23 La ignorancia de esta distinción, tan fundamental, de Weber, no se encuentra solamente en los profanos, como lo testimonia el hecho de que existen "sociólogos" que pueden reprocharle al análisis de las prácticas culturales el registrar *el hecho* de la menor legitimidad o de la ilegitimidad de las prácticas culturales de las clases dominadas (para una crítica de este error, véase P. Bourdieu, J.-C. Chamboredon y J.-C. Passeron, *Le métier de sociologue*, París, Mouton, 1968, p. 76 [*El oficio de sociólogo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008]).

nombres propios) o instituciones (el Collège de France), son exactamente las del discurso ordinario, las de la novela o de la historia, mientras que los referentes de estas dos especies de discurso están separados por toda la distancia que introduce la ruptura y la construcción científica. Así, en la existencia ordinaria, el nombre propio opera una simple *marcación* [*repérage*] y, a la manera de lo que los lógicos llaman indicadores, es en sí mismo casi insignificante (Dupont no significa el hombre del puente [*du pont*]) y no importa casi ninguna información sobre la persona designada (salvo si se trata de un nombre noble o célebre, o si evoca una etnia en particular). Etiqueta susceptible de ser aplicada arbitrariamente a cualquier objeto, dice de aquel al que designa que es diferente sin enunciar *en qué* difiere; instrumento de reconocimiento, y no de conocimiento, marca a un *individuo empírico*, aprehendido globalmente como singular, es decir, como diferente, pero sin análisis de la diferencia. El individuo construido, por el contrario, es definido por un conjunto finito de propiedades explícitamente definidas, que difiere, por un sistema de diferencias asignables, de los conjuntos de propiedades, construidos según los mismos criterios explícitos, que caracterizan a los otros individuos; más exactamente, marca su referente no en el espacio ordinario, sino en un espacio construido de diferencias producidas por la definición misma del conjunto finito de las variables eficaces.[24] Así, el Lévi-Strauss construido al que el análisis científico trata y produce no tiene, propiamente hablando, el mismo referente que el nombre propio que utilizamos todos los días para designar al autor de *Tristes trópicos*: en un enunciado ordinario, "Lévi-Strauss" es un significante al que se puede aplicar el universo infinito de los predicados correspondientes a las diferencias de cualquier orden que pueden distinguir al etnólogo francés no sólo de todos los otros profesores sino también del conjunto de los seres humanos, y que nosotros hacemos existir, en cada caso, en función del principio de pertinencia implícito que nos será impuesto por las necesidades o las urgencias de la práctica. La construcción sociológica se distingue de otras construcciones posibles –la del psicoanálisis, por ejemplo– por la lista finita de las propiedades eficientes, de las variantes actuantes que ella establece y, al mismo tiempo, por la lista infinita de las propiedades que ella excluye, al menos provisoriamente, como no pertinentes. Variables

24 Sobre todos estos puntos se podrá consultar, además de la discusión clásica de los lógicos acerca del nombre propio y las operaciones de individuación (Russell, Gardiner, Quine, Strawson, etc.) y de las reflexiones de Lévi-Strauss en *El pensamiento salvaje*, el excelente análisis de J.-C. Pariente, *Le langage et l'individuel*, París, A. Colin, 1973.

como el color de los ojos o de los cabellos, el grupo sanguíneo o la talla son puestas de algún modo entre paréntesis y todo ocurre como si el Lévi-Strauss construido no las presentara. Pero, como bien muestra el diagrama-plan del análisis de las correspondencias, en el que se distingue por la posición que ocupa en un espacio construido, el Lévi-Strauss epistémico se caracteriza por el sistema de diferencias de intensidad desigual y desigualmente ligadas entre ellas, que se establecen entre el conjunto finito de sus propiedades pertinentes en el universo teórico en consideración y el conjunto de los conjuntos finitos de propiedades agregadas al conjunto de los otros individuos construidos. En una palabra, es definido por la posición que él ocupa en el espacio que sus propiedades han contribuido a construir (que en parte contribuye también a definirlo). A diferencia del Lévi-Strauss dóxico, que es inagotable, el individuo epistémico no contiene nada que escape a la conceptualización; pero esta transparencia en sí de la construcción es la contraparte de una reducción y el progreso de la teoría como *punto de vista* –principio de visión selectiva– surgirá de la invención de categorías y de operaciones provisionalmente excluidas (por ejemplo, las que construirá el psicoanálisis).[25]

El diagrama-plan utiliza una de las propiedades del espacio ordinario –la exterioridad recíproca de los objetos a distinguir– para reproducir la lógica de un espacio de diferenciación propiamente teórico, es decir, la eficacia lógica de un conjunto de principios de diferenciación (los factores del análisis de las correspondencias) que permite distinguir entre individuos que han sido construidos gracias al tratamiento estadístico de las propiedades determinadas por la aplicación, a los diferentes individuos empíricos, de una definición común, es decir, de un punto de vista común, concretizado en un conjunto de criterios idénticos.[26] Y la mejor ilustración de lo que hace la diferencia entre individuo epistémico e individuo empírico puede encontrarse en el hecho de que, en un momento determinado del análisis, se observó que muchas parejas de individuos empíricos (por ejemplo, Raymond Polin y Frédéric Deloffre) se hallaban confundidas, *indiscernibles* (tenían las mismas coordenadas en los primeros dos ejes) desde el punto de vista que era enton-

25 Se podría también oponer el *agente*, definido por el conjunto finito de las propiedades actuantes en el campo, y el *individuo* preconstruido.

26 Sobre el rol de las relaciones espacio-temporales en la identificación de los particulares, véase P. F. Strawson, *Les individus*, trad. A. Shalom y P. Drong, París, Seuil, 1959, pp. 1-64 [*Individuos. Ensayo de metafísica descriptiva*, trad. A. García Suárez y L. Valdés, Madrid, Taurus, 1989].

ces el del analista y que estaba inscrito en la lista de las variables consideradas en esa fase de la investigación.[27]

Este ejemplo, que se sugiere a propósito, plantea la cuestión del efecto de la lectura y del peligro de la regresión hacia el conocimiento ordinario como simple reconocimiento. La lectura ingenua del diagrama tiende a hacer desaparecer aquello que hace a la misma virtud científica de su construcción: en ese espacio teórico de diferencias construido a partir de un conjunto finito –y relativamente restringido– de variables explícitamente definidas, ella puede "reencontrar", porque éste constituye efectivamente su *principio, el conjunto de las diferencias empíricamente constatadas en la* experiencia ordinaria, es decir, diferencias, incluso, que no habían sido introducidas en el punto de vista inicialmente adoptado para construirlo, como las diferencias en las tomas de posición política, particularmente en Mayo de 1968 o, habría que verificarlo, las diferencias en los estilos y las obras. Todo lector dotado del sentido práctico de la ubicación que se adquiere por la exposición prolongada a las regularidades y a las reglas del universo se reconocerá así fácilmente (demasiado fácilmente si uno se olvida de las condiciones de construcción) en el espacio epistémico construido con un rigor y una transparencia que están completamente excluidos de la experiencia común. Este sentimiento de evidencia se comprende si se sabe que, a la manera de un mapa o de un plan bien construidos, el diagrama es un modelo de la "realidad" tal como nosotros la practicamos o, más precisamente, tal como ella se nos revela en la existencia ordinaria, bajo la forma (velada) de distancias a mantener, a marcar, a anular por la transgresión o la condescendencia, etc.; de jerarquías y de precedencias, de afinidades o de incompatibilidades –de estilo, de humor, etc.–, de simpatías o de antipatías, de complicidades o de hostilidades; y, por lo tanto, puede funcionar como la forma objetivada, *codificada,* de los esquemas prácticos de percepción y de acción que orientan las prácticas de los agentes más ceñidos a la necesidad inmanente del universo. En realidad, el espacio multidi-

27 También se podría retornar al problema de la ejemplificación: elegir a Lévi-Strauss como ejemplo de la clase construida de los "grandes maestros" definidos por la ocupación de una región determinada del espacio construido, ¿no es destruir el trabajo mismo de la construcción alentando o autorizando al lector a reintroducir propiedades del individuo empírico? Pero la opción de un individuo construido tomado al azar no tendría más sentido, tampoco la opción del individuo más saturado en propiedades típicas de la clase construida, que sin duda representaría la menos mala de las realizaciones de la noción de "tipo ideal".

mencional que el diagrama presenta quiere ser una representación isomorfa del campo universitario: verdadera imagen de ese espacio estructurado que establece entre cada uno de los agentes y cada una de las propiedades de los dos espacios una correlación biunívoca tal que el conjunto de las relaciones entre los agentes y las propiedades de los dos espacios presentan la misma estructura. Esa estructura que la investigación pone a la luz del día es el verdadero principio del ser, esencialmente relacional, de cada uno de los elementos y de sus operaciones, y en particular de las estrategias y de la estructura de las relaciones que los definen.

Una vez realizados estos análisis, puede comprenderse mejor la dificultad de todo discurso científico sobre el mundo social, que alcanza su paroxismo en el caso de un discurso que se refiere al juego mismo en el que su autor se encuentra apostando y participando. Si es difícil, si no imposible, evitar que los enunciados que encierran nombres propios o ejemplos singulares adquieran un valor polémico, es porque casi inevitablemente el lector sustituye el sujeto y el objeto epistémicos del discurso por el sujeto y el objeto prácticos, y convierte así la enunciación constativa sobre el agente construido en denuncia performativa contra el individuo empírico o, como se dice, en polémica *ad hominem.*[28] El que escribe ocupa una posición en el espacio descrito: él lo sabe y sabe que su lector lo sabe. Sabe que éste tenderá a relacionar la visión construida que él propone con la posición que ocupa en el campo, y a reducirla a un punto de vista como cualquier otro; sabe que verá hasta en los menores matices de la escritura –un *pero,* un *tal vez* o, simplemente, los tiempos de los verbos empleados– indicios de una toma de partido; sabe que, de todos los esfuerzos desplegados para producir un lenguaje neutro, despojado de toda vibración personal, corre el riesgo de no retener sino el efecto de monotonía, juzgando que es pagar muy caro por lo que, después de todo, no es más que una forma de autobiografía. Y es probable que el esfuerzo del sujeto cognoscente por abolirse como sujeto empírico, por desaparecer detrás del protocolo anónimo de sus operaciones y de sus resultados, esté destinado de antemano al fracaso. Así, el empleo de la perífrasis que sustituiría el nombre propio por

28 Si no temiera que parezca que rindo tributo a la complacencia narcisista, evocaría la cuestión de la contaminación del punto de vista dóxico del investigador por su punto de vista epistémico. O los problemas que plantea prácticamente la pertenencia al espacio empírico que uno se esfuerza en someter a la objetivación: sentimiento de traición, de maniobra desleal (ver sin ser visto), que supone y llama a la exclusión, angustia de la confrontación y temor al contacto *corporal* "cara a cara" ("Uno se encuentra en todo momento con el señor Siegfried Löwy", decía Karl Kraus), etcétera.

la enumeración (parcial) de las propiedades pertinentes, además de que no aseguraría sino una apariencia de anonimato, recoge uno de los procedimientos clásicos de la polémica universitaria: aquel que no designa a los adversarios más que por alusiones, insinuaciones o sobrentendidos, comprendidos solamente por quienes detentan el código, es decir, en más de un caso, por los adversarios a los que se apunta. La neutralización científica puede contribuir así a conferir al discurso ese añadido de violencia que da a la polémica asordinada de la cólera académica la borradura metódica de todo signo exterior de violencia. En resumen, así como el nombre propio constituido de términos generales, "Huellas en la pradera", "Oso negro", "Grasa del lomo del oso", "El pez mueve la cola",[29] no funciona en la práctica, diga lo que diga Lévi-Strauss, como acto clasificatorio que atribuye a su portador las propiedades designadas por los términos generales que combina, la perífrasis (el profesor de etnología en el Collège de France) que querría señalar que el *agente* así designado no es el individuo Claude Lévi-Strauss tiene muy pocas posibilidades, salvo que medie una advertencia expresa, de ser leído de otro modo que como un sustituto eufemístico de Claude Lévi-Strauss. Y los conceptos construidos para designar las regiones del espacio teórico de las posiciones pertinentes o, en este caso particular, las clases de individuos definidos por la ocupación de una misma región del espacio construido (gracias al análisis de las correspondencias) tienen todas las posibilidades de sufrir la misma suerte, ya sea que se vean eclipsados en la lectura por las instituciones que parcialmente recubren (Collège de France, École des Hautes Études, Sorbona, etc.), o bien que funcionen como simples *etiquetas*, cercanas a las premociones realistas que tienen curso en la vida cotidiana, y particularmente en la polémica, y que los autores de "tipologías", sin saber demasiado lo que hacen, retoman por su cuenta.

Entre otras razones porque la utilización rigurosa de las técnicas más refinadas de análisis de hechos, como el análisis de las correspondencias, supone un dominio perfecto de los principios matemáticos sobre los que esas técnicas reposan y de los principios sociológicos que ellas producen por su aplicación más o menos consciente a hechos sociales, no hay duda de que, a pesar de todas las advertencias de los "inventores", numerosos usuarios (y lectores) tienen dificultades para asignar su verdadero estatuto episte-

29 Cf. C. Lévi-Strauss, *La pensée sauvage*, París, Plon, 1962, pp. 229 y 231 [*El pensamiento salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964], y J.-C. Pariente, *op. cit.*, pp. 71-79.

> mológico a las nociones forjadas para nombrar los factores o las divisiones que ellas determinan. En efecto, esas unidades no son clases lógicas estrictamente definidas, separadas por fronteras claramente marcadas y cuyos miembros poseerían *todas* las características pertinentes, es decir, un número finito de atributos todos necesarios y en el mismo grado para determinar la pertenencia (de suerte tal que la posesión de ciertas propiedades no pueda ser compensada por la posesión de ciertas otras). En su conjunto, los agentes congregados en la misma región del espacio se encuentran unidos por lo que Wittgenstein llama un "parecido de familia", una suerte de fisonomía común, a menudo cercana a aquella que la intuición nativa aprehende de manera confusa e *implícita.* Y las propiedades que contribuyen a caracterizar a esos conjuntos están unidas por una red compleja de relaciones estadísticas que son también relaciones de *afinidad inteligible* –más que de similitud lógica– que el análisis debe *explicitar* tan completamente como sea posible y condensar en una designación a la vez estenográfica, mnemotécnica y sugestiva.

Aquí, una vez más, las opciones de escritura se ven dificultadas por los usos ordinarios, y en particular por la tradición, que consiste en utilizar los conceptos del tipo *-ismo* como emblemas o como injurias eufemizadas, es decir, muy frecuentemente, como nombres propios que designan a individuos o a grupos empíricos. La designación de una clase por un concepto resulta reducida así a un acto de *nominación,* que obedece a la lógica ordinaria de ese género de operaciones: dar un nombre, un nombre único, a un individuo o conjunto de individuos –como puede verse en el *sobrenombre* que, a diferencia del nombre propio ordinario, no es en sí mismo insignificante, y que funciona a la manera del nombre propio según Lévi-Strauss– es adoptar uno de los puntos de vista posibles con respecto a él y pretender imponerlo como punto de vista único, legítimo. La lucha simbólica pone en juego el monopolio de la nominación legítima, punto de vista dominante que, al hacerse reconocer como punto de vista legítimo, se hace desconocer en la verdad de punto de vista particular, situado y fechado.[30] Además, para escapar al peli-

30 A aquellos que pudieran considerar este análisis como una visión personal, les recordaría únicamente el lugar que mantienen, muy lógicamente, en un universo dominado por el *capital simbólico* y todas las estrategias que apuntan a acumular *crédito* o a menoscabar el crédito de los otros (calum-

gro de recuperación polémica, podría pensarse en designar cada uno de los sectores del espacio mediante una pluralidad de conceptos apropiados para recordar que cada una de las regiones del espacio no puede ser pensada ni hablada, por definición, sino en su relación con las otras y también que, en la práctica –que la teoría debe incorporar–, cada uno de los sectores es objeto de nominaciones diferentes, incluso antagónicas, según el punto del espacio a partir del cual es percibido. Darle a un individuo o a un grupo el nombre que él se da (el Emperador, la nobleza) es *reconocerlo,* aceptarlo como dominante, admitir su punto de vista, aceptar adoptar sobre él el punto de vista de perfecta coincidencia que él adopta sobre sí mismo; pero también se le puede dar otro nombre, el nombre que le dan los otros y particularmente sus enemigos, y que él recusa como insulto, calumnia, difamación (el Usurpador). Puede, por último, dársele su nombre *oficial,* conferido por una instancia oficial, reconocida como legítima, es decir por el Estado, detentor del monopolio de la violencia simbólica legítima (las categorías socioprofesionales del INSEE). En este caso particular, el sociólogo, a la vez juez y parte, tiene pocas posibilidades de que se le reconozca ese monopolio de la nominación. Y, en todo caso, existen todas las probabilidades de que sus designaciones funcionen enseguida en la lógica ordinaria, y que el lector las remita al exterior, del lado del enemigo, del extranjero, y por lo tanto del insulto, cuando se trata de él mismo y de su propio grupo, y que, al contrario, las anexe y las invierta para su provecho, otra vez del lado del insulto, de la agresión polémica, cuando operan la objetivación de los otros, del *out group.*

Para luchar contra esos lectores, para impedir que los instrumentos de la objetivación generalizada se reduzcan a ser las armas de las objetivaciones parciales, habría que poder combinar incesantemente (aunque con peligro para la comunicación, que exige designaciones simples y constantes) la perífrasis metódica, procediendo a la enumeración completa de las propiedades pertinentes, o el concepto más "sinóptico", el más capaz de evocar de una vez el sistema de relaciones que lo distinguen objetivamente, es decir, desde el punto de vista del observador exterior,[31] y la polionomasia epistémica, que expresaría bien los diferentes aspectos según los cuales el mismo

---

nias, denigración, difamación, elogios, críticas, en los diferentes sentidos, etcétera).

31 Puede ocurrir que el concepto más "sinóptico" sea asociado a un punto de vista empírico (es el caso de *pequeñoburgués*). El corte entre el uso epistémico y el uso ordinario se impone entonces de manera particularmente imperativa.

conjunto puede ser definido en su relación *objetiva* con otros conjuntos; sin olvidarse de evocar la polionomasia empírica –es decir la diversidad de nombres realmente empleados para designar a los mismos individuos o a los mismos grupos, y por ende, la diversidad de los aspectos bajo los cuales una persona o un grupo aparece ante las otras personas y los otros grupos–, a través de la cual se recordaría que la lucha por la imposición del punto de vista legítimo forma parte de la realidad objetiva.[32]

Creo que hace falta mucha certidumbre positivista para ver en estas cuestiones de escritura científica las complacientes pervivencias de una disposición "literaria". La preocupación por controlar su discurso, es decir la recepción de su discurso, impone al sociólogo una retórica científica que no es necesariamente una retórica de la cientificidad; se trata para él de imponer una lectura científica y no la creencia en la cientificidad de la cosa leída –o ello solamente en la medida en que ésta forme parte de las condiciones tácitas de la lectura científica–. El discurso científico se distingue del discurso de *ficción* –de la novela, por ejemplo, que se presenta más o menos abiertamente como un discurso fingido y ficticio– en que, como observa John Searle, *quiere decir* lo que dice, se toma en serio lo que dice y acepta responder por ello, es decir, llegado el caso, ser persuadido de un error.[33] Pero la diferencia no se sitúa sólo, como cree Searle, en el nivel de las intenciones ilocutorias, y un inventario de todos los rasgos del discurso destinados a significar la modalidad dóxica de los enunciados, a hacer creer en la verdad de lo que se dice o, al contrario, a recordar que se trata solamente de un como si, mostraría sin duda que la novela puede recurrir a una retórica de la veracidad mientras que el discurso científico puede sacrificarse a una retórica de la cientificidad

32 Sobre la polionomasia tal como es empleada en *El Quijote* para expresar la pluralidad de los puntos de vista posibles sobre la misma persona, véase L. Spitzer, "Linguistic Perspectivism in the Don Quijote", *Linguistics and Literary History,* Nueva York, Russell and Russell, 1962 [*Lingüística e historia literaria,* Madrid, Gredos, 1989].

33 J.-R. Searle, *Sens et expression. Études de théorie des actes de langage,* París, Éd. de Minuit, pp. 101-109. La historia misma del arte y de la literatura, en la que cada nuevo sistema de convenciones hace aparecer en su verdad, es decir como arbitrario, el sistema de convenciones anterior, desemboca en el trabajo de novelistas como Alain Robbe-Grillet y Robert Pinget (especialmente en *L'apocryphe*) que, invocando lo que tenía de engañoso el contrato entre el novelista y el lector, y especialmente la coexistencia de la ficción declarada y de la búsqueda del efecto de realidad, instituyen la ficción como ficción, incluso en la ficción de realidad en la que se cumple su verdad de ficción.

destinada a producir una ficción de ciencia, exteriormente conforme a la idea que los partidarios de la "ciencia normal" se hacen, en el momento en consideración, del discurso socialmente reconocido como capaz de responder por aquello que propone.

Si la cientificidad socialmente reconocida constituye un asunto en juego tan importante, es porque, aunque no haya una fuerza intrínseca de la verdad, hay una fuerza de la creencia en la verdad, de la creencia producida por la apariencia de verdad: en la lucha de las representaciones, la representación socialmente reconocida como científica, es decir como verdadera, encierra una fuerza social propia y, cuando se trata del mundo social, la ciencia confiere a aquel que la detenta, o a aquel que da la apariencia de detentarla, el monopolio del punto de vista legítimo, de la previsión autoverificadora. Es porque ella encierra la posibilidad de esta fuerza propiamente social que la ciencia, cuando se trata del mundo social, es *necesariamente discutida,* y que la amenaza de golpe de fuerza que ella encierra está destinada a suscitar, sobre todo entre los detentores del poder temporal, y entre aquellos que, en el campo de la producción cultural, son sus homólogos o sus aliados, estrategias de defensa de las cuales la más común consiste en reducir a un simple punto de vista dóxico el punto de vista epistémico, al menos parcialmente liberado de los determinismos sociales, remitiéndolo a la posición del investigador en el campo. Sin ver que esta estrategia de descalificación encierra el reconocimiento de la intención misma que define a la sociología de la ciencia y que no se le podría dar justificación alguna a menos que se opusiera al discurso científico una ciencia más rigurosa de los límites asociados a sus condiciones de producción.[34]

La importancia de los elementos sociales en juego que están ligados, en el caso de las ciencias sociales, a los efectos sociales de cientificidad, explica que la retórica de cientificidad pueda desempeñar en esas ciencias un papel tan decisivo. Todo discurso con pretensiones científicas sobre el mundo social debe contar con el estado de las representaciones concernientes a la cientificidad y de las normas que debe respetar prácticamente para producir el *efecto de ciencia,* y aspirar a través de ello a la eficacia simbólica y a los beneficios sociales asociados a la conformidad con las formas exteriores de la cien-

34 Decir que solamente la crítica científica podrá combatir el trabajo científico hará gritar "terrorismo" a los defensores de los derechos del ensayismo. Y así, a la sociología se le reprochará ya sea ser demasiado débil, demasiado fácil de refutar, o bien demasiado fuerte, irrefutable.

cia. Es así como está destinado a situarse en el espacio de los discursos posibles sobre el mundo social y a recibir una parte de sus propiedades de la relación objetiva que lo une a ellos, en particular a su estilo, y en el interior de la cual se define, de manera sumamente independiente de las voluntades y de las conciencias de los autores, su *valor social*, su estatuto de ciencia, de ficción o de ficción de ciencia. El arte al que se llama realista, tanto en pintura como en literatura, no es otro que aquel que es capaz de producir un efecto de realidad, es decir, un efecto de conformidad con lo real fundado en la conformidad con las normas sociales por las cuales en un momento dado se reconoce lo que es conforme a lo real. Asimismo, el discurso al que se llama científico puede ser aquel que produce un efecto de cientificidad fundado en una conformidad al menos aparente con las normas por las cuales se reconoce a la ciencia. Es dentro de esta lógica que el discurso al que se llama literario o científico juega un papel determinante: así como, en otros tiempos, la filosofía profesional en vías de constituirse afirmó su aspiración al rigor y a la profundidad –particularmente con Kant, por medio de un estilo definido contra la facilidad y la ligereza mundanas– o como, a la inversa, Buffon –cosa que tan bien ha mostrado Wolf Lepenies– puso en riesgo sus pretensiones de cientificidad por obra de una excesiva atención al bello estilo, del mismo modo los sociólogos a quienes una preocupación exagerada por el lenguaje florido amenazaría en su estatuto de investigadores científicos pueden desmarcarse, más o menos conscientemente, rechazando las elegancias literarias y apropiándose de los signos de la cientificidad (curvas y cuadros estadísticos, o incluso formalismos matemáticos, etcétera).

En realidad, las tomas de posición en el espacio de los estilos corresponden estrictamente a las posiciones en el campo universitario. Es así como, colocados ante la alternativa de escribir demasiado bien, que puede procurar beneficios literarios pero con riesgo para el efecto de cientificidad, o escribir mal, que puede producir un efecto de rigor o de profundidad (como en filosofía) pero en detrimento del éxito mundano, los geógrafos, historiadores y sociólogos adoptan estrategias que, más allá de las variaciones individuales, se adecuan a sus respectivas posiciones. Situados en posiciones centrales en el campo de las facultades de letras y de ciencias humanas, y por ende a medio camino entre los dos sistemas de exigencias, los historiadores, sin dejar de adoptar los atributos obligados de la cientificidad, se muestran por lo general muy preocupados por su escritura. Si bien los geógrafos y los sociólogos tienen en común el hecho de mostrar más indiferencia hacia las cualidades literarias, los primeros manifiestan la humildad de las disposiciones que convienen a su posición adoptando el estilo neutro que es el equivalente, en

el orden de la expresión, a la abdicación empirista a la que se resignan la mayor parte del tiempo. En cuanto a los sociólogos, a menudo traicionan su aspiración a la hegemonía (inscrita desde el origen en la clasificación comtista de las ciencias) tomando prestadas, alternativa o simultáneamente, las retóricas más potentes en los dos campos con respecto a los cuales están obligados a situarse, el de la matemática, a menudo utilizada como signo exterior de cientificidad, o el de la filosofía, reducida con frecuencia a meros efectos de léxico.[35]

El conocimiento del espacio social en el que se realiza la práctica científica, y del universo de los posibles, estilísticos o de otra clase, con respecto a los cuales se definen esas opciones, lleva, no a repudiar la ambición científica y a recusar la posibilidad misma de conocer y de decir lo que es, sino a reforzar, mediante la toma de conciencia y la vigilancia que ella favorece, la capacidad de conocer científicamente la realidad. Ese conocimiento conduce, en efecto, a cuestionamientos mucho más radicales que todas las consignas de seguridad y las normas de prudencia que la "metodología" asigna a la "ciencia normal", y que permiten obtener al mejor precio una respetabilidad científica: la "seriedad", así en la ciencia como en otras partes, es una virtud típicamente social, y no es por azar que les sea reconocida prioritariamente a aquellos que, tanto en sus estilos de vida como en sus trabajos, dan las garantías de previsibilidad y de calculabilidad características de las personas "responsables", reposadas, ordenadas. Así es como recaerá prioritariamente en todos los funcionarios de la ciencia normal que, instalados en la ciencia como

35 Esto no significa que la investigación propiamente "literaria" no pueda encontrar una justificación científica. Así, como señalaba Bateson a propósito del etnólogo, la potencia evocadora del estilo constituye una de las formas insuperables de la realización científica cuando se trata de objetivar los rasgos pertinentes de una configuración social y de entregar, de tal suerte, los principios de la comprensión sistemática de una necesidad histórica: cuando el historiador de la Edad Media evoca, por la eficacia propia del lenguaje, el aislamiento y la desolación de esos campesinos que, replegados en islotes de tierra desbrozada, se entregan a todos los terrores, aspira en primer lugar a reproducir para el lector, en y por las palabras capaces de producir un efecto de realidad, la renovación de la visión que él ha debido obrar, contra los conceptos-pantalla y los automatismos de pensamiento, para acceder a una comprensión justa de las singularidades de la cultura carolingia. Podría decirse otro tanto del sociólogo que puede tener que alternar la pesadez de la conceptualización inseparable de la construcción del objeto y la búsqueda de expresión, destinada a restituir la experiencia construida y unitaria de un estilo de vida o de un modo de pensamiento.

en una vivienda oficial, se atienen a no tomar en serio sino aquello que merece serlo, comenzando por ellos mismos, es decir, aquello que cuenta y con lo que se puede contar. El carácter social de estas exigencias se ve en el hecho de que ellas conciernen casi exclusivamente a las manifestaciones exteriores de la virtud científica: ¿acaso los mayores beneficios simbólicos no recaen a menudo en esas especies de fariseos de la ciencia que saben apropiarse de los signos más visibles de la cientificidad, imitando, por ejemplo, los procedimientos y los lenguajes de las ciencias más avanzadas? La ostentosa conformidad con las exigencias formalistas de la ciencia normal (tests de significación, cálculos de error, referencias bibliográficas, etc.), y el respeto exterior de las prescripciones mínimas, necesarias pero no suficientes, virtudes propiamente sociales, por las que se reconocen de entrada todos los detentores de una autoridad social en el dominio de la ciencia, no tienen por efecto únicamente el asegurarles a los dirigentes de las grandes burocracias científicas una respetabilidad científica que carece de medida común con sus contribuciones reales a la ciencia. La ciencia de institución tiende a instaurar como modelo de la actividad científica una práctica rutinizada, donde las operaciones científicamente más decisivas pueden ser llevadas a cabo sin reflexión ni control crítico, puesto que la impecabilidad aparente de los procedimientos visibles –por otra parte confiados frecuentemente a practicantes– desvía de toda interrogación capaz de cuestionar la respetabilidad del científico y de la ciencia. Es por eso que, lejos de ser una forma cientista de la reivindicación del saber absoluto, una ciencia social armada del conocimiento científico de sus determinaciones sociales constituye el arma más poderosa contra la "ciencia normal" y contra la *certidumbre* positivista, que representa el obstáculo social más temible para el progreso de la ciencia.

Marx sugería que, de cuando en cuando, algunos individuos conseguían liberarse tan completamente de las posiciones que les son asignadas en el espacio social que podían aprehender ese espacio como un todo y transmitir su visión a aquellos que todavía están prisioneros de la estructura. De hecho, el sociólogo puede afirmar la trascendencia, con respecto a las visiones comunes, de la representación que él produce por medio de su trabajo, sin pretender, sin embargo, esa suerte de visión absoluta, capaz de captar en acto la totalidad del hecho histórico. Tomada a partir de un punto que no es ni el punto de vista en todo sentido parcial [*partiel et partial*] de los agentes involucrados en el juego ni el punto de vista absoluto de un espectador divino, la visión científica representa la totalización más sistemática que se pueda realizar, en un determinado estado de los instrumentos de conocimiento, a condición de que implique una objetivación tan completa como sea posible,

tanto del hecho histórico como del trabajo de totalización. De ese modo ella marca un punto real en la línea que termina en el *focus imaginarius* del que hablaba Kant, ese foco imaginario a partir del cual se daría el *sistema* acabado, pero que la intención propiamente científica no puede pensar sino como ideal (o idea reguladora) de una práctica que no podría esperar acercarse a ese foco cada vez más si no por el hecho de que renuncia a la pretensión de ocuparlo en el acto [*sur-le-champ*, vale decir, literalmente, "en el campo"].

Retornamos de este modo al punto de partida, es decir, al trabajo sobre sí mismo que el investigador debe realizar para objetivar todo aquello que lo liga a su objeto, y que el lector debe rehacer por su propia cuenta a fin de dominar los principios sociales del interés, más o menos malsano, que puede tener en la lectura. A riesgo de universalizar un punto de vista particular y de ofrecer una forma más o menos racionalizada del inconsciente asociado a una posición en el espacio social, habrá que abrir sucesivamente todas las cajas en el interior de las cuales el investigador –y la mayor parte de los lectores– se encuentra encerrado, y tanto más, seguramente, cuanto menos quiere saberlo: es decir, evocar la estructura del campo del poder y la relación que el campo universitario considerado en su conjunto mantiene con él, analizar –tanto cuanto lo permitan los hechos empíricos– la estructura del campo universitario y la posición que ocupan en él las diferentes facultades, y finalmente la estructura de cada facultad y la posición que ocupan en ella las diferentes disciplinas. De modo tal que sólo se ha de dejar que retorne (en el capítulo 3), y profundamente transformada, la cuestión –que se hallaba en el principio de la investigación– de los fundamentos y de las formas del poder en las facultades de letras y ciencias humanas en vísperas de 1968, una vez que se haya definido mejor (en el capítulo 2) la posición del objeto inicial en el encuadramiento de los espacios sociales y, en el mismo movimiento, la posición del investigador mismo, que participa de esos diferentes espacios, con las lucideces y cegueras correspondientes. Al haber delineado la estructura del campo universitario en su conjunto y la estructura del campo de las facultades de letras y ciencias humanas, que, debido a su posición central en el campo universitario y a su misma división entre las humanidades y las ciencias del hombre, dejan ver con particular evidencia las tensiones nacidas de la consolidación de las ciencias y de los científicos que habitan todo el campo universitario y cada una de las facultades, se le podrán plantear a la historia las preguntas pertinentes e intentar volver a captar los determinantes y la lógica de las transformaciones de las cuales el estado observado de la estructura representa un momento: el aumento de la población de los estudiantes y el aumento relativo de la población de los docentes

han modificado profundamente las relaciones de fuerza en el seno del campo universitario y en el seno de cada facultad, y en particular las relaciones entre los "grados" y entre las disciplinas, ellas mismas desigualmente tocadas por las transformaciones de las relaciones jerárquicas; y ello a despecho de todas las acciones objetivamente orquestadas (sin estar intencionalmente concertadas) por las que los profesores intentaron asegurar la defensa del cuerpo (capítulo 4). Los cambios morfológicos, aquí (como también en el campo literario), son la mediación a través de la cual la historia, que los mecanismos de reproducción tienden a excluir, se introduce en los campos, espacios *abiertos*, obligados a llevar hacia afuera los recursos necesarios para su funcionamiento, y expuestos por ello a convertirse en el lugar del encuentro entre series causales independientes que constituye el acontecimiento, es decir lo histórico por excelencia (capítulo 5).

Esta tentativa de esbozar una historia estructural de la evolución reciente del sistema de enseñanza plantea un problema de escritura, que toca al uso de los tiempos y, a través de ese uso, al estatuto epistemológico del discurso. ¿Es preciso, en nombre de la relativa especificidad de los documentos y encuestas utilizados, y de su limitación, claramente declarada, en el espacio y el tiempo sociales, prohibirse dar al discurso la generalidad que marca el presente transhistórico de la enunciación científica? Eso equivaldría a repudiar el proyecto mismo de toda empresa intelectual que aspire a "sumergirse" en la singularidad histórica para de allí desprender las invariantes transhistóricas (abandonando el privilegio de las generalidades intemporales a los ensayistas o compiladores, a quienes no pone en aprietos ningún otro referente histórico aparte de sus lecturas o sus experiencias personales). A diferencia del "tiempo del discurso" (a menudo un presente) que, según Benveniste, "supone un locutor y un auditor y en el primero la intención de influenciar al otro de alguna manera", y a semejanza del aoristo, "tiempo histórico por excelencia" que, siempre según Benveniste, "objetiviza el acontecimiento separándolo del presente" y "excluye toda forma lingüística autobiográfica",[36] el presente omnitemporal del discurso científico marca la distancia objetivante sin remitir a un pasado situado y fechado. En virtud de esto, conviene al protocolo científico cuando éste presenta *invariancias estructurales* que, en tanto tales, pueden observarse en contextos históricos muy diferentes y fun-

36 E. Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, París, Gallimard, 1966, pp. 239, 242, 245, 249. [*Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI, 1979.]

cionar, en el mismo universo, como *constantes* siempre actuantes. Es, entre paréntesis, esta presencia en el presente –entendida como aquello que está en juego– lo que hace de la sociología una ciencia con historias, *controversial*, como dicen los anglosajones, y tanto más, sin duda, cuanto más avanzada es: está claro que, si se le otorga más fácilmente al historiador la objetividad y la neutralidad del científico, es porque en general se es más indiferente a los juegos y a lo que está en juego en aquello que él evoca (admitiendo que la distancia cronológica respecto del presente cronológico no es una buena medida de la distancia histórica, como distancia que convierte en historia, en pasado histórico; y que la pertenencia al presente como *actualidad*, es decir como universo de agentes, de objetos, de acontecimientos, de ideas, que pueden ser pasados o presentes pero que están efectivamente *en juego*, y por ende prácticamente *actualizados* en el momento en consideración, define el corte entre el presente todavía "vivo", "ardiente", y el pasado "muerto y enterrado", como los universos sociales para los cuales estaba todavía en juego, actual, actualizado, actuante y actuable).

Así, el presente parece imponerse para describir todos los mecanismos o los procesos que, más allá de los cambios aparentes –particularmente en materia de vocabulario, como presidente en lugar de decano, UER [Unité de Enseignement et de Recherche] en lugar de facultad, etc.–, siguen formando parte del presente histórico porque no dejan de ejercer sus efectos y, para llevar la cuestión hasta el límite, es indudable que se podrá decir en presente el principio de clarificación, caro a Tomás de Aquino, siempre y cuando, en el tiempo inmóvil de la vida universitaria, las disertaciones y tantas otras formas de discurso se organicen según las divisiones y las subdivisiones triádicas del pensamiento escolástico. Pero eso no ocurre con el modelo ahistórico por excelencia, la crisis como sincronización de tiempos sociales diferentes, que no puede escribirse en el presente omnitemporal en tanto que cumplimiento único de una serie de efectos omnitemporales cuya conjunción produce una coyuntura histórica.

El presente vale también para todo aquello que, verdadero en el momento de la encuesta, sigue siendo verdadero en el momento de la lectura o que puede ser comprendido a partir de regularidades y de mecanismos establecidos sobre la base de la encuesta. Así es como el desfase de más de veinte años entre el momento del estudio y el momento de la publicación le permitirá a cada uno verificar, a partir de los cambios sobrevenidos en ese intervalo y de los que ellos anuncian, si el modelo propuesto –y en particular el análisis de las transformaciones de las relaciones de fuerza entre las dis-

ciplinas y los grados– permite explicar fenómenos que, siendo posteriores a la encuesta y difíciles de captar de manera metódica, sólo son aquí evocados. Pienso en la aparición de nuevos poderes, especialmente sindicales, que tiende a llevar hasta sus últimas consecuencias el proceso entablado por la transformación del modo de reclutamiento de los ayudantes y jefes de ayudantes, otorgando a los productos del nuevo modo de reclutamiento el manejo de la contratación de los nuevos docentes subalternos –lo cual puede conducir, en ciertos casos, a la eliminación de hecho de las categorías de elección del antiguo modo de reclutamiento, normalistas o catedráticos por agregación.[37] ¿Y cómo no ver que la contradicción entre el nuevo modo de reclutamiento y el antiguo modo de avance en la carrera, que –protegido por el pasado que apunta a mantener– tiende a encerrar en posiciones subalternas a los productos del nuevo modo de reclutamiento, se encuentra en el principio de numerosas reivindicaciones, presiones y transformaciones institucionales que, favorecidas especialmente por el cambio político, aspiran a abolir las diferencias ligadas a las diferencias iniciales de la trayectoria académica y universitaria (aboliendo ya sea las diferencias entre los grados, o bien las que existen entre los títulos que dan acceso a ellos)?

Para terminar, habría que poder reunir todas las advertencias contra las malas lecturas que encierran estos análisis y al mismo tiempo especificarlas hasta convertirlas en respuestas *ad hoc*, es decir, en más de un caso, en argumentos *ad personam*: todo permite suponer, en efecto, que la lectura de la restitución científica de las variaciones y de las invariancias variará, como la experiencia de la historia real, según la relación del lector con el pasado y con el presente de la institución universitaria. Comprender, en este caso, no es difícil sino por el hecho de que se comprende demasiado, en cierto modo, y porque no se *quiere* ver ni saber lo que se comprende. De suerte tal que lo

37 Está claro que la redefinición de los puestos subalternos y de los intereses pedagógicos asociados debe ser puesta en relación no solamente con la transformación de las características sociales y académicas de los docentes sino también con las modificaciones profundas de las condiciones de ejercicio del oficio que la transformación de la cantidad y de la calidad social del público ha implicado; de suerte tal que una descripción del puesto y de la relación con el puesto que, como la que se propondrá más abajo, inevitablemente toma como referencia, para las necesidades de la comparación y de la comprensión, el antiguo estado del sistema, tiende a acentuar los signos de inadaptación y a describir de manera negativa las prácticas y los intereses suscitados por una nueva demanda.

más fácil puede ser también lo más extraordinariamente difícil, porque, como dice en alguna parte Wittgenstein, "no es una dificultad del intelecto, sino de la voluntad, la que debe superarse". La sociología que es, entre todas las ciencias, la mejor colocada para conocer los límites de la "fuerza intrínseca de la idea verdadera", sabe que la fuerza de las resistencias que se le opondrán estará a la exacta medida de las "dificultades de la voluntad" que ella haya sabido superar.

2. El conflicto de las facultades

La clase de las facultades superiores (en cierto modo la derecha del parlamento de la ciencia) defiende el estatus del gobierno; sin embargo, debe haber también en una constitución libre, como debe serlo aquella en la que se trata de la verdad, un público de oposición (la izquierda), la banca de la facultad de filosofía, pues, sin el examen o las severas objeciones de ésta, el gobierno no estaría suficientemente informado sobre aquello que puede serle útil o perjudicial.
E. KANT, *El conflicto de las facultades*

En tanto que "capacitados", cuya posición en el espacio social reposa principalmente en la posesión de capital cultural, especie dominada de capital, los profesores universitarios se sitúan más bien del lado del polo dominado del campo del poder y se oponen claramente a ese respecto a los patrones de la industria y del comercio. Pero, en tanto que poseedores de una forma institucionalizada de capital cultural, que les asegura una carrera burocrática e ingresos regulares, se oponen a los escritores y a los artistas: ocupando una posición temporalmente dominante en el campo de producción cultural, se distinguen por ello, en grados diversos según las facultades, de los ocupantes de los sectores menos institucionalizados y más heréticos de ese campo (y especialmente de los escritores y de los artistas, a los que se llama "libres" o *free lance* por oposición a aquellos que pertenecen a la universidad).[1]

1 Sobre la estructura del campo del poder como espacio de las posiciones de poder ocupadas, sobre la base de especies diferentes de capital, por las diferentes fracciones de la clase dominante, con, en un polo, las fracciones económicamente dominadas y culturalmente dominantes (artistas, intelectuales, profesores de letras y de ciencias) y en el otro polo las fracciones económicamente dominantes y culturalmente dominadas (dirigentes o cuadros de los sectores público y privado), véase P. Bourdieu, *La distinction*, París, Éd. de Minuit, 1979, pp. 362-363 [*La distinción*, Madrid, Taurus,

Aunque la comparación sea difícil a causa de los problemas que plantea la delimitación de las dos poblaciones consideradas (y en particular su superposición parcial), es posible, apoyándose en la comparación con los colaboradores regulares de revistas "intelectuales" como *Temps modernes* o *Critique*, establecer que los profesores universitarios, cercanos en ello a los altos funcionarios, presentan con más frecuencia que los escritores y los intelectuales (que tienen tasas de celibato o de divorcio relativamente elevadas y un escaso número promedio de hijos) los diferentes índices de la integración social y de la respetabilidad (baja tasa de celibato, alto número promedio de hijos, tasas elevadas de condecoraciones, de títulos de oficial de reserva, etc.) y esto es así cuanto más se eleva uno en la jerarquía social de las facultades (ciencia, letras, derecho, medicina).[2]

A este lote de indicaciones convergentes, se pueden añadir los datos proporcionados por la encuesta de Alain Girard sobre el éxito social, en la que se ve que los escritores imputan su éxito a factores carismáticos (entre ellos, cualidades intelectuales, vocación) en un 26,2% de los casos, contra un 19,1% para los profesores. Estos últimos invocan con particular frecuencia el rol de su familia de origen (11,8 contra 7,5%), de sus maestros (9,1 contra 4,4%) y de su esposa (1,7 contra 0,3%). "Se complacen en rendir homenaje al con-

1991]. Y, para un análisis más preciso del sector dominante (temporalmente) del campo del poder, véase también P. Bourdieu y M. de Saint-Martin, "Le patronat", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 20-21, marzo-abril de 1978, pp. 3-82.

2 Todo permite suponer que el corte entre los universitarios y los escritores o los intelectuales libres es sin duda menos marcado que en la entreguerra o a finales del siglo XIX, por el hecho de que ese corte se ha reportado en el seno del campo universitario, a consecuencia de la apertura de la universidad a profesores-escritores o a profesores-periodistas en coincidencia con el acrecentamiento del cuerpo profesoral ligado a la expansión de la población estudiantil y de los cambios correlativos de los procedimientos de reclutamiento. Una historia estructural y una sociología comparada del campo universitario debería apegarse particularmente a esas variaciones, según los momentos y las sociedades, de la distancia social entre los dos campos (que puede medirse por diferentes índices, como el número de pasajes de un campo al otro, la frecuencia de la ocupación simultánea de posiciones en uno y otro campo, la separación social –desde el punto de vista del origen social, académico, etc.– entre las dos poblaciones, la frecuencia de los cruces institucionalizados o no, etc.), y de los efectos sociales que pueden atribuirse, en los dos campos, a esas variaciones.

junto de sus maestros, en los diferentes niveles de enseñanza, u homenaje a uno de ellos más especialmente, que los distinguió o despertó su vocación, o incluso más tarde los dirigió y ayudó en sus propias investigaciones. Un sentimiento de gratitud y en ocasiones casi de veneración o de fervor con respecto a sus maestros llama la atención en la lectura de sus respuestas. En el mismo ánimo, también reconocen, con más frecuencia que otros, la influencia de su familia, que les ha dado desde la infancia el respeto por las cualidades intelectuales o morales, que facilitó que completasen su carrera. No son insensibles al sentimiento de haber obedecido a una vocación, y en fin, con más frecuencia que muchos otros, evocan el entendimiento que reina en el seno de su pareja y el sostén que siempre han encontrado en su mujer" (A. Girard, *La réussite sociale en France, ses caractères, ses lois, ses effets*, París, PUF, 1961, pp. 158-159).[3]

De hecho, más que índices de la integración social y de la adhesión al orden dominante, habría que tomar en cuenta los indicadores de la distancia, variable según las sociedades y los momentos, entre el campo universitario y, por una parte, el campo del poder económico o político y, por otra, el campo intelectual. Así, la autonomía del campo universitario no cesa de crecer en el curso del siglo XIX: como muestra Christophe Charle, el profesor de enseñanza superior se aleja del notable que él mismo era en la primera mitad del siglo, directamente nombrado por el poder político e involucrado en la política, para devenir un maestro seleccionado y especializado, despegado del cuerpo de los notables por una actividad profesional incompatible con la vida política, y animado por un ideal propiamente universitario. Paralelamente, tiende a tomar distancia del campo intelectual, como bien puede verse en el caso de los profesores de literatura francesa (particularmente Lanson) que, al profesionalizarse y dotarse de una metodología específica, tienden a romper con las tradiciones mundanas de la crítica.

3 Nadie tiene más conciencia que yo de la insuficiencia de las bases estadísticas de esta comparación. Pero me parece que, en este caso al igual que en otros, la necesidad de tomar en cuenta todo aquello que el universo analizado pueda deber a su posición en un espacio abarcador se impone de manera imperativa, y que más vale señalar al menos de manera grosera la posición ocupada por el campo universitario en el campo del poder y en el campo social en su conjunto que registrar sin saberlo los efectos en un análisis falsamente irreprochable puesto que reducido a los límites aparentes de un objeto mal construido.

Hay que cuidarse, no obstante, de llevar demasiado lejos la comparación, destinada únicamente a fijar una *posición*, entre la población de los profesores tomada en su conjunto y tal o cual otra fracción de la clase dominante. En efecto, como el campo de las instituciones de enseñanza superior (es decir, el conjunto de las facultades y de las *grandes écoles*), cuya estructura reproduce en la lógica propiamente académica la estructura del campo del poder (o, si se prefiere, las oposiciones entre las fracciones de la clase dominante) al que introduce, los profesores de las diferentes facultades se distribuyen, entre el polo del poder económico y político y el polo del prestigio cultural, según los mismos principios que las diferentes fracciones de la clase dominante. En efecto, se ve aumentar la frecuencia de las propiedades más características de las fracciones dominantes de la clase dominante a medida que se va de las facultades de ciencias a las facultades de letras, de éstas a las facultades de derecho y de medicina (mientras que la posesión de las marcas distintivas de la excelencia académica, como los nombramientos por concurso general, tiende a variar en razón inversa a la jerarquía social de las facultades). De hecho, todo parece indicar que la dependencia con respecto al campo del poder político o económico varía en el mismo sentido, mientras que la dependencia con respecto a las normas propias del campo intelectual –que imponen, sobre todo después del *affaire* Dreyfus, la independencia con respecto a los poderes temporales y a posiciones políticas de una especie enteramente nueva, es decir, a la vez exteriores y críticas– se impone sobre todo a los profesores de las facultades de letras y de ciencias humanas, aunque de manera muy desigual según su posición en ese espacio.

El análisis estadístico cuyos resultados se presentan más abajo se ha aplicado a una muestra aleatoria (n = 405), cuya tasa varía ente 45 y 55% según las facultades, de profesores titulares de las facultades parisinas (facultad de farmacia excluida) censadas en el *Annuaire de l'Éducation Nationale* del año 1968.[4] Aunque la recolección de los

4 Como señalan los redactores de dicho anuario, esta obra da el estado del cuerpo docente en 1966, a causa de las dilaciones del registro de las nuevas nominaciones. En cuanto al *Annuaire* de 1970, no da otra cosa, para cada establecimiento universitario, que la lista de las Unidades de Enseñanza e Investigación (Unités d'Enseignement et de Recherche, UER), con el nombre del director. Se ha apelado por lo tanto a listas obtenidas a través del Ministerio para el año 1970, que han permitido controlar la muestra y tomar en cuenta las nominaciones sobrevenidas entre 1966 y la fecha de la encuesta. (Se ha optado por conservar, a lo largo de todo el análisis –in-

datos, emprendida en 1967, al mismo tiempo que un conjunto de entrevistas en profundidad con profesores de ciencias y de letras, luego interrumpida, haya sido realizada, en lo esencial, en 1971, se ha querido describir el estado del campo universitario en vísperas de 1968 por razones de comparación con la encuesta sobre el poder en las facultades de letras y de ciencias humanas (que había sido emprendida en esa fecha y cuyos resultados serán presentados más abajo) y también en nombre de la convicción de que ese *momento crítico,* cuando todavía sobrevive la más antigua tradición del cuerpo y se anuncian los signos de transformaciones ulteriores, en particular todos los efectos de los cambios morfológicos de la población estudiantil y del cuerpo docente, encerraba el principio de las reacciones de las diferentes categorías profesionales en la crisis de Mayo de 1968 y de los límites de las transformaciones institucionales operadas por las reformas posteriores a esa crisis.[5]

Para realizar esta suerte de *prosopografía* de los profesores de la facultad, se ha reunido, para cada uno de los profesores de la muestra, el conjunto de las informaciones proporcionadas por las fuentes escritas y por diferentes encuestas ya efectuadas para otros fines, por lo general administrativos, con nuestra colabora-

---

cluso cuando se aplica a una época más reciente–, el lenguaje que se hallaba en uso en 1967, como facultad, reemplazado después por universidad, y decano, reemplazado por director de UER.)

5 La comparación entre los profesores de las diferentes facultades debería tomar en cuenta la tasa de crecimiento de las poblaciones de docentes (y de estudiantes) a partir de los años cincuenta. Las diferentes facultades no están, por decirlo así, en el mismo estado de evolución: mientras que las facultades de ciencias conocieron su máximo crecimiento hacia los años 1955-1960 y comienzan a retraerse alrededor de 1970, las facultades de letras no comenzaron a reclutar docentes fuertemente sino después de 1960 y las facultades de derecho, alrededor de 1965. De ello se desprende que los mismos títulos no tienen el mismo valor en las diferentes facultades. Por ejemplo, en 1968, estando las facultades de ciencias en la fase de retracción, el nombramiento como jefe de ayudantes no sobreviene sino luego de una dilación relativamente larga (6 a 7 años), mientras que en letras, donde la expansión continúa, esa dilación es más corta (ello seguramente se debe, por una parte, al hecho de que al no ser titulares los ayudantes en letras, a diferencia de los ayudantes en ciencias, no se los podía mantener sino gracias a su promoción al grado de jefe de ayudantes). Del mismo modo, las condiciones de acceso a la posición de profesor sin duda fueron afectadas muy desigualmente por los efectos del crecimiento del cuerpo.

ción (se puede hallar como anexo la descripción crítica de las operaciones de recolección de los datos y de las fuentes utilizadas) o expresamente realizadas por nosotros para completar o verificar las informaciones obtenidas por otras fuentes (entrevistas en profundidad y encuestas telefónicas a profesores de la muestra). Por muchas razones se impuso la opción de recurrir principalmente, y exclusivamente para todas las cuestiones de opinión, a fuentes escritas. Para empezar, como se ha podido observar en ocasión de las entrevistas, una parte muy importante de los profesores se negaba a clasificarse en la escala política o rechazaba o anulaba, mediante diferentes argumentos, todas las tentativas de captar sus posiciones políticas como sindicales.[6] Para continuar, era evidente que casi no había pregunta, ya se tratara de las posiciones de poder ocupadas, ese objeto eminente de la protesta de 1968, o de las tomas de posición sobre las reformas o sobre sus efectos, que no estuviese afectada por la relación de encuesta, y percibida como un cuestionamiento, en la prolongación de la protesta de los "mandarines" (a la que muchos de los profesores interrogados hacían alusión). En una palabra, para escapar tan completamente como fuese posible a las distorsiones, disimulos y deformaciones, al mismo tiempo que a la sospecha o a la acusación de catalogación sectaria y de inquisición policial que el so-

6 Más que de multiplicar los ejemplos de la argumentación, bastante monótona, que los profesores interrogados empleaban para recusar las preguntas políticas o sindicales, nos contentaremos con citar a ese profesor de la Facultad de Medicina que anuncia con todas las letras su principio: "Le voy a decir que yo no... yo creo que no es una evasiva, pero creo que soy inclasificable, inclasificable porque, por lo demás, jamás he podido adherir a ningún partido [...]. Usted sabe, hay una fórmula de Jean Guitton, que dice que... 'Hay gente cuyo compromiso es el de no comprometerse'." Pero, mejor que esos cuestionamientos del cuestionario, es esta respuesta de un profesor conocido por su pertenencia al Partido Comunista la que hay que citar, porque introduce directamente el principio, científico y ético, que nos condujo a no retener sino las opiniones políticas públicamente manifestadas: "Ya he dicho que no respondo a estas encuestas. Mis opiniones son conocidas por todo el mundo. Yo no las escondo. Pero no respondo a la encuesta. He dicho que no respondo a la encuesta". (Se encontrará una crónica, completamente apasionante, de las reacciones suscitadas por un cuestionario –poco defendible– de E. C. Ladd y S. M. Lipset sobre los profesores norteamericanos en la obra de S. Lang, *The File*, Nueva York, Heidelberg, Berlín, Springer-Verlag, 1981.)

ciólogo y sus "fichas" suelen atraer sobre sí en los medios intelectuales y artísticos, se optó por atenerse exclusivamente a las informaciones *públicas o destinadas a la publicación* (como los informes deliberada y conscientemente entregados en ocasión de diferentes encuestas en vista del establecimiento de anuarios de investigadores o de escritores a las que habíamos estado asociados). Procedimiento tanto más necesario cuanto deseábamos poder publicar, como lo habíamos hecho para otros medios, diagramas que presentasen nombres propios. Así se reunieron todos los indicadores pertinentes:

a) de los principales determinantes sociales de las posibilidades de acceso a las posiciones ocupadas, es decir, las determinaciones de la formación del habitus y del éxito académico, el capital económico y sobre todo el capital cultural y social heredados: el origen social (profesión del padre, inscripción en el Bottin Mondain),* el origen geográfico, la religión de origen de la familia;[7]

b) de las determinaciones académicas, que son la retraducción académica de los precedentes (capital académico): el establecimiento frecuentado (liceo público o colegio privado, parisino o provincial, etc.) y el éxito académico (concurso general) durante los estudios secundarios; el establecimiento frecuentado durante los

* El *Bottin Mondain* [Guía Mundana] se describe a sí mismo en su página de internet www.bottin-mondain.fr, en el apartado "Qui sommes-nous?", de la siguiente manera: "[...] aparecido por primera vez en 1903, en su lista mundana el *Bottin Mondain* reunía 12.000 familias exclusivamente parisinas, seleccionadas del *Anuario del Comercio* con criterios de prestigio social, prestigio del nombre o de la función. Era por otra parte la primera guía telefónica que listaba todos los abonados 'al hilo'. En el curso de la primera mitad del siglo, la sociedad edificadora –Didot-Bottin– absorberá a sus principales competidores:

"– en 1937: el *Annuaire des Châteaux et des Villégiatures,*

"– en 1939: el *Tout Paris,*

"– en 1950: el *Annuaire Ehret.*

"Hoy, el *BM* acoge más a las personas que a los nombres y más que los títulos, los 'valores', incluso si ese término es demasiado manoseado". [N. del T.]

7 Se analizaron, sólo para las facultades de ciencias y de medicina (donde se disponía de esas informaciones para un 58% y un 97% de la muestra), informaciones más detalladas sobre la familia de origen (diploma del padre, profesión y diploma de la madre, profesión y diploma de los abuelos y abuelas paternos y maternos) y sobre la familia de pertenencia (profesión y diploma del cónyuge).

estudios superiores (París, provincia, extranjero) y los títulos obtenidos;[8]
c) del capital de poder universitario: pertenencia al Instituto, al Comité Consultor de las Universidades (CCU [Comité Consultatif des Universités]), ocupación de posiciones tales como la de decano o director de UER, director de instituto, etc. (la pertenencia a los jurados de los grandes concursos, ENS [École Normale Supérieure], agregación, etc., que se ha retenido en la encuesta sobre las facultades de letras únicamente, no pudo ser tomada en cuenta para el conjunto de las facultades debido a la incompatibilidad de las posiciones involucradas);[9]
d) del capital de poder científico: dirección de un organismo de investigación, de una revista científica, enseñanza en una institución de enseñanza de investigación, participación en el directorio de CNRS, en las comisiones del CNRS, en el Consejo Superior de la Investigación Científica;
e) del capital de prestigio científico: pertenencia al Instituto, distinciones científicas, traducciones en lenguas extranjeras, participación en coloquios internacionales (el número de menciones en el *Citation Index*, demasiado fluctuante según la facultad, no se

8 Sólo una parte de la información recopilada en este punto pudo ser utilizada en el estudio comparativo de los profesores de las diferentes facultades, tanto los estudios universitarios cursados, los concursos, los exámenes, los títulos, son profundamente incomparables y no pueden prestarse más que a comparaciones *dentro* de cada facultad, por ejemplo, entre las disciplinas (aun cuando estas comparaciones mismas se hayan vuelto difíciles, en muchos casos, a causa de la incompatibilidad relativa de las disciplinas y también de la exigüidad de las poblaciones involucradas). Entre los datos no utilizados, se puede mencionar por ejemplo, para las letras y las ciencias, el lugar de preparación del concurso de la ENS o de la licencia, el número de años de preparación del concurso de la ENS, el orden de ingreso, la edad al ingreso, la edad en el momento de la agregación, la edad en el momento de la ayudantía, del profesorado, de la tesis de doctorado, etc., o, para la medicina, la edad del externado y el orden de admisión, la edad del internado y el orden de admisión, la edad de la ayudantía, de los hospitales, del profesorado, el estatus del patrocinante (grande o pequeño, joven o viejo, etc.), que sin duda constituye un elemento determinante del capital social específico y cuya elección parece depender mucho del capital social heredado.

9 Se han examinado también, sin retenerlas en el análisis, la pertenencia al Consejo de Enseñanza Superior, al Consejo de la Universidad, y la dirección de colecciones para Presses Universitaires de France.

pudo retener, como tampoco la dirección de revistas o de colecciones científicas);[10]
f) del capital de notoriedad intelectual: pertenencia a la Academia Francesa y mención en el *Larousse*, apariciones en la televisión, colaboración en diarios, semanarios o revistas intelectuales, publicación en colección de bolsillo, pertenencia al comité de redacción de revistas intelectuales;[11]
g) del capital de poder político o económico: inscripción en el *Who's who*, pertenencia a gabinetes ministeriales, a las comisiones del Plan, enseñanza en las *écoles* del poder, condecoraciones diversas;[12]
h) de las disposiciones "políticas" en el sentido amplio: participación en los coloquios de Caen y de Amiens, firma de peticiones diversas.

DISTANCIAMIENTO Y ADHESIÓN

El campo universitario reproduce en su estructura el campo del poder cuya estructura contribuye a reproducir por su propia acción de selección e inculcación. En efecto, es en y por su funcionamiento en tanto espacio de diferencias entre posiciones (y, al mismo tiempo, entre las disposiciones de sus ocupantes) que se lleva a cabo, fuera de toda intervención de las conciencias y de las voluntades individuales o colectivas, la reproducción del espacio de las posiciones diferentes que son constitutivas del campo del poder.[13] Como

10 También se examinó la pertenencia a academias extranjeras, los doctorados *honoris causa* (y, para las facultades de letras, el número de obras y de artículos publicados). Hubo que renunciar a un índice en apariencia tan simple como el número de artículos o de obras publicadas (para evitar comparar lo incomparable al ignorar las diferencias que separan en sus objetos, sus métodos, sus resultados, las producciones de las diferentes categorías de productores, según la generación, la facultad, la disciplina, etcétera).

11 No se retuvieron los premios "intelectuales", extremadamente numerosos y dispares, que no podían ser adecuadamente codificados sin un estudio previo.

12 No se retuvo la pertenencia al Consejo Económico y Social, demasiado infrecuente.

13 La estructura de las diferentes instituciones de enseñanza superior distribuidas según las características sociales y escolares de los estudiantes o de los alumnos que ellas acogen corresponde con mucha exactitud, en todos

muestra claramente el diagrama del análisis de las correspondencias, las diferencias que separan a las facultades y las disciplinas tal como se las puede captar a través de las propiedades de los profesores presentan una estructura análoga a la del campo del poder en su conjunto: las facultades temporalmente dominadas, facultad de ciencias y, en un grado menor, facultad de letras, se oponen a las facultades socialmente dominantes, que a este respecto prácticamente se confunden, facultad de derecho y facultad de medicina, por todo un conjunto de diferencias económicas, culturales y sociales, en las que se reconoce lo esencial de lo que constituye la oposición, en el seno del campo del poder, entre la fracción dominada y la fracción dominante.

Esta oposición principal se revela en la simple lectura de los cuadros estadísticos que presentan la distribución de los diferentes índices más o menos directos del capital económico y cultural. La misma jerarquía –ciencias, letras, derecho, medicina– que se observa cuando se distribuye a los profesores de las diferentes facultades según el origen social identificado a través de la profesión del padre (el porcentaje de profesores que provienen de la clase dominante es, respectivamente, del 58%; 60%; 77%; 85,5%) vuelve a encontrarse cuando se consideran otros indicadores de la posición social, como el paso por un establecimiento de enseñanza privada, poco más o menos una inversión para el futuro estudiante de derecho o medicina (9,5%; 12,5%; 30%; 23%).

---

los casos en los que es posible la verificación, a la estructura de las mismas instituciones distribuidas según las características sociales y académicas de los profesores: de manera tal que con la mayor frecuencia los estudiantes provienen de la clase dominante o, dentro de ella, de las fracciones más favorecidas económicamente, como los industriales y las profesiones liberales, en las facultades de medicina y de derecho que en las facultades de letras y de ciencias. Se sabe, por otra parte, que las facultades de medicina y de derecho conducen a profesiones de rango más elevado en la jerarquía económica que las facultades de ciencias y de letras, cuyos productos están en buena parte destinados a la enseñanza. Ricos comentarios epistemológicos y sociológicos podrían extraerse del hecho de que basta sustituir el orden habitualmente adoptado en las estadísticas oficiales –derecho, letras, ciencias, medicina, farmacia, IUT [Institut Universitaire de Technologie]–, por el orden sociológico, es decir, IUT, ciencias, derecho, medicina, farmacia, y proceder a una operación análoga en el nivel de las categorías socioprofesionales, también ellas ordenadas a despecho del buen sentido, para ver aparecer una estructura casi constante (las raras discordancias toman entonces un relieve notable) en las distribuciones (cf. Ministère de l'Éducation Nationale, Service Central de la Statistique et de la Conjoncture, "Les étudiants dans les universités, année scolaire 1967-1968", *Statistiques des enseignements. Tableaux et Informations*, 5-2, 67-68, marzo de 1968).

Y se constata además que la proporción de las diferentes fracciones -jerarquizadas ellas mismas según el capital económico y el capital cultural- de las que han salido los profesores de las diferentes facultades varía según el mismo orden: la proporción de hijos de profesores es la máxima entre los profesores de letras (23,3%) y la mínima entre los profesores de medicina (10%), mientras que los profesores de medicina (fundamentalistas aparte) y sobre todo los profesores de derecho descienden con la mayor frecuencia de miembros de profesiones liberales y de dirigentes o de cuadros de los sectores público o privado.[14]

En efecto, un análisis más fino permite ver que individuos clasificados en la misma categoría profesional presentan propiedades diferentes según las facultades. Así, aparte de que son mucho menos raros que en derecho o en medicina, los profesores de las facultades de letras o de ciencias que descienden de las clases populares tienen su propio escalafón de ascenso, la École Normale d'Instituteurs [ENI, escuela normal, magisterio]; por el contrario, en las facultades de derecho o de medicina, casi todos han egresado de la escuela primaria privada. La misma oposición se encontrará entre los profesores que egresan de las carreras de enseñanza (y que están mucho más representados en letras y en ciencias que en derecho). De manera que es imposible determinar, dentro de los límites de las informaciones disponibles (y también de las poblaciones involucradas, siempre muy restringidas), si, cuando se trata de individuos del mismo origen, cuyas prácticas y representaciones varían según la facultad o la disciplina, se deben imputar esas diferencias a diferencias *secundarias* de origen o al efecto de las diferencias en la trayectoria (como el grado de improbabilidad de las carreras consideradas), o, sin duda el caso más frecuente, a una combinación de los dos efectos.

14 Los datos recogidos para una parte (58%) de los profesores de ciencias y para los profesores de medicina permiten suponer que la jerarquía sería la misma si se tomase en cuenta la profesión de los abuelos, paternos y maternos, o, debido a la tendencia a la homogamia, el estatuto profesional de la esposa, con una tasa elevada de profesores, por el lado de las facultades de letras y de ciencias, y, por otro, una tasa elevada de inactivos y de médicos.

Nota relativa a los cuadros que siguen

Los cuadros incluidos a continuación presentan la distribución según las facultades –ciencias, letras, derecho y medicina– de un cierto número de indicadores del capital heredado o adquirido (en sus diferentes especies).[15] Se ha renunciado a presentar la distribución por disciplina enseñada (la cual, en el análisis de las correspondencias, interviene únicamente como variable ilustrativa). En efecto, los reagrupamientos indispensables presentan muchas incertidumbres. ¿Habrá que asociar la mecánica a las matemáticas o a la física fundamental, la genética a las ciencias naturales o a la bioquímica? ¿La filología árabe debía ubicarse con las enseñanzas de lenguas y literaturas extranjeras, por las mismas razones que la filología inglesa o alemana, o con las letras y las filologías antiguas? Y la demografía que se enseña en las facultades de letras, ¿está del lado de la filosofía (como lo indican los anuarios), de la geografía o de las ciencias humanas? En lo que concierne al derecho, ¿es menos legítimo clasificar la enseñanza de la historia de las ideas políticas o de la historia del pensamiento económico en la sección de historia del derecho, que ubicarla con el derecho público o la economía política? Las cosas no son más claras en medicina y no siempre es posible distinguir, por ejemplo, a los clínicos de los cirujanos. Los ejemplos podrían multiplicarse. Resulta de ello que cada una de las decisiones habría supuesto una encuesta en profundidad en cada uno de los medios involucrados. Se ha preferido atenerse a las grandes divisiones administrativas en ciencias, letras, derecho, medicina, que, por vastas y convencionales que sean, no encubren menos, en el momento de la encuesta, una realidad de la vida universitaria.

15 Dado el método utilizado, que es el de la prosopografía (cf. Anexo 1, "Las fuentes utilizadas"), algunos de los individuos que han sido ubicados en la categoría de los no determinados (ND) pueden tener las propiedades de las que se trata.

I. Indicadores demográficos e indicadores de capital heredado o adquirido

	Ciencias	Letras	Derecho	Medicina	Total
Sexo	n=128	n=120	n=87	n=70	n=405
hombres	91,4	91,7	96,6	100,0	94,0
mujeres	8,6	8,3	3,4	–	6,0
Año de nacimiento					
antes 1900	2,3	3,3	2,3	1,6	2,5
1900-1904	13,4	8,3	9,2	15,9	11,5
1905-1909	11,0	15,0	13,8	21,8	14,6
1910-1914	21,9	20,0	21,8	25,9	22,0
1915-1919	14,3	10,8	9,2	15,9	12,5
1920-1924	21,9	23,4	21,8	14,5	21,0
1925-1929	7,9	12,5	16,2	2,9	10,4
1930 y después	5,6	5,9	3,5	1,5	4,5
ND (no determinado)	1,7	0,8	1,2	–	1,0
Estado civil					
solteros	4,1	4,2	6,1	–	3,9
casados	89,3	92,5	92,5	98,5	92,4
divorciados	2,5	0,8	–	1,5	1,3
viudos	4,1	2,5	1,4	–	2,4
Cantidad de hijos					
solteros	4,1	4,2	6,1	–	3,9
sin hijos	6,4	10,0	8,3	5,9	7,7
1 hijo	19,6	15,0	11,6	10,4	14,9
2 hijos	23,6	21,6	20,7	24,4	22,5
3 hijos	19,6	25,0	20,7	23,1	22,1
4 hijos	17,2	12,5	19,7	21,6	17,2
5 hijos y más	9,5	10,9	12,8	12,9	11,2
ND	–	0,8	–	1,7	0,5
Lugar de nacimiento					
París y alrededores	29,3	37,5	19,5	51,2	33,3
otro	69,9	62,5	79,3	45,9	65,7
ND	0,8	–	1,2	2,9	1,0

Residencia	Ciencias	Letras	Derecho	Medicina	Total
París 16°, 17°,					
8°, 7° + Neuilly	6,4[i]	13,4	36,9	58,6	24,0
París V°, VI°, XIII°, XIV°	25,1[i]	28,3	18,7	28,6	25,3
París otros distritos	7,2[i]	10,0	12,9	5,7	8,9
Extrarradios 78 y 92					
(excepto Neuilly)	9,5[i]	18,3	21,9	4,3	13,9
otros	7,2[i]	15,8	5,9	2,8	8,7
Religión					
judíos	15,6	3,3	5,9	7,3	8,4
protestantes	6,3	9,2	10,5	5,9	7,9
católicos notorios	7,8	19,2	21,8	41,6	20,0
otros	70,3	68,3	62,0	45,2	63,7
CSP* del padre					
asalariado agrícola,					
obrero	8,6	10,0	3,5	1,5	6,7
empleado, artesano,					
cuadro intermedio,					
maestro	33,6	30,0	19,5	11,4	25,7
ingeniero, industrial,					
cuadro superior	25,8	23,4	27,6	32,8	26,7
funcionario, magistrado,					
prof. liberal,					
cuadro adm.	12,5	13,3	37,9	42,8	23,5
profesor,					
intelectual	19,5	23,3	11,5	10,0	17,2
ND	–	–	–	1,5	0,2
Who's who	40,6	46,7	60,9	50,0	48,4
Guía [*Bottin Mondain*]	1,6	1,7	12,6	37,1	10,1

i Estas cifras no tienen sino un valor indicativo, debido a la elevada tasa de profesores para los cuales no se pudo obtener la información (más del 40%).

* Categoría socioprofesional. [N. del T.]

Condecoraciones	Ciencias	Letras	Derecho	Medicina	Total
Legión de Honor	28,9[i]	25,8	41,4	61,4	36,3
Orden del Mérito	11,7[i]	3,3	8,1	8,6	7,9

II. Indicadores del capital académico

	Ciencias	Letras	Derecho	Medicina	Total
Estudios sec. en establ. privado					
paso por el privado	9,5	12,5	29,9	22,9	17,1
público únicamente	78,5	81,7	68,9	75,6	77,0
ENI*	8,7	5,0	–	–	4,2
NR	3,3	0,8	1,2	1,5	1,7
Liceo					
grandes liceos parisinos	22,7	39,2	10,4	11,5	22,9
otros liceos parisinos	27,4	22,4	12,7	41,2	24,9
liceos provincia/ extranjero	39,7	30,0	52,6	24,3	37,5
privado París	1,6	3,4	3,5	12,9	4,4
privado provincia	4,7	4,2	19,6	2,9	7,4
NR	3,9	0,8	1,2	7,2	2,9
Estudios superiores					
paso por París	86,7	87,5	63,2	88,6	82,4
provincia únicamente	13,3	12,5	36,8	5,7	16,7
NR	–	–	–	5,7	0,9
Estudios en el extranjero					
sí	7,8	8,4	10,4	4,5	7,9
no	85,1	91,6	89,6	91,0	89,1
NR	7,1	–	–	4,5	3,0
Concurso general					
laureado	10,1	14,1	6,8	5,7	9,8

* École Normale d'Instituteurs, magisterio. [N. del T.]

III. Indicadores del capital de poder universitario

	Ciencias	Letras	Derecho	Medicina	Total
Comité asesor	27,4	34,2	26,4	41,4	31,6
Palmas académicas	26,6	51,7	40,2	15,7	35,0
Instituto					
Instituto	10,2	3,3	5,7		
Academia Nac.					8,1
de Medicina				12,9	
Decano	11,7	17,5	32,2	20,0	19,3
Director de UER	15,2	34,2	31,1	14,3	22,7

IV. Indicadores del capital de poder y de prestigio científico

	Ciencias	Letras	Derecho	Medicina	Total
Comisiones CNRS	33,6	37,5	9,2	10,0	25,4
Dirección laboratorio CNRS	22,6	15,0	10,3	8,6	15,3
Enseñanza escuelas intelec.	17,2	39,2	5,7	2,9	18,8
Coloquios					
de 1 a 3	24,2	30,8	51,7	28,6	32,8
4 y más	46,9	31,7	26,4	37,1	36,3
ninguno	28,9	37,5	21,9	34,3	30,9
Medalla CNRS	2,4	0,8	–	1,4	1,2
Traducciones					
sí	15,6	25,0	16,1	8,6	17,3
no	84,4	75,0	83,9	91,4	82,7

V. Indicadores del capital de notoriedad intelectual

	Ciencias	Letras	Derecho	Medicina	Total
Libros de bolsillo	4,7	30,0	20,7	5,7	15,8
Artículos en *Le Monde*	3,9	15,0	11,5	5,7	9,1
Artículos en revistas y semanarios	2,3	21,7	14,9	2,8	10,9
Emisiones televisivas	5,5	15,0	1,1	10,0	8,1

VI. Indicadores del capital de poder político o económico

	Ciencias	Letras	Derecho	Medicina	Total
Organismos públicos	14,8	16,7	41,4	65,7	29,9
VIº Plan	0,8	0,9	5,7	4,3	2,5
Enseñanza en *écoles* del poder	12,5	8,3	28,7	1,4	12,8

Los índices del capital económico o social actualmente detentado por los miembros de las diferentes facultades se distribuyen según la misma estructura, ya se trate de la residencia en un barrio chic, XVIº, XVIIº, VIIIº, VIIº, Neuilly (6,4; 13,4; 36,9 y 58,6% respectivamente) o de la inscripción en el *Bottin Mondain* (1,6; 1,7; 12,6; 37,1%) o incluso de la posesión de una familia con tres niños o más (46,3; 48,4; 53,2; 57,6%) que sin duda mantiene un vínculo con el capital económico (y también con el capital social, al menos potencial), aunque también expresa, evidentemente, disposiciones que están ligadas a otros factores, como la religión y, en particular, la adhesión notoria al catolicismo, distribuida ella misma según la misma estructura (7,8; 19,2; 21,8; 41,6%).[16] Estos pocos índices, muy pobres e indirectos, no pueden dar

16 Todo parece indicar que la significación subjetiva y objetiva de la adhesión declarada al catolicismo varía según su frecuencia en el conjunto de la

una idea exacta de las diferencias económicas entre los profesores de ciencias y de letras y los profesores de derecho, y sobre todo de medicina, que añaden a los ingresos asociados a su puesto de profesor y de jefe de servicio hospitalario los beneficios procurados por una clientela privada.[17] Ahora bien, desde el punto de vista de los sueldos únicamente, sin duda se observan marcadas distancias entre las facultades debido a que las diferencias en el desarrollo de las carreras conllevan diferencias importantes en la suma de los sueldos recibidos a lo largo de la vida activa: a este respecto, las facultades de letras parecen las más desfavorecidas, debido a que el acceso a los puestos de ayudante y de jefe de ayudantes es en ellas particularmente tardío (31 y 37 años en promedio, contra 25 y 32 en ciencias y 28 y 34 en derecho, en 1978) así como el acceso a los títulos de profesor conferenciante [*maître de conférences*] y de profesor (43 y 50 años, contra 34 y 43 en derecho, 35 y 44 en ciencias).[18] En consecuencia, la duración promedio de un puesto de rango A (profesor agregado o profesor) es allí particularmente breve, o sea, en 1978, 25 años contra 29 en medicina (donde se accede a la condición de profesor conferenciante [*maîtrise de conférence*] a los 39 años y a la de profesor [*profesorat*] a los 49), 33 en ciencias y 34 en derecho.[19]

Basta observar que todos los índices de poder político y económico, como la participación en organismos públicos (gabinetes ministeriales, Consejo Constitucional, Consejo Económico y Social, Consejo de Estado, Inspección de Finanzas) o en las comisiones del Plan, varían en el mismo sentido, mientras que la proporción de laureados en el concurso general, buen índice del

---

facultad o de la disciplina y, secundariamente, según el contenido, más o menos científico y "modernista", de la disciplina.

17 Sobre este punto, así como sobre tantos otros, serían necesarias verdaderas monografías para determinar la parte del salario en los ingresos globales y la naturaleza de los recursos complementarios, ellos mismos ligados evidentemente a la estructura de los presupuestos-tiempos. Por el lado del poder universitario, los cursos suplementarios pueden ser una fuente de ingresos importantes, así como los derechos de autor de manuales exitosos (de los que habría que establecer cómo varían según las facultades). No es menos cierto que las gratificaciones indirectas deben aumentar considerablemente cuando se va de las ciencias a la medicina.

18 Cf. J. Nettelbeck, *Le recrutement des professeurs d'université*, París, Maison des sciences de l'homme, 1979, mimeografiado, pp. 80 y siguientes (anexo estadístico).

19 Sobre las consecuencias financieras, en el nivel de la suma de sueldos recibidos por el conjunto de la carrera, de las disparidades de carrera, cf. A. Tiano, *Les traitements des fonctionnaires*, París, Éd. Genin, 1957, especialmente pp. 172 y siguientes.

éxito académico en la enseñanza secundaria,[20] y los diferentes indicadores de la inversión en la investigación y de la consagración científica varían en sentido inverso, para descubrir que el campo universitario está organizado según dos principios de jerarquización antagónicos: la jerarquía social según el capital heredado y el capital económico y político actualmente detentado se opone a la jerarquía específica, propiamente cultural, según el capital de autoridad científica o de notoriedad intelectual. Esta oposición se inscribe en las estructuras mismas del campo universitario, que es el lugar de la confrontación entre dos *principios de legitimación* en competencia: el primero, que es propiamente temporal y político, y que manifiesta en la lógica del campo universitario la dependencia que ese campo tiene con respecto a los principios vigentes en el campo de poder, se impone cada vez más completamente a medida que uno se eleva en la jerarquía propiamente temporal que va de las facultades de ciencias a las facultades de derecho o de medicina; el otro, que se funda en la autonomía del orden científico e intelectual, se impone cada vez más claramente cuando se va del derecho o la medicina a las ciencias.

El hecho de que las mismas oposiciones que se observan en el seno del campo del poder, entre el campo del poder económico y el del poder cultural, vuelvan a encontrarse así en el seno de un campo orientado hacia la producción y la reproducción cultural sin duda explica que la oposición observada entre los dos polos de ese campo tenga algo tan total y que concierna a todos los aspectos de la existencia, caracterizando dos estilos de vida profundamente diferenciados en sus fundamentos económicos y culturales, pero también en el orden ético, religioso, político. Aunque el objetivo mismo de la encuesta haya llevado naturalmente a privilegiar las propiedades más específicas ligadas a la universidad y a la vida universitaria, uno encuentra, entre las informaciones obtenidas, índices indirectos de las disposiciones más profundas, las más generales, que se hallan en el principio de todo estilo de vida. Así es como se puede ver en el celibato o el divorcio, por un lado, y en el tamaño de la familia, por el otro, que contribuyen bastante a producir la oposición principal del campo, un índice no solamente de la integración social, según la visión clásica, sino también de *integración al orden social*; en una palabra, una medida de lo que podríamos llamar el gusto por el orden.

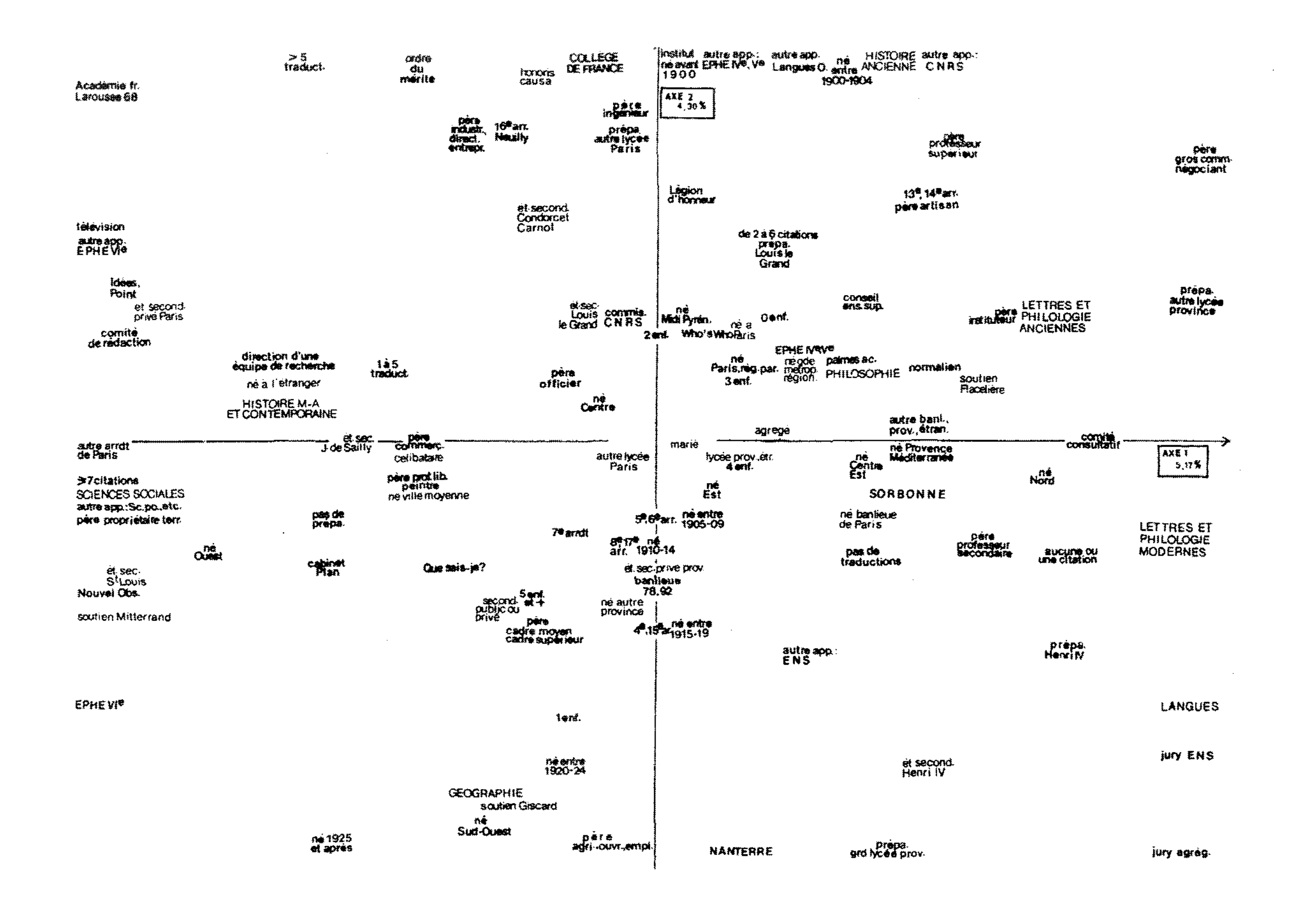
20 Los datos recogidos para las ciencias y la medicina permiten suponer que las tasas de menciones en el bachillerato varían según la misma lógica.

En efecto, más que descifrar una a una las diferentes relaciones estadísticas, como por ejemplo la que une la tasa de divorciados, índice de una débil integración de la familia, al escaso número de hijos, supuesto índice de una débil integración de la familia y sobre todo de una débil integración al orden social, habría que intentar dominar todo lo que ofrece a la intuición sociológica el conjunto de los índices asociados al polo temporalmente dominante del campo universitario, familia numerosa y Legión de Honor, voto a la derecha y enseñanza del derecho, catolicismo y enseñanza privada, barrio chic y *Bottin Mondain,* estudios en Ciencias Políticas o en la ENA [École Nationale d'Administration] y enseñanza en las *écoles* del poder, origen burgués y participación en organismos públicos o en comisiones del Plan, o, cosa más difícil porque se definen sobre todo por la negativa, todos aquellos que se asocian al polo dominado, las opiniones de izquierda y el título de normalista, la identidad judía o el estatus de oblato de la École. Si estos conjuntos de rasgos procuran un sentimiento de coherencia y de necesidad, es porque la intuición del sentido práctico reconoce en ellos la coherencia sin intención de coherencia de las prácticas o de las propiedades producidas por el mismo principio generador y unificador. Es esta coherencia en el estado práctico lo que hay que intentar restituir en palabras, poniéndose en guardia contra la tentación, así estimulada, de convertir los productos objetivamente sistemáticos –pero no verbalizados y menos aún sistematizados– del habitus en sistema explícitamente totalizado, en ideología elaborada.

Lo que el primer conjunto de índices presenta o traiciona ciertamente es lo que el lenguaje ordinario de los dominantes designa con el nombre de serio, al gusto del orden, que sin duda es para comenzar una manera de tomarse en serio y de tomar en serio al mundo tal cual es, de identificarse, sin distancia alguna, con el *orden de las cosas,* ser que al mismo tiempo es un deber ser. En cuanto al otro conjunto, lo que éste evoca, por obra de sus faltas, sus lagunas, que son también rechazos, es el distanciamiento, que es lo contrario de la integración, el rechazo a todo aquello que hace entrar en el orden, que integra en el mundo normal de los hombres de orden, ceremonias, rituales, ideas recibidas, tradiciones, honores, legiones de honor ("los honores deshonran", decía Flaubert), convenciones y conveniencias, en una palabra, todo lo que liga profundamente al mantenimiento del orden social las prácticas más insignificantes del orden mundano, con todas las disciplinas

---

Gráfico 1. El espacio de las facultades. Análisis de las correspondencias: plano del primer y segundo eje de inercia-propiedades.


Académie fr. Larousse 68
> 5 traduct.
ordre du mérite
honoris causa
COLLEGE DE FRANCE
institut né avant 1900
autre app.: EPHE IVe, Ve
autre app. Langues O.
né entre 1900-1904
HISTOIRE ANCIENNE
autre app.: CNRS
AXE 2 4,30 %
père industr. direct. entrepr.
16e arr. Neuilly
père ingénieur
prépa. autre lycée Paris
père professeur supérieur
père gros comm. négociant
Légion d'honneur
13e, 14e arr. père artisan
et second. Condorcet Carnol
télévision
autre app. EPHE VIe
de 2 à 6 citations
prépa. Louis le Grand
Idées, Point
et second. privé Paris
comité de rédaction
et sec. Louis le Grand
commis. CNRS
né Midi Pyrén.
2 enf.
né à Paris
Who's Who
0 enf.
conseil ens. sup.
père instituteur
LETTRES ET PHILOLOGIE ANCIENNES
prépa. autre lycée province
direction d'une équipe de recherche
né à l'étranger
HISTOIRE M-A ET CONTEMPORAINE
1 à 5 traduct.
père officier
né Centre
EPHE IVe Ve
né Paris, rég. par.
3 enf.
né rég. métrop.
palmes ac.
PHILOSOPHIE
normalien
soutien Flacelière
agregé
autre banl., prov., étran.
comité consultatif
AXE 1 5,17 %
autre arrdt de Paris
et sec. J. de Sailly
père commerç.
célibataire
autre lycée Paris
marié
lycée prov. etr.
4 enf.
né Centre Est
né Provence Méditerranée
né Nord
≥ 7 citations
SCIENCES SOCIALES
autre app.: Sc. po. etc.
père propriétaire terr.
père prof. lib.
peintre
né ville moyenne
né Est
SORBONNE
pas de prépa.
5e, 6e arr.
né entre 1905-09
né banlieue de Paris
LETTRES ET PHILOLOGIE MODERNES
7e arrdt
8e, 17e arr.
né 1910-14
père professeur secondaire
aucune ou une citation
né Ouest
cabinet Plan
Que sais-je?
et sec. privé prov.
banlieue 78, 92
pas de traductions
et sec. St Louis
Nouvel Obs.
5 enf. et +
second. public ou privé
né autre province
soutien Mitterrand
père cadre moyen cadre supérieur
4e, 15e arr.
né entre 1915-19
autre app.: ENS
prépa. Henri IV
EPHE VIe
1 enf.
LANGUES
né entre 1920-24
et second. Henri IV
jury ENS
GEOGRAPHIE
soutien Giscard
né Sud-Ouest
né 1925 et après
père agri.-ouvr., empl.
NANTERRE
prépa. grd lycée prov.
jury agrég.

que ellas imponen, las jerarquías que ellas invocan, la visión de las divisiones sociales que ellas implican.[21] Bien puede percibirse la relación que une a esta oposición con la oposición entre la derecha y la izquierda, en el sentido de las mitologías más aún que en el sentido de la política.

Habría que evocar asimismo aquello que opone la investigación científica, libre pensamiento que no conoce otro límite que él mismo, no solamente a una disciplina normativa como el derecho sino incluso a ese arte científicamente garantizado que es la medicina, encargada de poner a la ciencia en la práctica, y también de imponer un orden, el orden de los médicos, es decir una moralidad, un modo y un modelo de vida, como se lo ha visto a propósito del aborto, en nombre de una autoridad que no es solamente la de la ciencia, sino la de los "capacitados", "notables" predispuestos por su posición y sus disposiciones a definir lo que es bueno y lo que está bien (es conocida la particular intensidad de la participación de los profesores de medicina en los organismos públicos, en las comisiones y, de manera más general, en la política, y las funciones de perito ante gobiernos y organismos internacionales que cumplen los juristas, en particular los especialistas en derecho internacional, en derecho comercial o en derecho público).[22] Una adhesión a la ciencia que se circunscribe a los límites de la simple razón social, incluso de la religión, se ajusta perfectamente a la relación de desconfianza que la burguesía católica mantiene siempre con la ciencia y que por mucho tiempo la ha llevado a orientar a sus hijos hacia la enseñanza privada, garante del orden moral, de la familia, y sobre todo de las grandes familias (en el doble sentido del término), de su honor, de su moral y de su moralidad y, en consecuencia, de la repro-

21 Habría que analizar, por ejemplo, el verdadero ciclo de la Kula que representaban los montones de tarjetas de felicitación, el 1° de enero, entre los profesores de medicina.

22 Muchos profesores de derecho cumplen las funciones de expertos o consultores ante organismos públicos o privados, nacionales (Ministerio de Justicia, por ejemplo) o internacional (UNESCO), o de delegados oficiales de las instancias gubernamentales (en las conferencias internacionales, las comisiones del Mercado Común, en la Organización Internacional del Trabajo, en las Naciones Unidas, etc.). He aquí un ejemplo: "Fui delegado del gobierno francés en la conferencia de La Haya [...]. Actualmente, cada dos meses, tengo en Bruselas una comisión del Mercado Común que se ocupa de unificar todos los proyectos de ley. El año pasado tuve en el Ministerio de Justicia una comisión de revisión del código de nacionalidad. Ahora continúo en Bruselas. Durante varios años formé parte de la comisión de expertos de la Organización Internacional del Trabajo [...]. Están los congresos. Formo parte del Instituto de Derecho Internacional" (profesor de la Facultad de Derecho, París).

ducción de los *hijos de familia*, hijos de médicos o de magistrados instituidos médicos o magistrados, herederos legítimos, es decir legitimados e inclinados a heredar la herencia como dignos sucesores, reconocidos y llenos de reconocimiento. Dos relaciones que también se oponen totalmente a la ciencia y al poder remiten a posiciones pasadas y presentes totalmente opuestas en el campo del poder: aquellas entre los profesores de ciencias y de letras que, provenientes de las clases populares o medias, deben a su éxito académico su acceso a las clases superiores, y también aquellos que salen del cuerpo docente se ven fuertemente inclinados a reinvertir totalmente en la institución que tan bien ha retribuido sus inversiones anteriores y se ven muy poco movidos a buscar otros poderes que los universitarios; al contrario, los profesores de derecho, que provienen en sus tres cuartas partes de la burguesía, acumulan, con mayor frecuencia que los profesores de ciencias o de letras, funciones de autoridad en la universidad con posiciones de poder en el universo político o incluso en el mundo de los negocios. En síntesis, hay que ir más allá de las viejas oposiciones que dividieron a todo el siglo XIX, Homais y Bournisien [personajes arquetípicos de *Madame Bovary*], cientificismo y clericalismo, para comprender lo que hace a la afinidad vital entre las disposiciones éticas y las disposiciones intelectuales asociadas a las posiciones ocupadas en ese espacio –organizado bajo el doble aspecto del capital económico y del capital intelectual y de las relaciones correlativas a estas dos especies de capital– en el que los judíos y los católicos notorios ocupan los dos polos opuestos, y los protestantes se sitúan en una posición intermedia: afinidad entre las disposiciones heréticas o críticas que manifiestan los ocupantes de posiciones socialmente dominadas e intelectualmente dominantes y las rupturas críticas asociadas a la práctica científica, sobre todo en las ciencias sociales; afinidad entre las disposiciones del hombre de orden (¿es por azar que esas posiciones de orden les dejan semejante lugar a los hijos de funcionarios?), de ortodoxia, de adhesión derecha y de derecha a un mundo social tan evidentemente adecuado a las expectativas que parece obvio, y la negación inseparablemente burguesa y católica de la ciencia, de sus cuestiones y de sus cuestionamientos inquietantes, críticos, heréticos, que tan a menudo orienta a los científicos orgánicos –especialmente a los politécnicos– hacia las regiones del pensamiento en las que se confunden la física y la metafísica, la biología y el espiritismo, la arqueología y la teosofía.

Homólogo del campo del poder, el campo universitario tiene su propia lógica y los conflictos entre las fracciones de clase cambian completamente de sentido cuando revisten la forma específica de un "conflicto de las facultades" –para hablar en los términos de Kant–. Si los dos polos del campo uni-

versitario se oponen fundamentalmente según su grado de dependencia con respecto al campo del poder y a sus coerciones o a las incitaciones que éste propone o impone, las posiciones más heterónomas jamás son libres de las exigencias específicas de un campo oficialmente orientado hacia la producción y la reproducción del saber, y las posiciones más autónomas jamás se libran completamente de las necesidades externas de la reproducción social. Esta autonomía se afirma especialmente en la existencia de una segunda oposición, revelada por el análisis de las correspondencias y que reposa, en este caso, en los criterios puramente internos del éxito específico en el campo universitario, estableciendo, en el seno de cada uno de los sectores definidos por el primer factor, una oposición marcada, y fuertemente ligada a diferencias de origen social, entre quienes detentan las diferentes especies de capital específico y los otros. Así, a aquellos que, por ser frecuentemente de baja extracción y de provincias (es en este sector donde se encuentran también las mujeres), están del lado del poder inseguro, puesto que a menudo electivo, conferido por la participación en las comisiones del CNRS, y del poder puramente universitario sobre la reproducción del cuerpo que confiere la pertenencia al comité asesor de las universidades, se oponen quienes detentan las diferentes especies de capital específico, ya se trate del prestigio científico (con la medalla de oro del CNRS) o del prestigio intelectual, cuasi monopolizado por los profesores de las facultades de letras y ciencias humanas (con la publicación de sus obras traducidas y en colección de bolsillo, la participación en el comité de redacción de revistas científicas o intelectuales, la publicación de artículos en *Le Monde*, la aparición frecuente en la televisión). En efecto, estas diferencias en la realización universitaria (ligadas evidentemente a la edad) están tan estrechamente asociadas a diferencias sociales que parecen ser la retraducción, en la lógica propiamente universitaria, de las diferencias iniciales de capital incorporado (habitus) u objetivamente asociadas a orígenes sociales y geográficos diferentes, el resultado de la transformación de las ventajas heredadas en ventajas "merecidas" que se ha operado poco a poco, a lo largo de una trayectoria académica particularmente exitosa (como lo atestigua la consagración por medio del concurso general) y de una carrera universitaria completa, y especialmente en ocasión de cada una de las elecciones entre secciones, entre opciones, entre instituciones (con el paso por los establecimientos secundarios más prestigiosos, Louis-le-Grand y Henri IV) donde el espacio de los posibles se estrecha.

Al saber que las diferentes facultades se distribuyen de acuerdo con una estructura quiasmática, homóloga a la estructura del campo del poder, con, en un polo, las facultades científicamente dominantes pero socialmente do-

minadas, y, en el otro extremo, las facultades científicamente dominadas pero temporalmente dominantes, se comprende que la principal oposición concierne al lugar y a la significación que las diferentes categorías de profesores confieren en la práctica (y para empezar en su presupuesto-tiempo) a la actividad científica y a la idea misma que se hacen de la ciencia. Las palabras comunes, investigación, enseñanza, dirección de laboratorio, etc., encubren realidades profundamente diferentes, y sin duda son tanto más engañosas hoy que la difusión del modelo científico, bajo los efectos combinados de la moda y de las coerciones homogeneizadoras de la administración de la investigación, ha conducido al conjunto de los miembros de la enseñanza superior a rendir ese obligado homenaje a la ciencia que es el empleo de un lenguaje tomado en préstamo a las ciencias naturales para designar realidades a menudo muy alejadas de las cosas de la ciencia (pienso, por ejemplo, en la noción de laboratorio).[23]

> Así es como, sin siquiera hablar del derecho o de las disciplinas literarias más tradicionales en las que las palabras nuevas esconden mal, con mucha frecuencia, realidades antiguas, las facultades de medicina a menudo proponen bajo el nombre de investigación unas actividades muy alejadas de lo que se entiende con ese nombre en las facultades de ciencias. Por ejemplo, cierto profesor a quien se le pedía que dijese el tiempo que consagraba, entre otras cosas, a la investigación, podía responder: "Mucho menos, desgra-

23 No se terminaría nunca de inventariar las consecuencias –con frecuencia perjudiciales para el progreso real de la investigación– de la generalización del modelo de las ciencias naturales bajo el efecto conjugado del modelo organizacional y tecnológico de esas ciencias y de la lógica burocrática, que han llevado a un cuerpo de administradores de la investigación, dispuesto por su formación y por sus intereses específicos a una visión propiamente tecnocrática, a no conocer y a no reconocer otra cosa que los "proyectos" concebidos sobre el modelo de las ciencias naturales. Así es como se ha acumulado toda una serie de grandes empresas de enorme presupuesto que ponen en funcionamiento "tecnologías de punta" y dedican importantes contingentes de OS [*ouvrier spécialisé*] de la investigación a las tareas parcelarias que sólo pueden engendrar los programas salidos de la alianza de tecnócratas que lo ignoran todo acerca de las ciencias que pretenden gerenciar o incluso dirigir, y de investigadores suficientemente desposeídos como para aceptar dejarse imponer sus objetos y sus objetivos por una "demanda social" elaborada en el confuso *brain-storming* de los comités, comisiones y otras congregaciones de "responsables" científicos científicamente irresponsables.

ciadamente, porque no tengo mucho tiempo. La investigación es sobre todo un trabajo de dirección, de guiar a la gente, de conseguir créditos, de encontrar a los hombres, más que un trabajo propiamente dicho. No soy yo quien hace la investigación, yo ayudo a la gente a hacerla, pero no la hago personalmente o, en fin, relativamente poco, desgraciadamente". Y otro, también profesor en la Facultad de Medicina: "La investigación, no la hago yo mismo; dada mi edad, yo la dirijo, la superviso, la subvenciono, intento conseguir los fondos para subvencionarla, para la investigación; y la enseñanza, también la hago, estoy obligado a dar un mínimo de tres cursos por semana, de modo que también hago enseñanza en forma de cursos, y también bajo la forma de reuniones de servicio que hacemos por lo menos una vez por semana, donde se estudian los casos particularmente difíciles; eso forma parte a la vez de la investigación..., está a caballo a la vez entre la investigación, la enseñanza, y el cuidado de los enfermos". Todo permite suponer que en casos como éstos, que no tienen nada de particular, el patrocinante patrimonial, que sacrifica la investigación llamada personal a la búsqueda de medios de investigación para investigadores a los que sólo puede dirigir en el sentido burocrático del término en la medida en que está fuera de sus posibilidades dirigirlos en su trabajo científico, encuentra en la indiferenciación de los roles el medio de borronear las apariencias, para sí mismo y para los otros: toma por un rol de investigador un rol de director administrativo o de administrador científico.[24]

El trabajo de acumulación y de mantenimiento del capital social necesario para sostener una vasta clientela asegurándole los bene-

24 Lo mismo es verdad con respecto a los profesores de derecho y, en muchos casos, de letras. Los profesores de derecho especialmente identifican a menudo la investigación con trabajos *personales*, ligados a su enseñanza: "No ejerzo ninguna función en el orden de la investigación, de modo que la pregunta carece de propósito. [...] La investigación que se hace hacer en las condiciones actuales queda en una investigación puramente individual que se hace por cuenta y cargo propios. [...] No puedo disociar la enseñanza de la investigación. Toda actividad pedagógica implica una investigación y toda investigación desemboca obligatoriamente, en un momento u otro, en una actividad pedagógica. [...] Todo lo que hacemos, en condiciones muy malas, es inmediatamente absorbido por la pedagogía y nos falta completamente una distancia para preparar a largo plazo una investigación" (profesor de Derecho Público, París).

ficios sociales que se esperan de un "patrocinante" –participación en comités, en comisiones, en jurados, etc.–, supone un gran gasto de tiempo y entra por lo tanto en competencia con el trabajo científico, que es la condición (necesaria) de la acumulación y del mantenimiento del capital propiamente científico (él mismo siempre más o menos contaminado por los poderes estatutarios).[25] El éxito de esta empresa de acumulación supone asimismo el sentido de la ubicación –puesto que el valor de una clientela depende de la calidad de los clientes– y también habilidad, tacto; en una palabra, el sentido social que está sin duda particularmente ligado a la antigua pertenencia al medio y a la adquisición precoz de las informaciones y de las disposiciones adecuadas: es así como los patrocinantes esclarecidos debían saber practicar la tolerancia y el liberalismo, en todo caso conformes a la definición oficial de la institución, y sacrificar la homogeneidad política (o científica) de la clientela a su cualidad social y a su extensión (lo cual, como observa J. Nettelbeck, *op. cit.*, p. 44, posibilitaba, por ejemplo, que candidatos de izquierda accedieran a la condición de profesores, incluso por derecho).

Esta suerte de contaminación de la autoridad propiamente científica por la autoridad estatutaria fundada en lo arbitrario de la institución se encuentra en el principio mismo del funcionamiento de las facultades de derecho y de medicina (y también, desde luego, de las disciplinas literarias más cargadas socialmente). Ello se ve, para comenzar, en el hecho de que el rendimiento del capital social, heredado o adquirido en las interacciones universitarias, crece a medida que uno se aleja del polo de la investigación y por consiguiente, como lo atestigua el hecho de que contribuye cada vez más a determinar las trayectorias y por lo tanto las condiciones tácitas de acceso a las posiciones dominantes, entra cada vez en mayor medida en la composición de esa mixtura con tasa variable de justificaciones técnicas y de justificaciones sociales que hace a la competencia estatutaria del profesor. Es sabido que la existencia de grandes dinastías de juristas y de médicos, que suponen mucho más que una simple herencia profesional ligada a los efectos de la transmi-

25 Esto vale para el conjunto de las facultades, dado que el efecto de contaminación que el poder universitario ejerce sobre la representación de la autoridad específica es sin duda tanto mayor cuanto menos autónoma y formalizada es la competencia científica.

sión del capital cultural, no es en absoluto un mito. Pero, por otra parte, la elección del "patrocinante" influyente nunca es tan determinante como en las carreras médicas, donde el profesor es, de manera más evidente que en cualquier otra parte, un protector, encargado de asegurar la carrera de sus clientes, antes de ser un maestro, encargado de asegurar la formación científica o intelectual de sus alumnos o de sus discípulos.[26]

Lo que se revela a través de la lógica social del reclutamiento del cuerpo es también el derecho de entrada mejor escondido, y tal vez el más categóricamente exigido: el nepotismo no es solamente una estrategia de reproducción destinada a conservar en el linaje la posesión de una posición única; es una manera de conservar algo más esencial, que funda la existencia misma del grupo, es decir, la adhesión a la arbitrariedad cultural que se halla en el fundamento mismo del grupo, la *illusio* primordial sin la cual ya no habría juego ni nada en juego. La consideración expresa y explícita de los orígenes familiares no es sino la forma declarada de las estrategias de cooptación que se observan en los índices de adhesión a los valores del grupo y al valor del grupo (como la "convicción" o el "entusiasmo" invocados por los jurados de concursos), en los imponderables de la práctica, incluso las maneras y la compostura, para determinar quiénes son *dignos de entrar en el grupo*, de formar parte del grupo, de hacer el grupo. En efecto, el grupo no existe durablemente como tal, es decir, como algo que trasciende al conjunto de sus miembros, sino en la medida en que cada uno de sus miembros está dispuesto de tal manera que existe por y para el grupo o, más precisamente, conforme a los principios que se hallan en el fundamento de su existencia. Verdadero derecho de entrada en un grupo, lo que se llama el "espíritu de

26 En el caso del derecho, los candidatos al concurso de agregación son reclutados en un universo de familiares, doctorandos, encargados de los concursos complementarios, ayudantes, es decir, entre gente que ha sabido hacerse conocer (cf. J. Nettelbeck, *op. cit.*, p. 25). En el caso de la medicina, la protección de un patrocinante era una condición absoluta del éxito. Lo que hace que el concurso mismo fuera a menudo una simple ficción. Era por ejemplo el caso, según uno de los profesores interrogados, de la agregación: "Era un concurso, entre nosotros puedo decirlo, que nosotros no valorábamos para nada. Estimábamos que era una cosa que venía por añadidura, porque había que tener al jurado. Así que uno no competía si no tenía patrocinantes que fuesen susceptibles de formar parte del jurado. Entre un agregado y un cirujano de los hospitales que no era agregado, no había ninguna diferencia. [...] La agregación no era un título, o más bien era un título, pero no era un título difícil de conseguir" (profesor en la Facultad de Medicina, París).

cuerpo" (o en sus diferentes especificaciones, el "espíritu jurídico", "filosófico", "politécnico", etc.), es decir, esa forma visceral de reconocimiento de todo aquello que hace a la existencia del grupo, su identidad, su verdad, y que el grupo debe reproducir para reproducirse, se presenta como indefinible por el hecho de que es irreductible a las definiciones técnicas de la competencia oficialmente exigida para la entrada en el grupo. Y, si la herencia social desempeña un papel tan importante en la reproducción de todos los cuerpos que están de parte de la reproducción del orden social, es porque, como se ve en ocasión de las crisis que un cambio profundo de la composición social de los recién ingresados introduce, lo que estas especies de clubes altamente selectivos exigen se aprende menos por el aprendizaje académico que por experiencias anteriores y exteriores, y se encuentra inscrito en el cuerpo bajo la forma de disposiciones durables que son constitutivas de un ethos, de una hexis corporal, de un modo de expresión y de pensamiento y de todos esos "no sé qué" eminentemente corporales que se designan con el nombre de "espíritu".[27]

> Como he mostrado en otra parte, apoyándome en el análisis de informes de agregación, las operaciones de cooptación apuntan siempre a seleccionar "hombres", personas totales, habitus. He aquí un testimonio concerniente a la agregación de derecho: "Ningún programa definido: ni coeficientes, ni siquiera una notación obligatoria; se trata de juzgar a los hombres, no de sumar puntos. Es cosa de cada jurado determinar sus criterios y sus métodos. La experiencia muestra la virtud de este 'impresionismo', más seguro que el engañoso rigor de las cifras" (J. Rivero, "La formation et le recrutement des professeurs des facultés de droit françaises", *Doctrina, Revista de Derecho, Jurisprudencia y Administración* [Uruguay], t. 59, 1962, pp. 249-261. Jean Rivero era profesor titular de Derecho Administrativo y director de las conferencias de agregación de Derecho Público en la Facultad de Derecho de París). El recurso a

27 "Oh, a mi alrededor, hay médicos por todas partes en mi familia. Somos realmente una gran familia médica. Mi padre era médico; de los cuatro tíos que tenía, tres eran médicos. De los ocho primos que tengo, hay por lo menos cuatro o cinco que son médicos, no los he contado. Mi hermano no es médico, pero es dentista, es profesor en la École Dentaire de París. Realmente, cuando hay una comida familiar, *se parece a un consejo de la facultad*" (profesor en la Facultad de Medicina, París).

una cooptación fundada en la intuición global de la persona total nunca se impone de manera tan imperativa como en el caso de los profesores de medicina. En efecto, basta pensar en lo que hace al "gran cirujano" o al "gran patrocinante" del servicio hospitalario que debe ejercer, casi siempre con urgencia, un *arte* que, parecido al del jefe de guerra, implica el perfecto dominio de las condiciones de su ejercicio práctico, es decir, la combinación de dominio de sí y seguridad que es apropiada para atraer la confianza y la dedicación de los demás. Lo que la operación de cooptación debe revelar y la enseñanza debe transmitir o reforzar, en este caso, no es solamente un saber, un conjunto de conocimientos científicos, sino un saber hacer o, más exactamente, un arte de poner en práctica el saber, y de hacerlo a propósito, en la práctica, que es indisociable de una manera global de actuar, de un arte de vivir, de un habitus. Es lo que recuerdan los defensores de una medicina y de una enseñanza de la medicina puramente clínicas: "Era una enseñanza un poco escolástica [...]: se aprendía por pequeñas preguntas. En una cosa seria como la fiebre tifoidea, uno se preocupaba relativamente poco del problema puramente biológico. Desde luego, uno sabía que se debía al bacilo de Eberth pero, una vez que se sabía eso, era a grandes rasgos suficiente. La medicina que estudiábamos era una medicina de síntomas que nos ayudaba a hacer un diagnóstico; no era la medicina fisiopatológica cara a los norteamericanos, que es una cosa excelente, que hay que hacer [...]. Pero es una gran pena abandonar por esa medicina fisiopatológica la medicina clínica que era en la que éramos fuertes, que nos permitía hacer diagnósticos y que, en consecuencia, era una medicina esencialmente práctica." El externado de los hospitales era el lugar privilegiado de este aprendizaje "sobre la marcha", por obra de la familiarización o el ejemplo. Allí se formaba esa gran clase de los "buenos médicos medios" que "habían estado en contacto con los médicos, con los patrocinantes válidos", y que, sin ser, a semejanza de la elite de los internos, "médicos de primerísimo plano, extremadamente idóneos", "sabían su oficio". En ocasión del servicio de guardia, los externos podían tener la experiencia "de los síndromes que imponen una decisión urgente" y "ver con el interno la puesta en obra de los elementos del diagnóstico, los exámenes radiológicos, las vacilaciones, etc., la confrontación con el cirujano llamado a consulta [...] y en contacto con ellos era realmente tra-

bajar en la cosa..." (clínico, 1972). La demostración de saber hacer que daba el maestro no tenía gran cosa en común con la exposición didáctica del profesor, no requería las mismas competencias ni, sobre todo, la misma concepción del saber. Este aprendizaje completamente tradicional, cuasi artesanal, que se hacía poco a poco, exigía menos conocimientos teóricos que una inversión de toda la persona en una relación de entrega de sí al patrocinante o al interno y, a través de ellos, a la institución y al "arte médico" ("Y después, uno participaba en la intervención, ayudaba al interno como primero o como segundo, y estábamos contentos").

De este modo, la comparación saca a la luz diferencias que le ponen límites a ella misma. Y, de hecho, entre los clínicos y los matemáticos, o incluso entre los juristas y los sociólogos, hay toda la distancia entre dos modos de producción y de reproducción del saber y, en sentido más amplio, entre dos sistemas de valores y dos estilos de vida, o, si se quiere, entre dos maneras de concebir al hombre hecho y derecho. Miembro responsable y respetable de la elite, comprometido en un papel inseparablemente técnico y social que implica todo un conjunto de responsabilidades administrativas y políticas, el profesor de medicina a menudo debe su éxito, al menos tanto como a su capital cultural, a su capital social, a los lazos de nacimiento o de alianza; y también a disposiciones como la seriedad, el reconocimiento por los maestros y la respetabilidad en la conducta de la vida privada (testimoniada particularmente por el estatus social del conjunto y una abundante progenitura), la docilidad con respecto a disciplinas más que escolares de la preparación del concurso de internado ("Aprender de memoria y ser inteligente más tarde", dice un informante) o, incluso, la habilidad retórica, que valen sobre todo como garantías de la adhesión a valores y virtudes sociales.[28]

La importancia diferencial de la herencia profesional según las facultades y las disciplinas se explica (fuera de los efectos directos del nepotismo) si uno ve en ello una forma de *antigüedad en la profesión*, apropiada para hacer que –siendo igual todo lo demás, particularmente la edad– los agentes salidos del cuerpo posean una ventaja considerable en la competencia porque tienen en más alto grado ciertas propiedades exigidas explícita o tácitamente a los re-

28 Con frecuencia se ha puesto en evidencia la importancia de la retórica, incluso de la elocuencia, en los concursos de internado (cf. J. Hamburger, *Conseil aux étudiants en médecine de mon service*, París, Flammarion, 1963, pp. 9-10).

cién ingresados: en primer lugar, el capital simbólico asociado a un nombre propio y de especie tal que asegure, a la manera de una marca famosa en el caso de las empresas, una relación durable con una clientela adquirida de antemano; y en segundo lugar, el capital cultural específico cuya posesión constituye sin duda una carta de triunfo tanto más poderosa cuanto menos *objetivado, formalizado* esté el capital en vigor en el campo considerado, facultad o disciplina, y cuanto más se reduzca a las disposiciones y a la experiencia constitutivas de un *arte* que no puede adquirirse sino a la larga, y en primera persona.[29] El hecho de que el origen social de los profesores y la edad de acceso a la condición de profesor tiendan a descender cuando se va de las facultades de medicina y de derecho a las facultades de letras y sobre todo de ciencias (o que los profesores de ciencias económicas y los fundamentalistas sean más jóvenes y con menos frecuencia provengan del cuerpo que los juristas y los clínicos) se explica *en parte* por el hecho de que el grado al que los procedimientos y los procesos de producción y de adquisición del saber son objetivados en instrumentos, métodos, técnicas –en lugar de existir únicamente en el estado incorporado–, varía en el mismo sentido: los recién ingresados, y especialmente los que entre ellos están desprovistos de capital heredado, tienen posibilidades tanto más grandes y más precoces en la competencia con los antiguos, cuanto las capacidades y las disposiciones requeridas le hagan un mínimo lugar, así en la producción como en la reproducción del saber (en particular, en la adquisición de las capacidades productivas), a la experiencia en todas sus formas y al conocimiento intuitivo, fundado en un largo proceso de familiarización, y cuanto más formalizadas estén, y por ende más adecuadas para convertirse en el objeto de una transmisión y de una adquisición racional, es decir, universal.[30]

29 Todo permite suponer que esta relación entre el grado de objetivación del capital específico necesario para la producción y la comercialización de los productos y de las posibilidades diferenciales de los recién ingresados, y por lo tanto la fuerza de las barreras de entrada, se observa en todos los campos, comenzando por el campo económico propiamente dicho. (Así, no es casual que, en el seno del campo de producción cultural, es en el sector del teatro y especialmente del teatro burgués donde se encuentra, a lo largo de todo el siglo XIX, la más grande herencia profesional.)

30 No se puede explicar completamente la oposición entre una ciencia y un arte sin ver que las prácticas científicas están del lado de los procesos propiamente sociales de objetivación y de institucionalización: evidentemente se piensa en el rol de la escritura, como instrumento de ruptura con la inmediatez mimética del pensamiento librado a la oralidad, o en el rol de todos los simbolismos formales, especialmente los lógicos o matemáti-

Pero la oposición entre las dos *facultades*, entre las competencias científicas y la competencia social, vuelve a encontrarse también en el corazón de cada una de las facultades temporalmente dominantes (e incluso en el seno de la facultad de letras y de ciencias humanas que, desde este punto de vista, ocupa una posición intermedia). Es así como la Facultad de Medicina redespliega de alguna manera por sí sola la totalidad del espacio de las facultades (e incluso del campo del poder):[31] aunque no sea posible retener en unas cuantas frases todos sus aspectos, la oposición compleja y multidimensional entre los clínicos y los biólogos de las facultades de medicina (sin dejar de ser bastante diferentes en su pasado social y académico de la de los biólogos de las facultades de ciencias) puede describirse como la del *arte* orientado por una "experiencia" nutrida de ejemplos de los antiguos que se adquiere a la larga, en la atención de casos particulares, y de la *ciencia*, que no se contenta con los signos exteriores que sirven para fundar un diagnóstico sino que pretende aprehender causas generales.[32] Principio de dos concepciones totalmente diferentes de la práctica médica –la primera, que confiere el primado a la relación clínica entre el enfermo y el médico, al famoso "coloquio singular", base de toda defensa de la medicina "liberal"; la segunda, que privilegia el análisis de laboratorio y la investigación fundamental–, esa oposición se

cos, que empujan a su realización los efectos de la objetivación por escrito, substituyendo la intuición, aunque sea geométrica, por la lógica autónoma del simbolismo y su evidencia propia, "la evidencia ciega" según la expresión de Leibniz, que surge de los símbolos mismos (Leibniz la llamaba también *evidentia ex terminis*). Está claro que este progreso en la objetivación de los métodos de pensamiento se realiza siempre en y por formas sociales que ellos presuponen y que llevan a su realización (siendo la dialéctica, por ejemplo, de la que surge la lógica, indisociable de la discusión institucionalizada, suerte de justa entre dos adversarios en presencia de un público); y se podrían distinguir las disciplinas según el grado de racionalización y de formalización de las formas de comunicación que ellas emplean.

31 Sobre el mismo modelo se podrían describir las relaciones entre el derecho y las ciencias económicas, tal como se establecieron al término de un proceso de autonomización que arrancó a las ciencias económicas del estatuto de las disciplinas auxiliares (cf. L. Le Van-Lemesle, "L'économie politique à la conquête d'une légitimité (1896-1937)", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 1983, 47-48, pp. 113-117).

32 Esta oposición es completamente homóloga de la que se establece, en otro campo, entre el ingeniero y el arquitecto: en este caso, el hombre de arte puede invocar las necesidades imprescriptibles del arte (y secundariamente del arte de vivir, es decir del "Hombre") contra las coerciones inhumanas y antiestéticas de la técnica.

complica debido a que el arte y la ciencia cambian de sentido y de valor según se les haga jugar un rol directivo o subordinado. Los clínicos se adecuarían bien a una investigación directamente prescrita según sus exigencias, y los imperativos de la rentabilidad económica han sido invocados para encerrar o mantener a los fundamentalistas en una función puramente técnica de investigación aplicada, que consiste esencialmente en poner en marcha, a solicitud de los clínicos, métodos probados de análisis, más que en buscar métodos nuevos y en plantear problemas *a largo plazo*, a menudo indiferentes e inaccesibles para los clínicos. En cuanto a los fundamentalistas, hasta allí socialmente dominados, los que entre ellos están mejor situados para reivindicar la autoridad de la ciencia (es decir, más los especialistas en biología molecular, en ascensión, que los anatomistas, en declinación) tienden cada vez más a afirmar, en nombre de los progresos de la terapéutica aportados por la ciencia, los derechos de una investigación fundamental totalmente liberada de las funciones de puro servicio técnico y, fuertes del prestigio de su disciplina científica, se hacen defensores de una medicina moderna, liberada de las rutinas que a sus ojos encubren la visión "clínica" y la ideología del "coloquio singular". En esta lucha, los fundamentalistas parecen tener de su parte el porvenir, es decir, la ciencia, y, en efecto, los más prestigiosos entre ellos, que hasta los más apegados a la antigua imagen de la medicina ellos mismos sitúan por encima de los clínicos ordinarios, vienen a cuestionar la representación hasta entonces perfectamente unificada y simplemente jerarquizada del cuerpo profesoral.

Los fundamentalistas presentan propiedades sociales y académicas que los sitúan entre los profesores de ciencias y los clínicos. Así, aunque sean muy semejantes a las otras categorías de profesores de medicina en cuanto a la generación de los padres (dejando de lado una representación ligeramente superior de los hijos de la pequeña burguesía), parecen más cercanos a los científicos en cuanto a la generación de los abuelos: las chances de pertenecer a una familia cuya antigüedad en la burguesía, medida por la profesión del abuelo paterno, es de al menos dos generaciones, son de 22% solamente para los fundamentalistas, contra 42,5% para los clínicos, 54,5% para los cirujanos (y 33% para el conjunto de los profesores de medicina) y de 20% entre los profesores de ciencias, provenientes, sin duda, de familias menos antiguas y menos acomodadas, los fundamentalistas que, a diferencia de los clínicos y de los cirujanos, no se benefician de dos fuentes de ingresos, el trata-

miento y la clientela, residen con mucho menos frecuencia en los barrios elegantes, con mucho menor frecuencia están inscritos en el *Who's who* y sobre todo en el *Bottin Mondain* –y es notable que, como los científicos, incluyen una porción relativamente importante de judíos–. Estas diferencias sociales son suficientes, en un universo socialmente muy homogéneo y muy preocupado por su homogeneidad, para fundar dos grupos socialmente distintos y antagónicos, como lo testimonia entre otros índices el hecho de que la mayor parte de los informantes, y sin duda el conjunto de los profesores, parecen subestimar esas diferencias: "El que está un poquito loco se dedica a la investigación: son los jóvenes salidos de medios pobres los que van hacia la investigación, en lugar de preocuparse por hacer lo que se llama una buena carrera" (entrevista, fundamentalista, 1972). Todo parece indicar, en cualquier caso, que esas diferencias se traducen en oposiciones políticas: se sitúan los fundamentalistas más bien a la izquierda mientras que los clínicos y sobre todo los cirujanos, cuyo prestigio propiamente científico es débil –aunque fluctúe en función de la opinión del gran público, con el éxito de los trasplantes, por ejemplo– y que son la punta de lanza de todos los movimientos de conservación, se alinean más bien a la derecha (estas dos categorías parecen estar masivamente suscritas al Sindicato Autónomo creado en mayo de 1968, a partir del modelo de las facultades de letras y de ciencias, y que detenta todas las posiciones de poder administrativo).

Sin duda esta oposición, que puede recibir contenidos diferentes según los campos, constituye una invariante de los campos de producción cultural, de los que el campo religioso provee el paradigma con la oposición de la ortodoxia y la herejía. Así como, en el seno de las facultades de letras y de ciencias humanas, veremos oponerse la ortodoxia de los profesores canónicos, pasados por la vía regia de los concursos, y la herejía temperada de los investigadores y de los profesores marginales u originales, a menudo arribados a la consagración por caminos transversales, del mismo modo en el seno de las facultades de medicina se puede distinguir, por un lado, a los defensores de un orden médico inseparable de un orden social, y fundado en el concurso y los ritos de consagración adecuados para asegurar la reproducción del cuerpo, y por otro, a los innovadores heréticos que, como los inspiradores de la reforma de los estudios médicos, han llegado por caminos indirectos, vale decir, con frecuencia, del extranjero (particularmente, los Estados Unidos) y

que, a falta de poseer títulos sociales que les abran el acceso a las posiciones socialmente dominantes, han encontrado en instituciones marginales, más o menos prestigiosas, Museo [Muséum National d'Histoire Naturelle], Facultad de Ciencias, Instituto Pasteur, Collège de France, la posibilidad de proseguir una carrera de investigadores más exitosa científica que socialmente.[33] Esta suerte de antinomia entre la ciencia y la respetabilidad social, entre la carrera marginal y arriesgada del investigador y la trayectoria más asegurada pero también más limitada del profesor, remite a diferencias inscritas en la objetividad de las posiciones institucionales, a su dependencia o su independencia con respecto a los poderes temporales, y también a diferencias en las disposiciones de los agentes, más o menos inclinados o condenados a la conformidad o a la ruptura, inseparablemente científica y social, a la sumisión o a la transgresión, a la gestión de la ciencia establecida o a la renovación crítica de la ortodoxia científica.

COMPETENCIA CIENTÍFICA Y COMPETENCIA SOCIAL

Se habrá reconocido, en las diferentes formas de la oposición entre las facultades (o las disciplinas) temporalmente dominantes y las facultades (o las disciplinas) más encaminadas hacia la investigación científica, la distinción que hacía Kant entre dos clases de facultades: por un lado, las tres "facultades superiores" (temporalmente), es decir, la facultad de teología, la de derecho y la de medicina, que, siendo capaces de proporcionar al gobierno "la influencia más fuerte y más perdurable sobre el pueblo", son las más directamente controladas por él, las menos autónomas respecto de él, al mismo tiempo que las más directamente encargadas de formar y controlar los usos prácticos y a los usuarios ordinarios del saber, sacerdotes, jueces, médicos; por el otro, la "facultad inferior" que, no teniendo ninguna eficacia temporal, es abandonada "a la razón propia del pueblo docto", es decir, a sus propias leyes, ya se

33 No hace falta decir los efectos propiamente científicos de la jerarquía que se establece entre las cátedras, y que consagra a ciertas cátedras fundamentales (como la de Bacteriología) a constituir simples posiciones de espera antes del acceso a una cátedra más prestigiosa de clínica (sobre todos estos puntos, se podrá leer el hermoso estudio de H. Jamous, *Contribution à une sociologie de la décision. La réforme des études médicales et des études hospitalières*, París, CES, 1967).

trate de la ciencia histórica y empírica (historia, geografía, gramática, etc.) o de la ciencia racional pura (matemática pura o filosofía pura). Por el lado de aquello que, siempre según Kant, constituye "de alguna manera la derecha del parlamento de la ciencia", la autoridad; por el lado de la izquierda, la libertad de examinar y objetivar:[34] las facultades dominantes en el orden político tienen como función formar agentes de ejecución capaces de aplicar las técnicas y las recetas de una ciencia que ellas no pretenden producir ni transformar sin discutirlas ni ponerlas en duda dentro de los límites de las leyes de un orden social determinado; por el contrario, las facultades dominantes en el orden cultural están consagradas a arrogarse, por las necesidades de la construcción de los fundamentos racionales de la ciencia, que las otras facultades se contentan con inculcar y aplicar, una libertad que les está prohibida a las actividades de ejecución, por muy respetables que sean en el orden temporal de la práctica.

La competencia del médico o del jurista es una competencia técnica jurídicamente garantizada, que otorga autoridad y autorización para servirse de saberes más o menos científicos: la subordinación de los fundamentalistas a los clínicos expresa esta subordinación de la ciencia a un poder social, que le asigna sus funciones y sus límites. Y la operación que realizan las facultades superiores, en el sentido de Kant, resulta por una parte en magia social, que, como en los ritos iniciáticos, tiende a consagrar inseparablemente competencias sociales y competencias técnicas. La genealogía de la idea de clínica que ha establecido Michel Foucault pone a la luz esta doble dimensión, técnica y social, de la competencia médica; describe la institución progresiva de la necesidad social que funda la importancia social de los profesores de medicina y distingue su arte de todas las competencias técnicas que no confieren ninguna autoridad social particular (como la de ingeniero). La medicina es una ciencia práctica cuya verdad y cuyo éxito interesan a la nación entera, y la clínica "figura como una estructura esencial en la coherencia científica, pero también en la utilidad social" del orden médico, "punto de contacto en el que el arte de curar reingresa en el orden civil" (como decía un reformador del pasado).[35] Y

34 Cf. E. Kant, *Le conflit des facultés*, París, Vrin, 1953, pp. 14-15, 28 y 37 [*El conflicto de las facultades*, Madrid, Alianza, 2003]. La validez parcial de la descripción kantiana plantea la cuestión de las invariancias del campo universitario e invita a una comparación metódica de las diferentes tradiciones nacionales en las diferentes épocas.

35 Citado por M. Foucault, *Naissance de la clinique. Une archéologie du regard médical*, París, PUF, 1963 [*El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1999].

se podría mostrar, con la misma lógica, que el ejercicio mismo del acto clínico implica una forma de violencia simbólica. Sistema de esquemas de percepción más o menos formalizados y codificados, que está más o menos completamente incorporado por los agentes médicos, la competencia clínica no puede funcionar en la práctica, es decir, aplicarse adecuadamente al caso particular –en una operación análoga a lo que es el acto de jurisprudencia del juez–, sino apoyándose en índices que le proporcionan los pacientes, índices corporales (como las inflamaciones o el arrebol) e índices verbales (como la información sobre la frecuencia, la duración y la localización de los índices corporales visibles, o sobre la frecuencia y la duración de los dolores, etc.) que, en su mayoría, deben ser *suscitados por la encuesta médica.* Pero ese trabajo de producción de los síntomas que conduce al diagnóstico (acertado o falso) se realiza, como bien muestran los análisis de Aaron Cicourel, en una relación social asimétrica en la que el experto está en posición de imponer sus propios presupuestos cognitivos sobre los índices entregados por el paciente, sin tener que plantear la cuestión del desfase, generador de malentendidos y de errores de diagnóstico, entre los presupuestos tácitos del paciente y sus propios presupuestos explícitos o implícitos en lo que concierne a los signos clínicos, y al mismo tiempo, sin plantear como tal el problema, fundamental, de la *traducción del discurso clínico espontáneo* del paciente al discurso clínico codificado de la medicina (con, por ejemplo, el paso del rubor mostrado con el dedo a la inflamación). Otra pregunta evidentemente reprimida es la de los efectos cognitivos del tiempo de adquisición de la información, puesto que es posible que la falta de experiencia y sobre todo la precipitación o la prevención (con las *leading questions*) impuestas por la urgencia desemboquen en una limitación del repertorio cognitivo del experto (las preguntas no planteadas) o de la aptitud para movilizar ese repertorio.

De manera general, el progreso, en el seno de cada facultad, de las disciplinas científicas, corresponde a la sustitución de una necesidad social científicamente arbitraria (un arbitrario cultural) por una necesidad científica socialmente arbitraria.[36] Aunque tiende a asignársele a la ciencia un reconocimiento social y, por lo tanto, una eficacia social que van creciendo a me-

36 No es casualidad que la Facultad de Derecho haya sido tan lenta en renunciar a los signos exteriores de la autoridad estatutaria, como el armiño y la toga, instrumentos indispensables del *trabajo de representación* y de puesta en escena de la autoridad de los textos y de sus intérpretes, que forman parte integrante del ejercicio mismo de la función, es decir, del acto de producir derecho.

dida que los valores científicos son más ampliamente reconocidos (especialmente bajo el efecto de los cambios tecnológicos y de la acción del sistema de enseñanza), ella no puede recibir su fuerza social sino del exterior, en la forma de una autoridad delegada que puede encontrar en la necesidad científica, que ella funda socialmente, una legitimación de su arbitrariedad social. Pero esta autoridad estatutaria puede mantener la misma relación de legitimación circular con un arte, como la clínica, o con una tradición docta, como la teología, el derecho, o incluso la historia de la literatura o de la filosofía, cuya necesidad, fundamentalmente social, reposa en último análisis en una "opinión común de los doctores", ella misma arraigada no en la mera necesidad racional de la coherencia y de la compatibilidad con los hechos, sino en la necesidad social de un sistema de disposiciones objetivamente orquestadas y de la arbitrariedad más o menos objetivada y codificada en el que se expresa. Es sabido que las construcciones ideológicas que individuos o grupos artísticos o políticos pueden producir para dar a sus "elecciones", en los dominios más diversos, políticos, estéticos, éticos, la apariencia de la coherencia, se presentan de hecho como combinaciones de elementos lógicamente dispares que no se sostienen juntos sino por la fuerza integradora de las disposiciones o de las posiciones comunes; al punto de que disciplinas que, como la historia de la filosofía, del arte o de la literatura, tratan como si fuesen autónomas unas construcciones que no tienen en sí mismas ni toda su razón ni toda su razón de ser, o que, como la filosofía del derecho, la estética o la ética, tienden a dar por fundado en la unidad de la razón aquello que reposa de hecho en la unidad de la creencia o, en una palabra, en la *ortodoxia* de un grupo, redoblando simplemente el efecto propio de esas construcciones, que reside precisamente en la ilusión de la génesis puramente racional y libre de toda determinación.[37]

Y si el espacio ganado por todo aquello que puede asegurar la cohesión social del grupo de los doctores, y especialmente todas las formas de cooptación (cuyo extremo es el nepotismo) destinadas a asegurar la homogeneidad duradera de los habitus, tiende a crecer cuando se va de los físicos o los matemáticos a los clínicos o a los juristas, sin duda se debe, por una parte, a que la necesidad de fundar en la unidad social del grupo la unidad intelectual de

37 Una parte importante de los trabajos llamados de teoría, en materia de filosofía, de literatura o de derecho, consiste en intentar fundar en la razón nociones tipo *-ismo* (marxismo, naturalismo o liberalismo) que, como se verá a continuación para el estructuralismo, están principalmente, si no exclusivamente, fundadas en la necesidad social.

la *communis doctorum opinio* se impone tanto más fuertemente cuanto más incierta es la coherencia propiamente científica y cuanto mayor es la *responsabilidad social* del cuerpo:[38] como se puede ver particularmente bien en el caso de los juristas, un cuerpo de "responsables" no puede –sin comprometer su capital de autoridad– presentarse en orden disperso, a la manera de los intelectuales, y así como debe hacer desaparecer de la "razón escrita" las contradicciones que son las huellas visibles de los conflictos de los que resulta y las preguntas que conducirían al descubrimiento de sus verdaderas funciones, debe apartar preventivamente a todos aquellos que podrían amenazar el orden del cuerpo de los guardianes del orden.

Habría que examinar aquí los contratos tácitos de delegación que fundan la autoridad de las diferentes facultades, asignando a su libertad unos límites tanto más estrictos cuanto más importante es la responsabilidad social que se les asigna; y analizar las representaciones que los usuarios privilegiados de las instituciones de enseñanza –es decir, los miembros de la clase dominante– se fraguan de las funciones de esas instituciones. Como claramente muestra el análisis de las respuestas a la consulta nacional sobre la enseñanza de 1969, la propensión a privilegiar las funciones sociales de la universidad con respecto a las funciones propiamente científicas, a conceder, por ejemplo, el primado –por sobre el avance del conocimiento científico– a la "formación de los cuadros de la nación", crece a medida que se va de los miembros de las fracciones dominadas a los miembros de las fracciones dominantes; y lo mismo ocurre cuando se va de los profesores de las facultades de ciencias a los profesores de las facultades de derecho y de medicina. De suerte tal que la *coincidencia* de las funciones que los profesores confieren a su acción pedagógica y de las que los destinatarios privilegiados de esa acción le asignan tiende a crecer en el mismo sentido (y al mismo tiempo crece la improbabilidad de una suerte de

38 Se puede ver que la naturaleza particular de su objeto, que ella tiene en común, en su definición fenoménica, con las disciplinas jurídicas, coloca a la sociología en una posición completamente especial: si llega a ocurrir que la opinión de los doctores tome en ella la forma de una ortodoxia, tal ortodoxia está con mucha frecuencia sujeta a la más extrema dispersión debido a la ausencia en el ingreso de fuertes controles académicos, y sobre todo sociales y a la diversidad correlativa de los orígenes sociales y académicos de aquellos que la producen.

> secesión al término de la cual los profesores pondrían en juego su autonomía relativa para satisfacer sus propios intereses). La sospecha que las fracciones dominantes experimentan siempre, y a veces manifiestan, sobre todo en el período que sigue a 1968, con respecto a las facultades, lugar de "corrupción de la juventud", se dirige sobre todo a las facultades de letras y de ciencias humanas, y, de manera secundaria, a las facultades de ciencias, mucho menos "seguras" que las *grandes écoles*, en razón de los efectos de "contaminación", como decía un director de empresa en una entrevista. Como si se estuviese listo para romper el contrato de delegación desde el momento en que aparece la posibilidad de que el cumplimiento de las funciones técnicas de formación laboral amenace o comprometa el cumplimiento de las funciones sociales.

Se llega a comprender mejor, a la luz de estos análisis, la verdadera significación de las diferencias políticas entre las facultades que puede establecerse sobre la base de las informaciones publicadas o directamente recopiladas entre una fracción (muy variable según las facultades) de los profesores. Con frecuencia ajenos a la política, y en todo caso poco propensos a tomar posición públicamente en estos asuntos, los profesores de ciencias (por lo demás poco sindicados) parecen inclinarse ligeramente hacia la izquierda. Contrariamente a la representación común, los profesores de las facultades de letras y de ciencias humanas se sitúan sin duda, globalmente, menos a la izquierda que los profesores de ciencias, es decir, con más frecuencia a la centroderecha o a la derecha, que a la izquierda. Y eso es así a pesar de que en las tomas de posición públicas (como los petitorios o las listas de apoyo), la minoría de izquierda está mucho más fuertemente representada, y por lo tanto es mucho más visible (*a fortiori* si se reintroduce el conjunto del cuerpo docente, ayudantes y jefes de ayudantes incluidos), lo cual se comprende si uno sabe que la incitación social a declararse públicamente sobre los problemas políticos es tanto más fuerte, en este estadio de la historia del campo intelectual, cuanto más cerca del polo "intelectual" del campo universitario, y por lo tanto más a la izquierda, se sitúe uno. Con frecuencia inclinados a la indiferencia política de aquellos para quienes el orden social es algo que se da por sentado, y poco dados a la incongruencia de las manifestaciones públicas, los profesores de medicina, fundamentalistas excluidos, se sitúan casi todos en el centro o a la derecha. En cuanto a los profesores de derecho, más fuertemente implicados en la política que los profesores de medicina, pero sin duda menos masivamente concentrados a la derecha, son muy poco propen-

sos a tomar públicamente posición sobre los problemas políticos, más aún tal vez si pertenecen a la minoría de izquierda.[39]

Este análisis supone e introduce una reflexión sobre aquello que hay que entender como la opinión política de un agente y sobre las condiciones de su captación y de su medición, es decir, sobre la relación entre la opinión política que se puede llamar privada (la que se declara entre íntimos o en la soledad del cuarto oscuro o gabinete electoral) y la opinión política pública. Se sabe, y se lo ha podido verificar interrogando a informantes (sus estudiantes u otros profesores) sobre las opiniones políticas de tal o cual conjunto de profesores, que las opiniones sobre las opiniones políticas de los demás varían, hasta cierto límite, en función de las opiniones políticas de los "jueces" (y por lo tanto, de los sistemas de criterios explícitos o implícitos que se emplean para distribuir a los agentes entre la derecha y la izquierda y sobre los cuales no hay acuerdo entre la derecha y la izquierda), pero también según la definición, muy a menudo implícita, de la opinión política "verdadera", "auténtica", es decir, en realidad, de las condiciones en las cuales dicha opinión se manifiesta "verdaderamente".[40] De hecho, si se admite que la opinión política es la que adopta una expresión visible (se-

39 En el comité universitario de apoyo a la candidatura de Valéry Giscard d'Estaing (*Le Quotidien de Paris*, 17 de mayo de 1974), los profesores de medicina, y de derecho y ciencias económicas, están muy fuertemente representados, sobre todo en París: repectivamente 28 y 18 sobre 64 (contra 10 en letras y ninguno en ciencias), en París, y 18 y 14 sobre 47 (contra 8 en letras y 7 en ciencias), en provincias (en París, se cuentan por otra parte 5 miembros del Instituto, 1 profesor en el CNAM [Conservatoire National de Arts et Métiers, Escuela Superior Francesa de Ingenieros]). Las diferentes listas de apoyo a François Mitterrand no permiten un análisis tan preciso debido a que los títulos, cuando se los indica, son demasiado vagos. Pero las facultades de letras y de ciencias están muy fuertemente representadas.

40 Cuando se consideran las tomas de posición públicas como más "verdaderas" –o "sinceras"– que las opiniones privadas (las confidencias a los íntimos, por ejemplo), se olvida todo lo que las manifestaciones públicas pueden tener de *obligado*, de forzado incluso –sin ser, sin embargo, necesariamente menos "sinceras"– cuando, por ejemplo, forman parte de un rol que hay que mantener, de una identidad social a defender, etc. En la misma perspectiva, se podría analizar la influencia que la opinión común en lo concerniente a la opinión "verdadera" de un agente –"X es de izquierda"– puede ejercer, en diversas circunstancias, sobre las tomas de posición públicas, ya que estas últimas pueden tener como principio la intención de confirmar o de desmentir tal opinión.

gún la fórmula platónica: "opinar es hablar"), se puede ver que, en tanto tal, la opinión política se definirá en la relación entre las disposiciones éticas o las inclinaciones propiamente políticas y el mercado en el cual debe ofrecerse. Casi siempre se ignoran las variaciones que resultan del efecto de mercado (del que el efecto de encuesta, variable según las características sociales del encuestado, es uno de los aspectos) y, especialmente, para un determinado grupo, la distancia entre las tendencias que se desprenden de las opiniones privadas, enunciadas a modo de confidencia entre íntimos o, en la relación de encuesta, a cubierto por el anonimato y a costa de diferentes formas de eufemización (poniendo "centro" por "derecha", por ejemplo), y las que se extraen de las opiniones profesadas públicamente, de los manifiestos y manifestaciones, y que son de naturaleza tal que se imponen como lo normal o la norma del grupo, como la opinión modal y a la moda, a la que uno se siente obligado a adecuarse, aunque sea por obra del silencio o el secreto. Prestar atención a esa distancia es indispensable para evitar imputar a súbitos virajes o conversiones bruscas unas tomas de posición que, como las tomas de partido de los tiempos de crisis, ligadas a un generalizado fortalecimiento de la tendencia a la publicación de las opiniones, pueden imputarse en parte a efectos de mercado.[41]

El análisis de una muestra aleatoria de los miembros del Sindicato Nacional de la Enseñanza Superior, en 1969, establece que, para los profesores de ciencias, de letras, de medicina y de derecho respectivamente, las tasas de inscripción son de 15, 30, 6 (casi todos reclutados entre los fundamentalistas) y 1%. Las tasas de participación varían en el Sindicato Autónomo, más a la derecha, en sentido sin duda inverso. (En mayo de 1983, los docentes afiliados al SNESup [Syndicat National de l'Enseignement Supérieur] se reparten así entre las diferentes facultades: Derecho, 1,2%; Medicina, 3% y Farmacia, 1,2%; Letras, 26,1%, de ellos 1,9% en sociología, 1,1 en ciencias de la educación, 1,3 en psicología, 1,9 en filosofía, 4,8 en literatura,

41 El error de percepción que hace aparecer a los profesores de facultades de letras como globalmente de izquierda permite a los profesores de esas facultades aparecer y aparecerse como heréticos más o menos heroicos –relativamente raros, al menos antes de 1968– que se declaran públicamente de derecha, mientras que, como puede verse en Mayo de 1968, tienen de su parte, excepto por la desaprobación que suscitan las tomas de posición política y los compromisos periodísticos, a la gran mayoría de sus colegas.

> 2,7 en historia, 2,5 en geografía, 1,6 en lingüística, 7,8 en lenguas; Ciencias, 56,3%, entre ellos 16 en matemática, 16,4 en física, 1,6 en geología, 7,1 en química, 15,2 en biología y 1 en ingeniería mecánica y en ingeniería civil.) Nuestro análisis de los resultados de la consulta nacional de la AEERS [Association d'Étude pour l'Expansion de la Recherche Scientifique], de 1969, permite incluso arriesgar, a pesar de los límites inherentes a toda muestra espontánea, que las tomas de posición de los profesores de las diferentes facultades sobre el sistema de enseñanza, ya se trate por ejemplo de la introducción de las libertades sindicales o políticas en la universidad o de la transformación del sistema de reclutamiento de los profesores, son también ellas estrictamente homólogas a las posiciones de su facultad dentro del sistema de las instituciones de enseñanza superior (entendiéndose que las opiniones sobre el sistema universitario y sus transformaciones no están nunca determinadas por el origen social y se definen en la relación entre una disposición y una posición: es así como los "milagrados", que todo se lo deben al sistema, están, siendo todo lo demás igual, entre los defensores más intratables del sistema y de sus jerarquías).

La oposición que Kant establecía entre las dos categorías de facultades –las primeras sometidas al orden temporal al que ellas sirven, las segundas liberadas de todas las disciplinas y de todos los límites mundanos– encuentra su realización y su límite en la relación entre las disciplinas jurídicas y las ciencias sociales, que, al introducir la libertad, e incluso la responsabilidad característica de las facultades temporalmente inferiores en el terreno reservado a las facultades superiores, han llegado poco a poco a disputarles el monopolio del pensamiento y del discurso legítimo sobre el mundo social: de un lado, una ciencia de orden y de poder, que aspira a la racionalización, al doble sentido, del orden establecido; del otro, una ciencia del orden y del poder, que no aspira a poner en orden las cosas públicas, sino a pensarlas como tales, a pensar lo que es el orden social, el Estado, reduciendo el orden y el Estado establecidos, por obra de la comparación histórica o la variación imaginaria, a un simple caso particular en el universo de las posibilidades realizadas o realizables.[42]

42 Una oposición de forma análoga se observa, en el seno mismo de las facultades de letras, entre la sociología y las disciplinas canónicas a las que ella puede tomar como objeto (sociología de la educación) o cuyo objeto puede adoptar (sociología del arte, de la literatura o de la filosofía).

Operación menos anodina de lo que pueda parecer, ya que supone una puesta en suspenso de la adhesión ordinaria al estado de las cosas, que, para los guardianes del orden, es ya una ruptura crítica, incluso un testimonio de irresponsabilidad.

3. Especies de capital y formas de poder

De ningún modo hay que renunciar a la Academia; precisamente voy a almorzar, en quince días, para después ir con él a una sesión importante en lo de Leroy-Beaulieu, sin el cual no es posible hacer una elección; yo ya había dejado caer el nombre de usted, que naturalmente él conocía a las mil maravillas. Había manifestado ciertas objeciones. Pero resulta que tiene necesidad del apoyo de mi grupo para la próxima elección, y tengo la intención de volver a la carga; le diré muy francamente los lazos que nos unen, no le ocultaré que, si se presentara, yo les pediría a todos mis amigos que votaran por usted [...] y él sabe que tengo amigos. Estimo que, si lograra asegurarme su colaboración, tendría usted posibilidades muy serias.
M. PROUST, *En busca del tiempo perdido*

Debido a su posición en el espacio de las facultades, entre el polo "mundano", representado por las facultades de derecho y de medicina, y el polo "científico", representado por las facultades de ciencias, las facultades de letras (de 1967) son sin duda el sitio privilegiado para observar la lucha entre las dos especies de poderes universitarios que, en los dos polos del campo, tienden a imponerse casi exclusivamente. En el caso de medicina, así como en derecho, el predominio del poder universitario, fundado en el cúmulo de posiciones que permiten controlar otras posiciones y a sus ocupantes, está tan afirmado que los investigadores puros, es decir los fundamentalistas, aparecen un poco "desplazados" y resultan remitidos a otro orden, el de las facultades de ciencias, donde por otra parte son menos reconocidos, salvo excepciones, que los científicos puros; en el caso de las facultades de ciencias, a la inversa, el prestigio científico, fundado en la inversión exitosa en la actividad excluyente de la investigación, tiende a hacer aparecer como sustituto compensatorio el poder dominado que, en el lugar mismo del no poder, ejercen los rectores, decanos y otros administradores científicos (aun-

que siempre se pueda oponer algunos casos de administradores reconocidos científicamente).

Lo propio de la facultad de letras y ciencias humanas reside en que las relaciones entre los diferentes principios de jerarquización están allí más equilibradas. En efecto, por un lado, participa del campo científico, y por lo tanto de la lógica de la investigación y del campo intelectual[1] –con la consecuencia de que la notoriedad intelectual constituye la única especie de capital y de beneficio que le pertenece como propia–, y por el otro, en tanto institución encargada de transmitir la cultura legítima e investida por ello de una función social de consagración y de conservación, es el lugar de poderes propiamente sociales que, con las mismas credenciales que las de los profesores de derecho y de medicina, participa de las estructuras más fundamentales del orden social. En una palabra, se divide según el mismo principio de acuerdo con el cual se organiza el espacio de las facultades en su conjunto: la oposición entre los agentes y las instituciones que están orientadas sobre todo a la investigación y a lo que está en juego en el plano científico, o al campo intelectual y a las cuestiones en juego propiamente culturales, y aquellos que se orientan más a la reproducción del orden cultural y del cuerpo de los reproductores y a los intereses asociados al ejercicio de un poder temporal en el orden cultural; se homologa de este modo a aquella que se establece en el seno del campo universitario en su conjunto entre las facultades dominantes en el orden cultural y las facultades dominantes en el orden propiamente temporal.

Se podrá así observar y describir, en esta escala más restringida, las relaciones entre la estructura del espacio de las posiciones constitutivas de ese campo y las luchas que apuntan a mantener o a subvertir esa estructura, es decir, entre la clasificación "objetiva", construida tomando como criterio el conjunto de las propiedades puestas en juego dentro del campo, y la lucha de las clasificaciones que apunta a conservar o a transformar esa clasificación conservando o transformando la jerarquía de los criterios de clasificación.[2]

1 Sin duda tanto más cuanto que, favorecida por la expansión del cuerpo docente, ha absorbido a un gran número de escritores, de escritores-periodistas y de periodistas-escritores.

2 Las facultades que, en un primer nivel, podían ser tratadas como conjuntos homogéneos desde el punto de vista de sus relaciones objetivas de competencia, pueden así, sin contradicciones, aparecer en otro nivel de análisis como campos que son ellos mismos el sitio de diferencias de diferentes órdenes.

Admitiendo que, debido a la organización fuertemente jerarquizada y centralizada de la universidad francesa, los profesores de letras y de ciencias humanas más "poderosos" debían, con ciertas excepciones, pertenecer a las facultades parisinas, se ha retenido como población de partida de la encuesta sobre el poder el conjunto de los profesores titulares de las grandes instituciones parisinas de enseñanza superior en 1967: Collège de France (excluyendo a los científicos), Sorbona, Facultad de Nanterre, École Pratique des Hautes Études (EPHE) (secciones IV^a^, V^a^ y VI^a^), École des Arts et Métiers, École des Langues Orientales y École des Chartes (lo cual conduce a excluir a los intelectuales "libres" o que sustentan posiciones extrauniversitarias –Lacan, por ejemplo–). Establecimientos como el Muséum d'Histoire Naturelle, el Observatoire, el Bureau des Longitudes, el INRA [Institut National de la Recherche Agronomique], el Palais de la Découverte se hallan excluidos debido a que no cuentan con profesores titulares de letras o de ciencias humanas. En la École des Chartes (dotada de un cuerpo profesoral muy restringido) y en la École des Langues Orientales, sólo un profesor (que enseñaba por otra parte en la EPHE) poseía las propiedades requeridas (de las que se encontrará la definición más abajo). La Facultad de Nanterre, que incluía una proporción muy importante de profesores conferenciantes, tiene una tasa de representación muy escasa. Se ha adoptado, para codificar la pertenencia principal de los profesores ligados a muchas de las instituciones incluidas en la población madre, la jerarquía socialmente admitida, asignando por ejemplo al Collège de France o a la Sorbona aquellos que pertenecen al mismo tiempo al Collège de France o a la Sorbona y a la École des Hautes Études –y esta operación implica, como se ve, una toma de posición sobre una jerarquía que es ella misma un asunto en discusión–. Se deduce que la École des Hautes Études se halla reducida a sus no acumulativos, lo cual no le hace justicia a una de las propiedades más particulares de la institución, ya se trate de la sección V^a^, dedicada a las ciencias religiosas, de la sección IV^a^, consagrada a las ciencias filológicas e históricas, y estrechamente ligada al mismo tiempo a la Sorbona y al Collège de France, o de la sección VI^a^ que, por efecto del patriotismo de la institución, de sus inversiones en la investigación y también de sus relaciones privilegiadas con el periodismo y la edición,

consigue producir efectos simbólicos y prácticos que no se pueden reducir a los de su propio cuerpo profesoral.

Dentro de la población madre de los titulares de al menos una posición en las instituciones universitarias parisinas en 1967, se ha incluido el conjunto de los profesores definidos por la posesión de al menos dos de las siguientes propiedades, consideradas por ser eficientes, en grados y a títulos diversos, en el campo: la pertenencia al Instituto, al jurado de agregación, al jurado de la ENS, al comité consultor de las universidades (poder universitario), a la comisión del CNRS de 1963 o 1967 (poder científico), a un comité de redacción de revista intelectual –o la dirección de una colección (notoriedad intelectual)–, la posesión de una tasa de citaciones superior a 5 en el *Citation Index* (prestigio científico).[3] Este modo de selección fundado en indicadores objetivos de la posesión de poderes diferentes en su fuerza, su modo de ejercicio y sus efectos (entre los que se cuentan los más objetivados de los índices del capital simbólico, tales como los premios científicos o la presencia en el *Citation Index*), parece infinitamente más seguro que todas las formas del método "reputacional", de las cuales la peor es sin duda el muestreo por bola de nieve (*snowball*), a menudo empleado en este tipo de investigación: en efecto, aparte de que la elección del núcleo inicial predetermina las elecciones ulteriores, y por lo tanto la población final, privilegia una forma de poder entre otras, la que reposa en el hecho de ser conocido y reconocido.

El método de selección empleado para construir la población estudiada aspiraba a producir una imagen reducida, pero fiel, del campo universitario como espacio de posiciones captadas a través de las propiedades de los agentes que detentan sus atributos o sus atribuciones y que luchan, con armas y poderes capaces de producir efectos visibles, para tomarlas o defenderlas, para conservarlas intactas o transformarlas. Al contrario del muestreo al azar, que

3 Se ha renunciado a incluir la dirección de un laboratorio en nombre de las propiedades que determinan la pertenencia. En efecto, es muy difícil distinguir los casos en que ese título es un atributo estatutario del profesor, como a menudo en las facultades o incluso, en más de un caso, en la École des Hautes Études, y el caso en que implica la dirección efectiva de un verdadero equipo de investigación; de suerte que no se lo puede tratar ni como un índice de poder universitario ni como un índice de cientificidad o de compromiso en la investigación.

destruía las estructuras (sobre todo en la medida en que una posición estructuralmente determinada puede ser representada por un número muy pequeño de personas, y a veces, como es el caso con frecuencia en los campos de producción cultural, por una sola), este modo de selección permite caracterizar las posiciones de poder a través de las propiedades y los poderes de sus ocupantes. El hecho de que, para construir el conjunto de las relaciones constitutivas de este espacio, se esté obligado a recurrir a informaciones ligadas a los individuos, no implica de ningún modo que se adopte la teoría implícita o explícita del poder como sustancia poseída como propia por ciertos individuos que la encuesta tendría por objetivo localizar (*Who governs?*), incluso mostrar con el dedo o colocar en el índice (los "patrocinantes" o los "mandarines"). En efecto, puesto que las diferentes especies de poder específico ligadas a las diferentes posiciones están poco institucionalizadas, son difíciles de disociar de los ocupantes de las posiciones consideradas. Salvo si uno se conforma con meras proposiciones teóricas, no puede procurarse una representación científica de la estructura de las relaciones objetivas que se halla en el principio de todos los poderes ordinariamente percibidos y experimentados como sustancias o esencias asociadas a cosas o a personas, a menos que se apoye en el análisis de las distribuciones del conjunto de las propiedades pertinentes, es decir eficientes en un espacio de juego determinado, que están asociadas a individuos: la suma de cada uno de los atributos de los miembros de una institución (por ejemplo, el número global de normalistas o de miembros del Instituto) define *el peso social de la institución* que, a cambio, caracteriza a cada uno de sus miembros genérica y específicamente, en la medida en que su posición en la institución depende tanto más de la posesión o de la no posesión de una propiedad cuanto más contribuye ésta a caracterizar la posición de la institución.[4]

4 Debido a que las informaciones disponibles tienden a disminuir a medida que disminuye la notoriedad, este procedimiento de selección tiene también la ventaja práctica de facilitar la investigación al limitar la población estudiada a la fracción de la población madre más representada en las fuentes escritas. Pero se puede ver todo lo que en rigor se gana, al delimitar esta población mediante criterios explícitos y específicos (es decir, pertinentes), en lugar de dejarse imponer los límites de la población estudiada por los límites de la documentación disponible, como hacen, por

Se sobrentiende que la composición de la población construida depende de los criterios –es decir de los poderes– considerados: la omisión de un índice de notoriedad intelectual como la pertenencia al comité de redacción de una revista intelectual o la dirección de una colección habría hecho desaparecer la fracción más intelectual –y a menudo la más famosa por serlo– de los universitarios; asimismo, la introducción de un criterio como el hecho de escribir en *Le Nouvel Observateur,* que sin duda sería violentamente recusado por los detentores de los atributos más típicos del poder universitario, habría hecho entrar a algunos universitarios-periodistas que, a pesar del desprecio que los más consagrados universitariamente les tienen, están investidos del poder de celebración y de crítica que el acceso privilegiado a los diarios y a los semanarios otorga y por eso mismo se encuentran en situación de ejercer efectos sumamente reales en el campo mismo.[5] Si en todo caso parece verificado que se han introducido, dentro de los límites de la información disponible, todos los criterios pertinentes, es decir adecuados para determinar diferencias significativas dado el objetivo perseguido –echar luz sobre la distribución de los poderes, constitutiva de la estructura del campo universitario en el momento considerado–, aún falta que la investigación encuentre y reproduzca incertidumbres que están inscritas en la realidad misma:[6] las luchas por la im-

ejemplo, aquellos que se apoyan en fuentes del tipo *Who's who* (así, la parte de los profesores estudiados inventariada en el *Who's who* está desigualmente ligada a las diferentes especies de poder universitario –en parte porque la inscripción en el *Who's who* es rechazada por algunos de los investigadores más prestigiosos, por considerarlo un índice de consagración "mundana").

5 Los profesores-periodistas se distinguen de los periodistas, y en particular de los periodistas culturales, que ejercen efectos *sobre* el campo universitario, en que pueden servirse *en* el campo universitario mismo del poder que les otorga el acceso al periodismo, con todos los beneficios correlativos. (Habría sido preciso, con toda lógica, considerar este criterio, cuyo peso no ha cesado de crecer, aunque sólo fuese para proporcionarse los medios para explicar ciertas carreras universitarias, especialmente en la sección VI[a] de la École des Hautes Études, y la evolución global de dicha institución.)

6 La encuesta sin duda subestima la concentración del poder propiamente universitario debido a que no se ha podido, en más de un caso, tomar en cuenta la *intensidad* del poder asociado a la posesión del atributo tratado como indicador (por ejemplo, el estatuto de presidente de comisión del CNRS, del CCU [Comité Consultatif des Unités], etc.) o la *duración* de la posesión de ese poder: las posiciones en un lugar, las de los grandes patrocinantes universitarios que han dominado, durante largos años, toda

posición del principio de jerarquización legítima hacen, en efecto, que la frontera entre aquellos que lo son y aquellos que no lo son sea siempre discutida, disputada, y por lo tanto, fluctuante y móvil, a cada instante y sobre todo de acuerdo con los momentos.[7] Así es como, por un efecto de la lógica de las carreras individuales (y particularmente de la edad) o de las transformaciones del campo (y en particular de las relaciones con el periodismo), uno que, algunos años antes, habría ocupado una posición dominante, puede encontrarse ausente (por ejemplo, el caso de Pierre Renouvin, que desaparece de la escena cuando abandona sus posiciones de poder universitario en 1964) o relegado a las fronteras inferiores del espacio (como Ernest Labrousse, quien, al haber abdicado de sus posiciones de poder universitario, se encuentra reducido a su prestigio científico)[8] mientras que, a la inversa, uno que no ha sido incluido

---

una disciplina, sin duda se distinguen de manera menos diáfana en el análisis que en la realidad. Por otra parte, no siempre se ha podido obtener, para la totalidad de la población, las informaciones indudablemente más pertinentes, como el número de tesis dirigidas y la cualidad social de los doctorandos (por más que se haya podido verificar, para algunas disciplinas, que esos indicadores varían igual que los índices de poder universitario). Por último, la introducción de principios de diferenciación suplementarios ha sido frenada por el hecho de que cada uno de ellos (por ejemplo, la oposición entre Les Belles Lettres y Klincksieck [dos casas de edición]) no concernía más que a un pequeñísimo sector del campo.

7 Entre los factores de incertidumbre tanto para la inclusión en la población estudiada como para la determinación de la posición en el campo, uno de los más importantes es la riqueza desigual de las informaciones poseídas según la calidad de las fuentes: aquellas que son conocidas por siete u ocho fuentes diferentes corren el riesgo, siendo todo lo demás igual, de aparecer como dotadas de más propiedades que aquellas que no son conocidas más que por *Who's who* y fuentes complementarias de menor calidad. Otro es la imprecisión, con frecuencia deliberada, de las declaraciones referidas a la profesión del padre: esta incertidumbre afecta particularmente a las categorías de los cuadros y de los comerciantes (hubo que renunciar a distinguir entre cuadros medios y cuadros superiores y entre pequeños y grandes comerciantes) e incluso a la categoría de los docentes (a menudo es impreciso el corte entre profesores de secundaria y profesores de enseñanza superior).

8 No importa lo que se pueda decir de los efectos de la moda, el prestigio científico o intelectual es mucho más estable que el poder universitario, que está más ligado a la *posición* y menos a su portador. (Se sabe no obstante –y es una de las características más reveladoras de ese campo que proclama reconocer únicamente los valores de la ciencia– que no existe, o existe muy poco, un verdadero criterio institucional del valor científico.)

por no poseer ninguna de las propiedades determinantes lo habría sido algunos años más tarde.[9]

LA ESTRUCTURA DEL ESPACIO DE LOS PODERES

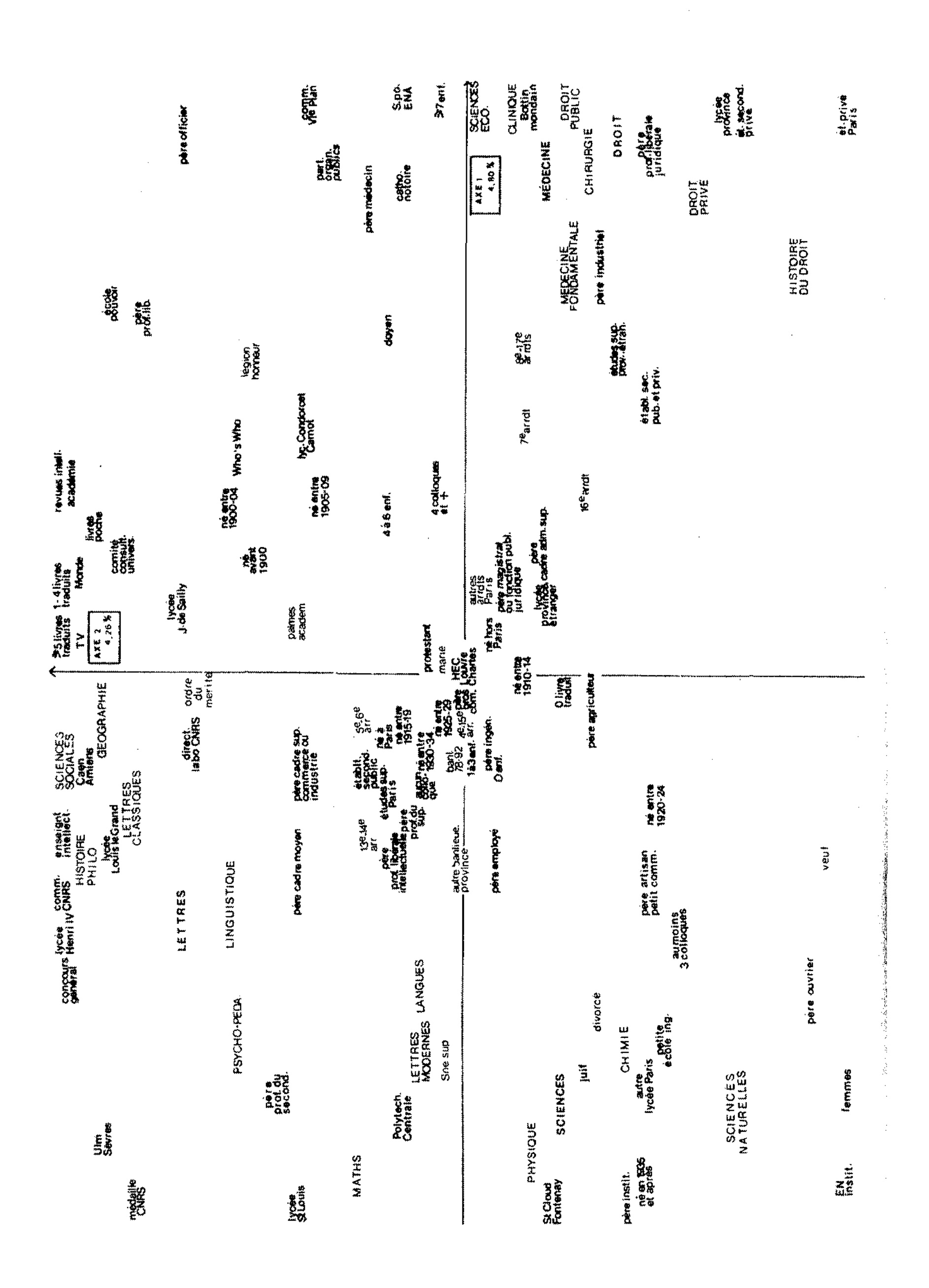
Se puede ver de manera inmediata que la población así constituida se distingue del conjunto de los profesores titulares de los establecimientos parisinos de enseñanza superior "literaria", del seno del cual se la ha extraído por diferencias sistemáticas, ya que las diferentes categorías de profesores tienen tasas de representación tanto más elevadas cuando ocupan posiciones más altas en el campo: el Collège de France y la Sorbona están mucho más fuertemente representados, mientras que la parte de la École des Hautes Études, y sobre todo, la de Nanterre es mucho más débil que en la población madre. Asimismo, en cuanto a las disciplinas, letras y filología antigua, historia moderna y ciencias sociales y, en menor grado, filosofía, están sobrerrepresentadas, a la inversa que letras modernas, lenguas y geografía. Estrechamente ligadas a la edad, las posibilidades de acceder a las diferentes formas de poder –aquí confundidas– también varían, como los diferentes índices del capital cultural y social heredado: como el origen social, siendo la proporción de hijos de agricultores, de obreros y de empleados, menos importante en la población de los "poderosos", mientras que la proporción de hijos de maestros, artesanos y comerciantes y sobre todo de hijos de industriales es allí mucho más fuerte; o como el capital académico, medido por el título de normalista y la edad en el momento de la agregación. Las relaciones sin duda serían más claras si se pudiesen distinguir las dos grandes categorías de poder: en efecto, la sobrerrepresentación de los profesores del Collège de France, así como la de ciencias sociales e historia, o incluso la de los hijos de industriales es, como se verá, tanto más fuerte a medida que se va hacia los profesores

9 En lo que atañe a la recolección de las informaciones, se recurrió a los mismos procedimientos y a las mismas fuentes que en el caso de la muestra representativa de los profesores de las cuatro facultades. Con la diferencia de que no se incluyó la participación en los coloquios de Caen y de Amiens y la religión de la familia de origen, debido a que las posiciones marcadas no permitían caracterizar más que una insignificante fracción de la población, y a que, por el contrario, se añadieron todas las informaciones sobre la carrera y las posiciones de poder interno que, en esta escala, recuperaban su sentido.

cuyo perfil se inclina hacia el lado del prestigio intelectual o científico, mientras que la sobrerrepresentación de los profesores de la Sorbona, así como la de letras y filología o la de filosofía, o la de los hijos de maestros y profesores, aumenta cuando se va hacia los profesores cuyo perfil se inclina hacia el lado del poder propiamente universitario; el título de normalista es, al parecer, el patrón universal que introduce, en asociación con disposiciones diferentes, a las dos formas de poder.[10]

El campo de letras y de ciencias humanas se organiza alrededor de una oposición principal entre dos especies de poder. El poder propiamente universitario está fundado principalmente en el dominio de los instrumentos de reproducción del cuerpo profesoral, jurado de agregación, comité consultor de las universidades (que designa a los profesores titulares), es decir, en la posesión de un capital que se adquiere en la universidad, en particular en la École Normale, y que es detentado principalmente por los profesores de la universidad –de la Sorbona–, en especial de las disciplinas canónicas, con frecuencia hijos ellos mismos de docentes, profesores de enseñanza secundaria o superior y sobre todo maestros, y vale casi exclusivamente dentro de los límites de la universidad (francesa). A ese poder socialmente codificado se opone un conjunto de poderes de especies diferentes, que se encuentra principalmente entre los especialistas de las ciencias sociales: el poder o la autoridad científica manifestada por la dirección de un equipo de investigación, el prestigio científico medido por el reconocimiento concedido por el campo científico, en especial en el extranjero –a través de las citas y de las traducciones–, la notoriedad intelectual, más o menos institucionalizada, con la pertenencia a la Academia Francesa y la mención en el *Larousse*, la publicación en colecciones que confieren una suerte de estatus de clásico ("Idées", "Points", etc.), la pertenencia al comité de redacción de revistas intelectuales, y por último la vinculación con los instrumentos de am-

10 Semejante análisis de los factores académicos y extraacadémicos de éxito para el conjunto de las facultades se topa con muchas dificultades: en primer lugar, los índices del capital académico son totalmente incomparables (ya que títulos como la agregación o el doctorado tienen valores muy diferentes en las distintas facultades) y no existe un patrón universal que juegue el papel del título de normalista en las facultades de letras y de ciencias; en segundo lugar, la diferenciación de los poderes no es en todas partes tan tajante como en letras y no se opera en todas partes según los mismos principios. Y no deja de ser cierto que, como se ha visto, el origen geográfico y social parece estar estrechamente ligado en el conjunto de las facultades a las diferencias de éxito que se pueden captar por la aplicación de criterios comunes (notoriedad externa, consagración científica, etcétera).


AXE 1 4,90 %
AXE 2 4,26 %
SCIENCES ECO.
CLINIQUE
DROIT PUBLIC
MÉDECINE
CHIRURGIE
DROIT
DROIT PRIVÉ
HISTOIRE DU DROIT
MÉDECINE FONDAMENTALE
SCIENCES SOCIALES
GÉOGRAPHIE
HISTOIRE
PHILO
LETTRES CLASSIQUES
LETTRES
LINGUISTIQUE
PSYCHO-PÉDA.
LETTRES MODERNES
LANGUES
MATHS
PHYSIQUE
SCIENCES
CHIMIE
SCIENCES NATURELLES

plia difusión, televisión y semanarios de gran tirada (*Le Nouvel Observateur*), que es el índice a la vez de un poder de consagración y de crítica y de un capital simbólico de notoriedad.[11]

El segundo principio de división opone, por una parte, a los profesores de más edad y más provistos de títulos de consagración estrictamente universitaria, como la pertenencia al Instituto (y, en segundo término, a la Academia Francesa), o científica, como las citas o las traducciones, o puramente social, como la inscripción en el *Who's who*, la Legión de Honor o la Orden del Mérito, y por otra parte, a los profesores más jóvenes, que se definen sobre todo negativamente, por la privación de los signos institucionalizados del prestigio y la posesión de las formas inferiores del poder universitario. Esta oposición, que se establece también entre las instituciones universitarias, con el Collège de France de un lado –y en particular los especialistas de las disciplinas clásicas, especialmente historia antigua y arqueología–, y del otro la École des Hautes Études y la Facultad de Nanterre, así como entre los profesores, los unos más provistos de poder científico –a través de la pertenencia a las comisiones del CNRS–, los otros ya sea volcados más bien a la reproducción académica –con la pertenencia al jurado de agregación–, o bien dotados de una cierta notoriedad pero desprovistos de poder universitario, corresponde a diferencias sistemáticas en el capital heredado. El grado de éxito social en todas sus formas tiende a acrecentarse con la proximidad social a la burguesía parisina: los hijos de industriales, de ingenieros o de funcionarios por un

11 Sin duda se podría relacionar con esta oposición inscrita al mismo tiempo en las instituciones y en las disposiciones la distinción que establecen Elga Reuter y Pierre Tripier entre dos formas de producción científica: de un lado, los "minimizadores", que aspiran a minimizar los riesgos produciendo obras adecuadas, en su objeto y en sus métodos, a las normas en vigor (tesis de Estado) y, del otro, "profesionales", que, más frecuentemente ligados a instituciones de investigación, producen obras cortas, de un aporte rápido a la ciencia (cf. E. Reuter y P. Tripier, "Travail et créativité dans un marché interne: le cas du système français de recherche universitaire", *Sociologie du travail*, julio-septiembre de 1980, pp. 241-256).

Gráfico 2. El espacio de las facultades de letras y ciencias humanas. Análisis de las correspondencias: plano del primer y segundo ejes de inercia-propiedades. (El plano correspondiente a los individuos se encuentra en el anexo 4). Las variables ilustrativas (e.g. estado civil) están en caracteres finos.

lado, de profesores de facultad por otro, a menudo nacidos en París o en grandes ciudades de provincia, y que en gran parte han pasado por la enseñanza privada, se oponen claramente a los hijos de pequeños agricultores, obreros o empleados, con frecuencia provenientes de pequeñas comunas provinciales, y la región intermedia está ocupada por profesores que salieron de las regiones intermedias del espacio social y geográfico.[12]

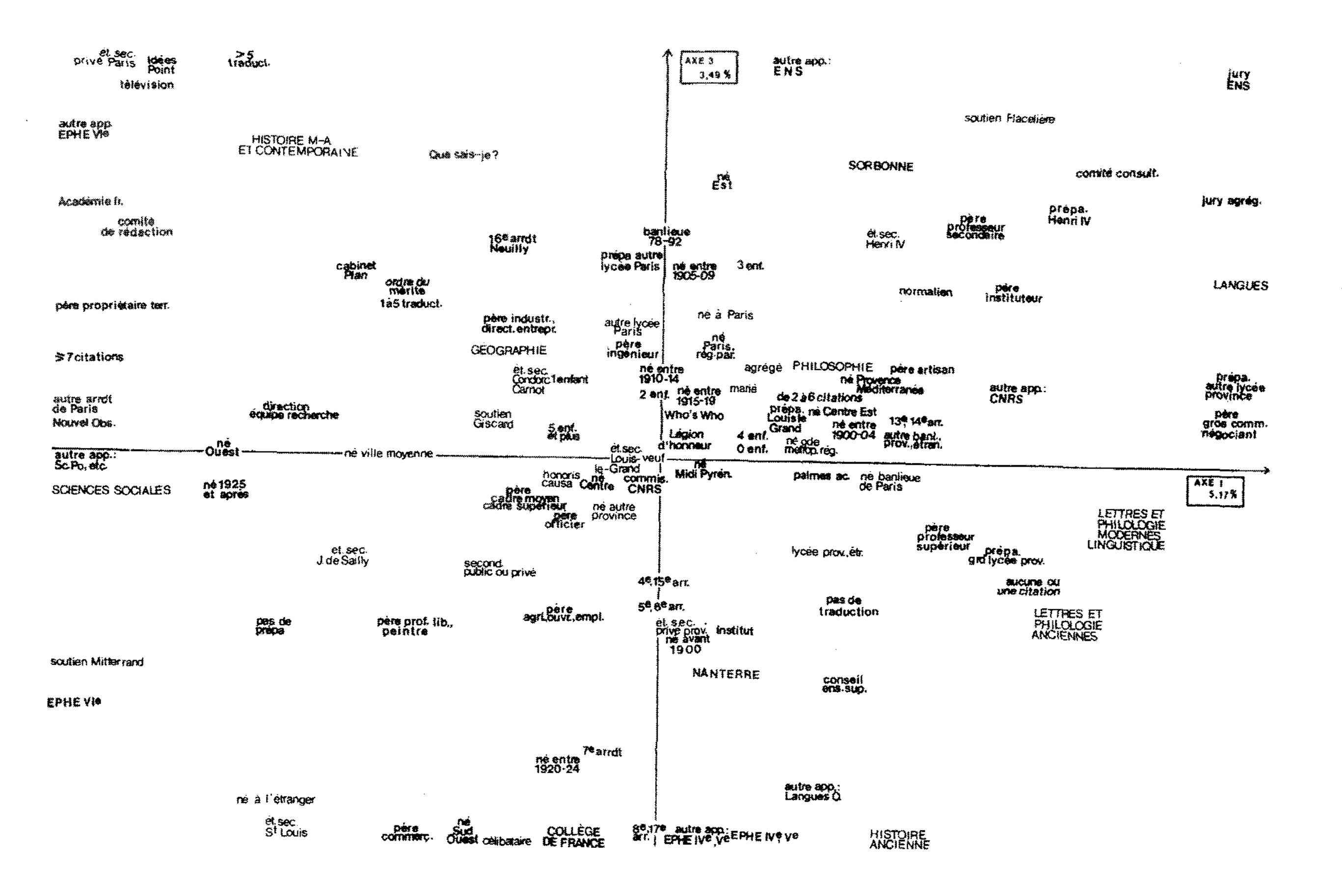
> En cuanto al tercer factor, éste opone el gran establishment universitario, formado por "universitarios eminentes" y "grandes patrocinantes", en su mayor parte instalados en la Sorbona, que dominan toda una disciplina y que acumulan a menudo el control de la reproducción interna (enseñanza en la École Normale, pertenencia al jurado de agregación, al comité consultor, al jurado de la ENS) y un fuerte reconocimiento externo (televisión, "Idées", traducciones), al conjunto negativo de los oscuros, a menudo especialistas de disciplinas muy circunscritas (especialmente en historia antigua) y ajenos tanto a la notoriedad mundana como al poder interno (es decir, tanto eruditos del Collège de France como especialistas marginales dentro de la universidad, economistas, psicólogos sociales, que parecen ajenos al "medio" tanto por su carrera universitaria –con menos frecuencia son normalistas– como por su origen social –con más frecuencia son hijos de comerciantes y nacidos en el extranjero–). (Cf. gráfico 3, p. 112.)

El espacio definido por los dos primeros ejes se organiza en regiones que corresponden a clases de posiciones y de disposiciones que se oponen de maneras muy diferentes: la región del poder universitario en estado (casi) puro (este-sudeste del diagrama) congrega a los profesores comunes de las disciplinas más comunes (con, en lo más bajo de la jerarquía, todas las variantes modernas de las disciplinas clásicas, lenguas extranjeras, letras y filología modernas) y en especial a numerosos profesores conocidos por la violencia de sus reacciones en el movimiento de Mayo de 1968 o por su público apoyo a uno de los blancos mayores de la protesta estudiantil, Robert Flacelière, director de la École Normale Supérieure. Se opone tanto al sector (noreste) del pres-

12 Es notable que la estructura de relaciones aquí descrita se mantenga como tal, más allá de las deformaciones, cuando se neutralizan –tratándolas como variables ilustrativas– las instituciones de pertenencia, Collège de France, Sorbona, EPHE secciones IVª, Vª y VIª, Nanterre.

tigio propiamente interno, consagrado por el Instituto, donde se alinean sobre todo los grandes eruditos, como al sector (oeste-sudoeste) de la notoriedad externa y de los jóvenes (o pequeños) maestros, sobre todo amparados por la Sección VI[a] de la École des Hautes Études; y no tiene casi nada en común con las altas esferas (norte) del gran prestigio científico (Dumézil, Benveniste, Dupont-Sommer) que, en el caso de los especialistas de las ciencias sociales y de historia (noroeste), se asocia al prestigio intelectual (Lévi-Strauss, Aron, Perroux, Braudel o Duby) (cf. anexo 4, p. 287).

Evidentemente es en el nivel de las obras, de sus temas, de su estilo, donde se revelaría completamente todo lo que separa a los grandes eruditos y a los profesores comunes. El lugar de publicación, aunque no se lo haya podido incluir en el análisis final porque caracterizaba a una fracción demasiado restringida de la población, constituye sin duda un buen indicador de esta oposición: por un lado, Klincksieck, antigua casa fundada en el siglo XIX por libreros alemanes, que congrega a eruditos y trabajos de erudición altamente especializados y de un nivel muy elevado; por el otro, Les Belles Lettres, casa nacida a comienzos del siglo XX de la reacción de la universidad francesa contra la influencia germánica, que reúne trabajos más preocupados por la elegancia bien francesa que por la erudición. Para dar una idea que no parezca demasiado polémica de la cultura prescrita por la enseñanza oficial, habría que evocar en el lenguaje común esas obras que "allanan hábilmente las dificultades y procuran lo esencial bajo una forma límpida y atractiva", a esos gramáticos que desconfían de "unas audacias terminológicas de la lingüística moderna" y que "se espantan un poco por el pesado aparato científico" de las nuevas ciencias de importación, a esos comentaristas que no aspiran sino "a una mejor comprensión de los textos y a aumentar así el placer literario", a esos profesores que se sienten profundamente inconformistas porque sus conferencias son un "fuego de artificio, de astucias y de bromas" (todos los pasajes entre comillas están extraídos de artículos necrológicos).
El privilegio concedido a los especialistas de las ciencias sociales con respecto a los eruditos reside sin duda en el peso del *Citation Index*, que contribuye muy fuertemente a la determinación del primer factor y que favorece tanto más a las diferentes disciplinas y a los diferentes investigadores cuanto más orientados a las ciencias sociales y a la tradición norteamericana estén. El peso del vínculo


AXE 3
3,49 %
AXE 1
5,17 %
ét. sec.
privé Paris
Idées
Point
télévision
> 5
traduct.
autre app.:
ENS
jury
ENS
soutien Flacelière
autre app.
EPHE VIe
HISTOIRE M-A
ET CONTEMPORAINE
Que sais-je?
SORBONNE
comité consult.
né
Est
jury agrég.
Académie fr.
comité
de rédaction
prépa.
Henri IV
père
professeur
secondaire
ét. sec.
Henri IV
16e arrdt
Neuilly
banlieue
78-92
prépa autre
lycée Paris
né entre
1905-09
3 enf.
cabinet
Plan
ordre du
mérite
1 à 5 traduct.
normalien
père
instituteur
LANGUES
père propriétaire terr.
père industr.,
direct. entrepr.
autre lycée
Paris
né à Paris
père
ingénieur
né
Paris,
rég. par.
GEOGRAPHIE
≥ 7 citations
ét. sec.
Condorcet
Carnot
1 enfant
né entre
1910-14
agrégé
PHILOSOPHIE
père artisan
né Provence
Méditerranée
autre app.:
CNRS
prépa.
autre lycée
province
autre arrdt
de Paris
Nouvel Obs.
direction
équipe recherche
2 enf.
né entre
1915-19
marié
de 2 à 6 citations
soutien
Giscard
Who's Who
prépa.
Louis le
Grand
né Centre Est
né entre
1900-04
13e, 14e arr.
père
gros comm.
négociant
5 enf.
et plus
Légion
d'honneur
4 enf.
0 enf.
né gde
métrop. rég.
autre banl.,
prov., étran.
né
Ouest
né ville moyenne
ét. sec.
Louis-
le-Grand
veuf
autre app.:
Sc. Po, etc.
né
Midi Pyrén.
SCIENCES SOCIALES
né 1925
et après
honoris
causa
né
Centre
commis.
CNRS
palmes ac.
né banlieue
de Paris
père
cadre moyen
cadre supérieur
père
officier
né autre
province
LETTRES ET
PHILOLOGIE
MODERNES
LINGUISTIQUE
père
professeur
supérieur
ét. sec.
J de Sailly
second.
public ou privé
lycée prov., étr.
prépa.
gd lycée prov.
4e, 15e arr.
aucune ou
une citation
5e, 6e arr.
pas de
traduction
pas de
prépa
père prof. lib.,
peintre
père
agri., ouvr., empl.
ét. sec.
privé prov.
né avant
1900
institut
LETTRES ET
PHILOLOGIE
ANCIENNES
soutien Mitterrand
NANTERRE
conseil
ens. sup.
EPHE VIe
né entre
1920-24
7e arrdt
autre app.:
Langues O.
né à l'étranger
ét. sec.
St Louis
père
commerç.
né
Sud
Ouest
célibataire
COLLÈGE
DE FRANCE
8e, 17e
arr.
autre app.:
EPHE IVe, Ve
EPHE IVe, Ve
HISTOIRE
ANCIENNE

con los medios de amplia difusión (periodismo, televisión) se ve en el hecho de que nueve de cada treinta personajes citados en el palmarés de la revista *Lire* (68, abril de 1981, pp. 38-51) se encuentran dentro de los dos sectores del prestigio científico y/o intelectual.

Dominantes temporalmente –y temporariamente–, los ocupantes de las posiciones de poder más estrictamente fundadas en la institución y limitadas a la institución, como los jurados de grandes concursos o el comité consultor, son dominados desde el punto de vista de la consagración universitaria propiamente dicha y sobre todo desde el punto de vista de la notoriedad intelectual (prácticamente no se los traduce); cubiertos de laureles académicos (a menudo son laureados en el concurso general, son los mejores alumnos de concursos de la École Normale o de agregación), son los productos completos de la dialéctica de la consagración y del reconocimiento que atrae al corazón del sistema a los más inclinados y más aptos para reproducirlo sin alteración. De manera general, están tanto más salvajemente aferrados a la institución cuanto más tributaria de las condiciones institucionales de su ejercicio es su propia competencia –como es el caso de la filología o de la enseñanza de las lenguas en general– y cuanto más le deben a la institución en tanto que oblatos de baja extracción o provenientes de la escuela (hijos de maestros).[13]

13 La cerrazón casi total al mundo extrauniversitario, que se afirma con frecuencia como un rechazo electivo de los compromisos mundanos, sin duda es una manera de asumir una exclusión que se siente de modo cada vez más cruel a medida que aumenta el peso del periodismo en la vida intelectual. Más allá de los testimonios de quienes poseen poder periodístico (cf. la declaración de Mona Ozouf en C. Sales, "L'intelligentsia, visite aux artisans de la culture", *Le Monde de l'éducation*, febrero de 1976, p. 8), se pueden invocar confesiones como la de ese profesor de Filosofía de París que, después de haber declarado que había que "mantener una gran distancia entre el periodismo y la investigación filosófica", deploraba no haber conseguido nunca, a pesar de todos sus esfuerzos, que se le publicase un artículo en *Le Monde*.

Gráfico 3. El espacio de las facultades de letras y ciencias humanas. Análisis de las correspondencias: plano del primer y tercer ejes de inercia-propiedades. (Las variables ilustrativas están en caracteres finos.)

LOS PROFESORES COMUNES Y LA REPRODUCCIÓN DEL CUERPO

El capital universitario se obtiene y se mantiene a través de la ocupación de posiciones que permiten dominar otras posiciones y a sus ocupantes, como todas las instituciones encargadas de controlar el acceso al cuerpo, jurados de concursos de la École Normale Supérieure y de la agregación o del doctorado, comité consultor de las universidades: ese poder sobre las instancias de reproducción del cuerpo universitario asegura a quienes lo detentan una autoridad estatutaria, suerte de atributo de función que está mucho más ligado a la posición jerárquica que a propiedades extraordinarias de la obra o de la persona, y que se ejerce no solamente sobre el público de rotación rápida de los estudiantes sino también sobre la clientela de los candidatos al doctorado, en el interior de la cual se recluta por lo común a los ayudantes, y que está situada en una relación de dependencia difusa y prolongada.[14]

> Se puede tomar en préstamo de una entrevista con un grupo de informantes este retrato de una encarnación ideal típica de un poder tal de reproducción que, en este caso extremo, es casi independiente del valor científico de las producciones. "En cuanto a X, es un antiguo alumno de la École d'Athènes, pero que no perseveró mucho en arqueología. Se orientó más bien hacia la historia de la literatura, con una tendencia a la vulgarización. Pero está en todos los consejos universitarios, en el comité consultor, en el CNRS, en todas partes donde se toman decisiones. El año pasado fue elegido otra vez en el CNRS, con un número fantástico de votos [...]. No tiene ningún prestigio intelectual, pero sin embargo tiene poder [...]. Es conocido, incluso si lo que ha producido es escaso. Leerlo es perder el tiempo. Es el Guy des Cars del helenismo en Francia [...]. Tiene escrita una historia literaria de Grecia. Es una obra de vulgarización sobre la base de textos con un aderezo conjuntivo. X apunta al público de la gente honrada. No es una obra sobre la literatura griega sino, como el título bien lo dice, una historia literaria de Grecia. Eso lo dice todo. [...]. Uno se puede interrogar sobre

14 "Un elemento de poder es la dirección de las tesis que acarrean la ayudantía y la jefatura de ayudantía. Es un medio de acción esencial" (historiador, 1971. No nos ha parecido posible dar, en este caso como en otros, las indicaciones que permitirían situar con más precisión a los informantes en el espacio de las posiciones, sin correr el riesgo de vulnerar su anonimato).

> el fenómeno X. Siempre se lo consideró nulo [...]. ¿Cómo es que un tipo así de nulo pudo llegar prácticamente a la cima? En la colección Erasme, el más nulo, es el librito de X. Se puede decir que no hay nada adentro. Se integró como novato. Fue el mejor alumno de su agregación. Eso debía ayudar en aquella época. Ha publicado una enormidad. Trabaja muy rápido, ya que reflexiona muy poco. Dictamina sobre todo sin perturbarse" (entrevista, letras clásicas, 1971). Caso límite, sin duda, pero cuyos rasgos esenciales se encuentran en otros lugares: "Ha conservado un prestigio intelectual pero de un tipo especial. El hecho de que no sea un investigador, atención, es una crítica que le hacemos, que comienza a hacerse con bastante frecuencia, pero que hace siete u ocho años... Me acuerdo de haber dicho eso en el 63: ¡mis colegas pegaron un salto hasta aquí! '¡Cómo! Sus compendios de geografía, ¿eso no es investigación?' Yo decía no; eso no es investigación. Eso es síntesis [...]. Es un hombre de síntesis, de vulgarización, un profe, caramba" (entrevista con un grupo de geógrafos, 1971). "Yo creo que no hay que sobrestimar el prestigio. La consideración del valor intelectual es mucho menos importante [en geografía] que el poder universitario propiamente dicho. Estoy pensando en Z, que ha hecho una tesis considerada por la mayoría de la gente como una mala tesis: es alguien que tiene un poder en la universidad que es mucho más grande que el que tendría si estuviese fundado en su valor intelectual [...]. Hay cada vez más organizaciones; lo que cuenta cada vez más, es el acceso al dinero, a las misiones, a los trabajos financiados por los ministerios, etc., y en ese momento no es el nivel intelectual automáticamente lo que entra en juego" (geógrafo, 1971).

La extensión del poder semiinstitucionalizado que cada agente puede ejercer en cada una de las posiciones de poder que ocupa, su "peso", como se dice, depende de todos los atributos de poder que, por otra parte, posee (eso es sin duda lo que se invoca, en este caso al igual que en otros, a través del uso de términos de respeto como "Señor Presidente" o "Señor Decano") y de todas las posibilidades de intercambio que puede extraer de esas diferentes posiciones. Dicho de otra manera, cada agente importa a cada una de las instituciones secundarias el peso que detenta genéricamente, pero también personalmente (por ejemplo, con el título de presidente o de gran elector) en tanto que miembro de la institución más alta de la que forma parte y a la que los miem-

bros de las instituciones de rango inferior en las que él interviene, en un universo jerarquizado y fundado en la competición, aspiran por definición. Así se explica que los miembros del Instituto, que se reparten casi elegantemente entre los dos polos, "universitario" y "docto" o "intelectual", del campo universitario, pueden ejercer sobre el conjunto del campo, y especialmente sobre el sector más universitario, un inmenso poder de control y de censura. Aquí también, el capital llama al capital, y la ocupación de posiciones que confieren peso social determina y justifica la ocupación de nuevas posiciones, ellas mismas fortalecidas con todo el peso del conjunto de sus ocupantes.[15]

> Es eso lo que hace que pudiera decir de todas las grandes monarquías universitarias lo que Jean-Baptiste Duroselle escribía de Pierre Renouvin: "Se tenía la impresión de que él accedía a los puestos clave como por una necesidad natural, sin haber intrigado y sin pretenderlo. Siempre se terminaba por acudir a él". Una vez consumada la acumulación inicial, no hay más que gerenciar racionalmente las adquisiciones: "De tal suerte, aparte de los numerosos comités y comisiones que absorbían una parte importante de su tiempo, había accedido, desde finales de los años treinta, y conservado de manera casi continua hasta 1964, las tres posiciones que, combinadas, le daban un extenso poder sobre la historiografía francesa: la dirección de la sección de historia en la Sorbona, la presidencia de la sección de historia en el comité consultor de las universidades, la presidencia de la comisión de historia en el CNRS [...]. Intentó con éxito controlar el valor de los candidatos en los puestos y ejercer una influencia sobre las nominaciones. Como casi todas las tesis se defendían en París, y como a partir de 1938 era el especialista en historia contemporánea más antiguo de la Sorbona, presidía todos los jurados, y como era invitado a las rarísimas defensas de tesis que se desarrollaban en provincias, conocía personalmente a los futuros profesores conferenciantes.[16] Obtenía del

15 La metáfora del "peso social" expresa perfectamente la lógica del campo, la misma que el análisis de las correspondencias permite restituir por una operación matemática análoga a la que consiste en investigar los ejes de inercia de un sistema de puntos de peso.

16 La concentración en París de todas las tesis de Estado que cuentan (o sea las once tesis de historia contemporánea que obtuvieron la mención muy honorable entre noviembre de 1939 y diciembre de 1948 incluido, según J.-B. Duroselle) otorga un control total sobre el reclutamiento de titulares.

comité consultor que la "lista reducida" incluyera más candidatos efectivos que puestos vacantes. De modo que evitaba todo nombramiento ministerial hecho por fuera de él. Por otra parte, no existe ejemplo de que el director general de la enseñanza superior no haya solicitado su opinión antes de las designaciones. Como había controlado igualmente la preparación de la tesis –así no fuese más que por la gestión de los puestos en el CNRS–, disponía realmente de una autoridad que, aunque no escrita, era preponderante".[17]

De manera general, el cúmulo de las posiciones controladas es la condición de los intercambios de servicios entre poderosos que permiten constituir y mantener clientelas: la circulación de los servicios prestados no puede ser aprehendida sino en la escala de un conjunto de instituciones, y es raro que no tome la forma visible de un intercambio directo e inmediato en el que el nombramiento de un alumno de X con la intervención de Y en un establecimiento A tendría como contrapartida el nombramiento de un alumno de Y con la intervención de X en un establecimiento B. Cuanto más extendidas y diversificadas son las redes de posiciones controladas –en las instituciones de enseñanza, pero también de investigación; en las colecciones y revistas universitarias pero también, en el otro polo del campo, en los diarios y semanarios, etc.–, más largo, complicado e indescifrable para los no iniciados es el ciclo de los intercambios, y una "recomendación" de Y en favor de un alumno de X puede ser pagada con una reseña escrita en un semanario por un miembro de la "familia ideológica" de X, cuya atención habrá sido llamada por X sobre el libro de Y en ocasión de una reunión de un comité de redacción, de una comisión electoral o de un comité de apoyo. Se comprende, con esta lógica, que el título de normalista, que certifica la adquisición de una competencia pero también y sobre todo de una disposición con respecto a la institución escolar, tenga una importancia tan grande en la acumulación del poder: el capital social que representan las relaciones de escuela, cuando

17 A esas posiciones, Pierre Renouvin añadió por último la de decano de la Facultad de Letras de París y la de presidente de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas (cf. la noticia necrológica de Pierre Renouvin por J.-B. Duroselle, en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, XXII, octubre-diciembre de 1975, pp. 497-507).

iem-

> son debidamente mantenidas por intercambios continuos, es una de las únicas bases de la solidaridad transdisciplinaria; lo cual explica que desempeñe un papel determinante toda vez que se trata de obtener y de mantener las posiciones de poder universitario que se sitúan más allá de los pequeños feudos locales, limitados a la escala de una disciplina, e incluso las posiciones de prestigio como las que ofrece el Collège de France. En tanto que capital social de relaciones actuales o potenciales, el hecho de ser normalista ejerce un efecto multiplicador sobre todos los poderes sociales que se detentan; es, por ende, tanto más activo cuanto más alto se sitúa en la jerarquía de esos poderes.

Debido a que la acumulación del capital universitario se afirma con el tiempo (lo cual se ve en el hecho de que el capital detentado se encuentre estrechamente ligado a la edad), las distancias, en ese espacio, se miden en tiempo, en distancias temporales, en diferencias de edad. Se sigue de ello que la estructura del campo se manifiesta en los agentes bajo la forma de una carrera real –de la École Normale al Instituto, pasando por la ayudantía, la tesis, la lista de aptitud y la cátedra en la Sorbona– por la que se miden objetivamente todas las otras trayectorias. Tienden a asociar a cada una de las etapas mayores de esta carrera, que es también una corrida y un concurso, una edad normal de acceso, con respecto a la cual se puede aparecer como joven o viejo a cualquier edad (biológica). En efecto, puesto que las posiciones de poder están jerarquizadas y separadas por tiempo, la reproducción de la jerarquía supone el mantenimiento de las distancias, es decir, del *orden de las sucesiones.* Es ese mismo orden el que amenaza la *celeritas* de aquellos que quieren "quemar etapas" (por ejemplo, importando al orden universitario propiedades o poderes adquiridos en otros terrenos), a la inversa de la *gravitas,* esa sana lentitud de la que nos gusta pensar que constituye por sí misma una garantía de seriedad (en la redacción de la tesis, por ejemplo) y que es, de hecho, el testimonio más auténtico del *obsequium,* respeto indiscutido de los principios fundamentales del orden instituido.[18]

18 Es por ello que, como se ha de mostrar, la crisis de las relaciones entre los veteranos y los recién ingresados nace de una ruptura de la armonía que se establecía, en la gran mayoría de los recién llegados, entre las estructuras incorporadas de expectación (las esperas) y las estructuras objetivas (las trayectorias probables), ruptura que se ha operado bajo el efecto simultáneo de una transformación de la estructura de las probabilidades de

Lejos de encerrar la amenaza de una revolución permanente, la lucha de todos contra todos que el concurso permanente instaura entre los que han entrado una vez en la carrera y que tienen las disposiciones competitivas a la vez exigidas y reforzadas por la carrera, contribuye, por su misma lógica, a la reproducción del orden como sistema de distancias temporales: por un lado, porque la competencia está circunscrita, en cada momento, a los competidores situados más o menos en el mismo punto de la carrera y, por el otro, porque es arbitrada por aquellos que ocupan en ella una posición más avanzada.

Si está claro que todas las estrategias de dominación no serían nada sin las estructuras que las hacen posibles y eficaces, no es menos evidente que la eficacia de los poderes otorgada por el dominio de las posiciones estratégicas que permiten regular el progreso de los competidores no se ejerce realmente sobre los recién ingresados –los ayudantes, por ejemplo– sino a condición de que acepten entrar en el juego de la competencia, y reconocer por lo tanto lo que está en juego. Por otra parte, el ejercicio del poder académico supone la aptitud y la propensión, ellas mismas socialmente adquiridas, para jugar con las posibilidades ofrecidas por el campo: la capacidad de "tener alumnos, de ubicarlos, de hacer que permanezcan en relación de dependencia" y de asegurar así el fundamento de un poder duradero, el hecho de "tener alumnos bien ubicados" (geógrafo, 1971), tal vez supone ante todo un arte de manipular los tiempos de los otros, o, más precisamente, el ritmo de su carrera, de su corrida, de acelerar o de diferir realizaciones tan diferentes como el éxito en los concursos o en los exámenes, la defensa de la tesis, la publicación de artículos o de obras, el nombramiento en cargos universitarios, etc. Y, a cambio, este arte, que es también una de las dimensiones del poder, a menudo sólo se ejerce con la complicidad más o menos consciente del aspirante, mantenido así, a veces hasta una edad muy avanzada, con la disposición dócil y sumisa, en una palabra, algo infantil –el director de tesis, en Alemania, se llama *Doktorvater*, "padre de doctor"– que caracteriza al buen alumno de todas las edades.

> "En cuanto a los ayudantes y jefes de ayudantes, a menudo deben patalear un poco antes de hacerse publicar un artículo en una re-

ascenso y de una modificación de las disposiciones de los agentes. En tal coyuntura, los "viejos" y los "jóvenes" se encuentran "desfasados": los primeros ven una ambición carrerista en aquello que es vivido como una reivindicación normal, y los segundos, un conservadurismo mandarinal en lo que aparece como un llamado al orden ético.

> vista [...]. En París, en particular, se los puede tener empantanados uno o dos años y, cuando están en la instancia de inscripción en la LAFMA [Liste d'Aptitude à la Fonction de Maître-Assistant], la cosa puede ser fastidiosa" (geógrafo, 1971). "Los patrocinantes tienen el poder de hacer nombrar a los ayudantes. Tienen el poder en dos niveles: en primer lugar, al elegir a los ayudantes; luego, al hacerles pagar ese servicio. Por su inscripción en la lista de aptitud para la función de jefe de ayudantes, el ayudante deja de ser contractual: entonces se inventan reglas para hacerlo entrar en esa lista; para algunos patrocinantes, es un cierto número de páginas de tesis que deben redactarse; para otros, es una cuestión de apremio" (graduado en letras, 1971).

En todas las situaciones donde el poder está poco o nada institucionalizado,[19] la instauración de relaciones *durables* de autoridad y de dependencia reposa en la *espera* como aspiración interesada a una cosa por venir que modifica duraderamente –es decir, durante todo el tiempo que dura la expectativa– la conducta del que cuenta sobre la cosa esperada; y también en el arte de *hacer esperar*, en el doble sentido de suscitar, estimular y mantener la esperanza, mediante promesas o mediante la habilidad para no decepcionar, desmentir o desesperar las anticipaciones, al mismo tiempo que la capacidad de frenar y de contener la impaciencia, de hacer soportar y aceptar la dilación, la frustración continua de las esperanzas, de las satisfacciones anticipadas, inscritas como cuasi presentes en las promesas o en las declaraciones estimuladoras de los garantes, e indefinidamente en retroceso, diferidas, suspendidas.

El poder universitario consiste así en la capacidad de actuar, por una parte, sobre las esperanzas –fundadas ellas mismas, por un lado, en la disposición a jugar y en la inversión en el juego, y por el otro, en la indeterminación objetiva del juego– y, por otra parte, sobre las probabilidades objetivas –particularmente, delimitando el universo de los posibles competidores–. Mientras un profesor de provincia aspire a ir a la Sorbona o un profesor de la

19 Menos institucionalizado que el poder burocrático tal como se lo ejerce en las empresas públicas o privadas, el poder sobre las instancias de reproducción del cuerpo universitario lo está mucho más que el poder de consagración que tiene curso en el campo de producción cultural. Lo está menos, no obstante, en las facultades de letras que en las facultades de medicina, donde los patrocinantes disponen de toda una serie de instrumentos institucionalizados de control, tales como todos los sucesivos concursos (externado, internado, ayudantía, agregación, etcétera).

Sorbona o del Collège de France espere incorporarse al Instituto, el miembro del Instituto o el profesor de la Sorbona del que depende para su elección puede imponerle su ayudantía, obtener su voto en una elección (en particular, en aquella que apunta a designar a su propio sucesor), o, simplemente, obtener de él reverencia y referencias (se comprenderá que la ejemplificación, que le quitaría al análisis su aire perentorio, sea imposible aquí). La autoridad está fundada en las expectativas de carrera: uno sólo es apoyado mientras apoye algo. Pero esas esperas mismas no son independientes de la existencia objetiva de porvenires probables, ni totalmente determinados ni totalmente indeterminados. Si, para que el mecanismo funcione, evidentemente es necesario que muchos competidores dotados de los mismos títulos y pertenecientes a la misma generación escolar compitan por los mismos puestos, es preciso que sean un número suficientemente pequeño para razonablemente poder aspirar a los puestos ofrecidos e identificarse por adelantado con sus ocupantes –cosa que se vuelve imposible cuando las probabilidades objetivas descienden más allá de un cierto umbral– y, sin embargo, un número lo bastante grande para que no tengan la absoluta certeza que haría desaparecer la espera. En el espacio de libertad así definido, el maestro arbitra la carrera entre competidores diferentes por propiedades secundarias (edad, sexo, estatuto de normalista), que invocan prelaciones y prioridades ("lo inscribiré en la lista de aptitud, pero no por delante de X"), promesas y jerarquías. Los seminarios donde acoge cada semana a "discípulos" venidos de Poitiers, Rennes o Lille, están mucho más cerca, por su función y su funcionamiento, de las grandes congregaciones profesionales que organizan anualmente las asociaciones norteamericanas de profesores, es decir, de la lógica del *academic marketplace*,[20] que del seminario de investigación en la tradición alemana: cuasi obligatorias para quien quiere llegar, esas reuniones del conjunto de los competidores para los puestos codiciados son, sin ninguna duda, el lugar donde se inculca y se refuerza, en y por la sumisión mimética al maestro o a los competidores más avanzados, la relación ética con el trabajo científico que, más que cualquier otro factor, impone sus formas y sus límites a la producción universitaria.[21]

20 Cf. T. Caplow y R. J. McGee, *The Academic Marketplace*, Nueva York, Doubleday and Co., 1965 (1ª ed., 1958), p. 99.

21 La misma lógica se observaba en los talleres privados que, en el siglo XIX, preparaban a los pintores para el premio de Roma. Todo estaba hecho para mantener a los discípulos hasta una edad muy avanzada en un estado de absoluta subordinación con respecto al maestro (había, por ejemplo,

TIEMPO Y PODER

Las relaciones de dependencia, y su destino, dependen de las estrategias del "patrocinante", ligadas ellas mismas a su posición y a sus disposiciones, y de las estrategias de los "clientes", esto, desde luego, dentro de los límites de las condiciones en las que unas y otras son ejercidas, y de las cuales la más importante es, sin duda, la tensión del mercado de los puestos en la disciplina considerada (dado que los dominantes tienen un juego tanto más fácil cuanto más fuerte es la tensión del mercado y más fuerte es al mismo tiempo la competencia entre los recién ingresados). Si se deja de lado a los profesores –sin duda minoritarios en esta región del espacio universitario– que, como dice un informante, "excitan intelectualmente, ayudan a trabajar y empujan a publicar" (lingüista, 1971), se ve que los "patrocinantes" ajustados a su posición, es decir dotados del sentido del juego necesario para ubicar a sus clientes, asegurarles una carrera y asegurarse así relevos de poder, deben lograr el punto óptimo entre la preocupación de conservar el más largo tiempo posible a sus "pollitos", evitando que accedan demasiado pronto a la independencia, incluso a la competencia activa (especialmente por la clientela), y la necesidad de "empujarlos" lo suficiente como para no decepcionarlos, para ligarlos a sí mismo (evitando, por ejemplo, que no se alíen con competidores) y afirmar a la vez su poder, reforzando de ese modo su prestigio académico y su fuerza de atracción.

> Pero tal vez bastará con citar el análisis que un informante particularmente sagaz propone de las estrategias comparadas de los dos "patrocinantes": "X se rodeó, en una cierta época, de muchos tipos; había muchos tipos entre los más fuertes que buscaban estar con X. ¿Los decepcionó? No los fogueó, salvo a aquellos que estaban lejos de él geográficamente [...], que no eran sus ayudantes; los empujó, apoyó sus tesis y se abrieron camino extremadamente rápido, pues Y

---

toda una serie de niveles por los que había que pasar –dibujo para grabado, luego para escultura, después de modelo vivo, pintura, etc., según un ritmo determinado por el maestro). Personas de edad avanzada podían ser mantenidas en el nivel del dibujo. No se sabía cuánto tiempo se permanecería en un nivel determinado. En un taller como el de Delaroche, famoso por sus éxitos en el concurso, sólo los más endurecidos podían sobrevivir al desaliento suscitado por las manipulaciones y las intrigas (cf. A. Boime, *The Academy and French Painting in the Nineteenth Century*, Londres, Phaidon, 1971, y J. Lethève, *La vie quotidienne des artistes français au XIXe siècle*, París, Hachette, 1968).

llegó a la Sorbona a los treinta y ocho años, o algo por el estilo. A los otros los dejó ahí, jefes de ayudantes. Los dejó rezagarse. De un tipo como R que era ayudante de X, él no se ocupaba para nada. Había otros que estaban con X; al final se encargaron de la docencia, pero con más de cuarenta años. Se aprovecharon del 68 para hacerse nombrar en Vincennes. Si no hubiese sido por Vincennes, todavía serían jefes de ayudantes en la Sorbona. Lo cual hace que no haya ningún alumno de X que haya accedido al poder hoy en día, salvo D. Hay quienes le son fieles, como Y, pero de todos modos [...]. Si acceden al poder, ya no son fieles a X, o bien no acceden al poder. Hay gente que se alió con Z, que había arrancado sin él, y que, una vez llegados a la defensa de tesis, se aliaron a él y cuando fueron doctores fueron ayudados por él" (geógrafo, 1971).

Sin duda hay pocos universos sociales donde el poder depende tanto de la creencia, donde sea tan verdadero el hecho de que, como dice Hobbes, "tener poder, es estar acreditado de poder". De igual modo, no se puede comprender completamente los fenómenos de concentración del poder universitario sin tomar en cuenta también la contribución que aportan los pretendientes, por efecto de las estrategias que los llevan hacia los protectores más poderosos. Estrategias del habitus, y por lo tanto más inconscientes que conscientes. Así como el maestro, según su panegirista, parecía acceder a los puestos dominantes "como por una necesidad natural, sin haber intrigado y sin pretenderlo", del mismo modo los alumnos más sagaces, que son también los mejor provistos, no precisan calcular ni pesar sus posibilidades para llevarles a los maestros más influyentes su reconocimiento, su clientela. He ahí otro de los efectos que hacen que el capital llame al capital. Se verifica, en efecto, que existe una estrecha relación entre el capital de poder universitario poseído por los diferentes "patrocinantes" y el número y la calidad (medida por el capital académico) de sus clientes, que representan una dimensión y una manifestación de su capital simbólico.

La mera cantidad de tesis dirigidas basta para distinguir, en las diferentes disciplinas, a los grandes "patrocinantes". Por ejemplo, en historia, disciplina en la que los datos son los más seguros:[22] Girard,

22 Estos conteos se apoyan en una *Liste des thèses d'histoire contemporaine déposées dans les facultés des lettres de France métropolitaine, arrêtée au 1er octobre 1966* (n = 756; entre ellas 347 tesis principales, 69 tesis complementarias, 271 tesis

57 tesis principales, Labrousse 42, Renouvin 23, Guiral 22, Perroy 21, Mollat y Mousnier 19.[23] Igualmente en griego: Fernand Robert, 33 tesis principales (3 tesis complementarias [TC] y 3 tesis de 3er ciclo), Madame de Romilly 21 (4 TC, 9 3er ciclo); Flacelière, 20 (8 TC); Chantraine, 17 (8 TC); Madame Harl, 16 (12 3er C).[24] O en filosofía: Ricœur, 10 (4 TC); Hyppolite, 10 (3 TC); Schuhl, 10 (3 TC); Jankélévitch, 7; Wahl, 6 (3 TC); Gandillac, 6 (7 TC); Alquié, 5 (1 TC); Gouhier, 4 (12 TC); Canguilhem, 4 (4 TC); Souriau, 4 (2 TC).[25] Se observa, en todas las disciplinas, una diferencia marcada entre los eruditos o los investigadores eminentes que, especialmente cuando están en el Collège de France, no dirigen por lo general sino a un número muy pequeño de candidatos, y en un dominio muy preciso, y los más poderosos de los profesores ordinarios, que dirigen un gran número de trabajos, a menudo muy diversos.

Pero es cuando se toma en cuenta la cualidad social de los candidatos cuando se revelan las diferencias más significativas: en efecto, se ve reagruparse alrededor de los "patrocinantes" más poderosos a los candidatos más cargados de propiedades eficientes dentro del campo (la masculinidad, la agregación –e incluso el buen lugar en

---

de 3er ciclo y 78 tesis de universidad), establecida a solicitud de la Asociación de Profesores de Historia Contemporánea de las facultades francesas. Se encontrará una descripción de ese documento en J.-B. Duroselle, "Les thèses d'histoire contemporaine. Aires cultivés et zones en friche", *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, enero-marzo de 1967, pp. 71-77.

23 Esta jerarquía, que es apenas diferente si se le añaden las tesis complementarias, se modifica muy profundamente si se considera el conjunto de las tesis dirigidas, tesis para el doctorado de 3er ciclo incluidas (y *a fortiori* sólo esas tesis). Si Girard, Duroselle, Mollat y Perroy están siempre entre los diez primeros y en ese orden, se ve aparecer a Rémond y Reinhardt y, a continuación, a todo un conjunto de profesores de Ciencias Políticas y de la École des Hautes Études. Este desajuste se ve mejor todavía si se consideran únicamente las direcciones de tesis de 3er ciclo: Rémond (Nanterre, Ciencias Políticas), 44; Vilar (Sorbona, EPHE), 20; Reinhardt (Sorbona, Ciencias Políticas), 18; Chesneaux (EPHE), 14; Gagniage (Sorbona) y Grosser (Ciencias Políticas), 14; Lavau (Ciencias Políticas), 12; Hurtig (Ciencias Políticas), Lhuillier (Estrasburgo), Touchard (Ciencias Políticas), 10 (la significación de estos conteos resulta limitada por el hecho de que ciertos profesores –especialmente, aquí, los de Ciencias Políticas– pueden también dirigir tesis que provienen de otras disciplinas, y por lo tanto no contabilizadas).

24 Estos conteos están fundados en un agrupamiento por director de tesis (preparadas y defendidas) declaradas en la encuesta de la Maison des

ese concurso–, el título de normalista) y, en consecuencia, los más dotados de "potencia" potencial (como la carrera ulterior lo testimonia claramente). Así es como en filosofía,[26] donde se encuentran sin duda los virtuosos del sistema, Jean Hyppolite, él mismo normalista y en un momento director de la École Normale, profesor en la Sorbona y luego en el Collège de France, se opone claramente a Paul Ricœur, no normalista y profesor en Nanterre (luego en los Estados Unidos), que, aunque disponga, como traductor y

Sciences de l'Homme sobre los investigadores: por lo tanto, subestiman la tasa de tesis dirigidas con respecto a listas oficiales tales como la *Liste des travaux en grec, en latin* (asociación de profesores de lenguas antiguas de la enseñanza superior, junio de 1971), tanto más cuanto que no todos los investigadores o profesores de la disciplina respondieron a la encuesta; pero dan una medida más justa que las listas de las tesis registradas entre dos fechas relativamente próximas y del número de tesis globalmente dirigidas por cada profesor y del capital social que ellas representan, puesto que consideran las tesis destinadas a ser realmente incluidas en el mercado universitario francés.

25 Esta lista que se apoya en la encuesta de la Maison des Sciences de l'Homme de 1967 invoca las mismas observaciones que la lista de las tesis de griego. Es cierto en particular que ella minimiza el número global de los inscritos: por ejemplo, Henri Gouhier declara en una entrevista haber tenido de manera permanente entre 50 y 80 inscritos y dice tener, en el momento de la encuesta, entre 25 y 35 inscritos, tanto en tesis de Estado como en tesis de 3er ciclo, y haber participado en cinco o seis defensas. El censo para los años 1965 a 1968 que incluía las tesis registradas en la Sorbona (*Répertoire raisonné des sujets en cours des doctorats d'État –lettres et sciences humaines– inscrits en France, 1965-1970,* Universidad de París X-Nanterre, y Centro de Documentación Ciencias Humanas) conduce a una lista ligeramente diferente, lo que se comprende porque capta mejor la atracción de los diferentes patrocinantes en un período restringido que el capital de clientes que han acumulado en el curso de su carrera (así, Hyppolite, que pasó por el Collège de France en 1961, regresa, mientras que Souriau y Wahl, afectados por el retiro, desaparecen). Un análisis riguroso debería distinguir las generaciones universitarias, que no coinciden con las generaciones biológicas y que hacen que profesores de la misma edad biológica pero llegados a la Sorbona a edades diferentes puedan ser completamente incomparables desde el punto de vista del volumen y de la calidad de su clientela; y también que los más poderosos sean a menudo aquellos que, por haber accedido al poder muy jóvenes, tienen poder desde hace largo tiempo.

26 A partir de la lista ya citada de las tesis de filosofía (registradas y clasificadas por autor estudiado), se han redistribuido las tesis entre los diferentes directores y reportado en cada una de ellas las características disponibles de su autor (tomadas de la encuesta de la Maison des Sciences de l'Homme sobre los investigadores).

comentarista de Husserl, de una autoridad y de una notoriedad por lo menos equivalentes a las de Hyppolite, conocido sobre todo como traductor y comentarista de Hegel, y aunque añade a ellos una obra de fenomenología, y luego de filosofía del lenguaje y de la interpretación, acoge doctorandos de una cualidad social netamente inferior. Los 10 "inscritos" de Hyppolite son hombres, 9 son agregados, 6 normalistas, y, a la fecha de la encuesta, 6 estaban en París y 4 eran ya profesores conferenciantes, 2 jefes de ayudantes, 2 ayudantes y 4 investigadores asociados en el CNRS. Sobre los 10 candidatos de Ricœur, se contaban 8 hombres, 8 agregados, ningún normalista, solamente 2 eran parisinos y 5 eran jefes de ayudantes, 3 ayudantes, 1 profesor conferenciante, 1 profesor en la enseñanza católica. Este simple sondeo permite no obstante percibir claramente la función y el funcionamiento de la tesis en el caso de una disciplina canónica en la que, a través de ella, el patrocinante de tesis controla de manera absoluta el acceso a la única posición posible, la de profesor en una facultad.[27]

El éxito de una carrera universitaria pasa por la "elección" de un patrocinante poderoso, que no es necesariamente el más famoso, ni siquiera el más competente técnicamente; es así como las carreras más prestigiosas, para los "filósofos", de la generación que accederá a la licenciatura en los años setenta y ochenta, pasaban por el sedimento de un tema de tesis ante uno de los profesores de la Sorbona de los años cincuenta y sesenta, que treinta años antes se habían encontrado alrededor de Émile Bréhier y de Léon Brunschwicg. El

27 La comparación entre los inscritos de Ernest Labrousse, director de estudios de la École des Hautes Études al mismo tiempo que profesor en la Sorbona (o incluso de Pierre Vilar, miembro también de las dos instituciones), y los de Louis Girard, profesor en la Sorbona, que fue durante largo tiempo presidente del CCU [Comité Consultatif des Universités], permite ver que la cosa es diferente cuando la universidad canónica ya no tiene, como es el caso de historia, el monopolio de las carreras posibles, debido a las posibilidades ofrecidas por otras instituciones, tales como la École des Hautes Études o Ciencias Políticas. Mientras que los alumnos de Louis Girard conocieron en su mayor parte oscuras carreras o se dieron a conocer fuera de la universidad, como Louis Mermaz, Jean Elleinstein o Louis Mexandeau, numerosos alumnos de Ernest Labrousse se cuentan entre los historiadores más prestigiosos de su generación y una gran proporción de ellos ha hecho sus carreras en la École des Hautes Études (o en Vincennes).

efecto de la especialización que –atrayendo a algunos de los candidatos más "prometedores" hacia un especialista de una región bien delimitada del espacio filosófico (Schuhl, Guitton, Gouhier o Canguilhem)– parece oponerse al proceso de monopolización tiende en realidad a reforzarlo: los temas más generales son, en efecto, según una jerarquía implícita pero por todos reconocida, los más prestigiosos (como lo testimonia, entre otros índices, el hecho de que los temas más especializados estén reservados para la tesis secundaria y para los directores secundarios, que son los especialistas). Basta con mirar en detalle la lista de los temas registrados con los "patrocinantes" más atractivos, para ver que lo que se espera (objetivamente) del patrocinante de tesis no es, salvo excepción, una verdadera dirección de investigación, consejos metodológicos o técnicos, o siquiera una inspiración filosófica, sino una suerte de reconocimiento de calidad, y la libertad correspondiente, y, más inconscientemente, una dirección de carrera, un patronazgo (así encontramos, en el caso de Hyppolite, junto a un pequeño número de temas sobre Hegel –que por otra parte son obra de raros "marginales"–, estudios sobre Leibniz, Nietzsche o Alain, sobre el pensamiento histórico en Grecia, sobre la fenomenología del sentido, etc.). En una palabra, las afinidades intelectuales entre los grandes patrocinantes y sus clientes son mucho menos evidentes que las afinidades sociales que los unen.

En efecto, aunque parezcan obedecer a dos principios independientes, la "elección" del tema y la "elección" del patrocinante traducen las mismas disposiciones a dos lógicas diferentes: el sentido de la altura filosófica que se declara en la amplitud de los temas y la nobleza de los autores se manifiestan simultáneamente en la elección de un "patrocinante" que, por su posición universitaria, tanto como por su obra, puede aparecer en el momento considerado como el más filósofo de los profesores de filosofía, sin dejar de ser el mejor ubicado para asegurar al pretendiente filosóficamente ambicioso las condiciones sociales del pleno ejercicio de la actividad filosófica, es decir, concretamente, un puesto en una facultad. Una y otra "elección" expresan esa suerte de sentido de la ubicación inseparablemente intelectual y social, que lleva a los más consagrados de los aspirantes hacia los objetos más nobles y hacia las posiciones más prestigiosas a las que ellos introducen. Al igual que la "elección" del cónyuge, la "elección" del patrocinante es también en parte una relación de capital a capital: en la altura del patrocinante y del tema elegidos, el candidato afirma el sentido que tiene de su propia altura y de la altura de los diferentes patrocinantes posibles, algo así como un buen o un mal gusto en materia intelectual (con todos los efectos de *alodoxia* posibles). El patrocinante es elegido más que ser él quien elige; y el valor de

sus alumnos –sin ser discípulos, le conceden no obstante una forma de reconocimiento intelectual– contribuye a hacer su valor, así como él contribuye a hacer el de ellos.[28]

> Es a través de todas las "elecciones" mutuas operadas por socios bien combinados incluso en sus principios de "elección", como se constituyen solidaridades destinadas a aparecer como el producto de operaciones de juicio y de clasificación fundadas en criterios explícitos y reglas expresas. Aquí como en otras partes, hay que cuidarse de imputar a un efecto de la regla, o de la intención deliberada y metódica, regularidades que tienen por principio las inclinaciones del sentido práctico. La objetivación, y especialmente aquella que la estadística opera al adicionar el resultado de múltiples estrategias individuales, produce por sí misma una alteración teórica que hay que mantener en la conciencia: hace aparecer, entre las propiedades de los agentes y sus prácticas, relaciones que uno puede verse tentado a leer como el resultado de un cálculo cínico del interés bien entendido. Lectura tanto más probable cuanto esta filosofía ingenuamente utilitarista de la acción (de los otros) es el fundamento ordinario de la polémica cotidiana, a veces enmascarada como ciencia, que a menudo extrae su falsa lucidez del resentimiento.

La audacia, incluso la imprudencia estatutariamente impartida a algunos, provee sus mejores justificaciones y sus más seguras coartadas a la prudencia institucional que incumbe a la mayoría. El culto de lo "brillante", a través de las facilidades que procura, las falsas audacias que favorece, los trabajos humildes y oscuros que desalienta, se opone menos de lo que parece a las prudencias de la *academia mediocritas*, a su epistemología de la sospecha y del resentimiento, a su horror de la libertad y del riesgo intelectuales; y colabora con el llamado a la "seriedad", a sus colocaciones prudentes y a sus pequeños beneficios, para contrariar o desalentar todo pensamiento capaz de perturbar un orden fundado sobre la desconfianza para con la libertad intelectual, incluso sobre una forma muy especial de antiintelectualismo.

28 Desde esta perspectiva se pueden comprender los elogios obligados de sucesor a antecesor, y su contenido, que mezcla inextricablemente las declaraciones de reconocimiento –en el sentido de gratitud– por el "patrocinante" y las profesiones de reconocimiento intelectual por el "maestro".

La sorda resistencia a la innovación y a la invención intelectual, la aversión por las ideas, por la libertad de espíritu y la crítica, que tan a menudo orientan los juicios académicos, tanto en las defensas de tesis o los informes críticos como en los cursos bien balanceados que ponen espalda con espalda a las vanguardias del momento, sin duda son efecto del reconocimiento acordado a una institución que sólo les confiere las garantías estatutarias ligadas al pensamiento de institución a aquellos que aceptan sin saberlo los límites asignados por la institución. Y nada contribuye tanto al reforzamiento de las disposiciones deseadas como la tesis de doctorado; y ello por intermedio del control difuso que la autoridad patrimonial del "padre de doctor" tiende a ejercer sobre todas las prácticas, especialmente sobre la publicación, a través de la autocensura y la reverencia obligada hacia los maestros y la producción universitaria, y sobre todo a través de la prolongada relación de dependencia en la que mantiene al candidato y que no tiene nada que ver, con mucha frecuencia, con las necesidades técnicas de un verdadero aprendizaje.[29]

Poner el acento, como de ordinario se hace, sobre el ritual de la defensa, es, en todo caso, enmascarar lo esencial, que reside en la espera sumisa y en el reconocimiento del orden académico que ella implica. Como recuerdan las ordenanzas que rigen el examen que, en la Edad Media, daba acceso a la maestría en la profesión de talabartero, no hay ningún maestro sin maestro: *nullus assumi debet in magistrum, qui sub magistro non fuerit discipulus.* Ningún maestro reconocido que no reconozca un maestro y, a través de él, la magistratura intelectual del sagrado colegio de los maestros que lo reconocen. Ningún maestro, en una palabra, que no reconozca el valor de la institución y de los valores institucionales que arraigan todos en el rechazo instituido de todo pensamiento no institucional, en la exaltación de la "seriedad" universitaria, ese instrumento de normalización que goza de todas las apariencias, las de la ciencia y las de la moral, aunque con mucha frecuencia no sea sino el instrumento de la transmutación de los límites individuales y colectivos en elecciones de la virtud científica.

29 Se sobrentiende que la necesidad social no puede ejercerse sino enmascarándose tras la apariencia de la necesidad técnica. De suerte que el doble juego entre las dos necesidades que tiende a devenir en regla, con la complicidad de las dos partes, constituye uno de los obstáculos mayores a la institución de verdaderos contratos de *aprendizaje* libremente consentidos en los cuales las coacciones y los controles impuestos tienen como fin preparar su propio debilitamiento al proporcionar los instrumentos de trabajo que son la condición de la verdadera libertad intelectual.

Como toda forma de poder poco institucionalizada y que excluye la delegación en favor de mandatarios de poderes,[30] el poder propiamente universitario no puede ser acumulado y mantenido sino al precio de un gasto constante e importante de tiempo. De ello resulta que, como ya señalaba Weber, la adquisición y el ejercicio de un poder administrativo en el campo universitario –el de decano o el de rector, por ejemplo– o de un poder oficioso de gran elector o de miembro influyente de las asambleas electorales o de las comisiones y los comités de todo orden, tienden a comprometer la acumulación de un capital de autoridad científica, y a la recíproca. Como la acumulación de un capital simbólico en una sociedad precapitalista, donde la objetivación de los mecanismos económicos y culturales está poco avanzada, la acumulación del capital específico de autoridad académica exige que uno pague con su persona, es decir con su tiempo, para controlar la red de las instituciones donde se acumula y se ejerce el poder universitario, y también para entrar en los intercambios de los que esas concentraciones son la ocasión y en los que se constituye poco a poco el capital de servicios prestados, que es indispensable para la instauración de las complicidades, de las alianzas y de las clientelas.

> Basta para convencerse con imaginar el empleo del tiempo de cierta encarnación ejemplar del profesor omnipresente: Marcel Durry, quien, nombrado profesor en la Sorbona en 1944, acumulará, durante una treintena de años, los cargos administrativos, las presidencias, las participaciones en las más altas instancias de la "latinería", como, se dice, le gustaba decir. Es el hombre de las fichas de asistencia: director del Instituto de Estudios Latinos y decano de la Sorbona, durante largo tiempo fue presidente del jurado de agregación y del comité consultor, y también administrador de la Sociedad de Estudios Latinos, presidente de la Federación Internacional de Estudios Clásicos –y durante un tiempo de la asociación Roma-Atenas–, miembro del consejo de administración de la asociación Guillaume Budé, de la que "no se perdía jamás una sesión" y a la que representaba en el consejo de administración de Les Belles Lettres; miembro del consejo de administración de la Casa Velásquez. "De buena gana se lo consulta en el Ministerio", pero todavía encuen-

30 Se verá que el poder en una institución de producción o de reproducción cultural implica una forma de autoridad propiamente cultural, una suerte de *carisma de institución.*

tra tiempo para viajar "a través de toda Europa" y hasta Constantina o el Brasil, donde es encargado de misión (cf. J. Heurgon, necrológica de Marcel Durry en *Bulletin de l'association Guillaume Budé*, 1978, pp. 28-32). Se encontrará una imagen paradigmática del patrocinante de segundo plano, más bien asesor que docente, tesorero más que presidente, secretario antes que director, pero igualmente dedicado y sin duda al menos igualmente indispensable para el buen funcionamiento de la institución, en la evocación de la carrera de Pierre Wuilleumier (F. Robert, *Bulletin de l'association Guillaume Budé*, marzo de 1980, nº 1, pp. 1-4, y P. Grimal, *Revue d'études latines*, 5, 1979, pp. 29-31).

La oblación de tiempo que implica la participación en ritos, ceremonias, reuniones, representaciones, y también la condición más rigurosamente necesaria de la acumulación de esa forma particular de capital simbólico que es una reputación de honorabilidad universitaria, el reconocimiento que todo grupo acuerda como contrapartida del reconocimiento acordado al grupo, a sus valores, a sus obligaciones, a sus tradiciones, y a los rituales a través de los cuales reafirma su ser y su valor, está aquí en el fundamento de una forma de autoridad interna relativamente independiente de la autoridad propiamente científica. Sólo un conjunto de monografías permitiría captar la lógica de los intercambios en los que entran los universitarios en ocasión de los jurados de tesis (aquel que le solicita a un colega la participación en el jurado de una tesis que él ha dirigido se compromete tácitamente a conceder la reciprocidad y entra, por lo tanto, en un circuito de intercambios continuos), de las elecciones (aquel que toma la palabra en favor del candidato de un colega se gana ante él –y ante su candidato– un crédito que podrá hacer valer en ocasión de otra elección), de los comités de redacción (donde funcionan mecanismos análogos), de las comisiones de reclutamiento, etc. Eso es sin duda lo que hace que la lógica de la acumulación del poder tome la forma de un engranaje de obligaciones que engendran las obligaciones, de una acumulación progresiva de poderes que llama a las solicitaciones generadoras de poder.

Pero hay que seguir aquí a un informante en su descripción de un estado más reciente (alrededor de los años ochenta) del campo universitario en el que, con el desarrollo de las instancias consultivas, la lógica de la equivalencia del tiempo y del poder universitario parece haber alcanzado su límite: "Hay una gran ventaja en formar parte de esta comisión porque uno es solicitado, es reclamado, uno

forma parte de una red de relaciones –si uno juega el juego–, de una red que te permite conocer un poco a todo el mundo: al mismo tiempo, te invitan a las facultades para ocupar un escaño en las comisiones de especialistas, eventualmente para dar conferencias. Una vez X me invitó a L para dar una conferencia, eso me rindió cuatrocientos o quinientos francos. No es eso lo que es interesante, pero se vuelve interesante para conseguir un puesto. Un jefe de ayudantes que aprueba su tesis, que trabaja con esa gente, incluso si no es gente de sus mismas ideas (unos, electos sindicales, otros, nombrados por un gobierno de derecha), objetivamente hay, lo quieras o no, algo que circula en el hecho de formar parte de esta comisión. Tan es así que existía la costumbre de ir cada temporada a almorzar juntos en un restaurante, los jefes de ayudantes y los profesores [...]. Hay una ventaja considerable en ocupar un escaño en esta comisión, porque eso te hace conocer; para un jefe de ayudantes que busca un puesto de profesor, una vez que ha aprobado su tesis, si ha ocupado escaños en comisiones locales, un poco periféricas, al mismo tiempo, si hay un puesto creado allí, la comisión de especialistas locales tendrá inmediatamente el derecho de preferencia. Eso te crea una red de relaciones sociales distinta de la que se establece por la vía de las publicaciones o de un reconocimiento propiamente intelectual" (sociólogo, 1980). En el caso de esos poderes de un tipo nuevo que se han desarrollado con el favor del sindicalismo y del corporativismo categorial, el poder se paga más que nunca en tiempo, es decir, en renunciamiento a la acumulación de un capital de autoridad específica; y todo permite suponer que la intensificación de las luchas categoriales tiene como principal efecto disminuir el tiempo global que queda disponible para la investigación científica (resultado que, sin ser querido como tal, se adecua a los intereses de aquellos que tienen menos beneficios que esperar de la investigación propiamente dicha): "Para alguien que tiene la técnica, siete informes para preparar es algo que se hace rápido, debe demandar como máximo una jornada. En cambio, ocupar un escaño, eso tomaba un montón de tiempo (una semana). Ese año, sesionamos una vez una semana y una vez tres días y medio. Es muy fatigoso. Además estaba la reunión de despacho, que consistía en repartir las carpetas entre los miembros de la comisión. Yo estaba ahí en nombre de los jefes de ayudantes. Me la pasaba quizá dos horas o fácilmente media jor-

nada. 'Ah, Fulano tiene como director de tesis a Mengano.' Y X, además, tenía que ir muchas medias jornadas por año al Ministerio porque el Ministerio trabaja directamente con los presidentes, da consignas. Un presidente tiene mucho más trabajo que el miembro básico de la comisión [...]. Hay algo que toma mucho tiempo, y son los llamados telefónicos entre los miembros de la comisión. Yo pienso que eso debe suceder especialmente entre los profesores, no solamente entre los miembros de la comisión, sino también con la gente que vive en provincia, etc. En cuanto a los militantes sindicales, están las cartas que hay que escribir al sindicato para rendir cuentas, las reuniones preparatorias (entre electos sindicales SNESup). El tiempo en total vale un mes de trabajo más o menos, creo, en todo caso, el año que estuve ahí, era un año pesado. No es gran cosa comparado con el CNRS; hay gente que acumula el CNRS y el CSCU [Conseil Supérieur Corps Universitaire]. Se pasan tres meses de su año en eso" (sociólogo, 1980).

Así, nada resumiría mejor el conjunto de las oposiciones que se establecen entre los ocupantes de los dos polos del campo universitario que la estructura de su presupuesto-tiempo (debido a que a las diferentes especies de capital corresponden diferentes formas de asignación del tiempo): por un lado, aquellos que invierten sobre todo en el trabajo de acumulación y de gestión del capital universitario –en su trabajo "personal" inclusive, consagrado en gran medida a la producción de instrumentos intelectuales que son también instrumentos de poder propiamente universitario, cursos, manuales, diccionarios, enciclopedias, etc.; por el otro, aquellos que invierten sobre todo en la producción y, secundariamente, en el trabajo de representación que contribuye a la acumulación de un capital simbólico de notoriedad externa. De hecho, los más ricos en prestigio externo podrían ser divididos una vez más según la parte de su tiempo que conceden a la producción propiamente dicha o a la promoción directa de sus productos (especialmente con el trabajo de importación-exportación científica, coloquios, congresos, conferencias, intercambios de invitaciones, etc.), o bien a todas las actividades públicas, especialmente de tipo político, que forman parte del rol social del intelectual, y que, sin ser necesariamente concebidas como tales, corresponden en parte a la lógica de las relaciones públicas y de la publicidad (con, por ejemplo, la frecuentación de los periodistas, la producción de artículos para los diarios, la participación en petitorios o manifestaciones, etcétera).

Se comprende que el poder universitario sea con tanta frecuencia independiente del capital propiamente científico y del reconocimiento que éste atrae. Poder temporal en un universo que no está ni de hecho ni de derecho consagrado a esta especie de poder, tiende siempre a aparecer, tal vez incluso a los ojos de sus poseedores más seguros, como una forma inferior de poder, como un sustituto o un premio consuelo. Se comprende también la profunda ambivalencia de los universitarios que se dedican a la administración, con respecto a aquellos que se consagran, y con éxito, a la investigación; sobre todo en una tradición universitaria en la que el patriotismo de universidad es débil y mal recompensado.

Todo permite suponer que la orientación inicial o tardía hacia las posiciones de poder temporal depende de las disposiciones del habitus y de las posibilidades –a las que esas disposiciones mismas contribuyen a través de la anticipación y el efecto de *self-fulfilling prophecy*– de conquistar las únicas apuestas en juego oficialmente reconocidas en el campo, es decir, el éxito científico y el prestigio propiamente intelectual. La lógica de la causalidad circular que se instaura entre las posiciones y las disposiciones, entre el habitus y el campo, hace que un mínimo éxito de las inversiones científicas pueda llevar a aceptar o a buscar las inversiones extracientíficas de tipo sustitutivo o compensatorio que contribuyen, a cambio, a reducir el rendimiento de las inversiones científicas.

De ello se sigue que nada sería tan vano como intentar determinar si el menor éxito intelectual es el principio determinante o el efecto de esas vocaciones negativas que conducen a las posiciones de poder académico o de administración universitaria –o incluso a esa forma particular de sindicalismo que, en la enseñanza o en la investigación, representa una vía secundaria de éxito temporal–; tanto más cuanto en más de un caso, al menos en el período anterior a la crisis, las disposiciones universitariamente aprobadas respecto a la cultura de la academia parecían conducir muy naturalmente a puestos de gestor.

Es lógico que estas regiones del espacio universitario sean ocupadas por agentes que, siendo producidos para la institución escolar y por ella, no tienen más que abandonarse a sus disposiciones para producir indefinidamente las condiciones de la reproducción de la institución, comenzando por la más importante: imponer al mismo tiempo la limitación de las necesidades y de las aspiraciones en materia de cultura y la ignorancia de esos límites, la restricción de la visión del mundo y la adhesión a esta visión mutilada, que lleva a aprehender como universalidad, con el nombre de "cultura general", la

más extrema particularidad.[31] Los oblatos son siempre los más inclinados a pensar que fuera de la Iglesia no existe salvación –sobre todo cuando se convierten en los grandes pontífices de una institución de reproducción cultural que, al consagrarlos, consagra su ignorancia activa y sobre todo pasiva de cualquier otro universo cultural–. Víctimas de su elección, esos afortunados del mérito presentan una curiosa combinación de suficiencia e insuficiencia que sacude de entrada al observador extranjero, como Léo Spitzer, quien evoca muchas veces "el aislamiento académico" y "la doble autarquía, sorbonal y nacional", de los rabelaisantes franceses.[32]

> Uno no puede comprender los rasgos más constantes de la universidad francesa si ignora que su aristocracia cultural, salida en lo esencial de la pequeña burguesía más vinculada al sistema educativo –el corazón de la Sorbona pertenece a los hijos de maestros–, está sin lugar a duda más que otras (la alemana o la inglesa, por ejemplo) desprovista de todo lo que proporciona una herencia de aristocracia cultural y privada de la conciencia de esa privación. El aristocratismo intelectual del pobre es el principio del círculo vicioso de la pobreza cultural. Y no es preciso invocar el carácter nacional para comprender que la combinación de jacobinismo igualitario y de aristocratismo educativo que se cumple en la institución del concurso engendra una disposición profundamente ambivalente con respecto a todas las realizaciones científicas: la defensa colectiva contra toda jerarquización objetivada de los desempeños (que desalienta toda búsqueda de indicadores institucionalizados del estatuto científico) puede asociarse así a una exaltación sin equivalente de los grandes intelectuales.

En una gran parte provenientes del cuerpo docente, y sobre todo de sus capas inferiores y medias, casi todos estudiantes de la *khâgne** y de la École Nor-

31 En esta perspectiva, nunca se le concederá demasiada atención a los *programas* que juegan un papel determinante en el condicionamiento de la clientela –estudiantes y futuros maestros– al definir el universo de los saberes *académicamente rentables*, contribuyendo así a producir y reproducir *programas de pensamiento*.

32 L. Spitzer, *Études de style*, prefacio de J. Starobinski, París, Gallimard, 1970, p. 165, n. 26 y p. 159, n.2.

* Argot: en los institutos franceses, clase de preparación para la ENS de letras. [N. del T.]

male Supérieure, en la que con mucha frecuencia siguen enseñando, mayormente casados con docentes, los profesores canónicos de las disciplinas canónicas conceden a la institución académica que han elegido porque ella los ha elegido, y a la recíproca, una adhesión que, para ser tan totalmente condicionada, tiene algo de total, de absoluto, de incondicional. La dialéctica de la consagración que contribuye a llevar a los agentes hacia los lugares a los que sus disposiciones socialmente constituidas los predestinan funciona aquí a pleno, y sólo la más refinada ciencia de la comunicación infralingüística podría inventariar los índices por los que, en los procedimientos de cooptación, la institución reconoce a aquellos que la reconocen, ya se trate de eso que se llama "seriedad", es decir, la disposición a tomar en serio las sugestiones o los mandatos académicos, o de su complementario, la "brillantez" que, siendo a menudo identificada precozmente –es decir, por el éxito rápido en las pruebas escolares–, mide también la precocidad de la adhesión a los valores de la "seriedad", siendo el más precoz, en cierto sentido, aquel que más joven llega a viejo.[33]

El poder propiamente universitario es típico de las disciplinas canónicas, historia de la literatura francesa, letras clásicas o filosofía, que están estrechamente ligadas a los programas y a las pruebas escolares y, a través de ellos, a la enseñanza secundaria, cuya reproducción controlan directamente modelando, a través de los programas, los cursos y los temas de concurso, las disposiciones duraderamente inculcadas al cuerpo docente. Investidos de una suerte de magisterio social –como lo testimonia su activa participación en la defensa de la lengua y de la cultura francesas y de las instituciones encargadas de sostenerlas–, los profesores de esas disciplinas subordinan lo esencial de su práctica pedagógica –y "científica"– a las exigencias de los exámenes y de los concursos.

Esta función cuasi jurídica se ve muy bien en el caso de los gramáticos: jugando sin siquiera saberlo con la ambigüedad de la gramática,

33 Esto es sin duda más verdadero aún en las facultades de derecho o de medicina, donde el aire de seriedad, índice de la adhesión a los valores de normalidad burguesa, es tanto más fuertemente exigido cuanto la oposición entre lo brillante y lo serio no es pertinente allí, y en la medida en que el más brillante también es allí el más serio, aquel que manifiesta más claramente y más pronto la adhesión a las tradiciones del cuerpo (siendo que esa seriedad precoz no excluye, todo lo contrario, el derroche controlado y estatutario, es decir, ritualmente limitado en el tiempo y en el espacio social).

> que se puede entender en un sentido positivo o normativo, dicen a la vez lo que la lengua es y lo que debe ser: "El gramático jugaba un doble papel: por un lado le correspondía descubrir la naturaleza del lenguaje, y por el otro enseñar sus reglas a los jóvenes. En tanto observador y descubridor, era el fundador de la ciencia de la lingüística, pero, en tanto profesor y legislador, era una parte de la misma institución que [integraban] los sacerdotes, los jueces o los príncipes. Así como fundaban o administraban los códigos de la religión, del derecho o de la etiqueta, del mismo modo establecían e interpretaban los códigos del 'buen' lenguaje o del lenguaje 'correcto'".[34]

Los maestros canónicos de las disciplinas canónicas consagran una parte importante de su propio trabajo a la producción de obras cuya intención escolar está más o menos doctamente negada y que son a la vez privilegios, a menudo económicamente fructíferos, e instrumentos del poder cultural en tanto empresas de normalización del saber y de canonización de los conocimientos adquiridos legítimos: sin duda son los manuales, los libros de la colección "Que sais-je?" y también las innumerables colecciones de "síntesis", particularmente florecientes y rentables en historia, los diccionarios, las enciclopedias, etc.[35] Estas "vastas síntesis", a menudo colectivas, más allá de que permiten reunir y gratificar a amplias clientelas, tienen, por obra de la selección que operan, un efecto de consagración (o de palmarés) que se ejerce primero que nada sobre el cuerpo docente.[36] Salidas de cursos y destinadas a retornar al estado de cursos, esas síntesis perpetúan con la mayor frecuencia un estado superado del saber, instituyendo y canonizando problemas y debates que deben existir y subsistir por la inercia de los programas objetivados e incorporados de la École. Son la prolongación natural de la gran enseñanza de reproducción que, en tanto vulgarización legítima, debe inculcar lo que

34 Cf. E. Haugen, *Language Conflict and Language Planning*, Cambridge, Harvard University Press, 1966, p. 4.

35 Es conocida la vinculación que unía a Presses Universitaires de France con los profesores de la Sorbona, dueños estatutarios de la dirección de las grandes colecciones donde se publican tesis subvencionadas y obras de síntesis socialmente avaladas por la autoridad de institución. (Habría que analizar, con la misma lógica, el funcionamiento y la función ambigua de los Ateliers d'Imprimerie Universitaire.)

36 En el otro polo del campo, el efecto del palmarés se ejerce por intermedio de los diarios y sobre todo de los semanarios culturales, que permiten actuar directamente en ciertas coyunturas, sobre el público de los estudiantes.

la "opinión común de los doctores" considera como conocimiento adquirido, académicamente ratificado y homologado, y por lo tanto, digno de ser enseñado y aprendido (en oposición a las "modas" y a todas las herejías modernistas), antes que producir un saber nuevo, incluso herético, o la aptitud y la inclinación para producir un saber semejante.

De manera más general, el desfase estructural, más o menos grande según las disciplinas, entre la investigación y la enseñanza, hace que los docentes de todo rango se inclinen a encontrar en un misoneísmo defensivo una manera de escapar a la desclasificación, y no es raro que abusen de la situación de monopolio que la enseñanza concede para tomar una falsa distancia con respecto a saberes que en todo caso tendrían dificultades en transmitir: "En cuanto a aquellos que están más acá [de la investigación actual], su acción consiste en estropear las teorías al difundirlas; buscan distinguirse de los autores a los que difunden por medio de seudocríticas y seudoopiniones o seudotomas de posición sobre los problemas y la manera en que son tratados" (lingüista, 1971).
Habría que someter aquí a un análisis detallado biografías y bibliografías, relacionando por ejemplo las producciones con las actividades de reproducción (cursos dictados, concursos corregidos, etc.) concomitantes, y examinar también cómo se opera la asignación del tiempo entre las actividades de investigación y las actividades de enseñanza, y por último, dentro de éstas, determinar cuál es el lugar asignado a la enseñanza destinada a preparar para la investigación propiamente dicha y a la enseñanza destinada a producir docentes.[37] De esta última oposición pueden encontrarse indicadores en el lugar que las diferentes instituciones y los diferentes profesores conceden a la tesis de 3[er] ciclo y a la agregación. Por más que sea indudablemente el objeto de usos muy diferentes según la disci-

37 Habría sido interesante medir la intensidad de la orientación hacia la enseñanza mediante la enumeración de las horas "complementarias" de enseñanza en la institución de incorporación o en otras: todo permite pensar que, cuanto más se aproxima uno al polo de los "reproductores", más frecuentes son aquellos que se aseguran beneficios económicos importantes al multiplicar los cursos, de manera a menudo muy económica –intelectualmente–, sobre el mismo programa de concurso –de agregación, particularmente– en la Sorbona, en la École Normale Supérieure, en la Escuela Sevigné, etcétera.

plina y, dentro de la misma disciplina, según el grado de reconversión científica de los maestros, la tesis de 3er ciclo representa la posibilidad institucional de escapar a la ambición, estimulada por la institución de la tesis de Estado, de la obra maestra singular y total, producida al término de un esfuerzo solitario de muchos años, y de encontrar un modo de expresión adaptado a las exigencias de la investigación, como el artículo científico que aporta una contribución original sobre un punto preciso. Y, de hecho, se constata una disminución de la tasa de tesis de doctorado defendidas o en curso de preparación y, a la inversa, un aumento de la tasa de tesis de 3er ciclo defendidas o en curso de preparación cuando se pasa de las disciplinas tradicionales a las disciplinas abiertas a la investigación (es sabido que el doctorado de 3er ciclo se desarrolló en primer lugar en las facultades de ciencias, donde tiende a suplantar a la agregación, particularmente por el acceso a los puestos de docente en la enseñanza superior): así, por ejemplo, la proporción de docentes del colegio B que no han defendido y que no preparan una tesis de 3er ciclo pasa de 40% en sociología a 59,7% en lingüística, a 73,6% en latín y griego, a 75,1% en literatura (estos datos, que se desprenden de la encuesta de 1967 de la Maison des Sciences de l'Homme sobre los investigadores en letras y en ciencias humanas, son confirmados por el escrutinio de la recopilación de las posiciones de las tesis que muestra que el número de las tesis de 3er ciclo defendidas en París en 1968 es de 32 para sociología, 17 para etnografía, 14 para psicología, 11 para griego, 3 para inglés).

El devenir de la tesis de 3er ciclo da una justa idea de las dificultades de la institucionalización de nuevos modos de producción y de evaluación de las obras culturales. En efecto, está claro que las costumbres universitarias han vencido, también en este punto, a las prescripciones del derecho: entre otras razones porque numerosos profesores han manifestado el escaso precio que le asignan al concederlo con largueza, el doctorado de 3er ciclo, que sanciona un trabajo de investigación, está casi completamente desprovisto de valor en el mercado de las disciplinas canónicas de las facultades, siempre dominado por la agregación y sus ejercicios académicos, y no deja de sufrir la fuerte competencia de los títulos antiguos (especialmente la agregación) incluso en el mercado de las ciencias sociales. He ahí uno de los factores que hacen que las instituciones más encaminadas a la enseñanza de investigación, como el Collège

> de France y la École des Hautes Études, estén casi totalmente desprovistas de peso social: "El 3er ciclo no vale absolutamente nada. Fíjate, un ejemplo: desde hace dos años se ha obtenido la dispensa de la agregación para los graduados en letras [de la École Normale]. ¿Qué es lo que eso da? Fuimos los primeros en aconsejar a los normalistas que, pase lo que pase, no hagan uso de esa dispensa. ¿Para qué les habría servido? ¿En el 3er ciclo? ¿Pero qué es lo que el 3er ciclo les habría dado? Nada. [...] Uno está obligado a sostener proposiciones bastante realistas e incluso cruelmente realistas, y después se vuelve a la elección de los patrocinantes, a veces a exponer un poco el sistema" (graduada en letras, 1971). "El mejor diploma es la agregación. Incluso a la tesis de 3er ciclo se la considera inferior, bastante claramente" (lenguas clásicas, 1971). "En el nivel de la ayudantía, la agregación asciende como flecha, la barra de timón realmente se encuentra a nivel de la agregación. En 1968, amenazaba con desplomarse; nunca se ha portado mejor que ahora: la política de reclutamiento de los patrocinantes le devuelve su importancia" (historiador, 1971).

Nunca se comprenderá nada del funcionamiento de este poder temporal en el orden cultural si no se ve que, a pesar de todo lo que lo separa del prestigio propiamente intelectual y científico, consigue hacerse reconocer, sobre todo dentro de los límites de su incumbencia temporal, como una verdadera autoridad intelectual o científica, y que puede ejercer por eso mismo efectos de desvío o de retraso en el terreno mismo de la investigación. Eso se debe a que permite obtener toda clase de actos de reconocimiento y de homenajes obligados (de los cuales las referencias y los informes de complacencia no son sino el aspecto más visible) a través de los efectos de autoridad que toda institución legítima ejerce y de las docilidades conscientes o inconscientes que el poder sobre posiciones codiciadas suscita. Y también, más profundamente, porque, en nombre de una suerte de sumisión interior al orden cultural establecido, todos aquellos que le deben una parte de su valor real o dado por sentado a la consagración escolar tienden a reconocer la legitimidad de la pretensión de legislar en materia científica o intelectual que todo poder temporal afirma de hecho cada vez que interviene en un universo donde las cuestiones en juego son intelectuales o científicas, a través de nombramientos, de atribuciones de crédito o, *a fortiori*, de actos de consagración (en los jurados de tesis, por ejemplo).

> La acumulación no está absolutamente excluida y en el centro del espacio se encuentra a numerosos profesores que consiguen reunir y conciliar los poderes del patrocinante, amo casi absoluto de todos los destinos académicos, y de la autoridad docta (es lo que significa, a menudo, la asociación de una cátedra en la Sorbona y de un seminario en la EPHE). La alodoxia que encuentra un fundamento objetivo en el hecho de que, entre los dos extremos, donde las dos especies de poderes estarían totalmente disociadas, existen todos los perfiles intermedios, proporciona un sustento a la mala fe individual y colectiva sin la cual la vida intelectual o científica sería tal vez insoportable: es lo que permite al director de tesis a la antigua percibirse como un maestro buscado y escuchado por su mera competencia científica, al precio de algunas mentiras a sí mismo redobladas por la complicidad o por la indulgencia de los alumnos de ocasión que los poderes de la institución le han asignado.

Este poder sobre los mecanismos de reproducción, y a través de ello sobre el porvenir del cuerpo, que encuentra su realización en las facultades de medicina, reposa en el control, por medio de la cooptación, del acceso al cuerpo universitario, sobre las relaciones de protección y de dependencia duraderas entre el patrocinante y sus clientes, y por último, en el dominio de las posiciones institucionales de poder, jurados de concursos de reclutamiento, comité consultor, consejos de facultad, incluso comisiones de reforma.[38] Pero el garante más seguro del orden académico, inseparablemente social y científico, reside sin duda en los mecanismos complejos que hacen que el avance hacia la cima de las instituciones dominantes temporalmente vaya a la par de una progresión en la iniciación académica, marcada, en el caso de las facultades de medicina, por la sucesión de los concursos (que, como advierte un observador, rechaza muy tarde la verdadera iniciación a los métodos científicos del laboratorio), o, para las facultades de letras, marcada por la larga espera de la tesis de doctorado, es decir, en los dos casos, por un reforzamiento prolongado de las disposiciones que han sido reconocidas por los procedimientos primitivos de cooptación y que no inclinaban para nada a la ruptura herética con los saberes y los poderes sabiamente entreverados de la ortodoxia académica.

38 Sobre los fundamentos del poder en las facultades de medicina, se podrá leer particularmente a H. Jamous, *op. cit.*, pp. 108-111.

LOS HERÉTICOS CONSAGRADOS

Aquellos que ocupan en el campo posiciones situadas en el extremo opuesto a las de los *lectores*, orientados prioritariamente hacia la reproducción de la cultura y del cuerpo de los reproductores, tienen en común el consagrarse prioritariamente a la investigación, aunque cumplan también funciones de enseñanza (pero más bien en instituciones universitarias marginales como el Collège de France o la École des Hautes Études): con mucha frecuencia a la cabeza de un equipo de investigadores, raramente se encuentran en las posiciones de poder universitario cuya ocupación requiere mucho tiempo y dirigen menos tesis. Particularmente representados en las disciplinas nuevas, en especial la etnología, la lingüística, la sociología, o en las disciplinas marginales, extrañas al currículum canónico (como la asiriología, la egiptología, el indianismo, la sinología, los estudios islámicos o bereberes, las lenguas o literaturas indias, etc.), o incluso en las disciplinas canónicas, pero renovadas en sus métodos, como la historia económica y social, tienen una notoriedad que, al menos en lo que respecta a algunos de ellos, sobrepasa ampliamente las fronteras del campo universitario. Acumulando los títulos de reconocimiento universitario más prestigiosos (como el Instituto, cumbre de una larga serie de relaciones de dependencia), a los que añaden a veces los índices de consagración "intelectual" más reconocidos por el gran público (publicación en libro de bolsillo, noticia en el *Larousse* o pertenencia a la Academia Francesa) y posiciones de poder en el campo intelectual (participación en comités de redacción de revistas intelectuales, dirección de colecciones, etc.), conocidos y reconocidos en el extranjero (la abundancia de las citas y de las traducciones de sus obras lo testimonia), a menudo escribiendo en lengua extranjera, esos "maestros" cuyo nombre, al menos para aquellos que hacen escuela, está ligado a conceptos tipo *-ismo*, tienen más bien alumnos o discípulos que clientes, aunque el capital simbólico tienda a acompañarse, en ciertos casos, de un cierto poder social.

El hecho de que la autoridad simbólica se encuentre con mayor frecuencia entre los especialistas de las ciencias nuevas no debe disimular que esas disciplinas, por la combinación de poderes de tipo antiguo –como el comité consultor– y de poderes nuevos ligados a la investigación que ellas ofrecen (como las comisiones que controlan puestos de investigadores en el CNRS y en otras partes, créditos de investigación, etc.), habían permitido a algunos patrocinantes "reconvertidos" realizar una concentración de poderes fuera de toda medida común con los pequeños principados acadé-

micos de las disciplinas canónicas. Siendo que el teclado de las posiciones está considerablemente extendido, aquel que controlaba al mismo tiempo, por las tesis de doctorado y el comité consultivo, el acceso a la enseñanza superior, y, por las comisiones del CNRS, el acceso a los puestos de investigador y una parte importante de los créditos, disponía de posibilidades de intercambio sin precedentes y podía así, directa o indirectamente –en particular a través del control de la entrada en el cuerpo–, definir, y por mucho tiempo, toda la orientación de una disciplina.

Si los profesores del Collège de France o de la École des Hautes Études y los profesores de las disciplinas menores y marginales de las facultades, o incluso los profesores más especializados de las disciplinas canónicas (por ejemplo, los historiadores de la filosofía cristiana), están particularmente representados por el lado del polo de la investigación, es porque tienen en común el escapar casi por completo a las coerciones que pesan sobre las disciplinas dominantes de las facultades, comenzando por aquellas que los programas y los públicos numerosos imponen, con todas las cargas y también los prestigios y los poderes que se desprenden de ello. Libres del tema de sus cursos, pueden explorar objetos nuevos, en honor a un número reducido de futuros especialistas, en lugar de exponer a alumnos numerosos y en su mayor parte destinados a la enseñanza, el estado de las investigaciones ya realizadas (a menudo por otros) sobre cuestiones impuestas cada año por los programas de los exámenes y de los concursos, y con un espíritu que inevitablemente le debe mucho a la lógica de las pruebas escolares.

La oposición entre los dos polos no se confunde con la oposición entre las facultades y los grandes establecimientos. El Collège de France mismo cuenta, junto a especialistas en la tradición de los gabinetes de eruditos del siglo XVIII, y hasta en las disciplinas más clásicas, como lenguas antiguas, algunos "universitarios eminentes" que han seguido la carrera clásica (pasando por la Retórica superior y la Sorbona) y que han añadido a los títulos ordinarios de excelencia académica una notoriedad mundana adquirida a veces en el periodismo.[39] A lo cual se añade que desde siempre el mérito

39 La parte de los "universitarios eminentes", parece, se acrecentó después de 1968 con el favor del acercamiento provocado por la crisis, entre los grandes eruditos y los grandes retóricos, hasta allí fuertemente opuestos.

puramente académico (un buen puesto de entrada en la École Normale y un buen puesto de agregación) fue una vía de acceso a la erudición por intermedio de la École d'Athènes y de arqueología. Por su parte, las facultades cuentan también con profesores volcados a la investigación, sobre todo en las ciencias sociales y las disciplinas menores, pero también en los sectores más especializados de las disciplinas canónicas, como filosofía o historia.

En contrapartida, las posiciones marginales, cualquiera sea el prestigio de algunas de ellas, tienden a excluir más o menos completamente el poder sobre los mecanismos de reproducción. Conociendo las características de esos puestos, se comprende que aquellos que los ocupan, sin estar nunca en una ruptura total con el orden universitario, hayan realizado casi todos una desviación más o menos decisiva con respecto a las trayectorias "normales", que conducen a la reproducción, y a las seguridades psicológicas y sociales que ellas otorgan (cuando no son totalmente ajenos a la carrera "normal", como los que, entre ellos, han nacido fuera de Francia).[40]

Ejemplo típico de esas trayectorias universitarias en los márgenes o fuera de la universidad es la carrera de Claude Lévi-Strauss, tal como él mismo la evoca en una entrevista (dejando ver de paso que para él la enseñanza siempre le cedió el paso a la investigación): "Me retiré cincuenta años exactos después de haber ocupado mi primer puesto: profesor de filosofía en Mont-de-Marsan. Cincuenta años en la enseñanza pública, eso es un largo período. No me quedé más que dos años y medio en la enseñanza secundaria, pues partí para el Brasil en 1935, con un puesto en la Universidad de San Pablo. A partir de ese momento, enseñanza e investigación se encontraron siempre mezcladas. Para mí, la enseñanza ha sido siempre un banco de ensayos delante del público –que me obligaba a dar forma a mis ideas, incluso si esa puesta en forma era provisoria o errónea– para lo que, a continuación, debía tomar la forma de publicaciones. Todos los libros que he escrito fueron pri-

40 Dada la extrema cerrazón de la universidad canónica a todo lo que le es extraño, las instituciones marginales, y especialmente la École des Hautes Études, han sido el sitio de acogida de la emigración alemana durante la entreguerra y de los emigrados provenientes de los países del Este después de 1945.

> mero expresados de manera oral [...]. Luego las expediciones al interior del Brasil conmocionaron para mí la rutina universitaria. Luego vino la movilización y la guerra. Después del armisticio, regresé por algunas semanas a la enseñanza secundaria. Pero intervinieron las leyes de Vichy y me revocaron el cargo. Tuve la suerte de poder partir a los Estados Unidos, gracias al interés que colegas norteamericanos habían encontrado en mis primeros trabajos. De modo que pasé algunos años en Nueva York antes de ser convocado a Francia, a partir de la liberación de París. No me quedé más que seis meses en París, durante el invierno de 1944-1945. Fui enviado a los Estados Unidos, como consejero cultural de la embajada. A mi regreso a Francia, en el 48, enseñé en el Musée de l'Homme y en la École des Hautes Études. Luego, en el 59, en el Collège de France. Así que fue una carrera universitaria cuyo rasgo más contundente es sin duda el haberse desarrollado siempre fuera de la universidad propiamente dicha" (*Libération*, 2 de junio de 1983).[41] Algunos de esos marginales consagrados, y entre ellos los más eminentes, tuvieron dificultades o altercados con la Sorbona. Y es sabido que muchos de los maestros más reconocidos del Collège de France estuvieron durante mucho tiempo "condenados" en la Sorbona: es así como alrededor de los años sesenta los candidatos a la licenciatura no podían, sin encaminarse al fracaso, citar el nombre de Lévi-Strauss delante de Gurvitch o evocar el nombre de Dumézil delante de Heurgon (para atenerse a los ejemplos más conocidos, junto a los de Benveniste o de Gourou, en la época de la encuesta).

Sin duda es así, es decir por intermedio de la disposición a asumir los riesgos (relativos) que implica toda desviación con respecto a la carrera canónica, y al mismo tiempo con respecto al modo de pensamiento y al estilo de vida asociados, como se establece la relación inteligible con un origen social y geográfico netamente más favorecido, globalmente, que el de los profesores ordinarios: es conocida, por haber observado a menudo sus efectos, la ley que pretende que la propensión a correr riesgos –en las inversiones de cual-

41 Se habría podido evocar igualmente el caso de Georges Dumézil, cuya carrera se desarrolló en gran parte en el extranjero y enteramente fuera de la universidad canónica.

quier orden– es función de las seguridades objetivas y de la seguridad que ellas favorecen.[42] Así es como la oposición entre los profesores más volcados a la investigación y los profesores más volcados hacia la enseñanza reproduce dentro de los límites del campo universitario (lo cual es normal en una época en que una parte especialmente importante de los escritores y de los críticos ha ingresado en el cuerpo profesoral), y por lo tanto sin duda en una forma atenuada, la oposición estructural entre los escritores y los profesores, entre las libertades y las audacias de la vida del artista y el rigor estricto y un poco estrecho del *homo academicus.*

Dicho lo cual, los profesores situados del lado del polo de la investigación y de la producción cultural, así como los que se sitúan en el polo opuesto, se distribuyen, cada uno en su orden –siendo el Collège de France a la Sorbona, en el primer sector, lo que la Sorbona es a Nanterre en el otro–, según una jerarquía cuyo principio es, en los dos casos, el volumen del capital –principalmente científico o intelectual de un lado (pertenencia al Instituto, dirección de un laboratorio), sobre todo universitario del otro (pertenencia al comité consultor)– que poseen y que está, por su parte, fuertemente ligado al estatuto de normalista y a la edad (así como a variables tales como el estatuto matrimonial o el lugar de nacimiento). En el seno del sector más universitario (donde la Facultad de Nanterre ocupa la posición dominada), los principios de jerarquización son puramente universitarios, y la jerarquía corresponde simplemente a la jerarquía de las edades, pero también a la de los títulos raros –como el de normalista– y a la de las disciplinas, con la filosofía y las letras clásicas en la cima y en lo más bajo la geografía. En el otro polo, la jerarquía se establece según el capital simbólico entre un reducido número de profesores dotados de todos los

42 Si uno encuentra religiosos (por ejemplo Festugière, historiador de la religión griega) entre los especialistas más eminentes, es sin duda porque su vocación científica está ligada a las disposiciones ético-religiosas de minorías que tenían que justificar su lugar en el seno de la universidad laica por la excelencia en la investigación (la presencia de "milagrados" provenientes de las clases dominantes habría que comprenderla tal vez con la misma lógica). En cuanto a los católicos de izquierda, como Marrou, su presencia en posiciones científicamente avanzadas se explica por el hecho de que han debido afirmarse a la vez contra la tradición laica dominante y contra la tradición católica mayoritaria, que está del lado de las bellas letras (Heurgon, Courcelles, etc.), y de la reacción "humanista" contra la tradición republicana (tomando aquí, la censura católica, la forma de la censura literaria por el decoro y la elegancia).

atributos de la celebridad y los otros, mucho menos consagrados, a menudo ligados a la École des Hautes Études y a las ciencias sociales, y también al campo intelectual, en especial por intermedio de una participación más o menos frecuente en el periodismo.[43]

El análisis estadístico, que la despoja de sus miembros acumuladores, restituye mal la posición de la sección VIª de la École des Hautes Études y no permite explicar el peso determinante que dicha institución universitariamente menor detenta en el campo universitario. Es por ello que en este caso hay que detenerse en la institución misma, y en el *efecto de institución* que ella sin duda es la única, entre todos los establecimientos universitarios franceses, en ejercer. En el momento de la encuesta, es decir en vísperas de 1968, es una institución marginal, pero prestigiosa y dinámica, que se distingue de todos los otros establecimientos de enseñanza superior por la libertad que le otorga la ausencia de las servidumbres académicas de las facultades comunes (como la preparación para los exámenes y concursos de reclutamiento, y especialmente para la agregación) y también por la acción organizacional de una dirección científica y administrativa dotada de un proyecto científico e institucional ambicioso. En esta fase de su historia, incluye a numerosos profesores oficialmente ligados a otras instituciones ("acumuladores"), a quienes asegura condiciones materiales e institucionales (locales, encuadre administrativo y, sobre todo, espíritu de apertura y de emprendimiento) para una actividad de investigación de una especie nueva, frecuentemente de largo plazo y colectiva, de las que los grandes emprendimientos del Centro de Investigaciones Históricas constituyen el paradigma.

> Los primeros "laboratorios" de ciencias sociales (como el Laboratorio de Antropología Social, el Centro de Investigaciones Históricas, el Centro de Investigaciones Comparadas sobre las Sociedades Antiguas, etc.) no fueron creados en el CNRS, ni en la Sorbona o el Collège de France, sino en la École des Hautes Études, que poco a poco se fue dotando de instrumentos de trabajo colectivos, centros de documentación, bibliotecas, laboratorios de cartografía,

43 Cuanto más uno se acerca al polo de la investigación, más ve acrecentarse la posibilidad de una separación entre el capital propiamente simbólico y el estatus universitario, siendo que algunos de los intelectuales más prestigiosos pueden ocupar posiciones universitarias absolutamente menores (como, en el momento de la encuesta, Louis Althusser, Roland Barthes o Michel Foucault).

centros de cálculo, etc., y de un conjunto de medios de publicación (entre 1955 y 1970 fueron lanzadas diecisiete revistas). Uno de los factores más importantes de ese desarrollo que ha hecho de esa institución el lugar por excelencia de la innovación en las ciencias sociales, tanto en el dominio de la investigación como en materia de pedagogía de la investigación, es sin duda una política de inversiones arriesgadas fundada, en primer lugar, en la afirmación y la explotación racional de la marginalidad de la institución –con, por ejemplo, el interés por hacer lo que no se hacía en ninguna otra parte, de acoger a las disciplinas ignoradas u olvidadas, de detectar a los investigadores del porvenir, etc.–; en segundo lugar, en la creación, excepcional en Francia, de un verdadero patriotismo de la institución.[44] Finalmente, y sobre todo en la apertura hacia lo extranjero, la sección VIª se mostró siempre receptiva a los maestros, las influencias, las innovaciones, e incluso a los créditos provenientes de otros países.[45]

Sin pretender caracterizar en unas pocas frases una larga y lenta evolución –ligada en particular a las transformaciones de las facultades parisinas después de 1968 y al mejoramiento correlativo de la posición de la École des Hautes Études– podemos señalar no obstante que el peso de los profesores acumuladores, tanto en el seno del equipo directivo (durante los años sesenta, el consejo científico estaba compuesto enteramente de acumuladores) como en el cuerpo docente, tiende a debilitarse, y hoy el aparato (presidente, despacho, consejo científico) tiene un reclutamiento puramente

44 Si la principal originalidad de la École des Hautes Études –es decir, la contribución determinante que ella ha aportado al desarrollo de una verdadera investigación en ciencias sociales– se encuentra minimizada, se debe también a que la encuesta la capta en un momento en que sus inversiones más exitosas ya han aportado beneficios importantes, pero a menudo imputados a cuenta de otras instituciones (el Collège de France especialmente).

45 Las relaciones con el extranjero, y en especial con los Estados Unidos, son uno de los principios de diferenciación más poderosos entre los agentes, las disciplinas y las instituciones, y al mismo tiempo una de las cuestiones en juego más disputadas de las luchas simbólicas por el reconocimiento. La sección VIª es una de las altas esferas del "internacionalismo" científico; ha sido el lugar de importación de numerosas novedades científicas y también una de las bases más importantes de la exportación hacia el extranjero (especialmente en el dominio de la historia y de la semiología).

interno. En consecuencia, si la encuesta, debido a que le amputa a la sección VI[a] sus miembros acumuladores, subestima el peso de esta institución en 1967, da no obstante una imagen bastante justa de aquello en lo que ella cada vez más tiende a convertirse a medida que se avanza en el tiempo; una imagen muy diferente en todo caso a aquella que ésta consigue mantener, gracias al capital simbólico colectivamente acumulado por la École des Annales, al efecto de contaminación simbólica asegurado una vez más por la presencia de acumuladores prestigiosos y a la acción de relaciones públicas que favorecen y facilitan sus vínculos más o menos orgánicos con la prensa y con la edición: una parte importante de los profesores están allí desprovistos de los títulos y de los poderes del universitario ortodoxo sin estar sin embargo dotados de títulos de consagración y de obras científicas comparables a las de los grandes maestros. No hay ninguna propiedad de sus miembros que no pueda ser descrita de dos maneras opuestas, en el lenguaje del defecto –el de sus adversarios– o en el lenguaje del rechazo electivo. Se podría decir lo mismo a propósito de los modelos pedagógicos (el seminario más que el curso), de los títulos conferidos (el diploma de la École o la tesis de 3[er] ciclo más que la agregación), o incluso de la notoriedad exterior de sus profesores, donde los unos percibirán el efecto de compromisos de baja calidad con el periodismo, mientras que los otros verán en ello un testimonio de apertura hacia el mundo y de "modernidad". Esta *disonancia estructural* está inscrita en los reglamentos institucionales en forma de una dependencia de la École des Hautes Études (por lo menos hasta una fecha reciente) con respecto a las facultades para la colación de los grados, del doctorado especialmente, y también con respecto a la diferencia de los títulos que ella discierne, el diploma de la École, accesible a estudiantes desprovistos del *baccalauréat* [bachillerato francés], y a la tesis de 3[er] ciclo, todavía muy poco reconocida en el mercado universitario; sin hablar de la gran dispersión correlativa del público de los estudiantes.

Las tradiciones heréticas de una institución fundada en una ruptura con la rutina académica, y estructuralmente inclinada a la innovación pedagógica y científica, llevan a sus miembros a volverse los más vigorosos defensores de todos los valores de investigación, de apertura a lo extranjero y de modernidad científica; pero también es cierto que estimulan en la misma medida los homenajes verbales y las ficciones nominales y que incitan a cubrir de justificaciones prestigiosas unas actividades que prometen el beneficio simbólico máximo por un costo real mínimo. Es así como, a medida que la institución envejece, no deja de crecer la distancia entre el nivel de aspiración y el nivel de realización, entre la representación ideal y la reali-

dad de las prácticas científicas y pedagógicas. Así se explica sin duda que la necesidad de subsanar ese desajuste estructural se imponga cada vez más fuertemente a la institución en su conjunto, que debe sacrificarse cada vez más a una política de relaciones públicas capaces de poner en peligro su autonomía; y también a los docentes menos seguros de realizar la ambición de cientificidad y modernidad tan altamente proclamada, que deben transgredir la antigua norma universitaria que prohíbe todo compromiso con el periodismo para adquirir, fuera de la institución, y especialmente en el periodismo llamado cultural, un capital simbólico de notoriedad parcialmente independiente del reconocimiento en el seno de la institución. La ambigüedad estructural de la posición de la institución refuerza las disposiciones de aquellos a quienes esa misma ambigüedad atrae ofreciéndoles la posibilidad y la libertad de vivir de alguna manera por encima de sus medios intelectuales, a crédito: así se explica que represente el punto débil de la resistencia del campo universitario a la intrusión de los criterios y de los valores periodísticos.[46] A todos los pretendientes apresurados que, contra el ciclo de producción largo e inversión a largo plazo, representados por la tesis de doctorado monumental (sobre todo entre los historiadores), han elegido la producción de ciclo corto, cuyo límite es el artículo de prensa cotidiana o hebdomadaria, y han dado prioridad a la comercialización en detrimento de la producción, el periodismo les ofrece un recurso y un atajo: permite llenar rápidamente y a buen precio la brecha entre las aspiraciones y las posibilidades, asegurando una forma menor de la notoriedad impartida a los grandes sabios y a los intelectuales; y, en un cierto estadio de la evolución de la institución hacia la heteronomía, puede incluso volverse una vía de promoción dentro de la propia institución.

46 La École des Hautes Études en Sciences Sociales se ha convertido así en la plataforma giratoria de los intercambios entre el campo universitario y el campo del periodismo. Los que asocian el poder sobre una institución universitaria, es decir sobre cargos y carreras, y el poder sobre la prensa y la edición, están en situación de acumular y de ejercer un poder simbólico importante a través de un circuito de intercambios muy complejos entre bienes que tienen curso dentro del campo universitario, como cargos, promociones, y servicios que tienen curso dentro del campo periodístico, como reseñas y celebraciones.

ADVERSARIOS CÓMPLICES

Los conflictos que se arraigan y se engendran en la oposición estructural entre los oblatos consagrados del gran sacerdocio y los pequeños heresiarcas modernistas congregados sobre todo alrededor de la École des Hautes Études, no excluyen una forma de complicidad y de complementariedad. Esas oposiciones sociales que deben su intensidad particular, en el caso francés, al hecho de que el campo universitario ha estado dominado largo tiempo por los valores del campo literario, están predispuestas a funcionar como "parejas epistemológicas" que hacen creer que el universo de los posibles está delimitado por las dos posiciones polares, e impiden darse cuenta de que cada uno de los dos campos encuentra la mejor justificación de sus límites en los límites del adversario. Aquí como en otras partes, el integrismo se autoriza, para confirmarse en la sumisión a la rutina, facilismos que son autorizados por las audacias reales o supuestas del modernismo; y el modernismo extrae del arcaísmo demasiado evidente del integrismo las justificaciones de una novación a medias que, acumulando las libertades sobre los facilismos, se destina a servir de base a una nueva rutina académica (como lo testimonia, por ejemplo, la consagración rutinizante que la semiología estructuralista conoce hoy en el sistema de enseñanza francés).

> Este efecto de tenazas es una ilustración ejemplar de las coerciones que ejerce la estructura misma del campo y que permanecen invisibles o ininteligibles en la medida en que se aprehende a los agentes, las instituciones o las corrientes intelectuales o científicas de manera aislada, independientemente de las relaciones que los unen. Para operar realmente el pasaje de posiciones a la sociología de las producciones culturales que se esboza aquí, habría que poner en relación las trayectorias correspondientes, procediendo por ejemplo a realizar monografías de casos significativos (lo que las normas sociales tienden a prohibir, al tratarse de contemporáneos).

No haría falta, en efecto, otra cosa que poder hacer olvidar –poniendo el acento en las diferencias, incluso en las oposiciones, como la lógica del análisis lleva naturalmente a hacer– las solidaridades y las complicidades que se afirman hasta en los antagonismos. Las oposiciones que dividen el campo no son contradicciones provisorias que preparan su inevitable superación hacia una unidad superior, ni antinomias insuperables. Y nada sería más ingenuo que dejarse imponer, por ejemplo, la visión maniquea que co-

loca de un lado al "progreso" y a los "progresistas", y del otro, a las "resistencias" y a los "conservadores". Como en el campo del poder o en el campo universitario tomado en su conjunto, no hay aquí dominación absoluta sino coexistencia competitiva de muchos principios de jerarquización relativamente independientes. Los diferentes poderes son a la vez competidores y complementarios, es decir, en algunos aspectos al menos, solidarios: participan los unos de los otros y deben una parte de su eficacia simbólica al hecho de que jamás son completamente exclusivos, aunque sólo sea porque el poder temporal permite a aquellos totalmente despojados de autoridad intelectual asegurarse por intermedio de las coerciones académicas –especialmente de la imposición de los programas– una forma, más o menos tiránica, de poder sobre los espíritus, y porque el prestigio intelectual no deja de implicar una forma muy especial y generalmente muy circunscrita de poder temporal.

La pluralidad de los principios de jerarquización competidores (que es el fundamento de las luchas por la imposición de un principio de dominación dominante) hace que, al igual que el campo del poder en su conjunto, cada campo –el campo de las letras y de las ciencias humanas, pero también el subcampo de la disciplina o, dentro de ésta, de la especialidad– ofrezca innumerables satisfacciones que, incluso cuando funcionan como premios consuelo (es el caso, por ejemplo, de las posiciones de poder temporal), pueden ser vividas como insustituibles. Además hay, sin duda, muy pocos universos sociales que proporcionen tantos soportes objetivos al trabajo de la mala fe que conduce al rechazo de lo inaccesible o a la elección de lo inevitable. Los universitarios (y de modo más general, los miembros de la clase dominante) tienen siempre los medios para estar al mismo tiempo infinitamente más satisfechos (y para empezar de ellos mismos) de cuanto permitiría esperar un análisis de su posición en su campo específico y en el campo del poder, e infinitamente más descontentos (y para empezar del mundo social) en relación con lo que pretenderían en función de su privilegio relativo. Tal vez sea porque conservan la nostalgia de la acumulación de todos los principios de dominación y de todas las formas de excelencia sin ver las ventajas psicológicas asociadas a la pluralidad de las taxonomías competidoras que hace que, si uno acumula todos los principios de clasificación, obtiene poco menos que tantas clases como individuos, así constituidos como inseparables, únicos, irreemplazables; y sin percibir tampoco los efectos, para la clase tomada en su conjunto, de la limitación que aporta de ese modo la competencia entre los individuos. Esto no les impide actuar continuamente, tan pronto en orden disperso, particularmente en ocasión de las operaciones de cooptación

o de designación de las autoridades temporales, tan pronto colectivamente, en estrategias corporativas de defensa más o menos sabiamente disimuladas tras la máscara de la reivindicación universalista, de tal manera que la acumulación de la autoridad intelectual y del poder universitario por las mismas personas resulta desalentada o impedida.

Nada puede mostrar más claramente la complicidad estructural entre los diferentes poderes y las diferentes expresiones, ortodoxas o heréticas, en las que se manifiestan y legitiman, como el debate que ha opuesto a uno de los detentores del monopolio del comentario legítimo de los textos literarios, Raymond Picard, con el vocero de los exégetas modernistas, Roland Barthes. En la situación cuasi experimental que se crea de este modo, se ve funcionar como campo de batalla, con sus dos campos movilizados alrededor de sus respectivos campeones, el campo de fuerzas en el cual se define el principio de su oposición. En efecto, basta conocer las posiciones ocupadas por los dos protagonistas en el campo universitario para comprender el verdadero principio del debate que los ha opuesto y que ha de buscarse en vano, como han señalado los observadores más advertidos, en el contenido mismo de las respectivas tomas de posición, simples retraducciones racionalizadas de las oposiciones entre los puestos ocupados, los estudios literarios y las ciencias sociales, la Sorbona y la École des Hautes Études, etcétera.

Bien lo ha sentido Raymond Picard, quien le reprocha a Roland Barthes ignorar "la extrema diversidad de los métodos practicados en las universidades" y le niega el derecho a no definir la "nueva crítica" sino por oposición a "la crítica universitaria, fantasma que él ha suscitado para partirlo de un tajo".[47] Y por cierto, tanto sus enemigos como sus defensores alinearán dentro de esa "nueva crítica" todo aquello que parece oponerse al *Establishment* universitario: "La 'nueva crítica' era hasta ese punto como la hidra de Lerne. Tenía una cabeza existencialista, una cabeza fenomenológica, una cabeza marxista, una cabeza estructuralista, una cabeza psicoanalítica, etc., según la ideología de la que se proclamaban sus representantes para guiar su 'abordaje' de las obras literarias".[48] Roland Barthes reivindica explícitamente este arraigo de la crítica en las ciencias del hombre, sociología, historia, psicoanálisis; y sus partidarios no dejan de denunciar una crítica universitaria "que continúa haciéndose como si Marx, Freud, Adler,

47 R. Picard, *Nouvelle critique ou nouvelle imposture*, París, Pauvert, 1965, p. 84; y *Le Monde* del 14 y 28 de marzo, 4 y 11 de abril de 1964.
48 J. Piatier, "La 'nouvelle critique' est-elle une imposture?", *Le Monde*, 23 de octubre de 1965.

Saussure y Lévi-Strauss jamás hubiesen dicho nada".[49] El vocero de la "nueva crítica" condensa de alguna manera todos los principios sociales de la lucha cuando plantea que las reglas de la "lectura" son "reglas lingüísticas, no reglas filológicas".[50] Este conflicto manifiesta un corte que le es preexistente; el mismo que aproximadamente resurgirá en el 68: en el campo del modernismo, escritores o críticos próximos a las ciencias sociales y a la filosofía (los partidarios de Barthes enumeran desordenadamente a gente que tiene en común estar al margen de la institución universitaria, a veces en el extranjero: *Tel Quel*, Jean-Paul Sartre, Gaston Bachelard, Lucien Goldmann, Georges Poulet, Jean Starobinski, René Girard, Jean-Pierre Richard),[51] y en el campo del integrismo, universitarios canónicos, antiguos normalistas o antiguos estudiantes de la *khâgne*, y periodistas conservadores, que a menudo han pasado también por la École Normale o por la *khâgne*, como P.-H. Simon, Thierry Maulnier o Jean Cau.[52] En esta querella de los antiguos y los modernos que suscita una formidable excitación en el campo universitario y en el campo intelectual (cierto comentarista habla de "*affaire* Dreyfus del mundo de las letras"),[53] los roles parecen distribuidos de antemano por la lógica del campo.

Del lado de la institución, el *lector* se ve obligado a instituir como ortodoxia, profesión de fe explícita, la *doxa* de los doctores, creencia silenciosa, que no tiene necesidad de justificación: bajo la exigencia de sacar a la luz lo impensado de una institución, enuncia con todas las letras la verdad de su puesto, humilde y piadoso comunicador de un culto que lo sobrepasa. Arraigado en la evidencia de su posición, no tiene nada más que proponer, a título de método, que su *ethos*, es decir, las disposiciones mismas que la posición reclama: es y se quiere "paciente y modesto".[54] Predicando sin cesar la "prudencia",[55] invoca los límites de la función, que son por eso mismo los del funcionario: pretende "contentarse con establecer textos, trabajo esencial y difícil", con "determinar de manera sólida tal o cual detalle concerniente a

49 J. Bloch-Michel, "Barthes-Picard: troisième round", *Le Nouvel Observateur*, 30 de marzo-5 de abril de 1966.

50 R. Barthes, *Critique et vérité*, París, Seuil, 1966, p. 53 [*Crítica y verdad*, Madrid, Siglo XXI, 2005].

51 *Le Monde*, 5 de febrero de 1966. Otros agregan a Mauron o Rousset.

52 Se encontrará una lista de los artículos en favor de Raymind Picard en R. Barthes, *op. cit.*, p. 10, n.1.

53 R. Matignon, "Le mantien de l'ordre", *l'Express*, 2-8 de mayo de 1966.

54 R. Picard, *op. cit.*, p. 69.

55 *Ibid.*, p. 72.

Racine".[56] Dedicado a los trabajos menudos rutinizados y rutinizantes del culto ordinario, elige *borrarse* frente a la obra que sólo le corresponde "explicar y hacer amar".[57] Pero, como todo mandatario, este hombre de orden encuentra en su humildad, que le vale el reconocimiento del cuerpo, el principio de una extraordinaria seguridad: consciente de expresar los valores últimos, y que mejor estarían si se los callara, de toda una comunidad de creencia, la "objetividad", el "gusto", la "claridad", el "buen sentido", siente como un escándalo el cuestionamiento de las certidumbres constitutivas del orden universitario de las que es el producto y se siente en el derecho y en el deber de denunciar y de condenar lo que se le aparece como el efecto de la impostura indiscreta y de la exageración inconveniente. Uno de sus defensores dice a las claras el horror ético que inspiran a los guardianes de los decoros las insolencias fáciles y las impacientes pretensiones de esos pretenciosos un poco "mírame": "Algunos, eso lo admito, tienen el arte de imponerse y de imponer; otros, el de borrarse frente a un texto, que de todos modos no los ha esperado para existir [...]. Si yo fuese el *Petit Larousse*, yo [a las dos categorías de críticos] las definiría así: 'crítico barroco': igual o superior al creador, creador a su vez; lector que añade a la obra para completarla, perfeccionarla, transfigurarla o desfigurarla. 'Crítico clásico': humilde servidor de las obras".[58] Este lenguaje, que es el de las iglesias, habla bien de la indignación del sacerdote ante la *hubris* del *lector* inmodesto, pequeño profeta que pretende sustituir al profeta de origen, al *auctor*, usurpando la *auctoritas* que no le pertenece sino a él.

Y de hecho es un rol profético el que reivindica Roland Barthes: rechazando el aburrimiento de las "chatas explicaciones de textos" que ofrece la institución académica, consagrada a la repetición y a la compilación, adopta el lenguaje de la política para denunciar la autoridad usurpada de los guardianes del "Estado literario";[59] de buena gana esotérico, enarbolando todos los signos exteriores de la cientificidad, haciendo un uso liberal y a menudo aproximativo de los léxicos acumulados de la lingüística, del psicoanálisis y de la antropología, afirma altivamente su intención de "subversión"[60] y su determinación de "modernidad".[61] Por medio de una doble ruptura con la hu-

56 *Ibid.*, pp. 78-79.
57 R. Picard, "Un nihilisme confortable", *Le Nouvel Observateur*, 13-19 de abril de 1964.
58 E. Guitton, *Le Monde*, 13 de noviembre de 1965.
59 R. Barthes, *op. cit.*, p. 13.
60 *Ibid.*, p. 14.
61 "¿Cómo negarles a Pascal, a Racine, a Mallarmé, las luces que pueden aportarles las ciencias humanas, el psicoanálisis, el marxismo, la sociología?

mildad de los comunicadores, se instituye en hermeneuta modernista, capaz de forzar el sentido de los textos aplicándole las últimas armas de la ciencia, y en creador capaz de recrear la obra mediante una interpretación instituida ella misma en obra literaria y situada así más allá de lo verdadero y de lo falso. Siguiendo la estrategia del murciélago, se vuelve psicoanalista, lingüista, antropólogo para denunciar el oscurantismo lansoniano de la Sorbona y muta en escritor para reivindicar el derecho al subjetivismo perentorio contra la escrupulosa mezquindad de la pedantería cientificista, y lavarse así del plebeyo pecado de positivismo.[62] Al declararse capaz de reunir la imaginación científica del investigador de punta y la libertad iconoclasta del escritor de vanguardia, de anular la oposición sociológicamente tan poderosa entre tradiciones y funciones hasta ese momento incompatibles, Sainte-Beuve y Marcel Proust, la École Normale y los salones, el rigor desencantado de la ciencia y el diletantismo inspirado de los literatos, evidentemente juega en los dos tableros, ensayando así, como se lo hace mucho desde el éxito social de la antropología estructural, acumular los beneficios de la ciencia y los prestigios de la filosofía o de la literatura. Como si, en la era de la ciencia, el *aggiornamento* pasara inevitablemente por esta suerte de homenaje que el vicio ensayista rinde a la virtud científica.

Para medir la ambigüedad de esta lucha, basta con compararla con lo que había sido, a fines del siglo anterior, el combate de la "nueva Sorbona" de los Durkheim, Lanson, Lavisse o Seignobos contra la vieja Sorbona literaria y los críticos mundanos, todavía estrechamente asociados, los Lemaître, Faguet o Brunetière, apoyados, como se verá con Agatón, por todo el medio literario. Tanto a propósito de Dreyfus como en Mayo de 1968, las nuevas ciencias, sociología, psicología, historia, se oponen a las viejas disciplinas literarias y aproximadamente según los mismos principios, ciencia contra creación, trabajo colectivo contra inspiración individual, apertura internacional contra tradición nacional, izquierda contra derecha.[63] Pero las analogías apa-

---

¿Cómo, en la época de la pintura informal y de la teoría de los quanta, dejarle a la crítica apenas los instrumentos de los que disponía en el tiempo de Galileo y de Philippe de Champaigne? (R. Matignon, *l'Express*, 2-8 de mayo de 1966).

62 Cuando se lee a Raymond Picard, se tiene a veces la impresión de estar rindiendo el *baccalauréat*" (J. Duvignaud, *Le Nouvel Observateur*, 3-9 de noviembre de 1965).

63 Cf. C. Charle, *La crise littéraire à l'époque du naturalisme*, París, Pens, 1970, pp. 157 y siguientes, y A. Compagnon, *La troisième République des lettres*, París, 1983.

rentes no deben enmascarar el cruce que se ha operado: los herederos decadentes de la "nueva Sorbona" están por lo menos tan marcados por las complacencias retóricas caras a Agatón como por las exigencias científicas de Lanson; en cuanto a los semiólogos de los años sesenta, a quienes la oposición a semejante adversario y a sus modos de pensamiento arcaicos ("el hombre y la obra") coloca del lado del "progresismo" científico y político, prosiguen de hecho, con la ayuda de la prensa cultural y el apoyo del público estudiantil que ella les asegura, la vieja lucha de los literatos y de los ensayistas mundanos contra el "cientificismo", el "positivismo" y el "racionalismo" de la "nueva Sorbona". Pero esta lucha incesantemente recomenzada contra el "materialismo reduccionista" de las ciencias sociales, esta vez encarnadas en una caricatura soñada, se realiza de ahí en más en nombre de la ciencia que, con la semiología, e incluso la antropología estructural, se declara capaz de reconciliar las exigencias del rigor científico y las exigencias mundanas de la crítica de autor.

EL AGGIORNAMENTO

Esta polémica podría haber sido una de las manifestaciones paradojales de la transformación de las relaciones de fuerza simbólicas establecidas hasta entonces en el seno de todo el sistema académico y más allá, entre las ciencias y las letras, entre la cultura científica y la cultura literaria, entre la definición científica y la definición científica de las facultades, en el doble sentido de cuerpo de profesores y de capacidad o de poder del espíritu.[64] El panfleto de

64 La oposición entre los defensores modernistas de la cultura científica que encuentran aliados entre los altos funcionarios y los administradores científicos, portadores privilegiados de un modernismo tecnocrático y detentores de un poder nuevo, diferente a la vez del poder de producción y del poder de reproducción, y los defensores tradicionalistas de la cultura literaria, no debe disimular la emergencia de un tercer polo, la cultura económico-política, cuyo peso tiende a crecer a medida que se acrecienta su eficacia simbólica en el campo político. (El análisis de las respuestas a la consulta nacional del AEERS sobre la universidad muestra que la posición tecnocrática pura que subordina todo el funcionamiento del sistema académico a los imperativos de productividad no está prácticamente representada en el cuerpo profesoral, pero que hay un fuerte contingente de profesores, sobre todo en las facultades de ciencias, que están de acuerdo con los grandes cuadros del Estado en desear una suerte de puesta

Raymond Picard constituye la primera gran respuesta visible de las disciplinas antiguas y antiguamente dominantes, directamente ligadas a la reproducción de la institución y de la cultura académicas, contra aquellos que, a costa de una parcial reconversión, capaz de permitirles reclamar a la vez una "modernidad" científica y una elegancia literaria, aspiran a invadir el dominio reservado a las disciplinas canónicas; y a hacerlo apoyándose en el público estudiantil y en el gran público intelectual, cuyas exigencias o expectativas son expresadas y moldeadas directamente por el periodismo con pretensiones intelectuales, surgido de la convergencia entre los más intelectuales entre los periodistas y los más periodistas entre los intelectuales.

> Aunque no se los reconozca verdaderamente como lo que está en juego en la competencia, y menos aún como árbitros de dicha competencia, en la definición tradicional de la enseñanza, los estudiantes juegan, en efecto, un papel determinante en las luchas internas de las que es lugar el campo universitario, y para comenzar proveyendo a los movimientos de vanguardia –real o supuesta– el contingente mínimo de fieles y de militantes que les es necesario para oponerse al *Establishment* Universitario.[65] Así es como el crecimiento de la población de estudiantes y también de los docentes subalternos ha estado en el principio de un crecimiento cuantitativo de la demanda de productos culturales y de una transformación cualitativa de dicha demanda: es cierto, en particular, que todas las "novedades" intelectuales encuentran su público de elección entre los es-

---

en orden científica, y también coincide su preocupación por ver aumentados y concentrados los escasos medios científicos con la voluntad tecnocrática de racionalizar la utilización de esos medios.)

65 Este público estudiantil ha jugado sin duda un rol determinante, a lo largo de todo el siglo XIX, en el acceso progresivo del campo intelectual y artístico a la autonomía (con respecto a las autoridades académicas en particular) al proporcionarle a la producción "de vanguardia" aquello de lo que sólo "el arte burgués" dispone, es decir, un público lo bastante importante para justificar el desarrollo y el funcionamiento de instancias de producción y de difusión específicas (esto se observa en el caso del cine de vanguardia), y de ese modo ha contribuido a la cerrazón del campo intelectual sobre sí mismo. No deja de ser cierto que el mismo recurso puede servir al público exterior al campo de igual modo para fundar innovaciones reales o para legitimar la incompetencia y la conservación (recurriendo, por ejemplo, a la politización, que se ha practicado mucho, incluso en pintura, como coartada de la incompetencia o justificación del fracaso).

tudiantes de las disciplinas nuevas de las facultades de letras, intelectuales de aspiración a las categorías de percepción y de apreciación mal fijadas, movidos a adoptar los signos exteriores de la profesión intelectual e inclinados a menudo a satisfacerse con versiones de imitación de las ciencias de la moda –semiología, antropología, psicoanálisis o marxología–. Y ello en el momento en que unos productores de un tipo nuevo encontraban en las posibilidades ofrecidas por ese nuevo público (y por los editores empeñados en conquistarlo) la ocasión de imponer una redefinición de los límites de lo publicable, de abolir las fronteras entre la investigación y el ensayismo o el periodismo, y de hacer pasar productos de cultura media como auténticas conquistas de vanguardia.

No se podría explicar completamente la evolución de las relaciones de fuerza simbólicas en el seno del campo universitario sino por un análisis del conjunto de los procesos que han conducido al debilitamiento de su autonomía y al acrecentamiento de la influencia de instancias de consagración externas, y especialmente del periodismo cultural, capaces de asegurar a ciertos productores y a ciertos productos una difusión y una notoriedad mucho más rápidas y mucho más amplias que las que las instancias internas procuran precisamente a aquellos a quienes consagran después de un lento y largo proceso de canonización. Habría que analizar, considerando este aspecto, las propiedades de las instituciones y de los agentes mixtos (instituciones universitarias fuertemente ligadas a los medios de comunicación, como la EHESS [École des Hautes Études en Sciences Sociales], semanarios culturales, como *Le Nouvel Observateur, Le Magazine littéraire, Les Nouvelles littéraires,* revistas de alta vulgarización, como *l'Histoire, Le Débat,* etc.), estructuralmente interesados en la mezcla de géneros y en difuminar las diferencias entre el campo de producción restringida y el campo de gran producción, entre los periodistas y los universitarios o los escritores, o, más precisamente, entre las empresas de producción cultural de ciclo corto y sus productos anuales, liados de apuro, que abordan con intrepidez los más grandes temas haciendo flecha de cualquier madera y sin sobrecargarse de referencias, notas, bibliografías o índices, y las empresas de ciclo largo y sus productos de escasa circulación, tesis de doctorado, condenadas, cada vez con mayor frecuencia, a los oscuros destinos de las ediciones universitarias, o artículos originales de las revistas científicas, de las que extraen sin muchos escrúpulos ni discerni-

miento los productores de bienes de cultura media y de alta vulgarización, intermediarios apresurados por sacar un provecho inmediato de su contrabando cultural. Habría que reconstruir (¿pero cómo hacerlo sin exponerse a la acusación de inquisición policial?) todas las redes de solidaridad y los circuitos de intercambio por los que el conjunto de los agentes definidos por la doble pertenencia a la doble identidad, periodistas-escritores y escritores-periodistas, universitarios-periodistas y periodistas-universitarios, tienden a consagrarse ellos mismos como dotados de un poder de consagración cultural mezclando a sus iguales, tanto en sus palmarés como en el seno de las nuevas instancias de consagración (comités de redacción, casas de edición, etc.), por un error de percepción o de apreciación autojustificadora, con los científicos o los escritores más reconocidos entre sus pares, a quienes aseguran, crepuscularmente, sucesos de gran público en contrapartida de la consagración que su presencia confiere a los ensayistas.[66] Habría que desmontar la lógica de las estrategias por las cuales se acumula ese poder de consagración parasitaria: analizar el intercambio que se instaura –no sin la sospecha de desprecio recíproco que implica inevitablemente la mutua utilización– entre universitarios o intelectuales consagrados y periodistas que se consagran declarándose capaces de consagrarlos (cierto universitario-periodista que se hizo conocer por sus entrevistas a Sartre o a Lévi-Strauss se encontrará investido así del poder de consagrar a todos aquellos a quienes haga entrar en la serie, comenzando por sus iguales, que le retribuirán de la misma manera en otro diario u otro semanario, consagrando como obra legítima sus ensayos sobre el estructuralismo o el psicoanálisis lacaniano o sus denuncias inspiradas de los regímenes o las ideologías totalitarias); o describir las condiciones y las formas de la transferencia al mercado universitario (especialmente en la EHESS, punto de menor resistencia a la intrusión) del capital de poder simbólico adquirido y ejercido en los medios, o de la falsificación de la autoridad universitaria en el mercado del periodismo y de la edición (inventariar, a título de ejemplo, las reseñas concedidas por universitarios a escritos de periodistas).

66 Cf. anexo 3, "El *ranking* de los intelectuales o ¿quién será juez de la legitimidad de los jueces?".

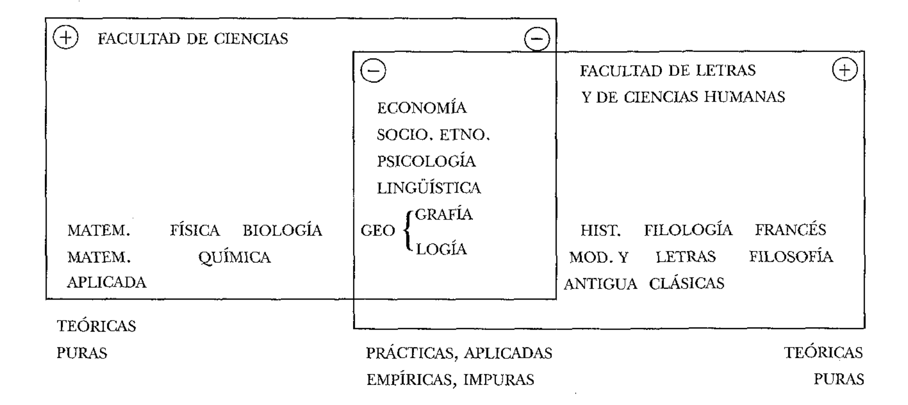
Para comprender la posición absolutamente particular, la del caballo de Troya, que le corresponde a las ciencias sociales en la lucha por la imposición de una definición renovada de la cultura legítima, hay que recolocarlas en los dos espacios de los que ellas participan más o menos estrechamente, el de las facultades literarias y el de las facultades científicas. Si se toma como indicador la tasa de normalistas (y, en el caso de las facultades de letras por lo menos, la tasa de graduados de agregación), se pone en evidencia una jerarquía social según el origen social de los estudiantes y también de los profesores (a pesar de la bruma que introducen los efectos de sobreselección).

> Así, por ejemplo, si se toma como medida el valor acordado a las diferentes disciplinas, la tasa de normalistas en el conjunto de los docentes de rango A en 1967, se obtiene la siguiente jerarquía: filosofía y lenguas antiguas, 40%; francés, 39%; psicología, 27%; sociología, 25%; historia, 24%; lingüística, 19%; geografía, 4%. En la población, más seleccionada, de los profesores y profesores conferenciantes de la Sorbona y de Nanterre en 1967, se obtiene: alemán, griego, 75%; latín, 66%; filosofía, 60%; lenguas extranjeras raras –escandinavo, ruso, etc.–, 53%; francés, 50%; historia, 48%; psicología, 35%; sociología, 30%; inglés, 22%; español y geografía, 10%; italiano y etnología, 0%; y la jerarquía es más o menos la misma, pero las tasas mucho más bajas, entre los ayudantes y los jefes de ayudantes.

Sin entrar en el detalle del análisis, se observa que las ciencias sociales ocupan una posición doblemente dominada: según la jerarquía que tiende cada vez más a imponerse, la de las ciencias naturales, y a la vez, según la antigua jerarquía, hoy amenazada por el ascenso de las ciencias naturales y de los valores científicos en la Bolsa cultural. Esto explica que todavía funcionen como disciplinas refugio para los hijos de la burguesía de escaso o mediocre éxito.[67] Aquello a lo que se podría llamar *el efecto de ciencia*, típico de la mayor parte de

67 Las ciencias sociales también son un refugio para ciertos especialistas de las ciencias "duras", a menudo inclinados a ofrecer a su universo de origen, por el que permanecen dominados, la oblación obligada de una representación crítica y desvalorizante de las ciencias sociales, cuya lógica específica con frecuencia manejan mal; y ello sirviéndose de su capital específico para hacer reinar sobre las ciencias sociales una forma de censura metodológica sin ninguna relación, a menudo, con la lógica real de la ciencia.

los trabajos de semiología y de todas las combinaciones más o menos fantasmagóricas de los diferentes léxicos de las ciencias del hombre, lingüística y psicoanálisis, psicoanálisis y economía, etc., que se han multiplicado, en los años setenta, se comprende también como una tentativa de disciplinas socialmente definidas como doblemente negativas (ni literarias ni científicas), para invertir la situación invirtiendo los signos, y acumular los prestigios y los beneficios, por largo tiempo exclusivos, del vanguardismo literario (o filosófico) y del vanguardismo científico en y por la reunión milagrosa de las apariencias del rigor científico y de la elegancia literaria o de la altura filosófica. No se podría comprender la estructura circular de dominación que hace que las disciplinas (doblemente) dominadas según los criterios tradicionales puedan al mismo tiempo dominar bajo otro aspecto a las disciplinas que las dominan, si no se puede ver que esa estructura circular caracteriza un momento crítico del proceso histórico que tiende a someter a la cultura científica, hasta entonces subordinada, la ciudadela de la cultura literaria.



El éxito social de eso que se llama "estructuralismo" se explica sin duda por el hecho de que aquellos a quienes el periodismo agrupó con esa etiqueta tenían por lo menos una cosa en común: parecían aportar una solución milagrosa a la contradicción ante la cual se hallaba toda una generación de profesores y estudiantes, tanto en las disciplinas canónicas más abiertas al exterior –como la filosofía, las letras o la historia– como en las ciencias sociales, permitiéndoles restablecerse en el terreno de la "ciencia". Ello bastaría para convencerse de analizar los usos sociales de la lingüística estructu-

ral y de la semiología, tanto en la enseñanza, en la que los préstamos más o menos controlados de esas disciplinas han desempeñado el papel de última defensa contra el desasosiego –sobre todo para los jóvenes y para los más modernistas de los profesores–, como en la producción cultural, en la que han permitido operar reconversiones al menor costo.

Los intereses que están asociados a la posición ocupada en el espacio organizado alrededor de la oposición entre las humanidades tradicionales y las nuevas disciplinas con pretensiones científicas –lingüística, psicología, sociología, etnología, semiología– incluso, entran siempre en alguna medida, la más inconsciente, en los conflictos más puramente intelectuales; y las tomas de posición en materia de teoría, de método, de técnica, incluso de estilo, son siempre también estrategias sociales en las que se afirman y se reivindican poderes. Sin duda hay que evitar ver una relación de causa y efecto en la correlación que se observa entre el peso de la investigación en una disciplina determinada y la mayoría de las características ligadas al conjunto de la disciplina, comenzando por las disposiciones de los docentes con respecto a la investigación. No obstante, incluso cuando, como es el caso en las ciencias sociales en Francia, al principio la investigación ha sido, con mucha frecuencia, una escapatoria o un refugio para los excluidos de las carreras tradicionales, la aparición, en el seno de una disciplina universitaria, de un cuerpo de investigadores profesionales, que llevan adelante su investigación a título de actividad principal, oficialmente reconocida y remunerada, en organismos especialmente dispuestos para ese fin (como el CNRS), constituye por sí misma una ruptura con la característica más específica del modelo universitario: la indiferenciación de la actividad docente y de la actividad de investigación, que hace que las problemáticas y las temáticas académicas estén tantas veces en el principio de publicaciones con ambiciones científicas y que las investigaciones más "personales" puedan tan a menudo proporcionar la materia para los cursos preparatorios en los grandes concursos.

Por lo demás, a medida que crece el peso numérico de los investigadores, el estatuto de los docentes –ellos mismos divididos entre los productos del antiguo reclutamiento y los recién llegados, que a menudo presentan propiedades académicas y sociales próximas a las de los investigadores–[68] resulta transformado: por intermedio de las instituciones propias de la disciplina, comités y

68 Cf. más abajo, capítulo 4.

comisiones encargadas de financiar la investigación y de nombrar a los nuevos investigadores, pero también y sobre todo quizás, a través de la institucionalización del estatuto del investigador, que tiende a constituir la investigación o la publicación científica como norma subjetiva de todas las prácticas, relegando al segundo lugar las inversiones pedagógicas, son nuevas solidaridades y nuevas necesidades las que se imponen, y contrarrestan los efectos de la pertenencia al cuerpo profesoral; así como a través de los nuevos modos institucionalizados de producción y de circulación de las obras culturales (clubes de reflexión, oficinas de estudio, coloquios, etc.) favorecidos por la relación con las burocracias, son modos de pensamiento y de expresión nuevos, nuevas temáticas y nuevas maneras de concebir el trabajo intelectual y el papel del intelectual los que se insinúan en el universo intelectual. La aparición de una demanda pública o privada de investigación aplicada y de un público de lectores atentos a los usos sociales de la ciencia social –altos funcionarios y políticos, educadores y trabajadores sociales, publicitarios y expertos en salud, etc.–, favorece el éxito de productores culturales de un nuevo género, cuya presencia en el campo universitario (en el sentido ampliado que tiende cada vez más a imponerse) constituye una ruptura decisiva con los principios fundamentales de la autonomía académica, y con los valores de desinterés, de gratuidad y de indiferencia a las sanciones y a las exigencias de la práctica: esos *managers* científicos, ocupados en buscar créditos para sus "laboratorios", en frecuentar los comités y las comisiones donde se consiguen las relaciones, las informaciones y las subvenciones necesarias para el buen funcionamiento de sus empresas, en organizar coloquios destinados a dar a conocer sus producciones tanto como a acrecentar sus capacidades productivas, introducen problemas nuevos, a menudo tomados tal cual y sin ninguna crítica previa de los hombres de acción, y una manera nueva de abordarlos; producen obras de un tono y de un estilo que acumulan la neutralidad de un informe positivista y la insipidez del reporte burocrático para obtener el efecto de respetabilidad capaz de recubrir con la autoridad de la ciencia las recomendaciones del experto.[69]

69 La aparición de este nuevo mercado ha transformado la distribución de las posibilidades entre los mismos profesores, en geografía sobre todo, y también en sociología. Es lo que señalaba un observador, consciente de que nuevos criterios de apreciación y nuevas capacidades entraban en juego de allí en más: "Cada vez hay más organismos: lo que cuenta es el acceso al dinero, a las misiones, a los trabajos financiados por los ministerios, por el distrito, por la prefectura del Sena, etc., y en este momento no es necesariamente el nivel intelectual el que cuenta para la atribución del dinero" (geógrafo, 1972).

La reivindicación de la seriedad burocrática que define al *intelectual responsable* en todas sus formas (y especialmente la permanente de los aparatos políticos o sindicales) tiene efectivamente como contrapartida la abdicación de la posición tomada de una distancia crítica con respecto a los poderes y a la ambición total que definen al personaje social del intelectual (tal como se ha constituido, en Francia, de Voltaire a Zola, y de Gide a Sartre).[70] Este nuevo protagonista del campo de las luchas culturales encuentra un apoyo natural en instancias de consagración de un tipo nuevo, capaces de contrabalancear, al menos políticamente, el peso de las instancias universitarias o intelectuales: clubes (club Jean Moulin, Prospective, Futuribles, etc.) donde los más intelectuales de los *managers* y los más *managers* de los intelectuales intercambian sus visiones del mundo, comisiones (especialmente las comisiones del Plan y las comisiones de financiamiento de la investigación para uso de los planificadores) donde los investigadores de administración y los administradores de investigación se ponen de acuerdo para decretar el porvenir de la ciencia, sin hablar de las instituciones constitutivas del orden cultural burocrático, como los institutos de estudios políticos o las críticas de los diarios semioficiales, cuya lectura es la oración nocturna del intelectual de acción.[71]

Pero sobre todo los asalariados de la investigación que se multiplican a medida que se desarrollan las grandes unidades de producción diferenciadas social y técnicamente (INSEE, INED [Institut National des Études Demographiques], CRÉDOC [Centre de Recherche pour l'Étude et l'Observation des Conditions de Vie], INSERM [Institut National de la Santé et de la Recherche Médicale], etc.) ya no pueden rodearse del aura carismática que se asocia con el escritor o con el profesor tradicionales, pequeños productores independientes que ponen en obra su único capital cultural, predispuesto a ser percibido como un don de la gracia.[72] En la medida en que los productos de

70 Por una expresión ideal-típica de la *reivindicación* de una nueva definición del intelectual, véase M. Crozier, "La Révolution culturelle", *Daedalus*, diciembre de 1963.

71 Es cierto que el ascenso de la ENA [École Nationale d'Administration] en detrimento de la ENS contribuye en mucho a esta transformación de la representación dominante del intelectual.

72 Entre las transformaciones insensibles que sólo la estadística puede revelar, una de las más importantes es el considerable crecimiento del número de los productores asalariados, que está ligado al desarrollo de la radio, la televisión y los organismos públicos y privados de investigación, y la declinación de las profesiones artísticas o jurídicas independientes, es decir, del artesanado intelectual.

su trabajo llevan con frecuencia la marca de las condiciones en las cuales ha sido realizado: los "informes" y las "reseñas", a menudo redactados de apuro para respetar un plazo, según las normas estandarizadas de una producción en serie, y condenados por la preocupación de justificar los créditos dilapidados en un sacrificio a la exhibición del trabajo realizado –con las interminables notas metodológicas, los anexos voluminosos, etc.– en lugar de la interpretación o la sistematización de los resultados, están igualmente alejados de la obra o del artículo científico, como las tesis de doctorado más tradicionales, también ellas marcadas por la necesidad social de hacer ver y de hacer valer el trabajo a falta de poder siempre exhibir sus productos indiscutibles.

De hecho, el desarrollo de instituciones de investigación independientes ha reforzado la acción de nuevos principios de división que conciernen a todas las dimensiones de la vida intelectual: a diferencia de aquellas que podían observarse, en la fase anterior, en el sector más académico del sistema educativo, y que, producidas por el funcionamiento mismo del sistema, eran indispensables para su funcionamiento, es decir para la reproducción de sus jerarquías, las diferencias siempre más marcadas que separan a los docentes y a los investigadores o a los productos del antiguo y del nuevo reclutamiento tienden a sustituir a una pluralidad de mundos regidos por leyes diferentes en el universo de las diferencias producidas por un principio dominante de jerarquización.[73]

73 Desde el punto de vista del reparto del tiempo entre la enseñanza y la investigación, es muy marcada la oposición entre los dos polos extremos que señalan, por una parte, a los profesores de las disciplinas canónicas de las facultades de letras (o, en último extremo, los profesores de las clases preparatorias en las *grandes écoles*) y, por otra parte, a los profesores y los investigadores en ciencias sociales, que pueden consagrarse más completamente a la investigación. El mismo tipo de oposición se encuentra en lo que concierne a la relación entre la formación recibida y la práctica profesional: la perfecta continuidad que caracteriza a la carrera académica y profesional de los profesores de *khâgne* o de *taupe* [argot académico que designa la preparatoria a la escuela politécnica] y, casi en el mismo grado, de los profesores de letras o de gramática, se opone a la discontinuidad por poco total (y a veces deliberadamente redoblada, por interés de manifestar la conversión y la ruptura) que se observa entre los investigadores en ciencias sociales (cf. más abajo, capítulo 4).

POSICIONES Y TOMAS DE POSICIÓN

Así se comprende que la posición en el espacio universitario, tal como puede ser definida *a partir de criterios y de propiedades exclusivamente universitarios*, esté también estrechamente ligada a las tomas de posición "políticas". En efecto, se observa que, en un espacio construido únicamente a partir de las propiedades universitarias, las vecindades y las distancias corresponden muy estrechamente a afinidades y antagonismos "políticos" en los conflictos de Mayo de 1968 y *más allá* (así, por ejemplo, el conjunto de los signatarios de una moción de apoyo a Robert Flacelière ocupa en el espacio universitario posiciones muy próximas a las de su colega "amenazado"; del mismo modo, los profesores que tomaron posición públicamente, en petitorios, declaraciones, obras, etc., a favor o en contra del movimiento de Mayo de 1968, ocupan en el espacio universitario posiciones diametralmente opuestas, situándose los *a favor*, en su totalidad, en el sector sudoeste del diagrama, y los *en contra* sobre todo en el sector sudeste). Si esto es así, se debe sobre todo a que la propensión de los diferentes profesores a asociar la defensa del cuerpo a la defensa del mercado protegido que les asegura un público académico estrictamente controlado, varía según el grado en que el valor de sus productos depende de la garantía estatutaria conferida por la institución.[74] La violencia de las reacciones que ha suscitado, entre los maestros más tradicionalistas de las disciplinas más tradicionales, el cuestionamiento de la institución educativa y del mercado del que ella les garantizaba el monopolio, es estrictamente proporcional a la dependencia de sus producciones con respecto a dicho mercado: dado que a menudo están casi desprovistas de valor fuera de los límites del mercado académico (son muy poco traducidas en el extranjero), las producciones culturales de los profesores ordinarios –comenzando por los cursos– están amenazadas de devaluación por la crisis que golpea a la institución mientras que llegan al mercado productos nuevos, ofrecidos por disciplinas más formalizadas y más poderosas, como la lingüística o las ciencias sociales.[75] El destino de la filología, vieja disciplina típicamente académica, brutal-

74 La dependencia diferencial de las diferentes especies de capital universitario con respecto al mercado universitario se ve también claramente en ocasión de la emigración hacia un país extranjero: la pérdida de valor que afecta a todos los capitales culturales escolarmente garantizados parece tocar más fuertemente a las especies más directamente ligadas a las particularidades de una institución académica nacional, como historia literaria o derecho.

75 Nunca se ve tan bien el efecto del monopolio estatutario como en ocasión de las crisis individuales que representan los retiros: el fin de los reinos más

mente enviada al desván de las antigüedades por la lingüística, representa el caso extremo de lo que le sucedió a la mayoría de las disciplinas literarias, incluso las más protegidas, como la historia de la literatura, las lenguas antiguas o la filosofía.[76] La crisis ha castigado de lleno a los normalistas filólogos que, habiendo permanecido completamente ajenos, allá en lo alto de su certidumbre estatutaria, a la evolución de las ciencias del lenguaje y a todo lo que pasaba afuera, y en Francia misma, pero en instituciones marginales como la École des Hautes Études y el Collège de France, de pronto se encontraron devaluados, y luego relegados u obligados a reconversiones peligrosas y perdidas de antemano, ante la irrupción de la lingüística, importada y defendida por marginales, a menudo no normalistas, provincianos o salidos de disciplinas "inferiores" (como las lenguas vivas).[77] Por un efecto que se observa toda vez que los lugares en el espacio social de dos posiciones vienen a invertirse, de manera insensible o brutal, en el curso del tiempo, los antiguos dominantes de la posición antiguamente dominante que se ven conducidos poco a poco, sin saberlo y a su pesar, a una posición dominada, contribuyen de alguna manera a su propia declinación al obedecer al sentido de la altivez estatutaria que les impide transgredir y operar a tiempo las reconversiones

tiránicos a menudo ha estado marcado por una caída brutal del curso de esos autores obligatorios.

76 Las relaciones entre la filosofía y las ciencias sociales obedecen a la misma lógica, con la diferencia de que una fracción de los "filósofos" ha podido escapar al destino común (así como una fracción más ínfima de "gramáticos", es cierto) a costa de estrategias de reconversión, más o menos audaces, que tienden, entre otras cosas, a "fundar", a "pensar" o a anexar las ciencias sociales –especialmente el estructuralismo– y al menos a salvar así las apariencias de la antigua ambición y dominación. La suerte de aquellos que se aferraron a la antigua definición del puesto es más difícil aún. Las ciencias sociales, y particularmente la etnología y la sociología que, en los años cincuenta, aparecían como disciplinas refugio, un poco despreciadas por aquellos que tenían la posibilidad de seguir la vía regia, École Normale y agregación, pueden darles hoy la impresión de que hacen pesar una amenaza intolerable sobre la filosofía y, en todo caso, de que son capaces de usurpar la posición real que siempre ha reivindicado esa disciplina.

77 Del filólogo cuyo nombre se asocia a la más furiosa resistencia al movimiento de Mayo de 1968, un informante dice: "Es un puro producto de lo que se llamaba en otros tiempos la agregación de gramática; su tesis es una tesis de lexicografía o de lexicología [...]. Es alguien que..., en fin, él mismo lo ha dicho..., estaba muy orgulloso de ser el primero de su promoción [de la École Normale] en defender su tesis y había elegido a propósito ese género de estudios. De hecho, la gramática ha sido para él menos un objeto de estudio que un objeto de promoción. Lo ha dicho y redicho. Así como se jactaba de no preparar sus cursos" (letras clásicas, 1971).

necesarias. Evidentemente uno piensa en las relaciones entre los aristócratas y los burgueses en los albores del capitalismo; pero también se puede evocar a los primogénitos de las "grandes" familias campesinas que, en el Béarn de los años cincuenta, se vieron condenados al celibato por el interés de evitar el mal casamiento en un período de crisis del mercado matrimonial (crisis determinada, entre otras razones, por la modificación de las posiciones relativas del pequeño campesino y del pequeño funcionario). Y se comprende también cuál puede ser la amargura de los normalistas agregados provenientes de la pequeña burguesía o de las clases populares que han permanecido en las especialidades y en las posiciones antes dominantes, cuando descubren, aunque demasiado tarde, que, al término de unos cambios tan imprevisibles como la deriva de los continentes, sus inversiones no serán sino muy imperfectamente recompensadas. Víctimas aquiescentes de éxitos académicos que, a través del efecto de consagración, los han llevado primero a tener un puesto de profesor de enseñanza secundaria, luego, con el favor de la expansión universitaria, de ayudante o de profesor adjunto en una facultad de provincia, con todos los efectos correlativos, los del aislamiento provinciano, cargos pedagógicos, etc., ven a sus competidores desafortunados, inicialmente relegados a posiciones desdeñadas, resultar promovidos, gracias a una transformación de la relación entre las disciplinas canónicas y las disciplinas nuevas, a la vanguardia de la "investigación", muy a menudo sin otros títulos que su inserción en los grupos que están de moda y sin otras virtudes a sus ojos que el descaro, con frecuencia asociado a un origen social más elevado, que les ha permitido afrontar los riesgos de situarse en instituciones marginales.[78]

78 Habrá que tener en mente estos análisis para comprender las reacciones desesperadas y, en este sentido, patéticas, ante el movimiento de Mayo, de estos pequeños o grandes portadores de acciones culturales, a menudo devaluadas a la manera de los títulos de empréstitos rusos (cf. capítulo 5).

4. Defensa del cuerpo y ruptura de los equilibrios

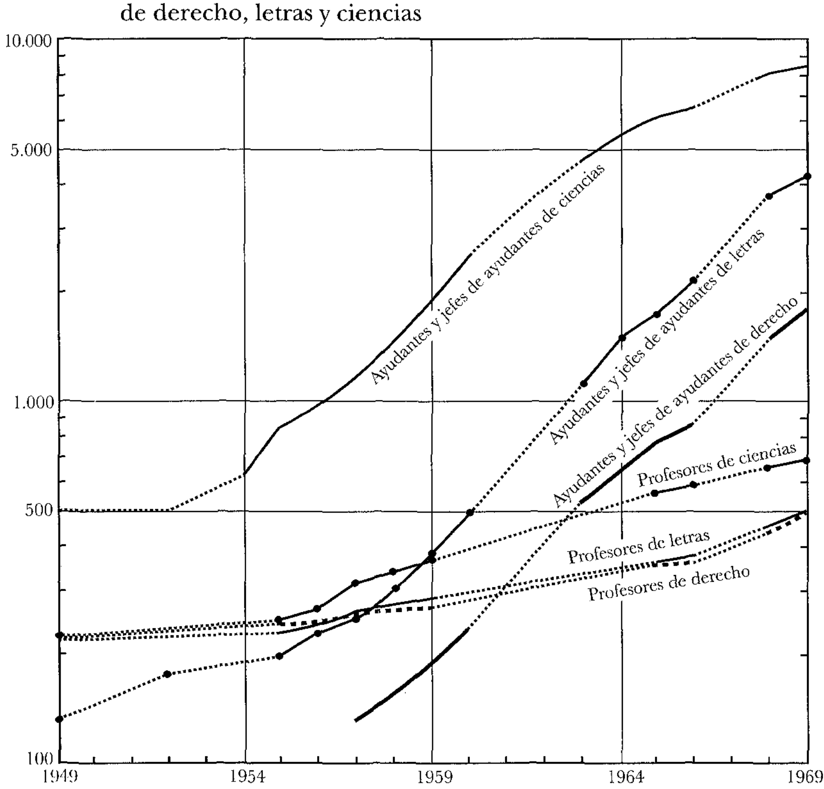
La representación de las edades, y de la duración que las separa, es relativa a la composición de la sociedad y de sus partidos, a sus necesidades, a sus posibilidades. En nuestras viejas naciones, sobre todo antes de la guerra, donde todos los puestos estaban ocupados, donde no se avanzaba en absoluto sino por obra de la antigüedad, cada uno debía formar fila y esperar su turno, y los jóvenes se encontraban separados de los viejos por una masa densa, incomprensible, cuyo espesor les imponía el sentimiento de las etapas que debían franquear antes de alcanzar a sus mayores.
M. HALBWACHS, *Classes sociales et morphologie*

La estructura del campo universitario no es sino el estado, en un determinado momento del tiempo, de la relación de fuerzas entre los agentes o, más exactamente, entre los poderes que ellos detentan a título personal y sobre todo a través de las instituciones de las que forman parte; la posición ocupada en esta estructura está en el principio de las estrategias que apuntan a transformarla o a conservarla modificando o manteniendo la fuerza relativa de los diferentes poderes o, si se prefiere, las equivalencias establecidas entre las diferentes especies de capital. Pero, si es cierto que las crisis (la de Mayo de 1968 especialmente) dividen el campo de acuerdo con líneas de fractura que les son preexistentes, de suerte que todas las tomas de posición de los profesores sobre la institución académica y sobre el mundo social encuentran su principio, en último análisis, en su posición en el seno del campo, no habría que concluir de ello que el resultado de las luchas internas depende solamente de las fuerzas presentes y de la eficacia de las estrategias de los diferentes campos. Las transformaciones globales del campo social afectan al campo universitario, especialmente por intermedio de los cambios morfológicos, de los cuales el más importante es la afluencia de la clientela de estudiantes que determina, por una parte, el crecimiento desigual

del volumen de las diferentes partes del cuerpo docente y, por otra parte, la transformación de la relación de fuerzas entre las facultades y las disciplinas, y sobre todo, dentro de cada una de ellas, entre los diferentes grados.

Eso es lo que sienten, confusamente, los defensores del antiguo orden: debido a que el cambio sobreviene en gran parte a causa del número de estudiantes que, a través del crecimiento correlativo de la demanda de docentes, amenaza con transformar el funcionamiento del mercado universitario y con modificar, a través de la transformación de las carreras, el equilibrio de las fuerzas en el seno del cuerpo docente, se convierten en defensores del *numerus clausus* y trabajan, sin ponerse de acuerdo, para defender el cuerpo profesoral contra los efectos del crecimiento inevitable. Así, para comprender los cambios sobrevenidos en las diferentes facultades en respuesta al pro-

Gráfico 1: La evolución del cuerpo profesoral en las facultades de derecho, letras y ciencias



blema planteado por el crecimiento del número de estudiantes, hay que tomar en cuenta no solamente la forma particular que ha revestido, en cada ocasión, la transformación morfológica de la población de estudiantes, es decir *variables externas* tales como la importancia del crecimiento, su momento, su intensidad y su duración, sino también las características propias de la institución confrontada a esa transformación, es decir *variables internas* como los principios que rigen el reclutamiento y la carrera en las diferentes facultades y, dentro de éstas, en las diferentes disciplinas.

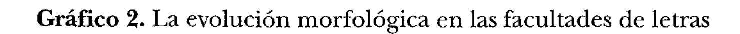
El crecimiento brutal y rápido de la población estudiantil que resulta de la conjunción de la elevación de la tasa de fecundidad en los años posteriores a la guerra y del aumento general de la tasa de escolarización[1] ha determinado alrededor de los años sesenta un crecimiento del cuerpo docente tanto más importante cuanto, en el mismo período, crecía fuertemente el encauzamiento de los estudiantes, aunque en grados diferentes, en todas las facultades.[2] La consecuencia más directa de este proceso ha sido un crecimiento significativo de los puestos ofrecidos en facultad y, al menos para algunas categorías de docentes, una aceleración de las carreras.

Es notable que la mayoría de aquellos que se interesaron en las transformaciones de la universidad no hayan retenido del crecimiento de la población estudiantil otra cosa que *el efecto de número* (o de masa o de "masificación"), como suele hacerlo –a propósito de los problemas de urbanización, por ejemplo– la sociología espontánea o semidocta. Sin duda se tienen en mente los debates sobre "calidad y cantidad", "elite y masa", "masa y calidad", que fueron la primavera de los periodistas universitarios en los años sesenta. Por lo demás, se puede plantear como ley general que, fuera de los efectos *puramente mecánicos de saturación* que los agentes sociales, en tanto que dotados de cuerpos biológicos y de propiedades que ocupan espacio, ejercen inevitablemente, y de los efectos ya específicamente sociales de anonimización y de "irresponsabilización" que resultan del hecho de "pasar inadvertido", *la acción de los factores morfológicos no se ejerce nunca sino a través de la lógica*

1 Al poder evocar aquí el análisis de los factores de crecimiento de la tasa de escolarización, no podemos hacer otra cosa que remitir a P. Bourdieu, "Classement, déclassement, reclassement", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 24, noviembre de 1978, pp. 2-22, y *La distinction*, París, Éd. de Minuit, 1979, pp. 147-157 [*La distinción*, Madrid, Taurus, 1991].

2 En el anexo 2 se encontrarán los datos sobre las transformaciones morfológicas de la población estudiantil, del cuerpo docente (por grados), de las tasas de encauzamiento y de las relaciones entre los grados (*collége* [cuadro] A/*collége* [cuadro] B) en las diferentes facultades entre 1949 y 1969.

Gráfico 2. La evolución morfológica en las facultades de letras



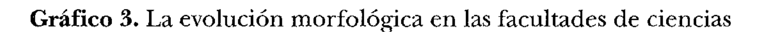


Gráfico 3. La evolución morfológica en las facultades de ciencias

específica de cada campo, que le da su propia forma a todos esos efectos. No se pasa mecánicamente del crecimiento de la *talla* de las universidades al crecimiento de la complejidad (por otra parte, ¿es cierto ese crecimiento?) de la burocracia universitaria, o, según el estereotipo docto, a la transformación de la "comunidad" en "masa" o, menos todavía, del *scholar* en *educational worker.* Del mismo modo, la aparición de un cuerpo de administradores científicos y el acrecentamiento de su peso en la estructura de los poderes universitarios no se pueden comprender sino mediante un análisis de la estructura del campo en su conjunto, de las luchas que se desarrollan en él y del provecho que los diferentes campos pueden obtener de los efectos del acrecentamiento del número de estudiantes y de las diferentes categorías de docentes (como puede verse especialmente bien en el caso de las universidades norteamericanas que, debido a su estatuto, están más directamente subordinadas a la demanda que la universidad francesa). Es por eso que el análisis del efecto que las transformaciones morfológicas han ejercido sobre el cuerpo profesoral, sobre la visión del mundo universitario y de sus divisiones, pasa por una *historia estructural* del campo universitario que por lo menos hay que esbozar, en la medida de los datos disponibles.

El acrecentamiento de la rentabilidad de los títulos académicos que resulta del crecimiento de la oferta de empleo sobre el mercado universitario se ve claramente en las diferencias que separan a las carreras ofrecidas a los normalistas y a los agregados en diferentes épocas de la historia del sistema de enseñanza.[3]

La relación entre la proporción de ex alumnos de la École Normale Supérieure que enseñan en un liceo y la de aquellos que enseñan en una facultad se ha invertido entre 1938 y 1969. Y la transformación es sin duda mucho más importante de lo que las cifras sugieren, debido a que la mayor parte de los normalistas que enseñan en los liceos pertenecen a las promociones más antiguas: en 1969, se contaban 40 profesores de enseñanza secundaria contra 31 profesores de enseñanza superior entre los normalistas de las promociones

3 Si, tratándose de analizar las fluctuaciones a largo plazo del valor global de los títulos académicos, se ha elegido estudiar el destino social de dos series de promociones de normalistas, es porque el título de ex alumno de la École Normale Supérieure constituye sin duda (contrariamente a las diferentes agregaciones y *a fortiori* a las diferentes licenciaturas) el título cuyo valor es más constante en los diferentes mercados donde puede ser negociado, es decir, en los diferentes submercados universitarios e incluso en los mercados externos (aunque en un grado menor, debido a la devaluación que conlleva la competencia de la ENA).

Las profesiones ejercidas por los ex alumnos de la École Normale Supérieure en 1938 y en 1969 (en porcentaje)

	1938 (n = 535)	1969 (n = 629)
Docentes:		
— en los liceos	44,5	16,4
— en las clases preparatorias	6,5	7,5
— en las facultades	24,6	46,8
Investigadores	1,5	6,8
Otras carreras	22,9	22,5
Total	100,0	100,0

Estadística establecida a partir del Anuario de la ENS (los porcentajes han sido calculados sin tener en cuenta a los ex alumnos cuya profesión no era mencionada en el Anuario, es decir 30,7 % en 1939 y 31,7 % en 1969).

1920-1929; a la inversa, no se contaban más que 23 profesores de enseñanza secundaria (5 de ellos en las clases preparatorias), contra 150 profesores de enseñanza superior entre los normalistas de las promociones 1945-1959 (o sea, 1 cada 6,5). De igual modo, a pesar de un crecimiento considerable del número de los nuevos agregados (se cuentan 970 de ellos en promedio por año entre 1965 y 1970, contra 250 entre 1945 y 1950), para un agregado de letras las posibilidades de enseñar en el ciclo superior más que en la enseñanza media se acrecentaron fuertemente entre 1949 y 1968. Y todo parece indicar que esta evolución es más marcada todavía para quienes poseen títulos científicos: así, en 1969, 7,6% solamente de los normalistas científicos de las promociones 1945-1959 enseñaban en la secundaria, contra 46,5% de los científicos de las promociones 1919-1930; en cuanto a los graduados en letras, las proporciones eran respectivamente de 11,6% y 31,7%.

Los beneficios demasiado visibles (sobre todo a los ojos de los de más edad) que la situación de expansión procura a los más jóvenes al permitirles, entre otras cosas, franquear a menor costo (como lo testimonia la muy importante reducción del tiempo que pasan en el secundario) el *umbral* de la enseñanza superior, no deben hacer olvidar que todas las categorías de docentes se han aprovechado, en diversos grados, de esta coyuntura favorable. Así, el crecimiento del número de cátedras disponibles y la escasez de docentes dotados del título necesario para ocuparlas (doctorado) han tenido por efecto el ofre-

La evolución del número de agregados en la enseñanza superior entre 1949 y 1968

	Secundaria [s]	Superior [S]*	S/s
1949	5000 (100)**	510 (100)**	0,10
1960	7200 (144)	1110 (217)	0,15
1968	6020 (120)	4200 (823)	0,69

Fuentes: Servicio de estadísticas y de la coyuntura, y A. Prost, *L'Enseignement en France, 1800-1967*, París, A. Colin, 1968, p. 462.

* Estimaciones.

** Base 100 en 1949.

cer a los profesores y profesores conferenciantes, ya con un puesto en las facultades de provincia en el momento de la expansión, muchas más posibilidades de acceder a la Universidad de París, cumbre de toda jerarquía universitaria, que hasta entonces no era accesible sino a un pequeño número.[4] (Aquellos que entre los profesores titulares de la Facultad de Letras de París han accedido a ese puesto a partir de 1960 y que antes ocupaban una cátedra en provincia son con menos frecuencia normalistas o agregados que sus colegas más antiguos –o sea 34% u 80% respectivamente, contra 47% u 89%– y, como se ha visto, lo mismo ocurre con los profesores de la Facultad de Nanterre.) Si se sabe por otra parte que la expansión universitaria ha tenido por efecto asegurar carreras muy fuertemente aceleradas a aquellos docentes de edad intermedia que han accedido al título de doctor durante ese período, se puede ver que esta doble transformación ha llevado a las posiciones más elevadas, por un lado, a docentes de segunda opción (según los criterios de excelencia del antiguo estado del sistema), que se plegaron de los que es poco probable que estuviesen liberados no obstante de los valores tradicionales del cuerpo, y por otro lado, entre los docentes de la generación siguiente, a aque-

4 En las facultades de letras, el número de profesores o el número de doctorados varía muy tenuemente entre 1949 y 1969, mientras que el número de los ayudantes y jefes de ayudantes crece muy rápidamente, sobre todo a partir de 1959. Por otra parte, el número de tesis de 3[er] ciclo aumenta a un ritmo muy elevado, sin que la agregación deje de ocupar un lugar central.

llos que se plegaron más fácilmente o más dócilmente, en un período de crisis de los modelos universitarios e intelectuales (al menos para las facultades de letras), a las normas de la producción universitaria.

Pero si, entre los profesores titulares o los profesores conferenciantes (*collège* [cuadro] A), la simple translación hacia arriba y las limitaciones acarreadas por el crecimiento exigido (se observa en efecto una base de tasas de encauzamiento en profesores titulares que en las facultades de letras es particularmente marcada) permiten responder al nuevo estado de la demanda sin alteración grave de los principios del reclutamiento antiguo, no ocurre lo mismo en los niveles subalternos del cuerpo docente: en ese caso, la escasez corre el riesgo de imponer estrategias capaces de amenazar, al menos a la larga, la reproducción del cuerpo profesoral obligando a los profesores a abrevar cada vez más ampliamente en la *reserva limitada* de los candidatos tradicionalmente considerados como legítimos. Por otra parte, las diferentes disciplinas se distinguen por tres aspectos fundamentales: la importancia de su necesidad de encauzamiento, ligada a la importancia de la afluencia de estudiantes; el volumen de la reserva de agregados de los que disponen y, por último, la propensión de los profesores titulares a abrevar exclusivamente en esta reserva, propensión que es principalmente función de sus títulos académicos.[5] Las disciplinas nuevas y las disciplinas canónicas se oponen lo bastante

5 Los análisis que siguen se apoyan en datos estadísticos extraídos de la encuesta (ya utilizada más arriba) que fue realizada en 1967-1968 por la Maison des Sciences de l'Homme. En principio destinada a la preparación de un anuario, esta encuesta había sido concebida de entrada de modo tal que fuera objeto de un análisis científico, y el señor Jean Viet, responsable de la empresa, nos había ofrecido la posibilidad de participar en la confección del cuestionario y de insertar en él un conjunto de preguntas sobre el origen social. Aunque haya obtenido una tasa de respuestas muy elevada (situada cerca del 80% en el conjunto, varía entre 86% en historia y 67% en estudios literarios), esta encuesta padece los defectos inherentes a toda encuesta por correspondencia. Si se sabe que, como por otra parte se ha podido verificar, la propensión a responder varía en función del grado de identificación con la institución, que los responsables se habían puesto como objetivo prioritario el censo exhaustivo de los investigadores y de los docentes que ocupaban lo alto de la jerarquía, y, en fin, que la determinación de los docentes del *collège* B es a la vez más difícil y más incierta, se comprende que los docentes del *collège* (cuadro) B estén ligeramente subrepresentados en todas las disciplinas, como lo hace aparecer la comparación sistemática de las estructuras de la población de la muestra y de las estructuras de la población global de los maestros de la enseñanza superior. Según la misma lógica, los provincianos y las mujeres parecen un poco subrepresentados con respecto a los parisinos y a los hombres.

fuertemente en estos tres aspectos como para que no se las pueda tratar como dos mercados –o dos subcampos– diferentes. En efecto, así como no se pueden explicar las variaciones de los salarios de acuerdo con las regiones, las ramas o las profesiones sino a condición de abandonar la hipótesis de un mercado de trabajo *unificado* y de renunciar al mismo tiempo a combinar datos radicalmente heterogéneos para investigar las leyes de funcionamiento (formas de capital y de inversión específicas, normas de reclutamiento y de carrera, procedimientos institucionalizados o no de gestión de los conflictos, etc.) propias de los diferentes campos relativamente autónomos, espacios estructurados de relaciones duraderas (entre productores y entre los productores y una clientela) que coexisten dentro de un mismo espacio económico, del mismo modo no se pueden comprender las variaciones que se observan no solamente en las carreras sino también, a través de ellas, en las prácticas y en las representaciones de los docentes de las diferentes facultades e incluso de las diferentes disciplinas, sino a condición de hacer la hipótesis de que esas diferentes unidades constituyen otros tantos mercados diferentes donde títulos formalmente idénticos pueden recibir *valores* diferentes y procurar remuneraciones propiamente *inconmensurables* (por ejemplo, del "poder" universitario o del prestigio intelectual). Así, se percibe de entrada que la proporción de agregados entre los miembros del *collège* A (y por lo tanto la propensión a mantener la agregación como criterio implícito del reclutamiento de los recién ingresados) es claramente más fuerte en las disciplinas canónicas (97% en lenguas antiguas, 97% en literatura, 87% en historia) que en las disciplinas nuevas (53% en sociología, 50% en psicología), que, al haber alcanzado una existencia autónoma al desprenderse de las disciplinas antiguas, como la filosofía, y dado que no se las enseña en el secundario, tienen en común el hecho de carecer de concursos de reclutamiento y, al mismo tiempo, de reservas propias de mano de obra.[6] Si se añade que esas disciplinas nuevas tienen en común una tasa de crecimiento claramente más alta que las disciplinas antiguas, se comprende que se haya instituido en ellas un modo de reclutamiento de los nuevos docentes totalmente diferente del de las disciplinas clásicas.[7]

6 Así, la sociología que no encontraba sitio en las facultades de letras sino en el marco de un certificado de licenciatura en filosofía (el certificado de moral y sociología) y cuyo cuerpo docente no se distinguía del de la filosofía ni por su reclutamiento ni por el estilo de sus investigaciones, accede a la independencia en 1958, con la creación de la licenciatura en sociología, en el momento mismo de la llegada a las facultades de las cohortes de estudiantes más numerosas.

7 Cf. anexo 2, tablas 2.A y 2.B.

LAS SUSTITUCIONES FUNCIONALES

Al dejarse guiar, como en todas las elecciones prácticas, por un sistema de criterios implícitos, y sin embargo groseramente jerarquizados, los profesores responsables del reclutamiento han trabajado, sin ninguna concertación previa, para defender las constantes sociales del cuerpo profesoral. Y ello al precio de una serie de sustituciones funcionales que se les imponían tanto más fuertemente cuanto más escasa y más mermada por los reclutamientos anteriores era la reserva de candidatos adecuados. Debieron renunciar, más o menos totalmente según las disciplinas, es decir, según la relación entre la mano de obra requerida y la reserva de postulantes legítimos, a las exigencias secundarias concernientes a los títulos académicos, al sexo y la edad, que involucraban tácita y hasta inconscientemente en sus prácticas de reclutamiento (de manera tanto más estricta cuanto más alto estaban situadas las disciplinas a las que pertenecían en la jerarquía universitaria, y por lo tanto dotadas de una abundante reserva de mano de obra provista de las propiedades más raras). Así, en una disciplina que, como la literatura francesa, ocupa un rango elevado en la jerarquía universitaria y cuyos miembros, muy fuertemente seleccionados, son prácticamente todos agregados y en gran parte normalistas, la parte relativa de los ex alumnos de la calle Ulm [45, rue d'Ulm, dirección de la ENS de París] entre los docentes que fueron reclutados desde el principio del período de expansión (y que son relativamente numerosos, puesto que el cuerpo docente se duplicó entre 1963 y 1967 sin agotar una reserva de mano de obra muy abundante) ha decrecido en beneficio de los ex alumnos de la École Normale Supérieure de Saint-Cloud [luego École Normale Supérieure de Lyon] (antaño extremadamente escasos, al menos en las disciplinas canónicas) y, de modo más general, en beneficio de los agregados que no han pasado por una *grande école*, al mismo tiempo que la proporción de titulares de una agregación en letras clásicas decrecía en beneficio de los titulares de una agregación de gramática o de letras modernas, tradicionalmente menos reputadas.

Así, en literatura se cuenta tan sólo un 20% de ex alumnos de la ENS de la calle Ulm entre los docentes reclutados después de 1960 contra 34,4% entre aquellos que ingresaron antes de 1960; a la inversa, se cuenta un 7,4% de ex alumnos de Saint-Cloud y un 65,5% de agregados no normalistas entre los docentes reclutados después de 1960, contra un 5,4% y un 58% entre aquellos que entraron antes de 1960. Entre los docentes de lenguas antiguas, la pro-

porción de agregados de letras clásicas pasa de 76% para los que entraron en función antes de 1960 a 62,5% para aquellos cuyo reclutamiento es posterior a 1960. A la inversa, la proporción de agregados de gramática y de letras modernas pasa de 24% para los docentes entrados en funciones antes de 1960 a 37,5% para los docentes reclutados después de esa fecha.

La misma preocupación por acrecentar el cuerpo sin contribuir a su "degradación" se expresa también para disciplinas menos prestigiosas, como lenguas antiguas o historia, en el reclutamiento de docentes que, en la jerarquía implícita o explícita de la excelencia académica, ocupan un nivel inmediatamente inferior al que ocupaban en esa jerarquía los titulares de los mismos puestos en la generación académica precedente. En una disciplina que, como la geografía, se sitúa en el último rango de la jerarquía universitaria –la proporción de normalistas ha sido siempre allí muy escasa y a menudo los profesores son antiguos egresados de la *khâgne*, en su mayor parte desprovistos de otros títulos que no sean la agregación–, la lógica de la defensa del cuerpo se traduce no en los títulos universitarios de los docentes recién reclutados, puesto que, en ese caso, la agregación constituye a la vez el extremo inferior y el extremo superior de la reserva, sino en una feminización o una extensión de la franja de edad dentro de la cual son extraídos los docentes.

Así, el *collège* B, que en 1963 contaba con un 15,2% de mujeres, cuenta con un 23,6% de ellas en 1967; por otra parte, mientras que la mayoría de los docentes reclutados antes de 1959 habían entrado en la enseñanza superior antes de los 28 años, el modo de distribución según el mismo criterio se sitúa, para los docentes reclutados después de 1960, entre los 30 y 35 años. Si la feminización y el envejecimiento no son más marcados, es porque la acción de los factores que, en letras y lenguas antiguas, refuerzan la propensión a privilegiar a los agregados, es sin duda mucho menos fuerte en una disciplina que se halla situada en el punto más bajo de la jerarquía tradicional y que está relativamente abierta a la investigación científica.

Las estrategias del sentido práctico que tienden a mantener la *homeostasis* social del cuerpo no dejan de hacer pensar en las estrategias matrimoniales que hacen que, en caso de un desequilibrio del *sex-ratio*, el cambio de la edad modal para el casamiento (y sobre todo, tal vez, de la dispersión alrededor de

esa edad) de los individuos que pertenecen al sexo deficitario haga posible un reajuste del mercado y permita a los miembros de cada grupo social procurarse un cónyuge sin transigir sobre los criterios más pertinentes con respecto a la unión matrimonial, como el estatuto económico y social.[8] El mismo crecimiento de la reserva de mano de obra que puede obtenerse al costo de una reducción de la edad de acceso a la enseñanza superior puede igualmente asegurarse mediante la opción opuesta de extraer de la enseñanza secundaria docentes relativamente mayores, en todo caso embarcados desde hace mucho tiempo en la carrera, que no habrían accedido jamás a la enseñanza superior, al haberse "pasado de la edad", si la expansión no les hubiese ofrecido esta segunda oportunidad. Si entre estas dos estrategias, que nunca son completamente excluyentes, la segunda parece haberse impuesto en las disciplinas más tradicionales, a saber, lenguas antiguas y, en menor grado, literatura, sin duda es porque todo predispone a los profesores de esas disciplinas a sentir con particular intensidad e impaciencia las derogaciones impuestas por la coyuntura y a intentar minimizar su alcance adoptando la actitud menos arriesgada. Es también porque tienden inconscientemente a reproducir, en una coyuntura totalmente diferente, el modelo de su propia carrera: es notable que una gran proporción de los ayudantes ingrese en las facultades a la edad en que, veinte años antes, los profesores responsables de su reclutamiento accedían a ellas, después de haber pasado otros diez o quince años en un liceo, pero con un grado más alto, con mayor frecuencia el de profesor conferenciante.

En lenguas antiguas, un 87% de los docentes que accedieron a puestos de ayudantes o de jefes de ayudantes entre 1950 y 1960 tenían menos de 32 años en el momento de su entrada en función, contra el 59% para aquellos que accedieron a los mismos puestos después de 1960, mientras que tenían más de 35 años un 13% de

8 Al analizar las perturbaciones sufridas por el mercado matrimonial como resultado de la Primera Guerra Mundial, Halbwachs muestra cómo "la reducción extremadamente fuerte (casi de un cuarto) de la población masculina (clases 1900 a 1915) que abarcaba, al final de la guerra, las categorías de edad de 23 a 38 años" tuvo como consecuencia "elevar a los jóvenes en la escala de las edades (y quizás hacer descender algunos peldaños a los de más edad)" (cf. M. Halbwachs, "La nuptialité en France pendant et depuis la guerre", *Annales sociologiques*, serie E, fascículo 1, 1935, pp. 1-46, retomado en M. Halbwachs, *Classes sociales et morphologie*, París, Éd. de Minuit, 1972, pp. 231-274).

> los primeros, y un 28% de los segundos. De igual modo, en literatura, más allá de que la proporción de mujeres en el *collège* B pasa de un 19% en 1963 a un 34,6% en 1967, el 40% de los docentes que accedieron al *collège* B entre 1950 y 1960 tenían menos de 30 años y el 27% más de 35 años en el momento de su entrada en función, contra, respectivamente, un 25% y un 33% para aquellos que accedieron a los mismos puestos después de 1960. A la inversa, en una disciplina que, como historia, ocupa una posición casi idéntica a la de lenguas antiguas bajo el doble aspecto de la importancia de la reserva y de la tasa de crecimiento, el aumento del volumen de la reserva se obtuvo reduciendo la edad de ingreso en la enseñanza superior: el 50% de los historiadores que accedieron al *collège* B entre 1950 y 1960 tenían menos de 32 años y el 30% más de 36 años en el momento de su entrada en función, contra, respectivamente, el 57,8% y el 23% para aquellos que accedieron a los mismos puestos después de 1960.

Por más que a veces se justifique esta forma de reclutamiento invocando la "secundarización" que inevitablemente determinaría el aumento del número de estudiantes, el recurso a agregados de cierta edad constituye sin ninguna duda el indicador más claro de la situación de esas disciplinas en las que el corte entre la enseñanza secundaria y la enseñanza superior está tan poco marcado, tanto por los métodos como por los saberes transmitidos, que los maestros que han pasado por muchos años de enseñanza secundaria pueden mantener su lugar en ella, y en las que, con la crisis del sistema de enseñanza y de la cultura que se supone que éste transmite, los jóvenes docentes, aun si están hechos a su medida, como los normalistas, suponen una amenaza para la perpetuación del sistema. Al elegir o bien "viejos" agregados desprovistos de toda competencia heterodoxa, y por lo tanto poco inclinados a relativizar la cultura de sus maestros y reforzados (al menos provisoriamente) en la adhesión al sistema por esta última oportunidad de promoción, o bien a aquellos entre los agregados más jóvenes a quienes sus títulos y su estilo señalan para reproducir la institución, los profesores de las disciplinas clásicas contribuyen más o menos conscientemente a evitar que una brusca transformación del modo de reproducción de los productores y de sus consumos académicos de productos académicos vayan a determinar un "envejecimiento tecnológico" y una devaluación de sus competencias: lo que está en juego en la política de reclutamiento es la eternización del modo de reproducción académica cuyo producto es la competencia de los maestros, y la

perpetuación del mercado en el que sus productos pueden recibir un valor, la clientela siempre renovada de los estudiantes de la *khâgne* y de los de agregación. Y el privilegio absoluto que se concede a la agregación sobre cualquier otro criterio se comprende si se sabe que a través de la dominación de la agregación, fin último de todos los cursos y de todos los concursos, es como las normas intelectuales que rigen ese concurso se imponen sobre toda enseñanza y todo aprendizaje de grado inferior, ya se trate de la preparación de la licenciatura o de la redacción de una memoria escrita.

En las disciplinas nuevas no podía operar la misma lógica. A falta de reserva propia y aunque pudiesen reclutar entre los agregados de las disciplinas canónicas –en filosofía, particularmente– los profesores titulares no podían circunscribir el reclutamiento de los docentes subalternos a los límites de la población de agregados: la proporción de agregados que se mantiene más o menos constante entre los docentes de letras decrece fuertemente después de 1960 en todas las disciplinas nuevas; pasa, por ejemplo, del 44% entre los docentes de psicología reclutados antes de 1960 al 22,8% entre aquellos que fueron reclutados más allá de esa fecha, y del 71,5% al 42% en las categorías correspondientes de docentes de sociología. Pero lo esencial es que, en dichas disciplinas, los docentes son numéricamente dominados y, al menos en algunos aspectos, también socialmente, por los investigadores que importan e imponen disposiciones completamente diferentes de aquellas que estaban en curso en el antiguo orden universitario. Sin duda los profesores de facultad, que conservan un gran peso (al menos hasta 1967, fecha de la encuesta) en la universidad e incluso, hasta cierto punto, en las instancias de reclutamiento de investigación, se esfuerzan por mantener, en el nivel del reclutamiento de los profesores, principios que difieren poco de los de las disciplinas tradicionales (con el resultado de que continúan atrayendo a investigadores mejor dotados de títulos académicos que el conjunto de la categoría).[9] De esto resulta que no

9 Se ve así que, entre los investigadores en sociología, aquellos que han abandonado la investigación para pasar a la enseñanza superior tienen un nivel de formación más elevado que aquellos que han permanecido en la investigación: el 46% de los investigadores del *collège* B convertidos en docentes son agregados o ex alumnos de la ENS, mientras que el conjunto de los investigadores del *collège* B no cuenta más que con un 9,5% de agregados o de ex alumnos de la ENS. Del mismo modo, para el *collège* A, la proporción de agregados o ex alumnos de la ENS es de 50% entre los investigadores convertidos en docentes y de 21% entre el conjunto de los investigadores, respectivamente.

deja de acrecentarse la distancia entre los profesores titulares y los docentes subalternos o los investigadores (quienes, al menos en los años 1945-1960, son a menudo el producto de una selección negativa dentro de la clientela de las disciplinas canónicas) y que la dispersión, poco favorable al consenso metodológico, sea extrema dentro mismo de las diferentes categorías estatutarias.

> La diversidad de las formaciones, de las carreras y de los títulos crece, entre los docentes de una misma disciplina, a medida que nos alejamos de las disciplinas tradicionales, cuyo mercado ha permanecido relativamente plano, para dirigirnos hacia las disciplinas nuevas: así, la proporción de docentes del *collège* B que han pasado por la *khâgne* decrece de manera continua cuando se va desde las disciplinas tradicionales (33% en literatura, 32% en filosofía, 25% en lenguas antiguas, 21% en historia, 20% en inglés) a las disciplinas nuevas (18,8% en lingüística, 16,3% en psicología, 8,4% en sociología). En estas disciplinas, los docentes han recibido, con mayor frecuencia en la facultad, una formación más corta, sin duda menos exitosa académicamente (a juzgar según la tasa de menciones) y absolutamente dispar, tanto a nivel de las carreras individuales (con la acumulación de certificados de licenciatura tomados de disciplinas diferentes) como a nivel colectivo: la diversidad de los títulos que los miembros de una misma disciplina poseen y la heterogeneidad de las disciplinas que se ha puesto en juego en su formación son cada vez mayores a medida que uno se acerca a disciplinas cuya consagración universitaria es más reciente. Asimismo, mientras que casi todos los docentes de las disciplinas tradicionales han comenzado su carrera en la enseñanza secundaria, los docentes de las disciplinas nuevas que, en una proporción relativamente importante (tanto más importante cuando se va hacia las categorías reclutadas más recientemente, y por ende, las más jóvenes), han entrado directamente en la enseñanza superior y sobre todo en la investigación, previamente han ejercido actividades muy diversas y a menudo sin ninguna relación con su profesión actual.

La extrema discordancia de los títulos académicos o de los tipos y niveles de formación de los especialistas de las ciencias del hombre resulta del hecho de que los responsables del reclutamiento no están en condiciones de recurrir al modo de reclutamiento tradicional sin que puedan beneficiarse de la

libertad que les proporciona la independencia con respecto a la enseñanza secundaria (ligada a la ausencia, hasta fecha reciente, de concursos de agregación y de carreras de profesor de enseñanza secundaria) para elaborar e imponer criterios de evaluación y exigencias específicas. En las facultades de ciencias, en parte sin duda porque en ellas el corte es infinitamente más claro y más tajante, al menos en matemática y en física, entre dictar clases en la agregación y la investigación científica, se han elaborado e impuesto nuevos criterios de evaluación, que corresponden en mayor número a la actividad de investigación, como la tesis de 3^er^ ciclo, mientras que los títulos más exclusivamente académicos (como la agregación) tendieron a volverse inútiles en el mercado de la investigación y, en cualquier caso, no podían obtener su pleno rendimiento sino en la medida en que se asociaban a títulos científicos (como lo muestra el hecho de que el número de docentes del *collège* B y el número de tesis de 3^er^ ciclo aumentan de manera aproximadamente paralela, mientras que, a la inversa, la agregación parece reducida a su rol oficial de concurso de reclutamiento de la enseñanza secundaria). En las disciplinas nuevas de las facultades de letras, por el contrario, si bien es verdad que la proporción de titulares de un doctorado de 3^er^ ciclo es más grande entre los docentes desprovistos de la agregación, no deja de ser cierto que ese título está lejos de constituir una condición necesaria y suficiente del acceso a la enseñanza superior o a la investigación científica: la agregación (sin hablar del título de ex alumno de una *grande école*) es reconocida tan evidentemente por los responsables del reclutamiento (y, hasta 1968, por las mismas comisiones del CNRS) que la mayoría de los diplomados de agregación que se encaminan a la investigación o que ya están involucrados en ella se dispensan todavía con frecuencia del doctorado de 3^er^ ciclo, el cual, a la inversa, está lejos de abrir automáticamente el acceso a puestos de jefe de ayudantes o incluso al de ayudante; lo cual no significa, como ya se ha visto, que el hecho de no poseer ni uno ni otro título baste para impedir el acceso a la enseñanza superior.

Así, en una disciplina como la sociología, en la que la proporción de docentes que ya poseen o preparan el doctorado de 3^er^ ciclo es relativamente grande, la proporción de docentes del *collège* B que no tienen doctorado de 3^er^ ciclo, o al menos no dicen estar preparándolo, no es más que del 28%, contra el 85% entre aquellos que son agregados o ex alumnos de una *grande école*. Sin embargo, menos de la mitad (44%) de los docentes de sociología del *collège* B que no son titulares de la agregación ni ex alumnos de una *grande*

école han defendido su tesis de 3^er^ ciclo, y una gran parte de ellos mientras ya ejercían en la enseñanza superior.

Se sigue de ello que la entrada en el cuerpo está librada al arbitrio de los diferentes responsables (y especialmente de los directores de grupos de investigación) cuyas elecciones terminan por ser refrendadas y ratificadas por el cuerpo en su conjunto;[10] y que en consecuencia las posibilidades de acceder a la investigación y, cada vez más, a la enseñanza superior tienden a depender al menos tanto de la extensión –de la diversidad y de la calidad de las relaciones sociales universitariamente rentables (y por lo tanto de la residencia y del origen social)– como del capital educativo. La ausencia o la incoherencia de los criterios de reclutamiento condena a los aspirantes a un puesto de investigador, que no pueden ignorar el carácter cuasi aleatorio de la relación entre las características vinculadas al individuo y las características objetivas del cargo, a una búsqueda de empleo tan convencida –puesto que nada es imposible– como angustiosa –puesto que nada es seguro–, que puede conducirlos a colocarse en una situación de dependencia respecto de un protector poderoso o bien a intentar dotarse de un superávit de rareza acumulando los títulos más dispares.

UNA CRISIS DE LAS SUCESIONES

El sistema universitario en su estado anterior tendía a asegurar su propia reproducción produciendo maestros dotados de características sociales y académicas casi constantes y homogéneas, y en consecuencia, casi intercambiables tanto en el curso del tiempo como en el instante. Para ser más precisos, la constancia del sistema a través del tiempo suponía que los maestros estuviesen dotados, en todos los niveles jerárquicos, de un habitus universitario, verdadera *lex insita*, como dice Leibniz, ley inmanente del cuerpo social que, devenida inmanente en los cuerpos biológicos, hace que los agentes individuales apliquen la ley del cuerpo social sin tener ni intención ni conciencia de obedecerla: en la ausencia misma de toda reglamentación expresa y de todo llamado explícito al orden, las aspiraciones tienden

10 Como ya se ha visto, en el período reciente, con la integración masiva de los "fuera de estatuto".

a ajustarse a la trayectoria modal, y por lo tanto normal para una categoría determinada en un momento determinado. Quienes poseen un título dotado de un valor determinado en el mercado universitario jamás aspiran realmente más que a aquellos puestos de una rareza y un valor que se corresponden con el valor del título o, más exactamente, no se sienten autorizados, o incluso inclinados, a postularse para un empleo cuando son más jóvenes –o más viejos– que la media de los titulares de ese puesto dotados de un título idéntico al suyo. El buen alumno es aquel que, ajustado a los ritmos del sistema, se sabe y se siente retrasado o adelantado y actúa en consecuencia, para mantener las distancias o anularlas; asimismo, el profesor adecuado es aquel que, habiendo incorporado la estructura de las edades normales, puede siempre sentirse demasiado joven o demasiado viejo, cualquiera sea su edad, para postularse o reivindicar una posición, una ventaja, un privilegio.

Principio de placer y principio de realidad, la institución excita la *libido sciendi* y la *libido dominandi* que aquélla recela (y que la competición explota), pero les asigna límites, trazando fronteras incorporadas entre aquello que es legítimo obtener, incluso en materia de saber, y aquello que es legítimo esperar, querer, amar (así es como ha funcionado, por largo tiempo, la frontera entre la primaria, o los "primarios", y la secundaria). Tales son las vías por las cuales, en la fase de equilibrio, la institución consigue, bien o mal, obtener de todos los agentes que comprometan sus inversiones en el juego y en los asuntos en juego que ella propone, sin que las frustraciones que ésta no puede dejar de producir entre algunos vengan a transformarse en revuelta contra el principio de inversión, es decir, contra el juego mismo (y el drama del "mejor promedio" o la impostura del ex alumno de Saint-Cloud o del candidato desafortunado en la calle de Ulm que se hace llamar "normalista", repitiendo el fracaso en el indefinido esfuerzo por negarlo, están allí para atestiguar que la institución consigue excluir en aquellos a los que excluye la idea misma de discutir el principio de la exclusión).

Pueden comprenderse mejor, a la luz de estos análisis, los efectos disruptivos que puede tener una transformación objetiva de la estructura temporal que es constitutiva de la institución, de su orden, de ese *orden de las sucesiones* que se retraduce, en todo momento, por una correspondencia determinada entre edades y grados. Al elegir, para salvar lo esencial, reclutar contra viento y marea agregados, ya fuesen normalistas, mujeres o demasiado entrados en años –con respecto a las antiguas normas–, los profesores actuaban, sin saberlo, como buenos defensores del cuerpo profesoral: en efecto, de agentes que, por haber soportado y aceptado las manipulaciones pendulares de la institución, tienen por ley la ley de la institución, puede es-

perarse que modifiquen sus aspiraciones conforme a las modificaciones de las posibilidades definidas por la ley de la institución. Así, en la medida en que las instancias de formación y de selección del cuerpo profesoral estaban en condiciones de inculcar a todos los docentes una disposición intensa y duradera a reconocer las jerarquías y los valores de ese cuerpo, sin duda la institución habría podido dominar los efectos del crecimiento del número de estudiantes si la falta de una reserva suficiente de mano de obra apegada a esos valores no hubiese obligado a reclutar agentes que, al haber escapado de las trayectorias tradicionales de formación, estaban desprovistos de "ley interior".

La transformación de las prácticas de reclutamiento hizo entrar en la profesión dos categorías de maestros a través de los cuales pudo introducirse en la institución aquello que ella excluía por encima de todo, aspiraciones descolgadas de toda esperanza legítima: por una parte aquellos que, aunque dotados de algunas de las propiedades exigidas por el modo de reclutamiento antiguo, estaban condenados a descubrir más o menos rápidamente que se habían beneficiado de una falsa promoción, por el hecho de que el puesto que ocupaban ya no era más el que era desde el momento en que gente como ellos accedía a él y que ya no implicaba la certeza de la carrera antes tácitamente asegurada a los beneficiarios de ese modo de reclutamiento (como lo recuerda el hecho de que el número de ayudantes excede tan ampliamente al de los profesores que una parte cada vez más grande de los recién promovidos parece objetivamente destinada a permanecer en los grados inferiores de la jerarquía); y por otra parte, todos aquellos que, al estar desprovistos de los títulos de acceso antiguos y sobre todo de las disposiciones asociadas a ellos, estaban poco inclinados a percibir como una consagración milagrosa su acceso a la enseñanza superior y a aceptar contentarse con una carrera inferior. Se llenaban todas las condiciones, pues, para que, en un plazo más o menos largo, los recién ingresados más alejados de poseer las propiedades y las disposiciones que habrían asegurado la carrera antes garantizada a la casi totalidad de aquellos que accedían a la enseñanza superior, es decir tanto al agregado de gramática convertido en ayudante a los 35 años como al licenciado en sociología nombrado ayudante a los 28, llegasen a descubrir que el mantenimiento de las *normas de carrera* (atestiguado por las propiedades de los profesores titulares de las universidades parisinas en el momento de la encuesta) volvía ficticia la transgresión de las *normas de reclutamiento* de la que ellos se habían beneficiado.[11]

11 Este desfase entre la transformación forzada de los principios de reclutamiento y la conservación de los principios de avance es sin duda un fenómeno muy generalizado, que se observa toda vez que un cuerpo

En la medida en que no se acompaña de ninguna transformación real de los procedimientos de avance en la carrera, la transformación del modo de reclutamiento conduce así a una división de los maestros subalternos en dos categorías de docentes que corresponden a carreras tan diferentes como sus formaciones y los criterios según los cuales han sido reclutados: por un lado, los ayudantes y los jefes de ayudantes que están destinados a obtener ventajas de carrera implícitamente inscritas en su posición tal como se definían en un estado anterior de la institución y de la estructura de las posibilidades, y, por el otro, aquellos que terminarán su carrera en una posición subalterna (la de jefe de ayudantes de primera clase o, en ciencias, ayudante titular). La identidad formal de las posiciones sincrónicamente definidas enmascara diferencias considerables, ligadas al capital académico, entre las trayectorias potenciales que son el verdadero principio de las tomas de posición en el sistema educativo. Dichas diferencias revelan en ese *indicador* simple del *declive* de la trayectoria que es la precocidad relativa en el puesto (a idéntica disciplina), siempre asociada ella misma a la posesión de propiedades que, como las que designa el título de normalista o de agregado, favorecen una carrera más rápida, y por lo tanto más exitosa. Y esas diferencias en las trayectorias potenciales corresponden ellas mismas a relaciones totalmente diferentes con respecto al sistema de enseñanza (e incluso con respecto a los títulos o a las propiedades que parecen fundar esas diferencias en las trayectorias). Por ejemplo, los ayudantes o jefes de ayudantes que están desprovistos de la agregación son más favorables a la supresión de la agregación que aquellos que son agregados (74% contra 44%), los agregados son tanto más favorables cuanto más jóvenes son en el grado ocupado (por ejemplo, entre los ayudantes agregados, los de menos de 30 años son más favorables a la supresión de la agregación que los de más de 30 años: 48% contra 42%, la misma diferencia que se encuentra entre los jefes de ayudantes).[12] Esta libertad en lo que respecta a la agregación se comprende si uno sabe que la posesión de este título promete a los recién ingresados posiciones cuyo valor es independiente de la posesión de la agregación: así es como la crítica al concurso de agrega-

---

procura defenderse contra la amenaza introducida por la calidad y la cantidad de los recién ingresados: por ejemplo, en el caso del personal de las bibliotecas municipales (cf. B. Seibel, *Bibliothèque municipale et animation*, París, Dalloz, 1983, p. 95).

12 Estos datos estadísticos están tomados del análisis de las respuestas de la Consulta Nacional de la Asociación de Estudios para la Expansión de la Investigación Científica de 1969 (sobre esta encuesta, véase el anexo 1, p. 251).

ción y a la formación correspondiente se encuentra casi exclusivamente en aquellos agregados que, debido a su posición elevada dentro de la institución académica o a su pertenencia a disciplinas orientadas a la investigación, están en posición de imponer su valor independientemente de la referencia a la agregación.[13] Puede comprenderse según la misma lógica que los jefes de ayudantes que no son titulares de la agregación y que tienen mucha edad para su grado esperen su salvación sobre todo de los nuevos organismos de gestión universitaria: por ejemplo, aquellos que superan los 35 años de edad se inclinan más a considerar que los poderes de los nuevos organismos universitarios son insuficientes (62%), a diferencia de los jefes de ayudantes agregados de la misma edad (21%) (se observa una diferencia en el mismo sentido pero mucho menos importante para los ayudantes de más de 30 años de edad según sean agregados: 45%, o no: 40%). Se comprende también que, contrariamente a lo que se ha podido creer y escribir en ocasión de la crisis de Mayo de 1968, el conflicto que dividió a las facultades no oponía a generaciones entendidas en el sentido de clases de edad sino en el de *generaciones universitarias*, es decir de agentes que, aun cuando tuvieran la misma edad, habían sido formados por dos modos diferentes de generación universitaria. Ya sean de cierta edad y estén establecidos o sean todavía jóvenes y estén destinados a establecerse, los docentes que son el producto del modo antiguo de generación tienen interés en mantener en el nivel de las carreras la diferencia que han podido defender en el nivel del reclutamiento en las facultades; ya sean de cierta edad y estén provistos de los títulos mínimos que exigía el antiguo modo de reclutamiento, o jóvenes y desprovistos de títulos, los productos del nuevo modo de reclutamiento están condenados a descubrir que no pueden esperar sino de una modificación de las leyes de la carrera el acceso a las ventajas que el acceso a las facultades les había hecho esperar. Y cuando se sabe que las leyes que se desprenden de la regularidad de las prácticas no eran para nada unas reglas expresamente dictadas y conscientemente aplicadas, y que los pretendientes colaboraban más o menos conscientemente a determinar el ritmo de su propio avance, se comprende que dicha *toma de conciencia* constituye por sí misma un cambio objetivo, capaz de trabar todo el mecanismo.

13 De manera más general, esta encuesta muestra que los docentes son tanto más indiferentes a una propiedad (latín, agregación, *grandes écoles*) cuanto menos depende su valor actual de esa propiedad, incluso si ese valor ha podido ser adquirido gracias a la posesión inicial de esa propiedad.

UNA FINALIDAD SIN FIN

La estadística que pone a la luz la lógica inmanente en las conductas de un conjunto de agentes estimula toda una serie de errores teóricos, alternados o simultáneos. Apenas se puede enunciar la constatación estadística de regularidades sin que venga a introducirse, a través de los automatismos del lenguaje, la filosofía mecanicista o finalista de la acción que parece inscrita en las cosas mismas. La más extrema vigilancia lingüística, y todos los "todo ocurre como si" del mundo no impedirán que el lector llevado por sus hábitos de pensamiento, especialmente el de la visión política, vea el efecto de un mecanismo misterioso o de una suerte de complot colectivo en el hecho de que las diferentes disciplinas (tema colectivo que anima tanto el mecanicismo como el finalismo de los colectivos) acogen agentes tan adecuados como sea posible a los principios antiguos de reclutamiento (inmediatamente expuestos a ser percibidos como reglas expresas), es decir, tan poco diferentes como sea posible del ideal del normalista (y recibido con buena puntuación), agregado (y entre los primeros), hombre (se da por sentado), joven, es decir, "brillante". La lectura más probable consistirá en comprender la resultante registrada por la estadística como el producto de la acumulación de acciones fundadas en el cálculo racional del interés bien comprendido o, peor, en pensar la acción de aquellos a quienes la polémica ordinaria llama los "mandarines" como el producto de una estrategia colectiva, consciente y organizada, de defensa de los intereses colectivos, sin que se plantee la pregunta por las condiciones para semejante *conspiración*: concertación previa, conocimiento claro de las "reglas" en vigencia, posición explícita de las reglas nuevas de conducta, estructura jerárquica que permite imponer su aplicación, etc. Esto obligaría a descubrir que evidentemente esas condiciones no se cumplen, como por otra parte lo testimonia la estadística que atestigua que la jerarquía de las sustituciones compensatorias –entre una agregada mujer y un agregado viejo, que no es necesariamente un viejo agregado, ¿qué elegir?– no tiene nada de perfectamente estricto. Pero por poco que el informe científico haya empleado el lenguaje cómodo del "mecanismo" (al hablar, por ejemplo, de mecanismos de reclutamiento), se podrá pensar también al cuerpo universitario como un aparato capaz de producir, más allá de toda intervención consciente o inconsciente de los agentes, las regularidades constatadas. Los demógrafos, y todos aquellos a quienes les gustaría reducir la historia a una historia natural, sucumben con frecuencia a este fisicalismo espontáneo, que por otra parte no es exclusivo de un finalismo: el modelo de un mecanismo cibernético programado para registrar

los efectos de su propia acción y reaccionar a ellos, es el mito soñado para explicar los misteriosos retornos al equilibrio de los que se maravilla el cientificismo conservador. Uno se deslizaría así a pensar el cuerpo profesoral –las palabras son inductoras– como un organismo habitado por misteriosos mecanismos homeostáticos que, más allá de toda intervención consciente de los agentes, tendería a restablecer los equilibrios amenazados, y en el que la tasa de agregados entre los ayudantes desempeñaría el papel de una de esas constantes orgánicas que la "sabiduría del cuerpo" (*The wisdom of the body*, según el título de Cannon) procuraría mantener. ¿Pero dónde situar el principio de esta sabiduría, la entelequia que determina y orienta las acciones de esos agentes inconscientes y sin embargo adecuados a los fines colectivos más acordes, en definitiva, a sus intereses individuales y colectivos?

Sólo a condición de ver en ello el producto de la combinación –irreductible a la simple adición mecánica– de las estrategias engendradas por habitus objetivamente orquestados, se pueden explicar las regularidades estadísticas de las prácticas y la apariencia de finalidad que se desprende de ellas sin suscribir ni la teleología subjetiva de un universo de agentes racionalmente orientados hacia el mismo fin –aquí, la defensa de privilegios de dominantes– ni la teleología objetiva de los colectivos personificados que persiguen sus propios fines –aquí, la defensa del cuerpo profesoral–.[14] Pero los espíritus están tan profundamente acostumbrados a pensar la historia según esta alternativa que toda tentativa de superarla está expuesta a verse recaer en uno u otro de los modos de pensamiento ordinario.[15] El desliz es tanto más probable cuanto no puede evitárselo sino al precio de una lucha permanente

14 ¿Es necesario que diga que, habiendo denunciado desde hace mucho tiempo lo que llamo el *funcionalismo de lo peor* y proporcionado, con la noción de habitus, el medio de explicar la apariencia de teleología objetiva que ciertos colectivos procuran, no me reconozco en absoluto en etiquetas, como las de "sociologismo", "realismo totalitario" o "hiperfuncionalismo", que se me han aplicado en ocasiones? (cf. F. Bourricaud, "Contre le sociologisme: une critique et des propositions, *Revue française de sociologie*, 16, 1975, suplemento, pp. 583-603, y R. Boudon, *Effets pervers et ordre social*, París, PUF, 1977).

15 Pienso, por ejemplo, en esa reseña (por lo demás muy perspicaz) de uno de mis libros que decía: "Esta competencia [lingüística] se parece a un capital, remunerado en distinción y en poder. Sus detentores *la defienden* como se protege un mercado, y *velan porque* el capital lingüístico *siga estando* desigualmente repartido. *Ello conlleva a que*, por encima del habla ordinaria, *reine* una lengua erudita, de difícil acceso, sólo susceptible de ser escrita, publicada, citada como ejemplo".

contra el lenguaje común. Así, basta con utilizar como sujeto de una frase uno de esos nombres de colectivos caros a la política para constituir a las "realidades" designadas por ellos como sujetos históricos capaces de plantear y de realizar sus propios fines ("el Pueblo reclama..."). La teleología objetiva que implica este antropomorfismo social coexiste muy bien con una suerte de personalismo espontáneo, también inscrito en las frases con *sujetos* del lenguaje ordinario, que, como en el relato novelesco, lleva a ver la historia individual o colectiva como un encadenamiento de acciones decisivas. El sociólogo se encuentra, así, colocado ante un problema de escritura muy semejante al que se les planteó a los novelistas, Victor Hugo, especialmente en *El noventa y tres*, y sobre todo Flaubert, cuando quisieron romper con el punto de vista privilegiado del "héroe" –Fabrice en Waterloo– para, como dice Michel Butor, evocar "el campo de batalla de modo tal que podamos deducir de ello los movimientos y las impresiones de cualquiera de los individuos que se encontraban involucrados allí" y, de modo más general, para "revelar campos históricos a los que los individuos son llevados como limadura de hierro".[16] Hay que escapar de la visión mecanicista que reduciría a los agentes a simples partículas arrojadas en campos de fuerza reintroduciendo no sujetos racionales que trabajan por realizar sus preferencias dentro de los límites de las coerciones sino agentes socializados que, aunque biológicamente individuados, están dotados de disposiciones transindividuales, y por ende llevados a engendrar prácticas objetivamente orquestadas y más o menos adaptadas a las exigencias objetivas, es decir, irreductibles tanto a las fuerzas estructurales del campo como a las disposiciones singulares.

La postura docta lleva a desconocer la lógica de las "elecciones" de la práctica que se operan con la mayor frecuencia más allá de todo cálculo y sin criterios explícitamente definidos:[17] no tendría en absoluto más sentido preguntarle a un "patrón" cómo ha escogido a su ayudante que preguntarle según qué criterios ha escogido a su esposa.[18] Eso no significa que, en uno y otro

16 M. Butor, *Répertoire*, II, Éd. de Minuit, 1964, pp. 214 y 228 [*Repertorio*, Barcelona, Seix Barral, 1970].

17 Este error inherente a la postura docta es temible cuando la indagación científica se esfuerza por aprehender en situación artificial los actos de clasificación y los criterios utilizados.

18 "¿Quién le propuso entrar en la enseñanza superior? –No son cosas que se precisen de manera tan precisa. Cuando yo era alumno de la École Normale, el director de la École se llamaba monsieur Bouglé. Me había tomado simpatía y me había propuesto preparar una tesis. Por eso me llamó a su lado durante tres años como ayudante de la École. Eso fue lo

caso, no haya comprometido principios prácticos de selección, esquemas de percepción y de apreciación, cuyos efectos acumulados, que la estadística deriva luego del conjunto de las prácticas de cooptación, no tienen nada de aleatorio. Lo que puede aparecer como una suerte de defensa colectiva y organizada del cuerpo profesoral no es otra cosa que el resultado adicionado de millares de estrategias de reproducción independientes y sin embargo orquestadas, de millares de acciones que contribuyen efectivamente a la conservación del cuerpo porque son el producto de esa suerte de instinto social de conservación que es un habitus de dominante.

Para demostrar que las diferencias filosóficas de la acción –que con mucha frecuencia participan inconscientemente, y por ende en orden disperso, en los análisis sociológicos– son pura y simplemente incompatibles con los hechos, bastará añadir, a título de transición hacia una descripción de los funcionamientos reales, que son un verdadero desafío a las alternativas tradicionales, esa suerte de refutación experimental de la visión finalista de la acción de los individuos o de los colectivos que fue aportada por la crisis del modo de funcionamiento antiguo. Se sabe, en efecto, que la crisis de 1968 sometió la lógica de la acción colectiva de los profesores a una profunda transformación, sustituyendo por una acción concertada y deliberadamente orientada a la conservación del *statu quo* el conjunto espontáneamente orquestado de acciones inspiradas por la solidaridad de una "elite": la movilización reaccionaria que suscitó la contestación a aquello que, desde el punto de vista de los dominantes, se daba por sentado, es decir, el orden habitual de la universidad, tendió a transformar la complicidad difusa e inasible que se hallaba en el fundamento de las redes fundadas en la afinidad de los habitus, los recuerdos comunes, las amistades de la École Normale, en una solidaridad activa e institucionalizada, fundada en una organización orientada al mantenimiento o la restauración del orden, el Sindicato Autónomo.[19] Por consiguiente, todo lo que conformaba el orden antiguo, las libertades y las connivencias impalpables que se imponen entre personas del mismo mundo, la respetuosa familiaridad que es de rigor entre generaciones de una misma familia, resultó

---

que desencadenó esta orientación. En ese momento, la entrada en la superior era difícil" (profesor de filosofía, 1972).

19 Se puede reconocer la orientación conservadora del Sindicato Autónomo sin por eso conferirle un certificado de progresismo a los SNESup o al SGEN [Syndicats Généraux de l'Éducation Nationale], teniendo todo este análisis por efecto hacer aparecer lo que las oposiciones declaradas ocultan.

abolido. Al tratarse de asumir la defensa de aquello que se daba hasta tal punto por sentado que a nadie se le habría ocurrido defenderlo, se ven aparecer personajes nuevos, a menudo hombres de aparato y tránsfugas del campo opuesto, en todo caso segundones y llevados al primer plano por el retiro de los dominantes antiguos. Con el favor de la politización y de la profesionalización ligada a la constitución de aparatos, esos anónimos voceros, a menudo un poco despreciados por las antiguas autoridades, tomaron, como se dice, "las cosas en sus manos": adoptaron como objetivo propósitos que, en el antiguo estado de cosas, no podían alcanzarse sino a condición de no ser planteados como tales; constituyeron como explícitos derechos de entrada a propiedades y títulos que hasta ese momento no se aprehendían sino a través de los índices inefables del mantenimiento o de los rumores infalsificables del renombre de la École; sacaron todas las consecuencias y todos los beneficios de la transformación de un club selecto, al que no es preciso prohibir la entrada, en sindicato corporativo. Y contribuyeron con ello a reforzar la lógica misma que pretendían combatir: trabajando para reducir la discordancia aparente de las libertades, para minimizar las contradicciones, los conflictos y las competencias entre patrones que disimulaban el consenso sin conspiración sobre los valores comunes, esforzándose por oponer un frente unido del sindicato patronal al frente unido de los sindicatos dominados por los docentes subalternos; en una palabra, otorgando la coherencia de un plan de defensa a aquello que no era otra cosa que el efecto casi coherente de la orquestación espontánea de los habitus. Reforzaron el corte entre las categorías que se halla en el principio de la protesta contra la cual pretendían luchar, y sobre todo contribuyeron a destruir uno de los fundamentos principales del antiguo orden, el desconocimiento o, si se quiere, la creencia: hay una función social de la imprecisión y, como se puede ver con los clubes, los criterios más inatacables son los más indefinibles.[20]

UN ORDEN TEMPORAL

La crisis que dividió al cuerpo docente es una crisis de creencia: las barreras estatutarias, para el caso, son fronteras sagradas que suponen el reconocimiento. Y no se puede comprender la crisis sin comprender en su verdad el

20 Cf. P. Bourdieu, *La distinction*, *op. cit.*, p. 182 [*La distinción*].

orden dóxico con el cual ella rompe y que es esa misma ruptura la que permite comprender. Apenas es posible describir los dos estados, orgánico y crítico, de la institución, de alguna otra manera que en su relación, pasando sin cesar del uno al otro, funcionando el estado crítico como analizador práctico del estado orgánico. El modo de reclutamiento antiguo era una forma de cooptación anticipada por la cual los antiguos elegían no a unos subordinados destinados a una carrera subalterna (institucionalizada después en la posición de jefe de ayudantes) sino a pares potenciales, susceptibles de ser llamados un día a sucederlos. Es por eso que reposaba sobre la aceptación tácita de una definición del puesto y de las condiciones de acceso al puesto, y por lo tanto, de criterios de selección tanto más imperativos cuanto no podían funcionar sino de modo implícito, como es adecuado tratándose de la elección de una "elite". No implicaba nada más que un consenso mínimo sobre las condiciones mínimas, es decir negativas, del acceso a la profesión o, más exactamente, sobre los límites de la población de elegibles: debido a que todos concordaban, sin siquiera tener que hacer profesión de ello, en admitir el valor de los criterios que subyacían al principio de su propio valor y del valor de sus colegas, como el título de normalista al que los no normalistas daban a menudo testimonio de su reconocimiento rodeándose de normalistas; a ninguno se le ocurría rechazar o discutir las elecciones de los otros profesores en la medida en que obedecían a esos criterios. Así es como la homogeneidad sincrónica y diacrónica del cuerpo reposaba en la concordancia de los habitus que, producto de idénticas condiciones de selección y de formación, engendran prácticas y especialmente operaciones de selección objetivamente concordantes.

Si la crisis de las jerarquías universitarias se ha cristalizado alrededor de la oposición entre profesores y jefes de ayudantes, es porque estos últimos, y entre ellos sobre todo los de más edad, en tanto típicos productos del nuevo modo de reclutamiento, estaban condenados, más que los ayudantes –sobre todo los jóvenes– y los adjuntos –suerte de profesores por anticipado–, a sentir en toda su intensidad la contradicción entre las promesas inscritas en su reclutamiento y el porvenir realmente asegurado por procedimientos inalterados de carrera. Los ayudantes que, en el antiguo estado de la institución, no eran más numerosos que los profesores, y que casi siempre eran agregados y a menudo ex alumnos de la École Normale Supérieure, no se diferenciaban sino por la edad, es decir por la duración, de profesores de los cuales se diferenciaban tan poco como ello es posible en todos los otros sentidos. Diferencia al mismo tiempo nula y absoluta, como la que separa a las generaciones en todo orden social fundado en la reproducción simple. Nula, por-

que la carrera era casi totalmente previsible –lo cual no les impedía a unos agentes, a quienes todos los aprendizajes académicos habían acostumbrado a interpretar las competiciones profesionales dentro de la lógica del concurso, vivir como incomparables unas trayectorias que de hecho sólo estaban separadas por ínfimas diferencias; y también porque la estabilidad del número de cátedras era tal que resultaba preciso y suficiente esperar que un ciclo de vida universitaria hubiese llegado a su término para que otro pudiese realizarse. Al punto que era casi inconcebible que los ayudantes pudiesen tan siquiera concebir reivindicaciones categoriales opuestas a las de los profesores. Pero, simultáneamente, el incomprensible intervalo de tiempo que separaba a los ocupantes de los diferentes grados establecía entre ellos una distancia infranqueable: idénticos salvo por un ciclo de vida universitaria, profesores y ayudantes no podían entrar en competencia por los mismos puestos, las mismas funciones, los mismos poderes.

Dotados de los mismos títulos de nobleza universitaria, es decir, de la misma esencia, los jóvenes y los viejos solamente han alcanzado grados diferentes de realización de la esencia. La carrera no es sino el tiempo que hay que esperar para que la esencia se realice. El ayudante es prometedor; el maestro es promesa realizada, ha pasado ya sus pruebas.[21] Todo ello concurre a producir un universo sin sorpresas y a excluir a los individuos capaces de introducir otros valores, otros intereses, otros criterios en relación con los cuales los antiguos resultarían devaluados, descalificados. Nobleza obliga: ella establece en un mismo movimiento el derecho a suceder y los deberes del sucesor; inspira las aspiraciones y les asigna límites; otorga a los jóvenes una *seguridad* que, al estar a la medida de las seguridades concedidas, implica paciencia, reconocimiento de la distancia, y por lo tanto, seguridad para los antiguos. No se puede, en efecto, conseguir ayudantes que se resignen durante tan largo tiempo y hasta una edad avanzada a no tener nada, a no ocupar sino posiciones subalternas en una jerarquía en la que los grados intermedios, por lo demás bastante infrecuentes, no se definen sino por la negativa, por la privación de algunos de los atributos ligados a las posiciones

21 Eso puede verse muy bien en la encuesta sobre el poder en las facultades de letras que establece (cf. más arriba, capítulo 3) que la distribución de los diferentes poderes está estrechamente ligada a la edad (lo cual se comprende puesto que, al aplicarse a una población definida por una posesión mínima de poderes, ella opone a poderosos reales y poderosos potenciales): los jóvenes tienen los factores del poder (École Normale, etc.) pero todavía no tienen todos sus atributos y todos sus beneficios.

superiores, sino por el hecho de que esos ayudantes tienen la seguridad de obtenerlo todo y todo al mismo tiempo, de pasar sin transición de la incompletud de la ayudantía a la plenitud del profesorado y, a la vez, de la clase de los herederos despojados a la de los titulares legítimos. Así como la certeza de las gratificaciones ligadas al mayorazgo podía determinar a los primogénitos de las familias nobles (o, en ciertas tradiciones, de las familias campesinas) a aceptar los sacrificios y las servidumbres de un estado de minoridad prolongada, del mismo modo la seguridad del heredero designado es, paradójicamente, el principio de la larga resignación de los pretendientes al puesto de profesor y, como se puede ver en el caso de la tesis, las coerciones de las instituciones que contribuyen a regular el ritmo de las carreras no operan sino con la complicidad de aquellos que las soportan.[22]

La tesis de doctorado de Estado es, como ya se ha visto, lo que permite a los profesores ejercer el control prolongado sobre los aspirantes a la sucesión. Ofrece un medio para prolongar por muchos años la puesta a prueba que implican siempre las operaciones de cooptación, al mismo tiempo que permite *retener* en forma prolongada a los aspirantes a la sucesión, mantenidos de tal suerte en una posición de dependenia (que excluye la polémica, la crítica o incluso, con el favor de la regla que prohíbe la publicación previa, la competencia). Al ser la distancia temporal entre las generaciones universitarias (entre veinte y veinticinco años) la condición para la buena conservación del orden de las sucesiones, la duración de la preparación de la tesis debe situarse entre diez y quince años (a los que se añadirá una perma-

22 Todos estos efectos se hallaban sin duda redoblados en las pequeñas facultades de provincia donde, debido al reducido número de los docentes, los miembros del *collège* B asumían con frecuencia las mismas tareas pedagógicas que los profesores titulares (cursos de agregación, de CAPES [Certificat d'Aptitude au Professorat de l'Enseignement du Second Degré], dirección de memorias de maestría), reforzando la propensión, no carente de ambivalencia, a una identificación anticipada con el puesto profesoral. De modo general, habría que analizar más en detalle ese otro principio de división del campo que es la oposición entre París y la provincia (las dos poblaciones analizadas son estrictamente parisinas): aunque, salvo excepciones, la jerarquía de las aglomeraciones corresponde en rasgos generales a la jerarquía implícita de las facultades, y aunque la centralización haga de París el término ideal de toda carrera realizada, la pertenencia a la sociedad local puede estar en el principio de poderes específicos nada desdeñables y cada una de las facultades de provincia tiene a sus *notables universitarios* que, aunque desconocidos o ignorados a escala nacional o internacional, participan en las instancias de poder local (organismos de planificación, comités regionales, municipalidades, etcétera).

nencia de diez a quince años en posiciones de profesor conferenciante y de profesor de provincia) a fin de que esa distancia se mantenga. Y sin duda no es excesivo pensar que son las necesidades institucionales de la feliz reproducción del cuerpo las que determinan el tiempo de trabajo necesario para la producción de la tesis y, a través de ello, la naturaleza misma del trabajo, su volumen, su ambición, antes que a la inversa;[23] el hecho de que la coerción de la institución sea vivida como una necesidad interior del trabajo de investigación y de la obra misma, forma parte de los efectos de desconocimiento y de creencia que contribuyen a la realización de la necesidad institucional. Esta inversión en la obra misma, que es tanto mayor cuanto más consagrado universitariamente se sienta ya el candidato, y por lo tanto más espere de sí mismo sobresalir, y que puede ser reforzada por las exhortaciones o los llamados al orden del director de tesis, tiende a compensar los efectos de las disposiciones que conducen a la precocidad a más consagrados entre los aspirantes.

> La precocidad legítima (por oposición a la precipitación arribista) es la excepción que confirma la regla, y contribuye al desconocimiento de la lógica real de las carreras. Sin duda no es por azar si a menudo va unida a la intervención de maestros cuya acción atípica tiende también a enmascarar la lógica común. Todo parece indicar, en efecto, que los profesores se apartan tanto más de la propensión ordinaria a frenar a los impacientes cuanto más eminentes son científicamente –es decir, sin duda, menos tributarios de las distancias estatutarias para mantener su autoridad–. Se lo puede ver a través de este testimonio de un profesor (normalista, recibido primero en la agregación de filosofía en los años veinte): "Ah no, yo no la podía pasar antes [la tesis], porque ya demasiado pronto la pasé, porque hombres como Gilson y Brunschvig, desde aquella época, me habían dicho: 'No considere su tesis como la obra de su vida. Hay que hacer la tesis joven, es el primer trabajo de un inves-

23 "¿Piensa usted que habría debido presentar su tesis más temprano? –Desde el punto de vista de la carrera, es imposible... desde el punto de vista de la madurez de la tesis [...], no, yo creo que eso podía andar" (profesor de historia, 1972). Y la mayor parte de los profesores interrogados responden negativamente a la pregunta, incluso cuando se ubican más allá de lo que se considera la *duración normal* (como el profesor de letras que consagró catorce años a la preparación de su tesis y deploró tan sólo el hiato demasiado largo entre la defensa de la tesis y la publicación).

> tigador'. [...] Realmente era la política intelectual de hombres como Gilson y Brunschvig (que era mucho mayor en edad que Gilson) decirle a la gente: 'No esperen cuarenta y cinco años para hacer su tesis'. Era su idea, ésa. Se suele decir: 'Las tesis francesas, la gente pasa con ellas demasiado tiempo', pero en aquella época hombres absolutamente eminentes te aconsejaban no ir demasiado rápido, pero que no consideraras que era la obra de toda tu existencia". Se podría evocar también el caso de Meillet, responsable de toda una serie de carreras aceleradas (entre otras, la de Benveniste y la de Chantraine).

Pero el verdadero regulador no es otra cosa que esa suerte de *sentido de las ambiciones legítimas* (para uno) que conduce a sentirse a la vez incitado y autorizado a reivindicar posiciones o a hacer lo que hay que hacer para obtenerlas, ese sentido del ritmo de la vida universitaria que no puede comprenderse sino como el efecto de la incorporación de las estructuras de carreras probables (para el conjunto de una generación y para un individuo en particular, dotado de propiedades particulares). Todo ocurre como si el conjunto de los agentes adecuadamente socializados (de los que los normalistas y los ex alumnos de la *khâgne* son el núcleo) tuviesen en mente –lo cual no quiere decir en la conciencia– el manojo de las trayectorias probables de los agentes de su edad (reducidos con la mayor frecuencia al grupo de conocimiento mutuo que constituye la promoción de la École) y pudiesen medir todo el tiempo su propia trayectoria pasada, y la trayectoria futura que ella implica, con ese patrón de la normalidad universitaria, y por ende evaluar su éxito o su fracaso relativos.[24]

La ruptura del ciclo de reproducción simple que proponía un porvenir de profesor para todos los ayudantes es causa y, al menos parcialmente, efecto de la autonomización de la producción de la tesis con respecto a las estructuras temporales de la carrera. La conmoción (al menos aparente) del espacio de las trayectorias posibles determinado por el crecimiento, incluso limitado, del cuerpo de profesores titulares, contribuye sin duda a explicar que, al tratar el doctorado como un examen de promoción interna, los ayudantes recientemente reclutados menos socializados universitariamente se

24 "En fin, hay que decir que un plazo de diez años, puesto que yo rendí la agregación en el 36 y mi tesis a comienzos del 47, es normal para una tesis de Estado, es normal en letras, no es una cosa que se pueda hacer rápido. Diez años, en mi opinión, es un buen plazo" (profesor de griego, 1972).

vuelquen a producir tesis en un tiempo mucho más corto, rompiendo por lo tanto con las convenciones que definían la larga paciencia de los pretendientes; pero explica también que, en el mismo tiempo, numerosos poseedores de títulos oficiales (los de normalista y agregado), que se obstinan en producir al ritmo del ciclo de vida universitario antiguo, a la manera de esos animales marinos que, arrojados sobre la orilla, siguen viviendo al ritmo de las mareas, de hecho resulten privados, sobre todo cuando no son particularmente precoces, de los beneficios de la expansión universitaria. La escasez de candidatos que reúnen los títulos oficiosos y oficiales (el de doctor de Estado) permite así, a aquellos recién venidos que han sido los más prestos en comprender el nuevo juego, ocupar buena parte de los puestos de profesor recién creados.

LA RUPTURA DE LOS EQUILIBRIOS

Así, tras el efecto de un aumento (limitado) de las posibilidades de ascensión y sobre todo de una transformación de las disposiciones de los agentes ligada a una modificación del reclutamiento, el acuerdo inmediato entre las esperas y las trayectorias probables, que llevaba a admitir como algo dado por sentado el orden de las sucesiones, resultó quebrado, y el orden universitario fundado en la concordancia de las estructuras temporales incorporadas y de las estructuras objetivas se sometió a dos clases de desafíos. Por una parte, el desafío individual de los recién ingresados que, desprovistos de los títulos y de las disposiciones que suponía antes la entrada en el cuerpo, repudiaron las lentitudes y las prudencias juzgadas hasta entonces como adecuadas. Tal fue el caso, en particular, de las disciplinas nuevas, en las que el abandono del antiguo criterio de reclutamiento no fue acompañado por la constitución de un nuevo sistema de criterios de evaluación de la competencia pedagógica y científica; de suerte que el crecimiento del cuerpo de titulares benefició más que en otras partes al mismo tiempo a los recién llegados desprovistos de títulos canónicos que supieron quemar las etapas ofreciendo, a modo de derecho de entrada, no una nueva forma de producción más adecuada a las exigencias de la cientificidad –por ejemplo, trabajos empíricamente fundamentados y desembarazados de los condicionamientos previos retórico-teóricos, etc.–, sino una forma aligerada y minimizada de la antigua tesis, y a los detentores de los títulos canónicos, que no garantizan ni la adquisición de una competencia específica ni las dispo-

siciones a adquirir.[25] Y por otra parte, el desafío colectivo que constituye la discusión abierta o larvada de jerarquías universitarias fundadas así en principios profundamente contradictorios e igualmente difíciles de justificar según criterios propiamente científicos. El movimiento sindical a menudo se ha hecho expresión de todos aquellos que se sienten decepcionados en sus esperanzas legítimas, ya se trate de los beneficiarios del nuevo reclutamiento que no han sabido sacar partido de las nuevas posibilidades ofrecidas por el crecimiento del cuerpo, o de los últimos en ingresar mediante el antiguo modo de reclutamiento, víctimas de la *histéresis* de los habitus que los lleva a prolongar la preparación de una tesis a menudo emprendida tardíamente, y que sufren la competencia (en el caso de los adjuntos) de las cargas y obligaciones inscritas en unas posiciones magistrales obtenidas al precio de una falsa promoción acelerada.

La transformación de las condiciones de reclutamiento de los docentes subalternos ha determinado la aparición y la afirmación de intereses propios de los ayudantes y de los jefes de ayudantes y, al mismo tiempo, la afirmación de los intereses categoriales de los profesores (con el Sindicato Autónomo), dado que la lógica de las "luchas" sindicales tiende cada vez más a sustituir, al menos en las ocasiones oficiales (como las elecciones en el CNRS o en el CCU de las facultades, por ejemplo), la lógica de las relaciones patrimoniales, marcadas por el liberalismo y el *fair play* que era de rigor en la medida en que los profesores y los ayudantes eran el resultado de un mismo modo de reclutamiento.[26] No obstante, las divisiones y las cohesiones fundadas en las oposiciones entre categorías estatutarias (ayudante, jefe de ayudantes, adjunto, profesor), de las que a menudo se piensa o se habla según el

25 Si bien impactan por su carácter excepcional, las carreras aceleradas de los *outsiders* no son para nada sensibles a nivel estadístico. En todas partes los normalistas y los agregados tienen carreras más rápidas que las otras categorías de docentes y esa distancia es más fuerte en las ciencias sociales, donde son más escasos, que en las otras disciplinas: así, en sociología, solamente el 10% de los ex alumnos de la ENS que pertenecen al *collège* B tienen 36 años o más, contra el 23% para los agregados no normalistas y el 36% para los licenciados, mientras que en letras el 41% de los ex alumnos de la ENS que pertenecen al *collège* B tienen 36 años o más, contra el 65% para los agregados y el 67% para los licenciados.

26 Habría que analizar todos los cambios en las representaciones y las prácticas que esta situación ha determinado, como la aparición de formas de *bargaining* y de compromiso de categoría a categoría (*collège* A y *collège* B) o de sindicato a sindicato en el Consejo Consultor de las universidades o en el CNRS, etcétera.

modelo de la lucha de clases o de los conflictos del trabajo, esconden diferencias considerables, dada una igual posición, según la trayectoria que se da por descontada; de suerte que los docentes de las categorías intermedias se ven llevados a estrategias y a alianzas fluctuantes y están destinados a balancearse y a alternar entre la salvación individual y la salvación colectiva según la captación práctica que tengan de sus posibilidades de acceder a las posiciones dominantes.

Al romper la relación de identificación anticipada con los maestros y con las posiciones magistrales y la complicidad de los detentadores y de los pretendientes en la adhesión a las normas del progreso legítimo, la transformación de las normas de reclutamiento ha dejado librado el campo universitario a los efectos sumados de la antigua ley de carrera y de la transgresión de esa ley: y no se ve de dónde podrían surgir las fuerzas capaces de imponer la instauración práctica de un orden en el que el reclutamiento y el progreso dependieran exclusivamente de los criterios de la productividad y de la eficacia pedagógicas o científicas.

5. El momento crítico

Como los combates se habían interrumpido, la inquietud y la curiosidad empujaban a todo el mundo a salir de casa. El descuido de las costumbres atenuaba la diferencia de rangos sociales, el odio se escondía, las esperanzas se desplegaban, la muchedumbre estaba llena de suavidad. El orgullo de un derecho conquistado estallaba en los rostros. Había una alegría de carnaval, un ánimo de vivaque; nada tan divertido como el aspecto de París, en los primeros días.

El juego del actor caldeaba a la multitud, y se cruzaban mociones subversivas.
–¡Basta de academias! ¡Basta de Instituto!
–¡Basta de misiones!
–¡Basta de bachillerato!
–¡Abajo los grados universitarios!
–Conservémoslos –dijo Sénécal–, pero que sean conferidos por sufragio universal, por el Pueblo, ¡único juez verdadero!

La razón pública estaba perturbada como después de las grandes conmociones de la naturaleza. Aquello dejó a personas inteligentes idiotas por el resto de su vida.
G. FLAUBERT, *La educación sentimental*

Limitados a los datos parciales y superficiales de la experiencia biográfica pero orientados por la ambición de juzgar y de explicar, la mayoría de los ensayos consagrados a las jornadas de Mayo hacen pensar en lo que Poincaré decía de las teorías de Lorentz: "Hacía falta una explicación y fue encontrada; se la encuentra siempre; las hipótesis son los fondos que

menos escasean".[1] La tentación de multiplicar incesantemente las hipótesis a la propia medida nunca es ejercida a tal punto sobre los especialistas de las ciencias sociales como cuando se ocupan de *acontecimientos*, y de acontecimientos *críticos*. Los momentos en que el sentido del mundo social bascula son un desafío, que no es tan sólo intelectual, para todos aquellos que hacen profesión de leer el mundo y que, bajo la apariencia de enunciar lo que es, pretenden hacer existir las cosas de acuerdo con su decir, y producir por ende efectos políticos inmediatos; lo cual implica que tomen la palabra *sur-le-champ*, en plena trinchera, y no después de haber reflexionado, pero también después de la batalla. Los beneficios políticos que puede proporcionar la interpretación de un acontecimiento social dependen estrechamente de su "actualidad", es decir, del grado en que suscita interés porque es lo que está en juego en conflictos de intereses materiales o simbólicos (es la definición misma del *presente*, nunca por completo reductible a lo inmediatamente dado). Se deduce de ello que el principio de la mayor parte de las diferencias entre las producciones culturales reside en los mercados a los que están más inconsciente que conscientemente destinadas, mercado restringido, en el que el productor no tiene por clientes, en última instancia, sino al conjunto de sus competidores, o mercado de gran producción;[2] esos mercados aseguran a los productos culturales (y a sus autores) beneficios materiales y simbólicos, es decir éxitos de venta, público, clientelas, y una visibilidad social, un renombre –del cual la superficie que ocupa en los diarios constituye una buena medida– extremadamente desiguales, tanto en su importancia como en su duración. Una de las razones del retraso de las ciencias sociales, incesantemente expuestas a una regresión hacia el ensayismo, es que las oportunidades de obtener un éxito puramente mundano, ligado al interés de actualidad, disminuyen a medida que aumenta el tiempo invertido en el trabajo científico, condición necesaria, aunque no suficiente, de la calidad científica del producto. El investigador no consigue llegar sino después de la fiesta, cuando ya se han apagado las luminarias y se han retirado los caballetes, y con un producto que ya no tiene ninguno de los encantos del *impromptu*. Construido contra las preguntas

1 H. Poincaré, *Congrès de physique de 1900*, I, 1900, 22, citado por G. Holton, *L'invention scientifique. Themata et interpretation*, trad. P. Scherer, París, PUF, 1982, p. 368.

2 Sobre esta oposición, véase P. Bourdieu, "Le marché des biens symboliques", *l'Année sociologique*, vol. 22, 1971, pp. 49-126 ["El mercado de bienes simbólicos", en *Las reglas del arte*, *op. cit.*].

surgidas de la inmediatez del acontecimiento, enigmas más que problemas, recusando tomas de posición totales y definitivas (en lugar de análisis necesariamente parciales y revisables), el protocolo científico no tiene para sí esa hermosa claridad del discurso del buen sentido al que no le resulta difícil ser simple puesto que siempre comienza por simplificar.

La atención inmediata a lo inmediato que, ahogada en el acontecimiento y los afectos que éste suscita, aísla el momento crítico así constituido en su totalidad, encerrando en ella misma su explicación, introduce por eso mismo una filosofía de la historia: conduce a presuponer que hay en la historia momentos privilegiados, de alguna manera más históricos que los otros (se puede ver un caso de ello en la visión escatológica, clásica o modernizada, que describe a la revolución como término final, *telos*, y punto culminante, *acmè*, y a sus agentes –proletarios, estudiantes u otros– como clase universal, y por lo tanto última). La intención científica, por el contrario, apunta a resituar el acontecimiento extraordinario en la serie de los acontecimientos ordinarios dentro de la cual se explica, para preguntar de inmediato en qué reside la singularidad de aquello que no deja de ser un momento cualquiera de la serie histórica, como bien se lo ve con todos los fenómenos de *umbral*, saltos cualitativos en los que la adición continua de acontecimientos ordinarios conduce a un instante singular, extraordinario.

Intersección de muchas series en parte independientes de acontecimientos sobrevenidos en muchos campos habitados por necesidades específicas, una crisis como la de Mayo de 1968 –y sin duda toda crisis– introduce una ruptura visible con respecto a lo que la ha precedido, aunque no se la pueda comprender sino restituyéndola en la serie de los acontecimientos antecedentes. Crisis universitaria que se transforma en crisis general, plantea la cuestión de las condiciones de la extensión diferencial de la crisis en el seno del campo universitario y fuera de él: para explicar que una crisis del modo de reproducción (en su dimensión académica) haya podido hallarse en el principio de una crisis general, es preciso, conociendo la contribución cada vez más importante que el sistema de enseñanza aporta a la reproducción social, y que hace de él un asunto en juego cada vez más disputado de las luchas sociales,[3] proponer un modelo que permita dar cuenta de los efectos so-

3 Debido a que el sistema de enseñanza tiende a convertirse en el instrumento oficial de la redistribución del derecho a ocupar una parte incesantemente creciente de las posiciones, y en uno de los principales instrumentos de la conservación o de la transformación de la estructura de las relaciones de clase por la mediación del mantenimiento o del cambio de la

ciales que ha producido, de los cuales el más decisivo es la *desclasificación estructural*, generadora de una suerte de disposición colectiva a la revuelta. Pero el modelo que permite comprender, sobre la base de un análisis de las condiciones estructurales de la crisis y sin recurrir a hipótesis *ad hoc*, la lógica de la aparición de la crisis en las diferentes regiones del espacio universitario, y luego en el espacio social en el que ella se manifestó, ¿permite comprender también cómo llegó a instaurarse, en una región muy determinada del campo universitario, el *estado crítico* de la estructura? La probabilidad de que los factores estructurales que, en un campo en particular, se hallan en el principio de una tensión crítica, engendren una situación de crisis, favorable a la aparición de acontecimientos extraordinarios, que el funcionamiento normal torna impensables o, por lo menos, "excepcionales" y "accidentales", y por lo tanto desprovistos de eficacia y de significación sociales, alcanza su máximo cuando se cumple la *coincidencia* de los efectos de muchas crisis latentes de intensidad máxima. ¿Cuáles son las causas específicas responsables de la coincidencia de las crisis locales y, por eso mismo, de la crisis general como integración –y no simple suma– de crisis sincronizadas, y cuál es el efecto propio de esa *sincronización* de diferentes campos que define al acontecimiento histórico como algo que deja una huella y a la situación de crisis general como puesta en fase de diferentes campos? Paradójicamente, sin duda sólo a condición de reinsertar los momentos críticos en las series en las que reside el principio de su inteligibilidad, anulando aquello que en cierto sentido constituye su singularidad, puede comprenderse lo que define de manera apropiada a la situación crítica, si no como "creación de imprevisible novedad", al menos como surgimiento de la posibilidad de la novedad, en una palabra, como tiempo abierto en el que todos los porvenires parecen posibles, y por una parte lo son, en esa misma medida.[4]

---

cantidad y de la calidad (social) de los ocupantes de las posiciones en esa estructura, el número de los agentes individuales o colectivos (asociaciones de padres de estudiantes, administración, directores de empresa, etc.) que se interesan en su funcionamiento y pretenden modificarlo porque esperan de él la satisfacción de sus intereses tiende a aumentar.

4 Estas reflexiones y estas interrogaciones pueden, parece, ser extendidas a toda crisis (o revolución): a falta de aprehender como tal la lógica de los diferentes campos, ¿no se ve uno llevado ya sea a dar por sentada la unidad de los acontecimientos revolucionarios, o bien, a la inversa, a tratar las diferentes crisis locales como momentos sucesivos, que corresponden a grupos diferentes (revolución aristocrática, parlamentaria, campesina, etc.), movidos por móviles diferentes, de un conjunto adicionado de crisis separadas, sometidas en última instancia a explicaciones separadas? Si cada

Todas estas preguntas, que podría decirse teóricas, deben ser pensadas como preguntas históricas. Esto supone que se trabaje para neutralizar los efectos de la división socialmente instituida entre la simple descripción que, como observaba Hegel en el Prefacio a la *Fenomenología del espíritu*, mal se adecua a la "interrupción" por el concepto, y la pura "raciocinación", que tampoco resiste la irrupción de la realidad efectiva. Pero no se pueden cuestionar los principios mejor establecidos de la visión y de la división del trabajo científico sin correr el riesgo de que los productos de este esfuerzo de ruptura permanezcan incomprendidos o pasen inadvertidos; sin exponerse a que parezca que se falta a la vez a las exigencias de la teoría y a las exigencias de la empiria, y a ver que los logros más seguros de la investigación se les escapan a aquellos que no saben reconocer las cuestiones teóricas sino cuando dan lugar a disertaciones (sobre el poder, la política, etc.) tanto como a aquellos que se verán inclinados a la suspicacia y la reticencia ante el esfuerzo mismo por tratar la serie de los acontecimientos que la descripción histórica despliega como el producto de diferentes *efectos* –en el sentido de la física–, es decir, como integración singular de secuencias inteligibles de acontecimientos destinados a aparecer cada vez que se den, siendo todo lo demás igual, ciertas condiciones.

UNA CONTRADICCIÓN ESPECÍFICA

No se puede explicar la crisis, o al menos las condiciones estructurales de su aparición y de su generalización, sin recordar[5] los efectos principales del crecimiento de la población escolarizada, es decir, la devaluación de los títulos académicos que determinó una desclasificación generalizada, particularmente intolerable para los más favorecidos y, de modo secundario, las transformaciones del funcionamiento del sistema de enseñanza que resultan de

revolución encierra en realidad muchas revoluciones ligadas entre ellas y remite por lo tanto a muchos sistemas de causas, ¿no habría que plantear además la pregunta por las causas y los efectos de la integración de las crisis particulares? Etcétera.

5 Sobre este punto, y especialmente sobre la lógica propiamente *estadística* de la reproducción escolar y sobre los efectos unificadores de la experiencia común de la devaluación, véase P. Bourdieu, "Classement, déclassement et reclassement", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 24 de noviembre de 1978, pp. 2-23, y *La distinction*, pp. 147-185. [*La distinción*, *op. cit.*]

las transformaciones morfológicas y sociales de su público. El crecimiento de la población escolarizada y la devaluación correlativa de los títulos académicos (o de las posiciones académicas a las que esos títulos dan acceso, como el estatuto del estudiante) afectaron al conjunto de una clase de edad, constituida de ese modo como generación social relativamente unificada por esa experiencia común, y determinaron un *desfase estructural* entre las aspiraciones estatutarias –inscritas en posiciones y títulos que, en el anterior estado del sistema, ofrecían realmente las oportunidades correspondientes– y las posibilidades realmente aseguradas, en el momento que se está considerando, por esos títulos y esas posiciones.[6] Este desfase no es nunca tan grande como entre los hijos de la clase dominante que no consiguieron operar la reconversión del capital cultural heredado en capital escolar; más allá incluso de que su porvenir social no dependa enteramente del capital escolar y que el capital económico y social del que dispone su familia les permita obtener el máximo rendimiento de sus títulos académicos en el mercado del trabajo y compensar así su fracaso (relativo) a través de carreras sustitutas.[7] En una palabra, la contradicción específica del modo de reproducción del componente escolar que no puede contribuir a la reproducción de la clase de otro modo que eliminando, con su consentimiento, a una parte de sus miembros, reviste una forma cada vez más crítica a medida que crece el número de aquellos que ven amenazadas sus posibilidades de reproducción y que, al rehusar su exclusión, se ven conducidos a discutir la legitimidad del instrumento de su exclusión capaz de amenazar al conjunto de la clase cuestionando uno de los fundamentos de su perpetuación.

Los efectos de la devaluación se ejercen sin duda de modo cada vez más pleno, al no ser corregidos de ningún modo por el añadido de capital social,

6 Se puede ver así que todos aquellos (y son numerosos) que han querido pensar la crisis de Mayo según el esquema del conflicto de generaciones (en el sentido ordinario) se han dejado atrapar por las apariencias. Se sabe además que la devaluación de los títulos ha tenido efectos completamente diferentes según el origen social de los agentes implicados.

7 Entre las razones que limitan la validez de la analogía de la inflación –a la que recurrí en una antigua fase de mi trabajo (cf. P. Bourdieu, *L'inflation des titres scolaires*, mimeografiado, Montréal, 1973)– se encuentra el hecho de que los agentes pueden oponer a la devaluación estrategias individuales o colectivas, como las que consisten en producir *nuevos mercados* adecuados para hacer valer los títulos (creación de nuevas profesiones) o en modificar más o menos completamente los criterios que definen el derecho a ocupar las posiciones dominantes y, correlativamente, la estructura de las posiciones dentro del campo del poder.

a medida que, dados un título o una posición equivalentes, se desciende en la jerarquía de los detentadores según el origen social. No obstante, la *tolerancia* a esos efectos varía también de acuerdo con el mismo criterio, pero en sentido inverso: por una parte, porque las aspiraciones tienden a disminuir a la par de las posibilidades objetivas, y por otra, porque diversos mecanismos tienden a enmascarar la devaluación, como la pluralidad de los mercados –pues algunos diplomas devaluados conservan cierto valor simbólico a ojos de los más despojados– y los beneficios secundarios ligados a la elevación del valor nominal de los títulos. La ascensión parcialmente ficticia del salvado por milagro que accede a una posición poco probable para los miembros de su clase de origen (como el hijo de maestro convertido en ayudante en ciencias o el hijo del pequeño campesino profesor de CEG [Collège de Enseignement Général, antigua denominación de los colegios de enseñanza secundaria]) en un momento en que esa posición se halla devaluada por el efecto de traslación, es decir desclasada, es fundamentalmente diferente, a pesar de las analogías, de la declinación más o menos marcada de aquel que, proveniente de la clase dominante, no consigue dotarse de los títulos suficientes para mantener su posición, como el hijo de médico convertido en estudiante de letras modernas o en educador. No deja de ser cierto que, por diferentes que sean, las experiencias ligadas a la desclasificación pueden servir de fundamento a alianzas, más o menos ficticias, entre agentes que ocupan posiciones diferentes en el espacio educativo y en el espacio social, o, por lo menos, a reacciones parcialmente orquestadas ante la crisis cuya concordancia objetiva sería falso imputar solamente a los efectos del "contagio".

Para comprender las formas que la crisis ha revestido en el seno del sistema educativo, no basta pues con percibir el crecimiento del volumen del público de las diferentes instituciones de enseñanza. Es verdad que esos fenómenos propiamente morfológicos han ejercido sin duda efectos muy importantes al favorecer una transformación de la relación pedagógica y de toda la experiencia de la condición de estudiante. Pero lo esencial es que el crecimiento del volumen del público de un establecimiento educativo, y sobre todo la transformación correlativa de la composición social de ese público, están en función de la posición que ella ocupa actual o potencialmente en la jerarquía académica (y social) de los establecimientos. Así, las *grandes écoles* (o las clases preparatorias) se vieron mucho menos afectadas que las facultades; dentro de éstas, las facultades de derecho y de medicina se vieron mucho menos afectadas que las facultades de ciencias y sobre todo que las de letras, y en el seno de estas últimas, las disciplinas tradicionales se vieron mucho menos tocadas por la afluencia de estudiantes que las disciplinas nuevas,

especialmente psicología y sociología. Dicho de otro modo, los efectos sociales y académicos del aumento del público son tanto más marcados en una institución educativa (establecimiento, facultad o disciplina) cuanto más la predispone su disciplina –y, en segundo término, el contenido de la enseñanza propuesta– a servir de refugio a estudiantes que, en el anterior estado del sistema, habrían sido excluidos o se habrían eliminado ellos mismos. A lo cual se añade que los efectos específicamente ligados a la discordancia entre las aspiraciones y las posibilidades objetivas no son nunca tan poderosos como en esos refugios de lujo que representan algunas de las disciplinas nuevas, especialmente sociología para los varones y, en menor grado, psicología para las mujeres: esas posiciones académicas mal determinadas que conducen a posiciones sociales también ellas mal determinadas son muy adecuadas para permitir a sus ocupantes mantener un halo de indeterminación y de vaguedad, para ellos mismos y para los otros, alrededor de su presente y de su porvenir.

La misma ley que rige la extensión de la crisis dentro de la institución académica rige también la extensión, fuera de la institución, de la crisis específica de la institución: la frecuencia, entre los ocupantes de una posición social, de los agentes pertenecientes a la generación académica marcada por la devaluación de los títulos académicos, y por lo tanto dotados de aspiraciones desajustadas con respecto a sus posibilidades objetivas de realización, da cuenta de las reacciones diferenciales a la crisis por parte de los ocupantes de las diferentes posiciones en el espacio social. La crisis que halla su principio en el sistema académico no se confunde nunca totalmente con la crisis de una clase o de una fracción de clase determinada: sin duda el movimiento de protesta encontró su terreno predilecto en las fracciones intelectuales y, particularmente, en las regiones del espacio social más adecuadas para acoger a los agentes que salieron de la clase dominante a quienes el sistema de enseñanza no reconoció; pero pudo también encontrar un eco, e incluso una complicidad, en el seno de las diferentes fracciones de las clases medias y hasta en la clase obrera o campesina, entre los adolescentes que, habiendo pasado por la enseñanza técnica o incluso por la enseñanza general larga, se vieron decepcionados en las aspiraciones aparentemente inscritas en la situación de colegial o de liceal (posiciones tanto más valorizadas cuanto más raras eran dentro del grupo de origen), o incluso de bachiller.

Es el caso, que tiene valor de extremo, de quienes poseen un diploma de enseñanza general o un CAP [Certificat d'Aptitude Professionnelle], e incluso un bachillerato (se cuentan, en 1968,

muchos miles de OS [obreros especializados] dotados de ese título), que se ven reducidos a profesiones manuales que conceden un escaso valor económico y simbólico a los diplomas de enseñanza general e incluso a los diplomas técnicos, y que resultan forzados así a la descalificación objetiva y/o subjetiva, y a la frustración engendrada por la experiencia de la inutilidad del diploma (como ese obrero diplomado que, condenado a realizar el mismo trabajo que los obreros desprovistos de todo diploma escolar o, "peor", que los "extranjeros", concluye: "No he seguido cursos durante cuatro años para recortar arandelas"). Las respuestas a la pregunta (planteada en 1969 a una muestra representativa de la población obrera) de si, en 1968, habría sido deseable que los estudiantes "pudiesen acudir a las fábricas a discutir con los trabajadores", proporcionan indicaciones sobre las características sociales de aquellos que se sienten "involucrados" por la crisis del sistema de enseñanza: la proporción de obreros que se declaran a favor de la apertura de las fábricas a los estudiantes es máxima en la clase de edad de 20-24 años y sobre todo de 15-19 años, y entre los obreros titulares de un CAP (cf. G. Adam, F. Bon, J. Capdevielle, R. Mouriaux, *L'ouvrier français en 1970*, París, A. Colin, 1970, pp. 223-224). Y en todas partes se ha observado que, entre los obreros (de los que se sabe que, a la inversa de los miembros de la clase dominante, se dicen cada vez más de izquierda a medida que avanzan en edad), como entre las otras categorías sociales, la participación en las manifestaciones crece a la par del nivel de instrucción y en razón inversa a la edad.

Los efectos del crecimiento del número de agentes escolarizados y de la devaluación correlativa de los títulos concedidos no se ejercen de manera mecánica, y por lo tanto homogénea, sino que sólo adquieren sentido en función de las disposiciones de los agentes que los soportan. Es así como, contra la lógica misma del análisis, y del discurso en el que ese análisis se expresa, es decir contra la tendencia a sincronizar y a universalizar aquello que ha tomado la forma de un proceso de lenta y desigual transformación de los espíritus, habría que poder describir las diferentes formas que reviste, principalmente en función del origen social, y de las disposiciones correlativas con respecto al sistema de enseñanza, el proceso de ajuste de las esperanzas a las posibilidades, de las aspiraciones a las realizaciones, y en particular el trabajo de desinversión necesario para aceptar menos éxito o el fracaso.

> En efecto, hay que evitar olvidar la importante *distancia temporal* entre el momento en que aparecen, y en primer lugar en las facultades de ciencias, las transformaciones morfológicas responsables de las tensiones entre los docentes y de la desclasificación de los estudiantes, y el momento en que estalla, en un sector muy particular del campo universitario, la crisis declarada que vendrá luego a generalizarse. Este intervalo corresponde al tiempo necesario para que afloren, con intermitencia, en la conciencia de algunos de los agentes, las transformaciones sobrevenidas en la institución y los efectos que esas transformaciones ejercen sobre su condición presente y futura: es decir, en el caso de los estudiantes, la devaluación de los títulos académicos y su desclasificación relativa o absoluta y, en el caso de los docentes subalternos reclutados de acuerdo con los nuevos criterios, la inaccesibilidad de hecho a las carreras aparentemente prometidas a los ocupantes de su posición. Y si el trabajo (de duelo) indispensable para ajustar las aspiraciones a los efectos de la evolución morfológica es necesariamente largo, es que los agentes no perciben sino una fracción muy limitada del espacio social (por lo demás, a través de categorías de percepción y de apreciación que son el producto de un estado anterior del sistema) y que se ven llevados por ello a interpretar su propia experiencia y la de los agentes que pertenecen a su universo de conocimiento mutuo de acuerdo con una lógica individual más que categorial, de manera que los cambios morfológicos no pueden aparecérseles sino bajo la forma de una multitud de experiencias parciales, difíciles de captar y de interpretar en tanto totalidad. También habría que tomar en cuenta en el análisis de este proceso de transformación de la visión del porvenir, el rol de las instituciones encargadas de producir representaciones doctas del mundo social (como los institutos oficiales y oficiosos de estadística) y de manipular, en consecuencia, las representaciones del porvenir susceptible de considerarse válido (como los consejeros de orientación y, de modo más general, todos los agentes encargados de informar sobre el porvenir de los títulos y de los puestos).

En el caso de esas especies de milagrados que son los estudiantes (o los maestros) que vienen de categorías sociales especialmente improbables en las posiciones que ocupan, el solo hecho de estar presente en esas posiciones, incluso devaluadas –y por su presencia misma–, constituye una forma de re-

tribución simbólica, comparable a la elevación del salario nominal en período de inflación: la *alodoxia* está inscrita en el hecho de que los esquemas que ellos ponen en funcionamiento para percibir y apreciar su posición son el producto del estado anterior del sistema. Por lo demás, los agentes mismos tienen un interés psicológico en hacerse cómplices de la mistificación de la que son víctimas –de acuerdo con un mecanismo muy generalizado que lleva (sin duda tanto más cuanto más desfavorecido se esté) a trabajar para *contentarse* con lo que se tiene y con lo que se es, para amar el propio destino, por mediocre que sea–.[8] De hecho, es dudoso que esas representaciones puedan triunfar alguna vez completamente, incluso con la complicidad de un grupo, y es probable que la imagen encantada coexista siempre con la representación realista, siendo que la primera se pone a prueba más bien en la competencia con los *vecinos* inmediatos (en el espacio social) y la segunda, en las reivindicaciones colectivas frente al *out group*.

Estos efectos de *doble conciencia* son todavía más visibles en la lógica que conduce a los estudiantes que salen de la clase dominante y que están poco dotados de capital escolar hacia las disciplinas nuevas, cuyo poder de atracción sin duda le debe mucho a lo vago del porvenir que ofrecen y a la libertad que dejan de diferir la desinversión. O en la orientación hacia profesiones mal determinadas que parecen estar hechas para permitir perpetuar el mayor tiempo posible, tanto para sí mismo como para los otros, la indeterminación de la identidad social, tal como sucedió antes con las profesiones de escritor o de artista y con todos los pequeños oficios de la producción cultural, o todos los oficios nuevos que, en las fronteras del campo intelectual y del campo universitario o médico, proliferaron en relación directa con el esfuerzo por escapar a la devaluación produciendo nuevas profesiones. Todo permite suponer que la tensión crítica es tanto más fuerte cuanto más grande es la distancia entre la realidad y la representación de sí mismo y del propio porvenir social, y cuanto más largo tiempo se la ha sostenido, y a costa, por lo tanto, de un trabajo psicológico más importante.[9]

8 Numerosas interacciones, e incluso numerosas relaciones sociales más o menos duraderas, tienen como principio la búsqueda inconsciente de un reforzamiento objetivo de esos sistemas de defensa que siempre son, en cierta medida (pero en grados muy variables), las visiones del mundo social.

9 El retorno a las realidades, verdadero *retorno de lo reprimido social* (que no tiene nada que ver con lo que se entiende comúnmente por "toma de conciencia"), y el derrumbamiento de las defensas largo tiempo opuestas al descubrimiento de la verdad objetiva de la posición ocupada pueden tomar

Se puede postular así, en primer lugar, que la crisis patente conoció su máxima intensidad en todos los lugares sociales favorables a la perpetuación de aspiraciones desajustadas; y, en segundo lugar, que esos lugares capaces de favorecer un desajuste expuesto a revisiones dramáticas son aquellos que, debido a la imprecisión del porvenir social que prometen, atraen a agentes con aspiraciones desajustadas a los que aseguran las condiciones favorables a la perpetuación de ese desajuste. Para verificar estas hipótesis, se puede tomar como índice de la homogeneidad o de la heterogeneidad de una posición, facultad, escuela, disciplina, la dispersión de la distribución de la población correspondiente, ya sea según el origen social, ya sea según el capital escolar (la sección en el bachillerato) o, más cerca de la hipótesis, según la relación entre el origen social y el capital escolar: se puede suponer en efecto que el desfase entre las aspiraciones y las posibilidades se va acrecentando, con toda verosimilitud, cuando crece la tasa de estudiantes de origen social elevado y de capital escolar escaso. Y determinar a continuación si las variaciones del grado de homogeneidad social y escolar según los sectores de la institución corresponden a las variaciones de la intensidad de la crisis.[10]

Sólo la confrontación de la distribución según el origen social y el capital escolar (y también, de modo secundario, según el sexo, la tasa de crecimiento y la residencia) de los ocupantes (estudiantes o docentes, especialmente los subalternos) de las diferentes posiciones (*grandes écoles*, facultades, disciplinas) en el campo universitario, y de las variaciones según las mismas variables de las tomas de posición de esos grupos en el curso del mes de mayo de 1968, permitiría verificar o refutar el modelo propuesto. No obstante se puede, en la medida de los datos disponibles, establecer que existe

---

la forma de una crisis cuya violencia sin duda es tanto más grande cuando más largo tiempo se la ha diferido (cf. la "crisis de la cuarentena"), y que puede encontrar en la crisis colectiva un detonador y una ocasión de expresarse en una forma más o menos sublimada (como lo testimonian todos los casos de conversión ética o política asociados a la crisis de Mayo).

10 Este modelo no permite comprender exactamente las reacciones individuales a la crisis: éstas dependen de variables disposicionales, ligadas al origen social, de variables posicionales, ligadas a la posición de la disciplina y a la posición dentro de la disciplina (estatuto universitario y prestigio intelectual), y de variables coyunturales, especialmente de la intensidad de la crisis y de la crítica de la institución universitaria que depende de la disciplina (y de su localización parisina o provinciana) y de las tomas de posición más frecuentes entre los agentes de un mismo rango o de un mismo estatuto.

una correspondencia entre estas dos series. Por más que las estadísticas en las que se lee un acrecentamiento de la parte relativa de hijos de las clases medias en las instituciones de enseñanza confunden los públicos de los diferentes tipos de establecimientos (liceo, CEG, etc.), y enmascaran así los mecanismos de segregación escolar que tienden a mantener una relativa homogeneidad social del público escolar dentro de cada establecimiento o incluso dentro de cada clase, se observa una tendencia general al decrecimiento de la homogeneidad social del público escolar en el curso del período que precedió a la crisis: todavía muy fuerte en los establecimientos, las secciones o las disciplinas más altos (como las *grandes écoles*, las facultades de medicina, o incluso las secciones clásicas de los liceos) o en los más bajos (como los CET [Collège d'Enseignement Général, colegios de enseñanza técnica] o los IUT [Institut Universitaire de Technologie]), la homogeneidad social, escolar y sobre todo, si puede decirse así, socioescolar es generalmente escasa en los establecimientos, secciones o disciplinas que ocupan una posición intermedia o, al menos, ambigua en la jerarquía del sistema de enseñanza. Por otra parte, si a falta de índices de participación en las actividades subversivas,[11] se acepta ver un indicador de la conformidad o de la adhesión al orden universitario establecido en las tasas de participación en las elecciones universitarias de 1969 –indicador por lo demás ambiguo, puesto que una tasa elevada de abstención puede ser, ya sea el producto de una negativa explícita a participar, y por lo tanto una verdadera toma de posición negativa, o bien la expresión de un sentimiento de impotencia política, resultante de un proceso de desposesión–, se observa que la tasa de votantes es la máxima en los establecimientos, las disciplinas o las facultades que se definen claramente con respecto a las profesiones precisas a las que conducen, o sea, por ejemplo, las facultades de medicina (68%) y, en menor grado, las facultades de derecho (53%). Inversamente, la tasa es escasa en las facultades o las disciplinas que conducen a profesiones que corresponden a posiciones muy fuertemente dispersas en la jerarquía social: netamente inferior en las facultades de letras (42%) y

11 Los historiadores del futuro tal vez encontrarán en los archivos de la policía las informaciones necesarias para testear el modelo.

de ciencias (43%) en su conjunto, se establece en su nivel más bajo en las disciplinas como sociología (26%) y psicología (45%), que, puesto que conducen a profesiones particularmente dispersas y ambiguas, se oponen netamente a las disciplinas que dan acceso directo al profesorado de segundo grado, como literatura francesa (60%), griego (68,5%), latín (58%), historia (55%) o geografía (54,4%) –dejando de lado filosofía que, a través del porvenir que propone, se emparenta con las ciencias sociales, y que tiene una tasa muy baja, 20% (*Le Monde*, 13 de marzo de 1969)–.[12] La estructura de la distribución según las facultades y las disciplinas es la misma en provincia, aunque la participación se sitúa en conjunto en un nivel más elevado (sin duda en parte debido al efecto del tamaño de los establecimientos que se observa en todas partes).[13]

Pero no se puede comprender por completo el rol especial de las disciplinas nuevas, y especialmente el de la sociología, en la detonación de la crisis, si no se ve que esas posiciones son el lugar en donde se realiza la coincidencia de los efectos de dos crisis latentes de máxima intensidad. A la vez inferiores e indeterminadas, las disciplinas nuevas de las facultades de letras estaban predispuestas a acoger sobre todo a estudiantes originarios de la clase dominante que hubieran conocido un escaso éxito escolar, y por lo tanto, dotados de aspiraciones fuertemente desajustadas con respecto a sus posibilidades

12 A aquellos que vean una excepción en el rol que un cierto número de normalistas tuvieron, antes y durante Mayo de 1968, en los movimientos subversivos, bástelos recordar que el período 1960-1970 estuvo marcado por una declinación de la posición académica de la École Normale y también, sin duda, de las posiciones sociales objetivamente ofrecidas a los normalistas –a pesar del aumento del reclutamiento de normalistas en las facultades–, que coincide con una elevación del origen social de los alumnos. Así, la proporción de hijos de miembros de las profesiones liberales, ingenieros y cuadros superiores, pasó de 38% entre 1958 y 1965 a 42% entre 1966 y 1973 y 43,3% entre 1974 y 1977 en la ENS de la calle de Ulm; de 14% entre 1956 y 1965 a 28,6% entre 1966 y 1973 y 32,2% entre 1974 y 1979 en la ENS de Saint-Cloud (J. N. Luc y A. Barbé, *Histoire de l'École Normale Supérieure de Saint-Cloud*, París, Presses de la FNSP, 1982, cuadro 10, p. 254, y cuadro 6, p. 248).

13 Parece que, de manera general, la crisis hubiera revestido formas totalmente diferentes en las pequeñas facultades de provincia, donde el volumen de las poblaciones reunidas y la "reserva" de líderes políticos eran menos importantes, y donde, como se ha visto, las relaciones entre los grados eran cualitativamente muy diferentes.

objetivas de éxito social, y a estudiantes de las clases medias relegados fuera de las carreras nobles y amenazados de verse decepcionados en sus ambiciones por no poseer el capital social indispensable para hacer valer títulos devaluados; por otra parte, ellas debieron, como se ha visto, responder al muy rápido crecimiento de la población de estudiantes reclutando en gran número a docentes subalternos débilmente integrados a la institución universitaria y llevados al resentimiento por la contradicción entre la elevación de sus aspiraciones resultante de su acceso (más o menos) inesperado a la enseñanza superior y la decepción de esas aspiraciones acarreada por la permanencia en los grados inferiores de la jerarquía universitaria.[14]

> Así como la heterogeneidad social y escolar parece explicar las actitudes de los estudiantes con respecto al movimiento de Mayo, del mismo modo la dispersión de las trayectorias pasadas, y sobre todo potenciales, y las tensiones correlativas entre los grados parecen estar en el principio de las actitudes diferentes de los docentes. Basta para convencerse de ello relacionar mentalmente las características sincrónicas y diacrónicas del cuerpo de los docentes de las diferentes disciplinas y su participación diferencial en el movimiento de Mayo o la intensidad que revistieron los conflictos entre los docentes de diferentes grados. Pero, para llevar tan lejos como sea posible la demostración, se pude aplicar el análisis al caso de los docentes de geografía y de sociología, que, aunque pertenezcan a disciplinas dominadas ambas, presentan diferencias capaces de explicar que hayan jugado roles muy diferentes tanto en el movimiento como en los conflictos ulteriores a propósito del porvenir del sistema de enseñanza. Mientras que los geógrafos, que están situados en el nivel más bajo de las jerarquías tanto sociales

14 Los dos procesos que se encuentran de este modo puestos *en fase* tienen su principio (al menos parcialmente) fuera del campo: el primero, en el conjunto de los factores que han determinado el acrecentamiento general de la escolarización secundaria y superior y la distribución diferencial de los alumnos de los diferentes orígenes sociales entre las facultades y las disciplinas; el segundo, en las relaciones entre los diferentes sectores del campo universitario y el mercado de trabajo o, si se prefiere, entre los diferentes títulos y los puestos ofrecidos en el momento que se está considerando en el mercado de empleo, con los efectos de "devaluación" diferencial que afectan a los diferentes títulos y, más o menos fuertemente según su capital social heredado, a los diferentes portadores de los mismos.

como escolares, presentan un conjunto de características sociales y escolares fuertemente cristalizadas en todos los grados, los sociólogos se caracterizan por una discordancia muy marcada entre esas características, sobre todo en los niveles inferiores de la jerarquía: la proporción de normalistas, igualmente escasa en el *collège* A y el *collège* B (4,5% y 3%) entre los geógrafos, es relativamente fuerte (25%) entre los sociólogos de la cima de la jerarquía (muy próximos a los historiadores, 24%, y a los psicólogos, 27%) que, por lo demás, a menudo provienen de filosofía, mientras que es de las más escasas (5,5% contra 10% en psicología y 13% en historia) entre los sociólogos del nivel inferior (*collège* B), aunque la proporción de los docentes provenientes de la clase dominante sea casi igualmente elevada en esas categorías como en el nivel superior (*collège* A).[15] Esta doble discordancia (fundada en una distribución cuasi quiasmática de los títulos sociales y escolares según los grados) entre la cima y la base de la jerarquía es sin duda la expresión más visible de una dualidad de los modos de reclutamiento que resulta de la ambigüedad estructural de la disciplina al mismo tiempo que la refuerza: la sociología, disciplina pretenciosa, como decía en alguna parte Georges Canguilhem,[16] que se sitúa por aspiración en la cima de la jerarquía de las ciencias, y rivaliza entonces con la filosofía, cuyas ambiciones pretende cumplir pero con el rigor de la ciencia, es también un refugio, pero un refugio de lujo que ofrece a todos aquellos que quieren afirmar las grandes ambiciones de la teoría, de la política y de la teoría política, el máximo beneficio simbólico para el mínimo derecho de entrada escolar

15 En la mayoría de las disciplinas, los investigadores son de origen social más elevado que los docentes: 58% de los investigadores en sociología, 52% de los investigadores en psicología, 56,5% de los investigadores en geografía son originarios de las clases superiores, contra, respectivamente, 50%, 40% y 40,5% de los docentes de las mismas disciplinas. Fenómeno comprensible, puesto que las oportunidades de acceder hoy a la carrera de investigador dependen fundamentalmente de la posibilidad de mantenerse en la posición de estudiante o de aprendiz de investigador (lo cual, a pesar de becas y dietas, supone disposiciones y medios económicos reservados de hecho a los más favorecidos) el tiempo suficiente para imponerse en un grupo de investigación (gracias a relaciones, ellas también desigualmente distribuidas) o para ganar el apoyo de un "patrocinador" influyente.

16 Cf. G. Canguilhem, *Idéologie et rationalité dans l'histoire des sciences de la vie*, París, Vrin, 1977, pp. 33-45.

(siendo que el vínculo con la política explica que ella sea a los estudiantes de origen social elevado y de éxito escolar mediocre lo que la psicología es a los estudiantes dotados de las mismas propiedades).[17] Se comprende que sociólogos y geógrafos se hayan distinguido tan claramente, en el seno del movimiento de protesta de la universidad, al punto de simbolizar, especialmente en el movimiento sindical, la oposición entre la tendencia "izquierdista" y la tendencia "reformista" de la institución universitaria y del mundo social, y la reivindicación "corporativista" que ponía el acento en las carreras de los docentes o la transformación de los métodos y de los contenidos de la enseñanza.

Para proporcionar una intuición inmediata de la afinidad estructural entre los estudiantes y los docentes subalternos de las disciplinas nuevas entre los que se reclutó a un buen número de los líderes de Mayo, bastaría presentar, por un lado, las curvas de crecimiento entre 1950 y 1968 de los alumnos de las *grandes écoles* y de los estudiantes de letras o de ciencias, y por el otro, las de los profesores titulares y las de los docentes subalternos (ayudantes y jefes de ayudantes): mientras que la población de profesores y la población de alumnos de las *écoles normales supérieures*, que tienen posibilidades claramente más definidas de convertirse en profesores de enseñanza superior que los estudiantes, permanecen más o menos estables, las otras dos poblaciones, la de los docentes subalternos y la de los estudiantes, han conocido un crecimiento muy fuerte. En consecuencia, los alumnos de las *grandes écoles* pueden *reconocer* en sus profesores (de clase preparatoria o de facultad) a los ocupantes de una posición que un día podrá ser la de ellos; al contrario, los estudiantes, pero también aquellos entre los ayudantes que, habiéndose beneficiado del nuevo modo de reclutamiento, no tienen las propiedades secundarias (el título de normalista o de agregado) siempre necesarias de hecho para acceder al profesorado, y que, sobre todo en ciencias y en las disciplinas nuevas de las facultades de letras, están muy cerca de los estudiantes, se sienten sin duda menos inclinados a instituir con los profesores titulares la relación de identificación anticipada que, sin duda hecha a la medida para favorecer la inversión, es sobre todo favorable a la

17 Se puede ver que la intensidad particular que revisten los conflictos en el campo de la sociología es sin duda tributaria, ante todo, de la dispersión del cuerpo, y que en todo caso no se puede ver en ella, como se ha hecho a menudo, el índice de un menor grado de cientificidad de la disciplina.

perpetuación de la adhesión al orden pedagógico.[18] Dicho de otra manera, la relación paradojal que se establece desde hace mucho tiempo en ciencias y en letras –y que se ha impuesto también desde hace poco en ciencias económicas– entre los maestros consagrados en los concursos más selectivos y los alumnos menos seleccionados, tiende a instaurarse entre docentes subalternos, a menudo provenientes de la población de los estudiantes y excluidos de hecho de la carrera que conduce a las posiciones de profesor, y los profesores titulares, en quienes, a diferencia de los herederos legítimos, no pueden ver la realización de su propio porvenir.[19] En una palabra, la línea virtual de fractura pasa cada vez con mayor claridad entre los profesores y los ayudantes o los jefes de ayudantes, quienes, en su mayoría, son objetivamente más próximos a los estudiantes que los profesores titulares. Esta ruptura de la *cadena de las identificaciones anticipadas*, fundadas en el orden de las sucesiones que ellas tienden a reproducir, es de tal naturaleza que favorece una suerte de secesión de los agentes que, excluidos del camino por el porvenir hasta allí inscrito en su posición, se ven llevados a cuestionar el camino en sí. Y sin duda se puede reconocer allí una realización particular de un modelo general de los procesos revolucionarios: la ruptura objetiva del círculo de las esperanzas y de las posibilidades conduce a una fracción importante de los menos dominados entre los dominados (aquí las categorías intermedias de docentes, en otras partes los pequeñoburgueses) a salir del camino, es decir, de una lucha de competencia que implica el reconocimiento del juego y de las apuestas en juego propuestas por los dominantes, y a entrar en una lucha que se puede llamar revolucionaria en la medida en que apunta a instituir otras apuestas y a redefinir así más o menos completamente el juego y las bazas que permiten triunfar en él.

18 Hemos mostrado cómo algunos ayudantes de las facultades de ciencias se ven llevados a aproximarse a sus estudiantes y a abandonar el rol magistral para escapar a las dificultades que hace surgir para ellos la competencia de los maestros y de los "normalistas", cuya "amenaza" es evocada a menudo en las entrevistas y que pueden ser ayudantes como ellos (P. Bourdieu, "Épreuve scolaire et consécration sociale, les classes préparatoires aux grandes écoles", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 39, septiembre de 1981, pp. 3-70). le

19 J.-Y. Caro, "Formation à la recherche économique: scénario pour une réforme", *Revue économique*, vol. 34, 4 de julio de 1983, pp. 673-690.

LA SINCRONIZACIÓN

Los estudiantes y los ayudantes de sociología representan así uno de los casos de *coincidencia* entre las disposiciones y los intereses de agentes que ocupan posiciones homólogas en campos diferentes que, a través de la sincronización de las crisis latentes de diferentes campos, ha hecho posible la generalización de la crisis. Tales convergencias, favorables a la puesta en fase de las crisis locales o a las alianzas coyunturales, se observaban en el conjunto de las facultades de letras y de ciencias, donde el desencanto de una fracción importante de los docentes subalternos, enfrentados a un puesto difícil y condenados a carreras mutiladas, se encontraba con el de los estudiantes correspondientes, amenazados por la desclasificación ligada a la devaluación de los títulos; se observaban también entre el conjunto de aquellos que, en el campo universitario mismo, entraban en la protesta y de aquellos que, fuera del campo, ocupaban posiciones homólogas, estructuralmente y a veces funcionalmente, como los agentes subalternos de las instancias de producción y de difusión culturales.

Una crisis regional puede extenderse a otras regiones del espacio social y transformarse así en una crisis general, un *acontecimiento histórico*, cuando por el efecto de *aceleración* que ella produce, tiene el poder de *hacer coincidir* acontecimientos que, dado el *tempo* diferente que cada campo debe a su autonomía relativa, debían normalmente abrirse o clausurarse en orden disperso o, si se quiere, sucederse sin organizarse necesariamente en una serie causal unificada, tal como la que sugiere con posterioridad, con el favor de la ilusión retrospectiva, la cronología del historiador. Se sigue de ello que la posición de los diferentes campos en la crisis general y los comportamientos de los agentes correspondientes dependerán, en gran medida, de la relación entre los tiempos sociales propios de cada uno de esos campos, es decir, entre los ritmos en los que en cada uno de ellos se cumplen los procesos generadores de las contradicciones específicas.

> No se pueden comprender los roles que sostuvieron en la crisis las diferentes facultades o disciplinas o incluso los individuos que han aparecido como las encarnaciones del movimiento (especialmente Daniel Cohn-Bendit, estudiante de sociología de Nanterre; Jacques Sauvageot, líder de la UNEF [Union Nationale del Étudiants de France], y Alain Geismar, jefe de ayudantes de física en París, y secretario general del SNESup) sino a condición de saber que, en ese momento del tiempo objetivo en que la crisis se declara en las fa-

> cultades de letras, las condiciones estructurales que favorecieron su aparición estaban presentes desde hacía más de seis años en las facultades de ciencias –donde el SNESup, que jugó un papel determinante en la generalización del movimiento, estaba muy fuertemente implantado, y desde hacía mucho tiempo– mientras que solamente comenzaban a aparecer en las facultades de derecho.

La crisis como coyuntura, es decir, como conjunción de series causales independientes, supone la existencia de *mundos* separados pero que participan del mismo *universo* a la vez en su principio y en su funcionamiento actual: la independencia de series causales que, como dice Cournot, "se desenvuelven paralelamente" supone la autonomía relativa de los campos; el cruce de esas series supone la dependencia relativa con respecto a las estructuras fundamentales –especialmente las de la economía– que determinan la axiomática de los diferentes campos. Es esta independencia en la dependencia lo que hace posible *el acontecimiento histórico* –siendo las sociedades sin historia sociedades tal vez tan indeferenciadas que no hay lugar para el acontecimiento propiamente histórico que nace de la encrucijada de las historias relativamente autónomas–. Tomar en cuenta la existencia de esos mundos "dentro de cada uno de los cuales, como dice también Cournot, se puede observar un encadenamiento de causas y de efectos que se desenvuelven simultáneamente, sin tener conexión entre ellos, sin ejercer influencia apreciable los unos sobre los otros", es escapar a la alternativa, en la que uno se encierra a menudo, entre la historia estructural y la historia cronológica, y proporcionarse un medio para comprender que campos diferentes, a la vez relativamente autónomos y estructurados, pero también abiertos y ligados a los mismos factores, y por lo tanto entre ellos, puedan entrar en interacción para producir un acontecimiento histórico en el cual se expresan a la vez las potencialidades objetivamente inscritas en la estructura de cada uno de ellos y los desenvolvimientos relativamente irreductibles que nacen de su conjunción.

La sincronización como coincidencia en el mismo tiempo objetivo (el que marca la fecha histórica) de las crisis latentes propias de cada sector del campo universitario o, lo cual viene a ser lo mismo, la unificación de los diferentes campos que resulta de la puesta en suspenso provisoria de los mecanismos que tienden a mantener la autonomía relativa de cada uno de ellos, involucra en el mismo juego, con posiciones idénticas, a agentes que ocupan hasta allí posiciones homólogas en campos diferentes. El efecto de sincronización ejercido por los acontecimientos críticos que se hallan en el origen *cronológico* de la crisis y que pueden conllevar una parte de accidente (impu-

table a factores externos al campo, como la violencia policial) no se ejerce completamente salvo si existe una relación de *orquestación objetiva* entre los agentes en crisis del campo que llega al estado crítico y otros agentes, dotados de disposiciones semejantes, puesto que están producidas por condiciones sociales de existencia semejantes (*identidad de condición*). Pero, por otra parte, agentes sometidos a condiciones de existencia muy diferentes y dotados por ello de habitus muy diferentes, e incluso divergentes, pero que ocupan en campos diferentes posiciones estructuralmente homólogas a la posición ocupada por agentes en crisis en el campo en crisis (*homología de posición*) pueden reconocerse sin razón (*alodoxia*) o con razón en el movimiento, o más simplemente, captar la ocasión creada por la ruptura crítica del orden ordinario para hacer avanzar sus reivindicaciones o defender sus intereses.

Surgida de las disciplinas nuevas de las facultades de letras y de ciencias humanas para extenderse al conjunto del campo universitario, la crisis encontró su terreno dilecto en las instituciones de producción y de difusión de bienes culturales de gran consumo –organismos de radio y de televisión, cine, órganos de prensa, de publicidad o de marketing, institutos de sondeo, organizaciones de la juventud, bibliotecas, etc.– que, habiendo ofrecido, con el favor de un crecimiento rápido y considerable en volumen, toda una variedad de posiciones nuevas a los productos de la universidad amenazados de desclasificación, son el lugar de contradicciones análogas a aquellas que conoce el sistema de enseñanza: animados por ambiciones intelectuales que no siempre han podido realizarse en obras capaces de abrirles el acceso a posiciones reconocidas en el campo intelectual, los nuevos agentes de manipulación simbólica se ven llevados a vivir con malestar o resentimiento la oposición entre la representación que ellos tienen de su tarea como una creación intelectual en sentido pleno y las coerciones burocráticas a las cuales deben plegar su actividad; su *talante antiinstitucional*, constituido en lo esencial en su relación ambivalente con una universidad que no los ha reconocido plenamente, no puede sino reconocerse en todas las formas de contestación a las jerarquías culturales de las que la revuelta de los estudiantes y de los docentes subalternos contra la institución escolar representa sin duda la forma arquetípica. Es decir, no se puede imputar sólo a los efectos de la moda o de la "contaminación" (se ha pensado mucho en la difusión al modo de un contagio) el parentesco entre los temas que se inventan y se expresan en los sectores más alejados del "movimiento", gracias al levantamiento de las censuras que ofrece una ocasión de ostentar públicamente pretensiones, e incluso

pulsiones sociales, con frecuencia apenas eufemizadas, a través de una apariencia de universalización política.[20]

La temática *espontaneísta* que hace a la unidad de las "ideas de Mayo", combinación más o menos anárquica de retazos descontextualizados de mensajes diversos, y que está sobre todo destinada a reafirmar las complicidades fundantes de las comunidades emocionales, funciona del modo que Malinowski llama "fático", es decir, en tanto comunicación que no tiene otro fin que ella misma, o, lo que equivale a lo mismo, el reforzamiento de la integración del grupo.[21] El "izquierdismo práctico" sin duda le debe mucho menos de lo que se ha creído a la difusión de ideologías doctas –como la de Marcuse, invocado con más frecuencia por los comentaristas que por los actores– incluso si, según la lógica característica de la profecía, algunos de los voceros le han debido una parte de sus efectos y de su carisma a su arte para llevar a las calles y al debate público versiones vulgarizadas de los saberes doctos, reducidos a menudo a temas y palabras inductores, que estaban hasta ese momento reservados al intercambio restringido entre los doctores ("represión" y "represivo", por ejemplo). La apariencia de la difusión resulta de hecho de la multiplicidad de las *invenciones simultáneas,* pero independientes, aunque objetivamente orquestadas, que realizan en puntos diferentes del espacio social, pero en condiciones similares, agentes dotados de habitus semejantes y, si

20 Al no poder ofrecer aquí ya sean las anotaciones etnográficas relevadas sobre el terreno, e inevitablemente parciales y deshilvanadas –debido a la imposibilidad práctica de la totalización–, o bien un relato reconstruido a partir de las observaciones y de los testimonios, se debe remitir, para una evocación de atmósfera, a las páginas que Flaubert consagra a la revolución de 1848 en *La educación sentimental* y, especialmente, en lo relativo a las prácticas de las que más arriba se ofrece el *principio,* a la gira por los "clubes" donde se elaboran los "sistemas de felicidad pública" y donde se entrecruzan "las mociones subversivas" ("¡Basta de academias! ¡Basta de instituto! etcétera).

21 Ésa es una de las razones que hacen que, contra las teorías ingenuamente utilitaristas, como la que Olson propone en *La logique de la action collective* (y de la que Albert Hirschman observa, no sin cierta crueldad, que sin duda ha debido su éxito, después de 1968, al hecho de que tendía a demostrar la imposibilidad de movimientos como los de Mayo del 68), el trabajo político, el del militante de las épocas ordinarias o el de los manifestantes de las ocasiones extraordinarias, pueda ser un fin en sí mismo y su propia recompensa: los esfuerzos mismos de la lucha, sin hablar de las alegrías de la solidaridad militante o del sentimiento del deber cumplido o incluso de la experiencia, real o imaginaria, del poder de transformar el mundo, constituyen por sí mismos otras tantas satisfacciones indiscutibles (cf. A. Hirschman, *Bonheur privé, action publique,* Fayard, 1984, pp. 135-157).

puede decirse así, de un mismo *conatus* social, entendiendo por ello esa combinación de las disposiciones y de los intereses asociados a una clase particular de posición social que inclina a los agentes a esforzarse por reproducir, constantes o aumentadas, sin siquiera tener necesidad de saberlo o de quererlo, las propiedades constitutivas de su identidad social. Ninguna producción ideológica expresa mejor, en efecto, las contradicciones específicas y los intereses materiales o simbólicos de los intelectuales subalternos –actuales o potenciales– de las grandes burocracias de la producción cultural –cuyo más antiguo paradigma es evidentemente la Iglesia–, que la temática que se inventa así, con la apariencia de la libertad más anárquica, de acuerdo con un pequeño número de esquemas generadores comunes, tales como las oposiciones entre la invención y la rutina, la concepción y la ejecución, la libertad y la represión, formas transformadas de la oposición entre el individuo y la institución. La protesta típicamente *herética* de las jerarquías culturales y de la palabra del aparato que, en una variante moderna de la idea de *sacerdocio universal,* profesa una suerte de derecho universal a la expresión espontánea (el "derecho a la palabra"), mantiene una evidente relación con los intereses específicos de los intelectuales dominados de las grandes burocracias de la ciencia y de la cultura: oponer la "creatividad natural" y "espontánea" que todo individuo lleva en sí a la competencia socialmente, es decir escolarmente, garantizada es, a través de la consigna humanista, denunciar el monopolio de la legitimación cultural que se arroga el sistema de enseñanza y al mismo tiempo desvalorizar la competencia, certificada y legitimada por la institución universitaria, de los agentes que, en nombre de esa competencia, ocupan los escalafones más elevados de la jerarquía institucional. Y se ve además la afinidad especial que une esta representación de la cultura a todos aquellos que no han logrado hacer reconocer y consagrar académicamente un capital cultural heredado.

Una vez más hay que atribuir al efecto de las solidaridades fundadas en las homologías estructurales entre los ocupantes de posiciones dominadas en campos diferentes, y a menudo asociadas a la experiencia de la desclasificación estructural, la extensión de la crisis más allá del campo universitario y de los campos directamente emparentados –sin olvidar, evidentemente, la acción propia de los aparatos sindicales y políticos, una de cuyas funciones ordinarias, en tanto burocracias centrales (nacionales), es precisamente trabajar para la *generalización controlada* de los movimientos locales (con la orden de huelga general, por ejemplo)–. En efecto, debido a que todo campo tiende a organizarse alrededor de la oposición entre posiciones dominantes y posiciones dominadas, siempre existe un aspecto bajo el cual los agentes de un

campo determinado pueden asociarse o ser asociados a agentes que ocupan una posición homóloga en otro campo, por muy alejada en el espacio social que esté esta posición y por diferentes que puedan ser las condiciones de existencia que ella ofrece a sus ocupantes y, al mismo tiempo, los habitus de los que estén dotados: es decir que todo agente puede declararse solidario con los agentes que ocupan posiciones homólogas en otros campos, pero a condición de hacer como si la afinidad que lo une a ellos en ese aspecto abstracto y parcial valiese también, si no en todos los aspectos (lo que en la práctica es imposible), al menos en el conjunto de aspectos *determinantes*, especialmente desde el punto de vista de la probabilidad de constituirse como grupo movilizado y socialmente actuante. Pero la homología de posición no debe hacer olvidar la diferencia entre los campos, aunque la historia intelectual, política y artística haya proporcionado numerosos ejemplos históricos de esta confusión. Es conocida la representación que los artistas y los escritores de la primera mitad del siglo XIX, más atentos a su posición dominada en el campo del poder que a su posición dominante en el campo social, se hacían de su relación con los "burgueses" en la fase más aguda de su lucha por la conquista de la autonomía del campo de producción cultural. Pero, de manera más general, el subcampo de pertenencia (a menudo confundido con el espacio de conocimiento mutuo y de interacción) tiende siempre a producir un *efecto de pantalla*: los agentes tienden a percibir la posición que ocupan en él más distintamente y, en el caso de los dominados, más dolorosamente, que la posición que ese subcampo ocupa en el campo más vasto en el que se inscribe y, más claramente, al mismo tiempo, que su posición real en el espacio global.

La homología de posición entre los dominados en el campo del poder y los dominados en el campo social tomado en su conjunto proporciona una respuesta sociológica a la pregunta sobre la "conciencia del exterior" (como decía Kautsky), suerte de desvío en beneficio de los dominados de una parte de la energía acumulada. Y la situación de dominados (relativos) a la segunda potencia, que es la de los intelectuales de segundo orden desde el punto de vista de los criterios específicos del campo intelectual en un determinado momento, explica su inclinación a orientarse hacia los movimientos reformistas o revolucionarios y a importar a ellos, con mucha frecuencia, una forma de antiintelectualismo del cual el jdanovismo, pero también el talante *völkisch* de los revolucionarios-conservadores, han proporcionado realizaciones ejemplares. Se comprende así que una crisis propia de un campo donde la oposición entre dominantes y dominados reviste la forma del acceso desigual a los atributos de la competencia cultural legítima, tienda a favorecer la eclosión de temas ideológicos subversivos tales como la denuncia del "mandarinato" y de to-

das las formas de autoridad estatutaria fundadas en la competencia académicamente garantizada, que, sobre la base de la homología como parecido en la diferencia, y por lo tanto del parcial malentendido, permiten pensar según la misma lógica las crisis propias de otros campos, divididos según otros principios. Es así como, en la mayor parte de los movimientos revolucionarios, esos dominados "relativos" que son los intelectuales y los artistas, o, más precisamente, los intelectuales y los artistas dominados, tienden a producir formas de captación, de apreciación y de expresión que pueden imponerse a los dominados sobre la base de la homología de posición.

> De hecho, la realidad es más compleja: algunas oposiciones propias de los profesionales de la política o del sindicalismo pueden apoyarse, en efecto, en oposiciones homólogas entre los dominados, especialmente aquellas que se establecen entre los trabajadores permanentes, más conscientes, y más organizados, y los subproletarios, desmoralizados y desmovilizados. Tal es así que los representantes en el seno del movimiento obrero de las tendencias cientificistas y autoritarias, o, si se quiere, tecnocráticas, con gran frecuencia detentores de un capital de competencia específica (la teoría, la ciencia económica, el materialismo dialéctico, etc.), tienden a apoyarse espontáneamente en el proletariado más estable y más integrado, mientras que los defensores de posiciones espontaneístas, libertarias, a menudo menos ricos en capital cultural y más orientados a las actividades prácticas del líder o del agitador que a las del pensador, tienden a hacerse los voceros de las fracciones más bajas y menos organizadas de los dominados, especialmente de los subproletarios.

No se le puede asignar límites *a priori* al *juego de la asimilación y de la disimilación* por el cual pueden instaurarse solidaridades más o menos ficticias entre agentes que tienen en común una propiedad estructural: las alianzas que se engendran en ese juego pueden ser tanto más amplias cuanto más fuertemente dependientes sean de la coyuntura particular que las ha hecho surgir y cuanto menos fuertemente involucren los intereses más vitales de los agentes que parecen no entrar en ellas sino de modo parcial y distante, en su aspecto social más abstracto y más genérico (por ejemplo, en tanto seres humanos sometidos a una forma cualquiera de dominación o de violencia y al precio de una puesta en suspenso más o menos total de todo lo que se asocia a condiciones de existencia particulares). Las alianzas fundadas en homologías de posición –por ejemplo, aquellas que se establecieron coyunturalmente entre agentes

que ocupaban posiciones dominadas en el campo universitario y agentes que ocupaban posiciones dominadas en el campo social tomado en su conjunto– son de esta suerte: a menos que se acantonen en el imaginario, como numerosos encuentros soñados entre los "intelectuales" y el "proletariado", tienen tantas más posibilidades de surgir y de durar cuanta menos ocasión tienen los asociados a los que ellas reúnen alrededor de vagas mociones de orden, abstractas plataformas y programas formales, de entrar en interacciones directas, de verse y hablarse; en efecto, los encuentros ponen en presencia no a individuos abstractos, definidos solamente según su posición en una región determinada del espacio social, sino a personas totales cuyas prácticas todas, todos los discursos e incluso la simple apariencia corporal expresan habitus divergentes y, al menos potencialmente, antagónicos.

LA CRISIS COMO UN REVELADOR

Al instaurar un tiempo objetivo o, si se quiere, histórico, es decir trascendente a las duraciones propias de los diferentes campos, la situación de crisis general torna *prácticamente contemporáneos,* por un tiempo más o menos prolongado, a agentes que, más allá de su contemporaneidad teórica, evolucionan en tiempos sociales más o menos completamente separados, ya que cada campo tiene su duración y su historia propias, con sus fechas, sus acontecimientos, crisis o revoluciones, sus ritmos de evolución específicos. Más aún, torna *contemporáneos de sí mismos* a agentes cuya biografía está sometida a tantos sistemas de periodización como existen campos con ritmos diferentes en los que ellos participan. Y el mismo efecto de sincronización que explica la lógica colectiva de la crisis, especialmente lo que se percibe como "politización", explica también la relación entre las crisis individuales y las crisis colectivas que le dan ocasión; al favorecer la intersección de espacios sociales distintos y al hacer encontrarse en la conciencia de los agentes prácticas y discursos a los cuales la autonomía de los diferentes campos, y el despliegue en la sucesión de las opciones contradictorias que ella autoriza, aseguraba una forma práctica de compatibilidad, la crisis general produce conflictos de legitimidad que con frecuencia dan lugar a discusiones últimas: impone revisiones desgarradoras destinadas a restaurar, al menos simbólicamente, la unidad de la "conducta de vida".

La sincronización tiene como efecto principal obligar a introducir en las tomas de posición una coherencia relativa que no es exigida en tiempos or-

dinarios, es decir, cuando la autonomía relativa de los espacios y de los tiempos sociales hace posible ocupar sucesivamente posiciones distintas y producir tomas de posición diferentes o divergentes, pero conformes en cada caso a las exigencias de la posición ocupada: la propensión a las sinceridades sucesivas está inscrita en la pluralidad de las posiciones sociales (a menudo ligada a la pluralidad de las localizaciones espaciales) que crece, es sabido, a medida que uno se eleva en la jerarquía social. (Ése es uno de los fundamentos de la impresión de "autenticidad" que procuran los ocupantes de posiciones dominadas, socialmente asignadas a una posición profesional única y a menudo definida de manera rígida, y poco dotados por eso mismo de las disposiciones necesarias para ocupar sucesivamente posiciones diferentes, en la medida en que las disposiciones impuestas por esas condiciones de existencia unitarias encuentran un refuerzo en las exhortaciones explícitas de la ética, que valoriza a la gente "de una sola pieza", "yo soy así", etc.) Al obligar a organizar todas las tomas de posición en referencia a la posición ocupada en un campo determinado y sólo a ella, la crisis tiende a sustituir por una *división en campos* claramente distintos (de acuerdo con la lógica de la guerra civil) la distribución continua entre dos polos y todas las pertenencias múltiples, parcialmente contradictorias, que la separación de los espacios y de los tiempos permite conciliar. Además, al imponer zanjar todas las cosas a partir de un principio único de opción y al excluir así las evasivas y las escapatorias asociadas a la pluralidad de los marcos de referencia, ella actúa como un *revelador*, y desanima o prohíbe las concesiones más a menudo tácitas que explícitas ("dejamos que hablen", "cerramos los ojos"), los compromisos, los acomodamientos, e incluso las transacciones y los arreglos que hacen tolerable la coexistencia; al forzar a elegir y a proclamar las propias elecciones, al multiplicar las situaciones en las que no elegir sigue siendo una manera de elegir, ella trunca el flujo de las relaciones más o menos conscientemente mantenido con y contra los factores de fisión. Los sentimientos y los juicios reprimidos surgen a la luz y se podría emplear, para describir los efectos de la sincronización y de la alternativa inevitable que ella impone, las palabras de Lanson a propósito del *affaire* Dreyfus (y subrayar al mismo tiempo la validez general del análisis propuesto): "Cada grupo, cada individuo, mostró, si puedo decirlo así, el fondo de su bolsa, y su tendencia interior".[22]

22 Lanson, *Histoire de la littérature française*, París, 1902, 7ª ed., p. 1091, citado por A. Compagnon, *La troisième République des lettres, de Flaubert à Proust*, París, Seuil, 1983, p. 71.

Este efecto se halla redoblado, en el caso de una crisis de dominante simbólica, por el cuestionamiento global, a una respuesta sistemática, que determina la aparición en un sector del universo de actos y de discursos *paradojales, discrediting events,* como dice Goffman, de naturaleza tal que pueden quebrantar la doxa sobre la cual reposa el orden habitual: son las situaciones extraordinarias cuyo paradigma es sin duda la "asamblea general" que pone en escena, en los mismos locales universitarios, y a veces en presencia de los profesores, la inversión simbólica de la relación pedagógica ordinaria (con, por ejemplo, el tuteo de los profesores más veteranos) y la transgresión práctica o explícita de los presupuestos objetivos y sobre todo incorporados de esa relación; son los actores extraordinarios que esas situaciones revelan, estudiantes bruscamente provenientes del anonimato, oscuros sindicalistas, sólo conocidos por los iniciados, a menudo promovidos al estatuto de tribunos políticos, incluso de líderes revolucionarios, etc.; son, por último, todos esos cuestionamientos dramáticos o teatralizados de las creencias y de las representaciones que los agentes ordinarios se hacen del mundo ordinario, tales como las deposiciones y las destituciones simbólicas de las autoridades universitarias y las destrucciones simbólicas de los símbolos de los poderes económicos (la Bolsa), culturales (el Odéon o el hotel Massa) o, a la inversa, todas las formas de negación mágica de las relaciones sociales reales, con las diferentes ceremonias de *fraternización* simbólica.

Está claro que las manifestaciones y los discursos críticos no pueden romper la relación dóxica con el mundo social que es el efecto de la correspondencia entre las estructuras objetivas y las estructuras incorporadas, a pesar de que esos discursos y manifestaciones encuentran en la objetividad el estado crítico capaz de desconcertar, por su propia lógica, las anticipaciones y las esperas preperceptivas que fundan la continuidad sin historia de las percepciones y de las acciones de sentido común. Si la crisis se asocia a la crítica, es porque ella introduce una ruptura en la duración, porque pone en suspenso el orden habitual de las sucesiones y la experiencia ordinaria del tiempo como presencia en un porvenir ya presente; al conmocionar en la realidad o en la representación la estructura de las posibilidades objetivas (de beneficio, de éxito social, etc.) a la que se halla espontáneamente ajustada la conducta reputada como razonable y que hace al orden social como mundo con el cual se puede contar, es decir previsible y calculable, ella tiende a desbaratar el sentido de la ubicación, *sense of one's place* y sentido de la buena inversión, que es inseparablemente un sentido de las realidades y de las posibilidades que se dicen razonables. Es el *momento crítico* en el que, rompiendo con la experiencia ordinaria del tiempo como simple reconduc-

ción del pasado o de un porvenir inscrito en el pasado, todo deviene posible (al menos en apariencia), en el que los futuros parecen realmente contingentes, los porvenires realmente indeterminados, el instante realmente instantáneo, suspendido, sin sucesión previsible o prescrita.

La crisis hace aparecer retrospectivamente el campo (en este caso, el campo universitario) en su verdad objetiva de sistema de regularidades objetivas, más o menos (muy poco, en este caso) convertidas en reglas o en reglamentos explícitos, con los que cada agente puede y debe contar para organizar sus inversiones; las posibilidades objetivamente inscritas en ese mundo están, en lo esencial, atribuidas de antemano y el capital (objetivo o incorporado) confiere derechos de retracto sobre los poderes posibles, posiciones susceptibles de ser ocupadas, o sobre los privilegios susceptibles de ser obtenidos. Es esta estructura temporal del campo, manifestada en carreras, trayectorias, *cursus honorum*, la que resulta quebrantada: la incertidumbre en lo que concierne al porvenir que la crisis instituye en la objetividad misma hace que cada uno pueda creer que los procesos de reproducción están suspendidos por un momento, y que todos los futuros son posibles y para todos.

Se sobrentiende que la *indeterminación provisoria de los posibles* es muy diferentemente percibida y apreciada. Ella engendra esperanzas más o menos "locas" en unos, especialmente en todos aquellos que ocupan posiciones intermedias en los diferentes campos, pretendientes llevados a proyectar sobre el orden antiguo –que íntimamente continúan reconociendo– las aspiraciones nuevas que ese orden excluía y que su cuestionamiento hace posibles. Para aquellos que, al contrario, están comprometidos con el orden establecido y con su reproducción, y por lo tanto con el porvenir "normal" de esa economía en la que han invertido todo y desde siempre, el surgimiento de la *discontinuidad* objetiva, que brutalmente manifiestan a la imaginación ciertas escenas ejemplares, hechas a la medida para atestiguar que "todo es posible" en un mundo al revés –profesores reducidos a escuchar a los estudiantes, Cohn-Bendit entrevistado por Sartre, etc.–, adquiere el aire de un *fin del mundo*: las reacciones de los maestros más completamente identificados con ese mundo social que, en la medida en que se inscribía en el tiempo cíclico de la reproducción simple, se emparentaba con las sociedades tradicionales, evocan la desesperación y el desasosiego de los antiguos de esas sociedades ante la irrupción de modos de vida y de pensamiento antagónicos a la axiomática misma de su existencia.

Como los viejos campesinos kabilas hablando de las maneras heréticas de cultivar de los jóvenes, no pueden sino expresar su estupefacción, su incredulidad ante lo *increíble,* el mundo al revés, desmentido en su creencia más íntima, de todo lo que les es más caro: "En cambio, ¿cómo decirlo? ¿Es verdad? ¿No es una mentira o una calumnia? Me dicen que hay profesores que en estas últimas semanas habrían llegado no solamente a negarse a tomar exámenes –lo cual por sí mismo es defendible– sino a boicotearlos, anotando deliberadamente de manera incorrecta. Me lo han dicho, pero yo no lo puedo creer. Profesores que hicieran eso no serían más profesores. Sin duda acabarían por desacreditarnos. Pero, sobre todo, arruinarían los valores sobre los cuales reposa nuestra vida profesional, y cuyo principio mismo exige que no sea posible ningún incumplimiento" (J. de Romilly, *Nous autres professeurs,* París, Fayard, 1969, p. 20). "... Los diarios y la radio no han dejado de decir durante la crisis de mayo y junio que los estudiantes y los 'profesores' decían o hacían esto o aquello. Es cierto que ha habido profesores en sentido estricto que han manifestado junto a los estudiantes por un horror visceral a la policía, pero en la inmensa mayoría de los casos los universitarios que se asociaron a los estudiantes revolucionarios en procura de propósitos precisos han sido ayudantes o jefes de ayudantes. El público, a quien no se informaba nada de eso, se preguntaba con estupor durante la crisis, y se sigue preguntando, cómo es posible que los 'profesores' hayan participado con furia en manifestaciones dirigidas contra los 'profesores'" (F. Robert, *Un mandarin prend la parole,* París, PUF, 1970, p. 48). De hecho, a esos profesores investidos les llevó largo rato salir del "estupor" en el que los había arrojado "la irrupción de los bárbaros, inconscientes de su barbarie" (R. Aron, *La révolution introuvable,* París, Fayard, 1968, p. 113). Teniendo que defender lo inatacable, un universo sin obligaciones ni sanciones explícitas, fundado en el "consenso espontáneo" y la "adhesión a las evidencias" (cf. R. Aron, *op. cit.,* pp. 13, 45, 56), no tenían, propiamente hablando, ningún argumento. Por otra parte, ¿se puede y se debe tener argumentos para defender lo que se da por sentado? No hacen más que narrar su actividad docente, como si la descripción (maravillada) de su práctica encerrara la prueba evidente de su excelencia: "Que una enseñanza digna de ese nombre implica objetividad intelectual y, por consiguiente, una estricta neutralidad política en el ejercicio de

nuestro oficio, he allí una evidencia que no debería necesitar recordarse" (J. de Romilly, *op. cit.*, p. 14). La enseñanza es evocada en un lenguaje casi religioso: la hora de clase es un instante de gracia, un momento de comunión intensa con los alumnos; y el alegato por la profesión termina en una profesión de fe y de amor: "Yo soy de esos que aman su oficio" (p. 9). "Yo estaba orgulloso de mi oficio y lo sigo estando" (p. 8). "He conocido la dicha de enseñar; también he conocido las virtudes universitarias, a la cabeza de las cuales se halla la probidad, una probidad a menudo llevada hasta el escrúpulo. Me divierten, los alumnos o los estudiantes que quieren controlar los exámenes. ¡Si ellos supieran!" (p. 15).

Al contrario, está claro que los docentes se inclinan tanto más a proyectarse en los posibles indeterminados que les ofrecen los *disrupting events*, a arrojar sus fantasmas, gracias al levantamiento de las censuras, en la página en blanco del porvenir así ofrecido, cuanto menos ligados están, objetiva y subjetivamente, en su presente y en su porvenir, al antiguo estado del sistema, y a las garantías estatutarias de su competencia específica, cuanto menos hayan invertido en ello y cuanto menos tengan para esperar a cambio. Los habitus y los intereses asociados a una trayectoria y a una posición en el espacio universitario (facultad, disciplina, trayectoria escolar, trayectoria académica) son el principio de la percepción y de la apreciación de los acontecimientos críticos y, por eso mismo, la mediación a través de la cual se efectúan en prácticas los efectos de esos acontecimientos.

Al efecto de la provocación que, al hacer surgir lo insólito o impensable, quiebra la adhesión inmediata a la evidencia del orden instituido, se añade el efecto de todas las técnicas sociales de protesta o de subversión, ya se trate de manifestaciones como transgresiones colectivas, de la ocupación de espacios reservados y del desvío hacia fines inhabituales de objetos y de lugares sociales cuya definición social se encuentra en suspenso –teatros, anfiteatros, talleres, fábricas, etc.–, o por último, con la huelga local o general, de la puesta en suspenso de las actividades que estructuran la existencia común. La ruptura de los ritmos temporales que la huelga determina no tiene sólo el efecto de producir un tiempo libre, feriado, festivo: así como los días feriados reproducen el efecto de sincronización producido por el acontecimiento histórico que conmemoran, la huelga manifiesta y amplifica el efecto de sincronización de la crisis al sustituir los tiempos de la existencia ordinaria, tiempos múltiples, especificados de acuerdo con los campos y llenados con todas las actividades inscritas en calendarios particulares, por un tiempo vago y casi va-

cío, *común* a los diferentes campos y a los diferentes grupos, que, como el tiempo de la fiesta en la descripción durkheimiana, es definido por la inversión de la temporalidad ordinaria; la huelga materializa y redobla, por efecto simbólico de la manifestación, todos los efectos propios de la crisis.

El efecto de la sincronización juega a pleno aquí: el tiempo deviene un *tiempo público,* idéntico para todos, medido a través de las mismas marcas, de las mismas presencias, que, al imponerse simultáneamente a todos, impone a todos la presencia en el mismo presente. Por lo demás, así como en la fiesta cada uno se halla reforzado en sus disposiciones festivas por el espectáculo que los otros le dan de la alegría, del mismo modo aquí cada uno resulta revelado a sí mismo, y así reforzado, o legitimado, en su descontento o en su rebelión, por el hecho de ver y de oír expresarse la rebelión o el descontento de los otros (lo cual da a veces a los debates unos aires de psicodrama o de logoterapia). No deja de ser cierto que la coincidencia jamás es perfecta y que, detrás de la apariencia de homogeneidad que se extrae del discurso de los voceros, se disimula la diversidad de las experiencias y de las expresiones. Así ocurrió por ejemplo que, cuando llegó a expresarse, con el favor de la crisis, el descontento de los estudiantes y de los maestros provenientes de las categorías sociales hasta ese momento poco representadas en las instituciones de enseñanza secundaria y sobre todo superior, y especialmente en las regiones del espacio escolar donde esas categorías eran las más representadas, como las pequeñas universidades provinciales, se pudo ver que el cuestionamiento que ese descontento encerraba, aunque en apariencia menos radical y universal que el de la vanguardia parisina, más inclinada a las fraternizaciones simbólicas y al verbalismo revolucionario, se orientaba sin duda más directamente al inmenso zócalo de silencio que yace en los fundamentos de la institución universitaria.[23] Pero el movimiento detonado por la revuelta nobiliaria de los estudiantes de origen burgués sólo tenía muy pocas posibilidades de sacar a la luz todo lo que ocultaba, en la fase de equilibrio, la complicidad inmediata entre los agentes y los presupuestos tácitos de la institución, efecto de la selección inseparablemente social y escolar de individuos que poseían

23 Simbólicamente dominados en la institución escolar, esa suerte de intrusos expresaron sólo muy parcialmente el cuestionamiento que hacen surgir por su presencia desplazada y el descontento que experimentan frente a un sistema transformado por efecto de su presencia y de su descontento (como bien se lo puede ver en el caso extremo de los hijos de inmigrantes, que plantean las cuestiones más radicalmente excluidas del funcionamiento normal de la institución).

disposiciones isomorfas a las posiciones constitutivas del espacio universitario. En efecto, los diferentes voceros designados por el movimiento estudiantil o por los sindicatos de docentes (u otros) no estaban en absoluto predispuestos a expresar un descontento que no tenía nombre en la fraseología de los aparatos políticos y sindicales, poco preparados para percibir y para enunciar la dimensión propiamente cultural de la dominación. En cuanto al discurso espontaneísta de los líderes surgidos del movimiento de protesta, a menudo encontraba su principio –como lo dicen eslóganes tales como "¡La Sorbona para los obreros!" o "¡Los obreros a la Sorbona!"– en la negación mágica de los factores determinantes del descontento.

En el caso del sindicato de docentes dominante, el SNESup, la corriente que sin duda está más próxima a los recién ingresados y a los "intrusos" a través de su base social es también la que está más inspirada o controlada por aparatos casi completamente desprovistos de reflexión libre y original sobre el sistema de enseñanza. La tendencia "izquierdista" que mantiene la dirección del sindicato de 1966 a 1969 y que, a través de Alain Geismar, entonces secretario general, juega un importante papel en el movimiento de Mayo, propone una protesta global de la cultura mediada por el sistema académico, contra las relaciones jerárquicas (entre jefes y ayudantes, entre docentes y estudiantes) pensadas a partir del modelo de las relaciones de clase como "relaciones entre opresores y oprimidos", y considera al sindicato como un organismo de "combate contra el sistema capitalista en su institución universitaria". La tendencia opuesta, que toma la dirección del sindicato en ocasión del congreso extraordinario de marzo de 1969 (cf. F. Gaussen, "L'oppsition proche au PC renverse la direction 'gauchiste' du SNESup [La oposición próxima al PC voltea a la dirección 'izquierdista' del SNESup]", *Le Monde*, 18 de marzo de 1969), y que es dominada por militantes del Partido Comunista, pretende concentrarse en las tareas propiamente sindicales y hace recaer lo esencial de sus reivindicaciones en los "medios materiales", la reforma de las carreras de los docentes, la democratización del acceso a la enseñanza superior, las "posibilidades de intervención en el seno de los consejos de las unidades de enseñanza e investigación". La ausencia casi total de análisis del funcionamiento y de las funciones específicas de la enseñanza, el silencio absoluto, justificado por la preocupación de "preservar los logros", acerca de las

contradicciones mayores –entre las condiciones de la calidad científica de los docentes y de las enseñanzas y las condiciones de la democratización, por ejemplo– hacen que ese programa tienda a utilizar el imperativo de la "democratización del acceso a la enseñanza superior", eslogan vago y vacío, como ideología justificadora de las reivindicaciones corporativistas de los docentes subalternos que constituyen la base social del SNESup. Y ello con la ayuda de una amalgama, favorecida por la denuncia "izquierdista" de los "mandarines" y de los "conservadores", entre las jerarquías universitarias –que no siempre están completamente desprovistas de fundamento científico o técnico– y las jerarquías sociales, entre la "democratización" de la población de educandos y la nivelación de la población de educadores.

OPINIONES PUBLICADAS

Al multiplicar las ocasiones propiamente políticas, manifestaciones, asambleas, mítines, etc., en las que se elaboran y se profesan pública y colectivamente tomas de posición políticas, mociones, petitorios, plataformas, manifiestos, programas, etc., etc., la crisis conduce a la constitución de una problemática política común, de un espacio de tomas de posición constituidas, es decir, explícitamente planteadas y notoriamente vinculadas a agentes y a grupos socialmente situados, sindicatos, partidos, movimientos, asociaciones, etc.;[24] de allí que, se quiera o no, se sepa o no, uno no pueda evitar situarse o estar situado dentro del espacio de las posiciones posibles. Se acabaron la ingenuidad y la inocencia políticas.[25] Concretamente, a través de todas

24 La manifestación del espacio de las opiniones lleva a su máxima intensidad el efecto que produce la encuesta de opinión cuando, a través de técnicas en apariencia tan inocentes como la presentación de una escala de opiniones o de un conjunto de respuestas preformuladas a una determinada pregunta, impone una problemática explícita, es decir, un espacio de tomas de posición constituidas.

25 Esta situación es, de modo constante, la de los políticos (o, en menor grado, la de los intelectuales), *hombres públicos* incesantemente condenados a la opinión *publicada, pública*, pregonada, y por lo tanto conminados a alinear todas sus opiniones y sus prácticas con su posición declarada en el espacio político y a ahogar en el *secreto* las *opiniones íntimas* capaces de contradecir las tomas de posición oficialmente ligadas a la posición y al

las ocasiones que obligan a declararse o a traicionarse públicamente, es decir a "elegir su bando", por las buenas o por las malas, y cuyo extremo está representado por esa suerte de confesiones públicas, libres o forzadas, que fueron tantas intervenciones en las asambleas del 68, en una palabra, a través del develamiento generalizado de las opiniones políticas que se favorece, la crisis política obliga a cada agente (empujado así en este sentido por todos los efectos ya analizados) a engendrar el conjunto de sus opciones a partir de un principio propiamente político y a aplicar ese mismo principio a la percepción y a la apreciación de las opciones de los otros agentes.[26] Tiende al mismo tiempo a introducir separaciones definitivas entre gente que hasta ese momento coincidía porque dejaban de lado, o en estado implícito, por obra de una suerte de acuerdo tácito, las diferencias que los podían separar, especialmente en materia política. Eso que llamamos la "politización" designa el proceso al cabo del cual el principio de visión y de división política tiende a imponerse sobre todos los otros, acercando a personas muy alejadas de acuerdo con los antiguos criterios y alejando a personas absolutamente próximas en los juicios y las elecciones de la existencia anterior: la exaltación emocional suscitada por la "revuelta de los jefes de ayudantes" pudo conducir así a algunos "universitarios eminentes" a unirse, por espacio de un petitorio y a veces de manera duradera, a "profesores ordinarios" por los cuales no habían sentido hasta entonces otra cosa que desprecio;[27] mientras que también se establecían, más allá de las diferencias de grado, de estatuto y de

---

grupo que ellas expresan; lo cual implica un lenguaje fuertemente censurado y eufemizado.

26 Una de las consecuencias de estos análisis es hacer aparecer la ingenuidad de la pregunta por la opinión "verdadera": la opinión se define cada vez en la singular relación entre una disposición expresiva y una situación de mercado. Y se podría adoptar como proyecto establecer, para cada agente o para cada clase de agentes, un *perfil político* correspondiente a las opiniones que ellos puedan expresar (sobre cada una de las cuestiones políticas constituidas en el momento en consideración) en función de las leyes específicas (de censura, en particular) del mercado considerado (siendo la situación de encuesta uno de esos mercados, situado del lado del polo de la oficialidad); y determinar en función de qué características del agente varía la *distancia* entre opiniones públicas y opiniones íntimas.

27 Bastará, para dotar a estos análisis de toda su generalidad, recordar la frase de la duquesa de Guermantes que hace notar que, en cierto salón "antaño tan encantador", se encuentra "a todas las personas a las que uno se ha pasado la vida evitando, so pretexto de que están contra Dreyfus, y otros, del cual uno no tiene idea de quién es" (M. Proust, *À la recherche du temps perdu*, II, París, Gallimard [La Pléiade], 1954, p. 238).

competencia reconocida, entre aquellos que comulgaban en el "espíritu de Mayo", acercamientos condenados a aparecerle al otro campo como fraternizaciones contra natura. La lógica del pensamiento clasificatorio que tiende a imponerse así lleva a cada uno a pensarse como persona colectiva, hablando con toda la autoridad de un grupo, al mismo tiempo que a instaurar a cada uno de los miembros de la clase opuesta como responsable de los hechos y de los perjuicios del conjunto del grupo del que participa: cierto profesor que, en el curso de un seminario realizado durante las jornadas de Mayo, discute con sus estudiantes, piensa –lo dirá en sus Memorias– que instaura una discusión con los "estudiantes maoístas" o con "el movimiento izquierdista";[28] y ese grupo de profesores eminentes que, en el mismo momento, trabaja en preparar los principios de una reforma de la universidad, acoge con la atención que se le debe a una persona moral las intervenciones de un estudiante de ciencias sin mandato que toma parte en sus discusiones de tarde en tarde.

En la existencia ordinaria, el principio propiamente político de elección no es, en cierto sentido, otra cosa que el *relevo visible* de factores que, como las disposiciones y los intereses, están ligados a la posición (en el espacio social, en el campo del poder y en el campo universitario); pero, en razón de su carácter explícito y diferencial de *partido* (o de toma de partido), posición conscientemente afirmada y determinada negativamente por el conjunto de las posiciones diferentes u opuestas, permite la aplicación generalizada y sistemática de criterios específicamente políticos al conjunto de los problemas, y en especial a aquellos que tocan solamente a intereses secundarios, marginales (siendo este efecto de generalización y de sistematización, evidentemente, tanto más "logrado" cuanto más importante es el capital cultural y más grande es la inclinación y la aptitud para la *coherencia*, lo cual sitúa a los

28 Aquí, una vez más, como en cada uno de los puntos del análisis, se puede invocar a Proust: "Monsieur de Norpois le hacía preguntas a Bloch con una vehemencia que, sin dejar de intimidar a su camarada, también lo halagaba; pues el embajador *tenía el aire de dirigirse en él a todo un partido*, de interrogar a Bloch como si fuese el depositario de las confidencias de ese partido y pudiese asumir la responsabilidad por las decisiones que irían a tomarse. 'Si ustedes no moderan', continuó Monsieur de Norpois, sin esperar *la respuesta colectiva* de Bloch, 'si, incluso antes de que se seque la tinta del decreto que instituirá el procedimiento de revisión, obedeciendo a no sé qué insidiosa consigna, no moderan, sino que se confirman en una oposición estéril que para algunos parece ser la *ultima ratio* de la política, si se retiran a su tienda de campaña y queman sus naves, sería para su gran perjuicio'" (M. Proust, *op. cit.*, pp. 245-246).

universitarios y a los intelectuales, profesionales de la cosa, en una posición privilegiada). Así es como los jefes de ayudantes que son favorables al cambio sobre un punto fundamental (para ellos y también para la reproducción del sistema), a saber, la cuestión de las carreras, se verán conducidos por la preocupación de obedecer al principio explícito y objetivo de sus opiniones políticas constituidas a adoptar posiciones progresistas sobre problemas, universitarios (como la selección) u otros, que no afectan directamente a sus intereses.[29] E incluso se puede comprender de acuerdo con esta lógica el caso, paradojal, cuyo paradigma es el de los aristócratas del Ancien Régime convertidos a las ideas nuevas, en el que las coerciones formales de la coherencia se imponen sobre los efectos de los intereses focales. Debido a que no se pasa de las posiciones sociales a las tomas de posición sobre cuestiones secundarias sino por la mediación de las opiniones políticas constituidas (lo cual no necesariamente quiere decir pregonadas, públicas), es que esas tomas de posición surgidas de un principio explícito pueden amenazar (de manera puramente teórica, al menos en los tiempos de crisis) los intereses inscritos en la posición. La crisis del campo universitario como revolución específica que pone directamente en cuestión los intereses asociados a una posición dominante en ese campo tiene por efecto suspender la distancia con respecto a los intereses propiamente universitarios que la autonomía relativa de la lógica propiamente política podía introducir: las reacciones primarias ante la crisis tienen claramente como principio la posición de los docentes en el campo universitario, o, más precisamente, el grado en el que la satisfacción presente y futura de sus intereses específicos depende de la conservación o de la subversión de las relaciones de fuerza constitutivas del campo universitario. Si esas tomas de posición, cuyos determinantes sociales se hallan así expuestos a la luz del día, pueden aparecer como conversiones o renegaciones, es porque, en la medida en que el orden universitario no está amenazado, las tomas de partido, especialmente en el terreno de la política general, pero también, aunque dentro de límites más estrechos, en el terreno propiamente universitario, pueden tener como principio no la posi-

29 En el período que sigue inmediatamente a la crisis, el grado en que los problemas universitarios se imponen como problemas políticos, debiendo ser planteados y resueltos a partir de principios políticos, en lugar de permanecer en el orden de lo indiscutido, varía según las facultades, el nexo entre las opiniones sobre la universidad y las opiniones políticas (eso que se llama la "politización"), y se refuerza a medida que se pasa de las facultades de medicina o de derecho a las facultades de ciencias y de letras (Encuesta del AEERS de 1969).

ción en el campo universitario sino –sobre todo en lo referente a los profesores más cercanos al polo "intelectual"– la posición en el campo del poder y el partido político que está tradicionalmente inscrito, a la manera del ser y el deber ser, en las posiciones dominadas de ese campo. El retorno a los intereses primarios, inscritos en el campo de pertenencia más próximo, obliga a renunciar a los juegos que permitían las pertenencias de niveles diferentes; y numerosas tomas de partido por o en contra del movimiento de Mayo son racionalizaciones políticas, impuestas por el efecto de politización, de reacciones que no tienen a la política como principio: la situación de la filosofía o de la lingüística, o incluso de cierta corriente de la lingüística, se deja percibir en compromisos en apariencia puramente políticos –contra el Partido Comunista y los izquierdistas, o con el Partido Comunista y contra los izquierdistas, asimilados, en cierto caso particular, al modernismo y, por eso mismo, a Norteamérica o al chomskismo– en los que se expresan las pulsiones y los impulsos, con frecuencia patéticos, de individuos o de grupos que se atienen a defender su ser social.

LA ILUSIÓN DE ESPONTANEIDAD

El efecto de *context awareness* que resulta de la percepción global de las posiciones manifestadas (y que se ejerce tanto más formalmente sobre los agentes cuanto más fuertemente les está asignada socialmente la competencia política) tiende sin duda a reducir la eficacia de los efectos de alodoxia volviendo menos vaga, menos desdibujada, y por lo tanto más legible que en la existencia ordinaria, la relación que se establece entre el espacio de las tomas de posición políticas y el espacio de las posiciones sociales. Pero se sobrentiende que las diferentes especies de opiniones objetivadas, manifestaciones, eslóganes, petitorios, manifiestos, plataformas y programas, que surgen en la situación de crisis, están tan alejadas de la opinión llamada pública que es obtenida por agregación estadística de opiniones aisladas (es conocida la hostilidad de los aparatos políticos o sindicales hacia las consultas anónimas) como de la opinión colectiva que nacería espontáneamente de la dialéctica espontánea de las opiniones individuales libremente expresadas y confrontadas, en la fusión y la efusión del impulso revolucionario. Ni adición mecánica de las opiniones individuales, ni fusión mística de las conciencias exaltadas por la efervescencia colectiva, la producción simbólica de los tiempos de crisis no se diferencia en su principio de aquella que se realiza en tiempos or-

dinarios, a través del intercambio –casi siempre en sentido único– entre los profesionales de la construcción y de la imposición de la definición del mundo social y aquellos a quienes se supone que los primeros expresan –a no ser que, como se ha visto, la acción política de movilización de los dominados encuentre un refuerzo en la crisis y en los efectos de "politización" que ella determine–. El mito de la toma de conciencia como fundamento de la reunión voluntaria de un grupo alrededor de intereses comunes conscientemente aprehendidos o, si se prefiere, como coincidencia inmediata de las conciencias individuales del conjunto de los miembros de la clase teórica con las leyes inmanentes de la historia que los constituyen como grupo, al mismo tiempo que les asignan los fines a la vez necesarios y libres de su acción, enmascara el trabajo de construcción del grupo y de la visión colectiva del mundo que se realiza en la construcción de instituciones comunes y de una burocracia de *plenipotenciarios* encargados de *representar* al grupo potencial de los agentes unidos por afinidades de habitus y de intereses, y de hacerlo existir como fuerza política en y por esa representación.

Este trabajo nunca es tan importante, sin duda, como en períodos de crisis, cuando vacila el sentido de un mundo social más intotalizable que nunca; y de hecho, los aparatos políticos y sobre todo los miembros del aparato, formados en las técnicas sociales de manipulación de grupos por la frecuentación de los aparatos –aunque se trate de aquellos que por poco constituyen toda la realidad de tantos grupúsculos y sectas políticos, más ricos en líderes que en militantes–, tal vez nunca están tan presentes y actuantes como en esas circunstancias. En las vastas congregaciones semianónimas de los momentos críticos, los mecanismos de la competencia por la expresión y la imposición de la opinión legítima que, a la manera de los mecanismos del mercado, actúan, como dice Engels en alguna parte, "a pesar de la anarquía, en y por la anarquía", favorecen a los detentores de técnicas de la palabra y de apropiación de los lugares de la palabra y de las técnicas organizacionales de unanimización y de monopolización del sentido y de la expresión del sentido (como el voto con mano levantada o por aclamación de mociones o de peticiones redactadas por algunos y a menudo muy poco inspiradas por las discusiones interminables que se supone deben expresar, etc.).[30] Paradójica-

30 No se ha señalado que la mayoría de los "textos de Mayo" son anónimos o firmados con siglas que no permiten situar a sus autores. Las posibilidades de análisis resultan bastante limitadas por ello: hay que creer apasionadamente en la eficacia del análisis interno para esperar comprender realmente tales escritos, por los que no se puede caracterizar socialmente ni a los

mente, la aparición de voceros hasta entonces desconocidos y el desafío que lanzaron a los heraldos designados de las grandes organizaciones políticas, y sobre todo sindicales, disimularon que sin duda no hay situación más favorable a los profesionales en tomar la palabra pública de tipo político que las situaciones de crisis en apariencia totalmente abandonadas a la "espontaneidad de las masas", y, ciertamente, así como los profetas del antiguo judaísmo eran a menudo tránsfugas de la casta de los sacerdotes, del mismo modo la mayoría de los líderes surgidos del "impulso popular" habían hecho en realidad sus aprendizajes políticos en aparatos diversos, los de los sindicatos estudiantiles o universitarios o los de los partidos, grupúsculos o sectas "revolucionarios" en los que se adquiere una competencia específica, hecha en lo esencial de un conjunto de instrumentos lingüísticos y posturales, de una retórica a la vez verbal y corporal, que permite tomar y conservar los lugares y los instrumentos institucionalizados de la palabra. Habría que poder *evocar* el estilo típico del discurso de Mayo, teatralización populista del discurso "popular", cuyo relajamiento sintáctico y articulatorio enmascara una formidable violencia retórica, violencia blanda, distendida, pero envolvente y punzante, especialmente visible en las técnicas de interpelación y de interrupción, de cuestionamiento y de exigencia, que permiten tomar y retener la palabra, en las frases como puñetazos, que cortan de cuajo todas las sutilezas analíticas, en la repetición obsesiva, destinada a desanimar la interrupción y la interrogación, etc.[31] Se olvida efectivamente que el *tomar la palabra*, del que tanto se ha hablado durante y después de Mayo, es siempre un tomar la palabra de los otros, o más bien tomar su silencio, como lo decían cruelmente esos encuentros entre estudiantes y "trabajadores" en los que los voceros de los primeros ponían en escena la palabra y el silencio de los segundos: en efecto, al presidente de una sociedad de agregados casi completamente desprovista de afiliados que habla en nombre de todos los agregados, al secretario de un sindicato que compromete al conjunto de sus afiliados en consignas surgidas tan sólo de su habitus o del efecto de arrastre del modelo soñado del líder revolucionario, al líder por un día de una asamblea general que llama a votar

autores ni las condiciones sociales de producción y de recepción (de aprobación). Esto sin duda valdría para muchos escritos producidos en condiciones semejantes.

31 El análisis de esos habitus *dobles*, de ambición ambigua y negada, permitiría comprender mejor el éxito ulterior de numerosos líderes de Mayo, en la prensa, la edición, las relaciones públicas, el marketing, e incluso la empresa capitalista.

una moción revolucionaria a favor de la abolición de los diplomas o una reforma de los estatutos de la universidad surgida de su imaginación corporativa, los individuos objetivamente involucrados por efecto de la pertenencia categorial no pueden oponer otra cosa que el silencio resignado, las vanas revueltas de la protesta serial o la fundación sectaria de grupos disidentes, destinados a desaparecer o a conocer a su vez los efectos del desposeimiento de la delegación.

No deja de ser cierto que existe una suerte de incompatibilidad entre las situaciones de crisis y los aparatos, aunque se trate de aquellos que, como los partidos de izquierda o los sindicatos obreros, deben reproducir *en tiempo ordinario* algunos de los efectos que la crisis produce también, pero de manera esencialmente discontinua y extraordinaria, como los efectos de "politización" y de movilización. Así, la *acción de representación* que hace a la existencia percibida de la clase representada debe apoyarse en instituciones oficiales, dotadas de *permanencias* (locales, oficinas, secretariados, etc.) y de *permanentes* que han de realizar *continuamente*, o con una periodicidad regulada y regular, actos destinados a mantener el estado de movilización del grupo representado y del grupo de los representantes (producción de pasquines, pegado de afiches, venta de periódicos, distribución de cartas, recaudación de cuotas, organización de congresos, de fiestas, de reuniones y de mítines, etc.) y que, apoyándose en los efectos de su acción permanente, pueden producir *crisis a pedido* tales como manifestaciones, huelgas, paros, etc. Hay en ello al menos la virtualidad de una contradicción entre las tendencias inmanentes de la organización permanente, y de aquellos que están asociados con ella y con su reproducción, y los fines a los que se supone que ella sirve: la autonomización de una organización que deviene para ella misma su propio fin lleva a sacrificar las funciones externas a las funciones internas de autorreproducción. Así se explica que aparatos oficialmente comisionados para producir o mantener los estados *críticos* puedan fallar en esa función cuando la crisis no es un efecto controlado de su acción y cuando encierra por eso mismo una amenaza para su orden interno, si no para su misma existencia.

Sin duda la situación de crisis es más favorable que el orden habitual a una subversión del espacio de los voceros, es decir del campo político en tanto tal. En efecto, por muy potente que sea el efecto de las técnicas sociales que tienden a contrabalancear o a encuadrar la improvisación de los no profesionales, éstos, reforzados y sostenidos por el encuentro de disposiciones afines, pueden aprovecharse del levantamiento de las censuras para contribuir al efecto sin duda más importante y más duradero de la crisis: la revolución simbólica como transformación profunda de los modos de pensamiento y de

vida, y, más precisamente, de toda la dimensión simbólica de la existencia cotidiana. Funcionando como una suerte de ritual colectivo de ruptura con las rutinas y las adhesiones habituales destinadas a conducir a la *metanoia*, a la conversión espiritual, la crisis suscita innumerables conversiones simultáneas, que se refuerzan y se sostienen mutuamente; transforma la mirada que los agentes dirigen de ordinario a la simbología de las relaciones sociales, y especialmente de las jerarquías, haciendo surgir la dimensión política, altamente reprimida, de las prácticas simbólicas más comunes: fórmulas de cortesía, gestos de preeminencia en uso entre los rangos sociales, las edades o los gestos, hábitos cosméticos y de vestimenta, etc. Y sólo las técnicas del *Bildungsroman* podrían permitir hacer ver el modo en que la crisis colectiva y las crisis personales se sirven mutuamente de ocasión, y cómo la revisión política se acompaña de una regeneración de la persona, atestiguada por los cambios de la simbología indumentaria y cosmética que sellan el compromiso total en una visión ético-política del mundo social, instituida como principio de toda la conducta de vida, privada tanto como pública.

ANEXOS

1. Las fuentes utilizadas

INDICADORES DEMOGRÁFICOS E INDICADORES DE CAPITAL ECONÓMICO Y SOCIAL HEREDADO O ADQUIRIDO

Las informaciones sobre la edad, el lugar de nacimiento, el estado civil, el número de hijos, el lugar de residencia, la categoría socioprofesional del padre y las condecoraciones fueron recolectadas por medio del escrutinio sistemático de los *Annales de l'Université de Paris*, revista trimestral publicada por la Sorbona hasta diciembre de 1968, que ofrece un currículum detallado de cada uno de los profesores nombrados en París, una lista de sus publicaciones y de sus trabajos en curso, relaciones de sus misiones en el extranjero, informaciones sobre las distinciones francesas o extranjeras que han obtenido, al mismo tiempo que una "crónica" que contiene indicaciones preciosas sobre la "vida universitaria", los contactos con la alta administración y las ceremonias universitarias. (Se han encontrado algunas informaciones útiles en el fichero biográfico de la Biblioteca de París.) También se ha sometido a escrutinio el *Who's who in France* 1970 (y, llegado el caso, de los años anteriores); diferentes diccionarios biográficos, entre ellos el *International Who's who* 1971-1973, el *Nouveau dictionnaire national des contemporains* 1962, el *Dictionary of International Biography* 1971, y *Africanistes spécialistes des sciences sociales* 1963. (No es necesario decir que la reunión de estas fuentes es por sí misma una investigación larga y difícil y que algunas de ellas, con frecuencia las más preciosas, como los *Annales de l'Université de Paris*, no fueron descubiertas sino al final de este trabajo.) Pero sobre todo se ha recurrido, para precisar y controlar las informaciones publicadas, a los datos proporcionados por encuestas administrativas (y se dedicó especial interés a los profesores de letras y de ciencias, que eran los que peor estaban representados en las otras fuentes). Entre todas estas fuentes complementarias, las más preciosas han sido sin duda alguna la "Encuesta sobre los científicos" y principalmente la "Encuesta sobre los investigadores en letras, ciencias sociales, ciencia económica, ciencia política e historia del derecho", emprendidas con

nuestra colaboración en 1963-1964 y 1967-1968 por el Servicio de Intercambios y de Información Científica de la Maison des Sciences de l'Homme, en vista de la elaboración de un anuario de los investigadores: si, a pesar de una tasa de respuesta muy elevada, 80% en conjunto, ella padece defectos inherentes a toda encuesta por correspondencia, ésta tiene el mérito doble de proporcionar una información *muy completa*, especialmente sobre la carrera universitaria y las publicaciones, y también sobre el origen social, para el *conjunto* del cuerpo docente –con tasas de representación que decrecen no obstante según la posición en la jerarquía–. También se extrajeron informaciones de las respuestas a la consulta nacional de la Association d'Étude pour l'Expansion de la Recherche Scientifique (AEERS) de 1969; de la encuesta alrededor de la Asociación de Escritores Científicos de Francia de 1968 y alrededor de los escritores del Pen-club de 1973. Otra fuente extremadamente preciosa, las noticias necrológicas aparecidas después de 1970 en los anuarios de ex alumnos de las *grandes écoles* y diversas revistas profesionales: se ha examinado el *Annuaire de l'Association Amicale des Anciens Élèves de l'École Normale Supérieure,* de 1970 a 1980; la *Revue des études latines,* de 1970 a 1980; el *Bulletin de l'Association Guillaume Budé,* de 1970 a 1980; la *Revue d'études grecques,* de 1970 a 1980; la *Revue d'études italiennes,* de 1970 a 1980; y también los informes de las sesiones de la Académie des Inscriptions et Belles Lettres, de 1970 y 1980. Por último, se han consultado los *dossiers* especiales del diario *Le Monde* sobre las personalidades más determinantes.

Como último recurso, cuando no se podía recoger la información ni por estos medios ni a través de informantes seguros, se ha procedido a algunas encuestas complementarias ante los propios interesados, ya sea a través de entrevistas a domicilio en profundidad, ya sea por teléfono. La confrontación de estas fuentes múltiples a menudo ha permitido afinar, e incluso corregir, tal o cual de las informaciones que los diccionarios biográficos daban como seguras. Así, por ejemplo, cierto profesor cuyo padre era, según el *Who's who,* "viticultor", era en realidad "propietario viticultor, licenciado en derecho"; el padre de cierto otro, declarado "profesor", era "maestro, titular del diploma superior"; el padre de tal y tal otro no era "negociante" ni "funcionario", sino "apoderado de una sociedad de comercio textil" o "recaudador de los PTT*". En cierto otro caso, se pudo saber por medio de la interrogación directa que un "agente de negocios", primero clasificado entre los

* Postes et Télécommunications et de la Télédiffusion, antiguo servicio francés de correos y telecomunicaciones.

grandes negociantes, era en realidad un pequeño oficial notarial que se había puesto a aconsejar por su cuenta a particulares en sus negocios. De manera general, los artículos de los diccionarios biográficos, que los interesados completan o al menos controlan ellos mismos, presentan un sesgo sistemático en el sentido de la *máxima indeterminación* (los redactores del *Who's who* dicen que tienen que insistir para lograr que se les dé una respuesta y que ellos mismos proponen a veces compromisos eufemísticos del tipo de "funcionario"). Esta estrategia que, salvo en algunos casos particulares de filiación ostentadora, parece muy común, tiende a minimizar las diferencias sociales (y por lo tanto, el peso del origen social en el análisis). Más allá del rechazo ordinario a ser clasificado que se expresa en la investigación de la clase más abarcadora y más vaga, la preocupación por modelar la propia imagen, modificando llegado el caso la imagen de su origen, y por lo tanto de su trayectoria y de sus méritos, conduce según el caso a darse un punto de partida más o menos elevado de lo que es en realidad (así, por un momento se pensó en codificar los casos de desviación y su orientación para intentar determinar su lógica). Todo esto hace surgir problemas extremadamente difíciles para la codificación: más allá de que no se podría establecer un código riguroso sino sobre la base de un conocimiento riguroso y completo de lo que era la estructura de las profesiones para la generación (en el sentido biológico), la información disponible es muy desigual, de suerte que los códigos retenidos corren siempre el riesgo de ser demasiado finos para los casos menos documentados (lo que conduce a una sobrecodificación –en el caso, por ejemplo, en que se intenta distinguir categorías de ingenieros o de comerciantes) o demasiado groseros para los casos más documentados (lo cual conduce a una subcodificación y a una pérdida de información).

En lo que concierne a la religión, se ha clasificado como judíos o protestantes, religiones minoritarias, al conjunto de los miembros de origen (sin tener en cuenta la intensidad de la práctica), mientras que para los católicos, religión mayoritaria, se distinguía a los católicos notables, señalados por su pertenencia a organismos ligados a la Iglesia y censados en el *Annuaire catholique de France* 1967 (y de los que por otra parte se había podido recolectar la composición; cf. P. Bourdieu y M. de Saint-Martin, "La sainte Famille, l'Épiscopat français dans le champ du pouvoir", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 44-45, noviembre de 1982, pp. 2-53) o su participación en actividades u organismos (revistas, asociaciones, etc.) de obediencia católica declarada (como el Centro católico de los intelectuales franceses). En cuanto a los judíos, nos hemos apoyado en la *Guide juif de France* 1971 y, al igual que para los protestantes, se ha consultado a informantes competentes (pastores, rabinos,

responsables de asociaciones religiosas, etc.). También se ha consultado el *Annuaire Châteaudun* sobre los *movimientos confesionales.* Aunque se haya hecho todo para intentar minimizar los riesgos de error (en especial al no dar por segura sino la información confirmada por muchas personas), no se puede estar perfectamente seguro de haberlo logrado por completo.

INDICADORES DEL CAPITAL CULTURAL, HEREDADO O ADQUIRIDO

Las fuentes de información biográficas ya mencionadas más arriba (diccionarios biográficos, encuestas complementarias, noticias necrológicas, informantes, entrevistas) han entregado, sobre los estudios llevados adelante en el ciclo secundario (tipo de establecimiento frecuentado, público o privado, parisino o de provincia) y en la enseñanza superior (en París o en provincia, parcialmente en el extranjero o no, en universidad o en una *grande école*), informaciones que muy a menudo hubo que precisar, debido por ejemplo a la confusión frecuente de los establecimientos frecuentados para los estudios secundarios y del establecimiento de preparación para las *grandes écoles.* Además se consultó, para precisar la pertenencia a una *grande école,* las listas de ex alumnos publicadas por los anuarios de esas escuelas (el *Annuaire de l'Association Amicale des Anciens Élèves de l'École Normale Supérieure d'Ulm,* el *Annuaire par Promotions de l'École Normale Supérieure de Sèvres,* el *Annuaire de l'Association des Anciens Élèves de l'École Normale Supérieure de Saint-Cloud,* el *Annuaire de l'Association Amicale des Anciennes Élèves de l'École Normale Supérieure de Fontenay-aux-Roses,* el *Annuaire des Anciens de Sciences-po,* el *Annuaire des Ponts et Chaussées, HEC Annuaire Officiel, Anciens Élèves de l'École Nationale d'Administration, Société Amicale des Anciens Élèves de l'École Polytechnique,* el *Annuaire des Mines,* el *Annuaire de l'Association des Anciens Élèves de l'École Centrale des Arts et Manufactures*). El pasaje por una *grande école* tiene valores muy desiguales según las diferentes facultades: si el paso por la École Normale Supérieure, por ejemplo, tiene un peso muy importante dentro de las facultades de letras, significa una cosa muy diferente en las facultades de ciencias, donde la École Normale Supérieure tiene la competencia de otras *grandes écoles,* como la École Polytechnique, la École des Mines o la École Centrale; está casi desprovisto de significación dentro de las facultades de derecho, donde predominan el paso por el Institut d'Études Politique, más banal, y la École Nationale d'Administration, más raro no obstante que el paso por la École Normale Supérieure en letras. Por último, no incide para nada en las facultades de medicina.

También ha parecido necesario examinar un criterio de éxito escolar más uniformemente significativo, la nominación en el Concurso general. Sin duda habría sido más satisfactorio poder localizar a los profesores que estuvieron presentes en el Concurso en una o varias materias durante sus clases de primero o de último curso, pero, a falta de una lista exhaustiva de los candidatos, sólo fue posible registrar los éxitos. Para ello se consultó el *Annuaire de l'Association des Lauréats du Concours général* de 1974, y, como ese anuario sólo hace el inventario de los afiliados de la Asociación (y no del conjunto de los laureados del concurso), se consultó en todos los años precedentes del anuario que se pudo reunir, así como los boletines periódicos de la Asociación, para intentar encontrar la mayor proporción posible de los afiliados temporarios. No deja de ser cierto que aquí la tasa de laureados en el Concurso general está sin duda subestimada.

Hubo otros criterios, capaces de dar una indicación de éxito o de precocidad escolar (estando a menudo los dos aspectos estrechamente ligados), que fueron examinados sin que se los pudiese retener. Así ocurre con todas las informaciones ligadas a algunas grandes pruebas que jalonan la vida universitaria: la agregación y la tesis de Estado para letras y ciencias, el doctorado y la agregación para derecho, el internado y la agregación para medicina. Gracias a los ficheros del Ministerio de Educación Nacional, se pudo relevar, para el conjunto de la muestra, los títulos obtenidos (agregado, doctor, interno, etc.), la edad a la que habían sido obtenidos y el orden de admisión. Pero las informaciones recogidas no pueden compararse entre las diferentes facultades. Por ejemplo, si, de una manera muy grosera, se puede considerar como equivalentes la tesis de Estado de graduados en letras y de científicos y la agregación de juristas y de médicos, no es posible, sin embargo, asimilarlos, como uno estaría tentado de hacer, hasta el punto de comparar directamente las edades a las que se han obtenido esos diversos títulos; o también, incluso cuando existe una similitud en las estructuras, como es el caso entre las facultades de letras y de ciencias, hay efectos de institución que explican que la tesis de Estado se defienda más temprano en ciencias que en letras.

Los otros rastros de investigación, para intentar precisar el capital escolar de los profesores de la muestra, que fueron explorados en algún momento y luego se abandonaron, sólo se mencionarán a los fines de esta memoria. Así, el hecho de haber aprobado un doble *bac* [*baccalauréat*, el bachillerato francés], o una doble licencia, representa un índice cierto de éxito escolar y universitario, pero fue imposible establecerlo de manera sistemática para el conjunto de la muestra. Asimismo, en el otro extremo de la carrera universitaria, la edad de nominación para la clase excepcional

(muestra E) es un buen indicador del éxito profesional, pero no concierne sino a un número limitado de los universitarios de la muestra. Además, aunque en este caso la información estuviese disponible (al contrario de las informaciones sobre el doble *bac* o la doble licencia) y rigurosamente registrada, nos hemos resignado a no utilizarla. Hubo que renunciar, pues, en más de un caso, a codificar y a explotar datos significativos porque sólo estaban disponibles para una parte demasiado escasa y demasiado mal distribuida de la población.

INDICADORES DEL CAPITAL DE PODER UNIVERSITARIO

La pertenencia al Comité Consultor de las Universidades se estableció consultando el *Annuaire de l'Éducation Nationale*, 1968 (divisiones de letras, ciencias, ciencias médicas, derecho y ciencias económicas) que publica la lista de los miembros elegidos o nombrados en 1966, el *Mémento SNESup* fechado el 1° de mayo de 1971 que da la lista de miembros del CCU de 1969, y por último *Les universités et la recherche scientifique*, expediente-encuesta del SNESup, Suplemento n° 60 del *Bulletin du SNESup*, diciembre de 1975, que da la lista de los miembros del CCU en 1975. Se ha codificado en número de apariciones.

El examen de la composición del Consejo Superior de Educación Nacional y del Consejo de la Enseñanza Superior condujo a descartar esos indicadores. En el primer caso, en efecto, sobre los 106 miembros que cuenta el Consejo Superior de Educación Nacional, según el *Annuaire de l'Éducation Nationale* 1968, sólo 16 se relacionan con la enseñanza superior (sólo siete de ellos para el conjunto de las facultades parisinas); en el segundo caso, más de la mitad de los 63 miembros del Consejo de Enseñanza Superior figuran en ese consejo ya sea a título de miembros que representan a la administración (n = 19), ya sea a título de representantes de asociaciones y de organizaciones diversas, como la Comisión Interministerial de Estudios Médicos o la Federación Nacional de las Asociaciones de Alumnos de las Grandes Escuelas (n = 13), y la proporción de profesores parisinos entre los miembros elegidos (n = 31) es muy escasa.

Como se puede ejercer el poder universitario también en los límites de las diferentes instituciones universitarias, se relevó en el *Annuaire de l'Éducation Nationale* 1968, y en los *Annales de l'Université de Paris*, a los profesores que habían ejercido funciones de responsabilidad dentro de la institución, ya sea que ha-

yan sido, en un momento u otro, miembro del Consejo de la Universidad de París, decano, vicedecano, asesor de una facultad, director de instituto de una facultad o universidad, director de colegio científico universitario, de colegio universitario de letras o de colegio universitario de derecho y de ciencias económicas, decano del CHU [Centre Hospitalier Universitaire], director de IUT, etc., o que hayan sido, en un momento cualquiera, director de una escuela como la École des Chartes, del Louvre, de Athènes, de Roma, de físico-química, de lenguas orientales, o inluso director de una *école normale supérieure*, etcétera.

El hecho de ser miembro del Instituto (de la Académie des Inscriptions et Belles Lettres, de la Academia de Ciencias o de la Academia de Ciencias Morales y Políticas) o de la Academia Nacional de Medicina confiere un crédito particular y refuerza al mismo tiempo el poder asociado a la función. Los miembros del Instituto han sido enumerados gracias al *Annuaire de l'Institut de France* y los miembros de la Academia Nacional de Medicina por medio del *Annuaire de l'Éducation Nationale* 1968. Se ha renunciado a codificar la pertenencia a otras academias y sociedades doctas, a falta de poder asignar sin encuesta previa su justo valor a instituciones muy diversas y muy dispersas. Lo mismo ocurre con las distinciones profesionales, información que se podía recoger fácilmente siguiendo el ejemplo de la rúbrica "Distinciones y nominaciones" del *Courrier du CNRS*: esas distinciones tienen un valor demasiado desigual para que se las pueda pura y simplemente registrar sin entrar en los detalles. Sólo los títulos de doctor *honoris causa* en universidades extranjeras fueron relevados, pero únicamente para los profesores de letras de la muestra restringida que, al estar más seleccionada, tenía más posibilidades de figurar en los diccionarios biográficos.

Por último, sólo en el caso de la encuesta sobre los profesores de las facultades de letras se ha relevado la participación en los jurados de agregación y del concurso de ingreso a la École Normale Supérieure de la calle de Ulm. Así, se han consultado las listas de los jurados de agregación entre 1959 y 1980 y de los jurados de examen para el concurso de ingreso en la ENS de 1961 a 1981 (letras). Apareció, en ocasión de esa consulta, que la participación de los profesores de la enseñanza superior en esos jurados iba disminuyendo desde los comienzos de los años sesenta y que sus posiciones parecían haber perdido algo de su valor. Por otra parte, se buscó conocer la participación de los profesores de letras en los comités de redacción de revistas científicas: de ese modo se estudió la composición de los comités de redacción de las revistas de ciencias humanas editadas por las Presses Universitaires de France en 1970, o sea 41 revistas, y por la École Pratique des Hautes Études en 1969, o sea 8 revistas.

INDICADORES DEL CAPITAL DE PODER Y DE PRESTIGIO CIENTÍFICO

Los lazos que unen a los profesores de enseñanza superior con el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) representan los principales indicadores retenidos para medir su prestigio científico. La participación en el directorio y en las diferentes secciones del Comité Nacional de la Investigación Científica fue relevada para los años 1963, 1967 y 1971, consultando las listas de los miembros del directorio y del comité publicadas por el CNRS. Se midió la frecuencia de aparición de los mismos nombres en las tres listas y se diferenció a los miembros de las secciones según si habían sido nombrados o elegidos. Pero se renunció a tomar en cuenta esas informaciones en el análisis: derecho y medicina están, en efecto, mucho menos alineadas que letras y sobre todo que ciencias hacia el CNRS. Asimismo, no se pudo codificar propiedades que, como la presidencia de comisiones o de jurados, son cosa de un número muy reducido de profesores, por otra parte ya caracterizados por la multiplicidad de las posiciones de ese tipo que ellos ocupan.

La dirección de un laboratorio CNRS pareció constituir un índice de prestigio científico mucho más seguro que la dirección de un "equipo de investigación" sin mayores precisiones. En efecto, la dirección de un equipo puede no designar más que una responsabilidad administrativa, ligada a la función y a la antigüedad. Hemos consultado las plaquetas publicadas por el CNRS, *Services et laboratoires* 1968, *Les formations de recherche* 1972 y 1973, y el *Annuaire de l'Éducation Nationale* 1968. No obstante no hay que dejar de tener en mente que la proporción de profesores que son al mismo tiempo directores de un laboratorio está subestimada, y que habría sido necesario, en rigor, introducir a los directores de laboratorio del CNAM [Conservatoire National des Arts et Métiers (artes y oficios)], del Muséum National, del Collège de France, etc. Pero eso habría sido abrir opciones cuya pertinencia y exhaustividad habría sido imposible garantizar.

En cuanto a la medalla del CNRS, se revisó la lista de las medallas de oro, de plata y de bronce discernidas por el CNRS desde 1962 hasta 1972.

La medida de la frecuentación de los coloquios científicos se obtuvo por medio del escrutinio, para los años 1969 a 1971, de los anuarios publicados por las diferentes instituciones y que presentan, junto con el informe de la enseñanza para el año en cuestión, la actividad científica de cada uno de los profesores: congresos, conferencias, misiones científicas y publicaciones. Se había pensado tomar en cuenta el tema de los cursos y seminarios, pero pareció difícil delimitar, tan sólo sobre la base del título, clases de enseñanzas indiscutiblemente separadas y sobre todo cualitativamente neutras.

Se consideró igualmente la enseñanza en una institución diferente de la institución de incorporación, distinguiendo, entre las enseñanzas complementarias, las impartidas en escuelas "intelectuales" o en escuelas "del poder". Por "escuelas intelectuales" hay que entender las escuelas normales superiores (Ulm, Sèvres, Saint-Cloud, Fontenay) y las escuelas como la École des Beaux-Arts. Se extrajeron las informaciones del *Annuaire de l'Éducation Nationale 1968* (para la École Nationale des Chartes, la École Nationale des Langues Orientales Vivantes, la École Normale Supérieure d'Ulm, la de Sèvres, la de Saint-Cloud y la de Fontenay, la École du Louvre, la École National Supérieure des Beaux-Arts) y de listas de docentes que publican las escuelas. Se renunció a codificar el número de horas de enseñanza complementarias, buen indicador de la orientación hacia la enseñanza más que hacia la investigación a falta de tener la seguridad de captar en cada caso la totalidad de las horas de curso dadas.

En lo que concierne a la producción científica, enumerar las obras o los artículos publicados a partir de fuentes imprecisas y a menudo parciales (como los cuestionarios destinados a la constitución de anuarios) no habría tenido mucho sentido. Habría hecho falta examinar la frecuencia de publicación, el número de páginas, y sobre todo el editor o la revista de aparición, a fin de tener en cuenta la jerarquía de las colecciones y de las revistas, que varía según las disciplinas. Pareció preferible examinar el número de obras traducidas a lenguas extranjeras (entre las cuales habría sido necesario distinguir también), excluyendo los artículos y tomando como base el catálogo de la Library of Congress (de 1942 a 1952) y el National Union Catalog (de 1953 a 1967): se relevó de este modo, para cada autor de la muestra, el número de traducciones registradas en la Library of Congress, en cualquier lengua que fuera. Es evidente que procediendo así se han privilegiado las traducciones en lengua inglesa y desfavorecido a los autores cuyas obras figuran en el catálogo de la Library of Congress en su lengua (francesa) de origen (tal es el caso sobre todo para las obras sobre derecho); además de que, al totalizar pura y simplemente el número de las traducciones, se contaban muchas veces obras únicas que aparecían en el catálogo en traducciones a lenguas diferentes.

El *Social Sciences Citation Index, 1970 Annual* permitió obtener un indicador de prestigio científico igualmente seguro (pero limitado a las ciencias humanas), aunque teñido con el mismo sesgo que el número de traducciones. En un estado anterior de la investigación, habíamos constituido un índice de notoriedad en el campo intelectual estableciendo una lista de nombres de in-

telectuales y de escritores ordenados según su frecuencia de aparición en los palmarés publicados en el curso de tres años (1972 a 1974) por *L'Express*. Pero este método conservaba algo de cuestionable, pues el palmarés reposaba en el éxito de ventas en librería. Se tomó entonces la opción de contar, para cada individuo de la muestra, el número de citas mencionadas en el *Citation Index* para el año 1970. Aunque el conjunto seleccionado de revistas internacionales de ciencias sociales sobre el cual reposan esos conteos sea bastante representativo de la producción científica en la materia, presenta sin duda algunos defectos: para empezar, las citas en obras, por ejemplo, resultan excluidas; para continuar, las citas relevadas son de órdenes muy diferentes, desde las citas intencionales de interés científico hasta las simples reseñas de obras que uno puede imaginar más rutinarias y tal vez complacientes; por último, debido a que el inventario de esas citas emana de un instituto norteamericano, el Institute for Scientific Information de Filadelfia, y a que en él es enorme el peso de las revistas norteamericanas relevadas (57,2%), las disciplinas más encauzadas hacia la ciencia norteamericana, es decir la sociología o la psicología más que la filosofía o la historia antigua, por ejemplo, y, en cada disciplina, los profesores más preocupados por su difusión en los Estados Unidos, resultan privilegiados.

También se intentó tomar en cuenta las estancias profesionales efectuadas en el extranjero, y más específicamente en los Estados Unidos. Para ello, se examinó la lista de becarios franceses de la comisión franco-americana (becas Fulbright) de 1960-1961 a 1972-1973 (profesores, investigadores, estudiantes). Pero habría sido necesario, en rigor, introducir variables secundarias, tales como la duración de la estadía y sobre todo el lugar, puesto que las universidades norteamericanas están fuertemente jerarquizadas.

Sin duda la dirección de tesis es también uno de los indicadores más poderosos y más seguros del poder universitario. Hubo que renunciar a tomarla en cuenta porque no era posible obtener una información homogénea para el conjunto de las disciplinas. Al no haber tenido acceso al fichero central de las tesis –a pesar de repetidas solicitudes– se intentó reunir las pocas listas disponibles, pero resultó que no existían para todas las disciplinas y que eran extremadamente dispares. Así, la lista disponible para filosofía (*Répertoire raisonné des sujets en cours de doctorats d'État –ettres et sciences humaines– inscrits en France, 1965-juillet 1970*) se refiere a las inscripciones entre 1965 y 1970, impidiendo reponer el capital de inscriptos de cada profesor –del que se puede suponer que es tanto más importante cuanto mayor es la antigüedad en el puesto y, por ende, la precocidad–. En historia, las fuentes

disponibles (*Liste des thèses d'histoire contemporaine déposées dans les facultés des lettres de France métropolitaine*, detenida el 1° de octubre de 1966 y establecida a demanda de la asociación de profesores de historia contemporánea de las facultades francesas) relevan la totalidad de las tesis en curso, pero no permiten reponer en mayor medida el capital de inscriptos, es decir la clientela, de cada profesor, puesto que las tesis ya sostenidas con profesores todavía en funciones han desaparecido. De modo más general, el número de inscriptos es una medida totalmente imperfecta del capital de un profesor: por una parte, porque la inscripción tiene un sentido totalmente diferente para un estudiante francés y para un estudiante extranjero que no colocará su título en el mercado francés; por otra parte, porque habría que poder tomar en cuenta el peso social de los diferentes inscriptos y el grado de "realidad" de las diferentes inscripciones.

INDICADORES DEL CAPITAL DE NOTORIEDAD INTELECTUAL

El hecho de ser publicado en una colección de libros de bolsillo o de gran difusión constituye un indicador sobre la relación de los profesores con el gran público. Así, se ha revisado una serie de catálogos de editores que proponen colecciones de ese tipo: Armand Colin, Les Belles Lettres, Gallimard (para la colección Idées), PUF (para la colección Que sais-je?), Seuil (para la colección Points), Denoël (para la colección Médiations), Klincksieck.

Igualmente se midió la participación en emisiones televisivas, otro indicador de la relación con el gran público. Se examinó la revista *Télé-Sept-Jours* en sus números correspondientes a un período de cuatro años (1969-1972), distinguiendo la participación directa en una emisión y la participación indirecta (en tanto que objeto, por ejemplo). Desde luego, habría sido necesario poder introducir diferentes fines, especialmente según las emisiones: el prestigio que aporta la participación en una emisión médica, o científica, ¿es de la misma naturaleza que el que procura la participación en un debate literario? Es cierto que la presencia en una emisión de televisión no tiene el mismo estatuto según se consulte a cierto profesor de derecho sobre una reforma electoral que se acaba de introducir, y por ende sobre una cuestión cuasi técnica, o se interrogue a un historiador sobre su concepción de la historia.

También se consideró la publicación de un artículo en el diario *Le Monde* como indicador de prestigio intelectual y de apertura al gran público. Se procedió al escrutinio de Le Monde des Arts, des Sciences, de l'Économie, des

Loisirs y des Livres de tres años (1968-1970-1971) y de las crónicas "Tribune libre" y "Libres opinions" de *Le Monde* para esos mismos años. Para conocer la contribución que los profesores de la muestra aportaron a las revistas y semanarios intelectuales, se relevaron los artículos aparecidos durante esos tres mismos años en *Les Temps modernes, Esprit, Critique, La Pensée, La Nouvelle Critique, Le Nouvel Observateur, La Quinzaine littéraire, Le Figaro littéraire,* la NRF (*Nouvelle Revue Française*), *Tel Quel, La Revue des deuz mondes, La Nef, Preuves, l'Arc, Contrepoint, Futuribles,* diferenciando los artículos de fondo, los informes, las entrevistas y las participaciones en debates.

Todos estos indicadores (publicación de obras de gran difusión, participación en televisión, colaboración en *Le Monde* o en revistas intelectuales) tienen en común el hecho de concernir de manera muy desigual a las diferentes disciplinas, y de favorecer a los profesores de letras en detrimento de todos los otros.

Por otra parte, se profundizó la investigación sólo en lo que concierne a los graduados en letras. En un primer momento, se elaboraron listas de intelectuales (de primera y de segunda línea) fundándose, como se ha indicado más arriba, en los palmarés publicados por la prensa. Para un mayor rigor, se prefirió recurrir a un indicador a la vez más seguro y más clasificante: las colaboraciones en *Le Nouvel Observateur* en 1975 y 1977 (según las listas publicadas por Louis Pinto, en "Les affinités électives. Les amis du Nouvel Observateur comme 'groupe ouvert'", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 36-37, 1981, pp. 105-124, y especialmente, pp. 116 y 118). Se ha codificado igualmente, para los profesores de letras, el hecho de figurar en el *Petit Larousse* 1968 y de pertenecer a la Academia Francesa.

INDICADORES DEL CAPITAL DE PODER POLÍTICO O ECONÓMICO

La enseñanza que los profesores del ciclo superior proporcionan, a título secundario, en escuelas como la ENA [École Nationale d'Administration] o la Fundación Nacional de Ciencias Políticas, pero también en las *grandes écoles* científicas como la École Polytechnique, la École des Mines, la École des Ponts et Chaussées, etc., fue tratada como un indicador de capital de poder externo. Se consultó para ello el *Annuaire de l'Éducation Nationale* 1968 (para la École Polytechnique, la École Nationale Supérieure des Mines, la École Nationale Supérieure des Télécommunications, la École Nationale des PTT) y las listas difundidas por las mismas escuelas.

Se ha buscado conocer también las relaciones que los profesores de la muestra mantienen con los organismos públicos, para lo que se relevó entre ellos a aquellos que habían participado, en un momento u otro de sus carreras, en un gabinete ministerial, a título de consejero técnico por ejemplo, o en el Consejo Constitucional, en el Consejo Económico y Social, en el Consejo de Estado, en la Inspección de Finanzas. Para ello nos remitimos, cuando la información no era dada por el *Who's who,* a la serie de los *Bottins administratifs* y al *Annuaire Châteaudun* consagrado a los gabinetes presidenciales y ministeriales (abril de 1973), a la alta administración –donde se relevó a los miembros de los grupos de estudios y de los grupos de trabajo cercanos a los ministros (enero de 1973)–, a los parlamentarios (abril de 1973). La participación en las comisiones del VI° Plan se estableció examinando el informe de los trabajos de las comisiones del Plan publicado por el comisariado del Plan en diciembre de 1969. También se examinaron las listas de los miembros del Consejo Económico y Social, para constatar que los profesores de la muestra eran demasiado raros allí como para justificar el recurso a ese criterio.

INDICADORES DE LAS DISPOSICIONES POLÍTICAS

Se intentó construir un índice acumulado de la pertenencia política apoyándose en las tomas de posición *notorias,* a saber: las firmas de apoyo recogidas y publicadas en diferentes ocasiones políticas. Así, se examinó por una parte la lista de los firmantes del "Llamado a la abrogación del decreto de disolución de la Liga Comunista, para la liberación de Alain Krivine y Pierre Rousset", publicada en *Le Monde* del 8-9 de julio de 1973; la lista de los "7000 universitarios e investigadores franceses [que] se alzan contra el fascismo en Chile", afiche difundido por el SNESup-SNCS (Syndicat National de l'Enseignement Supérieur, Syndicat National des Chercheurs Scientifiques) y fechado el 11 de octubre de 1973; y por último, diferentes listas de apoyo a la candidatura de François Mitterrand publicadas por *Le Monde* en ocasión de las elecciones presidenciales de 1974 (llamado de economistas, de los Amigos de Israel, de los artistas, escritores, intelectuales, de Resistentes, de juristas, de médicos, etcétera).

Se examinaron por otra parte las listas de apoyo a la candidatura de Valéry Giscard d'Estaing publicadas por *Le Monde* durante las elecciones presidenciales de 1974 (llamado de las personalidades del mundo artístico, literario, científico y deportivo, y del comité universitario de apoyo a la candidatura de

Valéry Giscard d'Estaing); y la lista de apoyo a la creación de una asociación para ayudar "a la mayoría silenciosa", publicada en *Le Monde* del 26 de febrero de 1970. Después de ese examen, pareció preferible incluir solamente a los firmantes de las listas de apoyo a François Mitterrand y a Valéry Giscard d'Estaing (ya que la construcción de un índice acumulativo de las tomas de posición públicas en favor de causas de izquierda y de derecha habría introducido muchas incertidumbres para un escaso incremento de información).

Uno de los grandes debates éticos de los años setenta se constituyó alrededor de las nuevas leyes con respecto al aborto. Aquí también, el análisis de las tomas de posición públicas –a saber: las firmas de apoyo recogidas a favor o en contra de esas leyes– ha permitido medir las disposiciones liberales o conservadoras de los universitarios. Se examinaron: la lista de las firmas de la "Declaración contra la liberalización del aborto", publicada por la Asociación de Juristas por el Respeto a la Vida (n = 3500), por la Asociación de Médicos por el Respeto a la Vida (n = 12000), y por los profesores universitarios, docentes e investigadores (n = 432), en junio de 1973; del "Manifiesto de 390 médicos a favor del aborto", en febrero de 1973; de la "Carta para el estudio del aborto", en febrero de 1973.

En el segundo análisis, se trató como un índice de tradicionalismo universitario el hecho de sostener públicamente la causa del señor Robert Flacelière, director de la École Normale Supérieure, que había enviado su dimisión al ministro de Educación nacional (cf. *Le Monde* del 3 de abril de 1971).

Igualmente, se había avizorado relevar a los universitarios que habían escrito en el diario *Le Monde* de los meses de mayo, junio y julio del año 1968, o publicado un libro sobre los acontecimientos de 1968. Pero el listado en bruto no daba en este caso más que una información indiferenciada sobre el simple hecho de tomar la palabra; habría sido necesario precisar cada vez el contenido de la intervención para poder caracterizar las posiciones tomadas, y eso concernía más al análisis de contenido, con sus refinamientos, que a una codificación forzosamente simplificada.

Hubo que renunciar a relevar los universitarios que han sido candidatos a una elección universitaria, al no haber podido obtener las listas de candidaturas presentadas por los sindicatos. Además, en la perspectiva retenida, todas las elecciones universitarias eran importantes –incluidas las elecciones internas, propias de cada universidad– y no simplemente aquellas que desembocan en la constitución de los organismos esenciales de la estructura universitaria, como el CNESER (Conseil National de l'Enseignement Supérieur et de la Recherche) o el Comité National de la Recherche Scientifique [CNRS]. Por lo demás, esos datos son casi imposibles de reunir.

La participación en los coloquios que se llevaron a cabo –uno en Caén, en noviembre de 1966, el segundo en Amiens en 1968 y el tercero en París en 1973– y que tenían por objeto una reflexión crítica sobre el sistema de enseñanza, puede proporcionar un buen índice de una disposición reformadora. También se examinaron las listas de participantes en esos tres coloquios, para advertir que los universitarios de rango A –mezcladas todas las universidades– no representaban más que un 5%, aproximadamente, del conjunto: es decir que este criterio, si bien es pertinente para la comparación entre las diferentes universidades, mezcladas todas las categorías, no puede mantenerse en el marco tan sólo de la facultad de letras y ciencias humanas.

También nos hemos apoyado, especialmente para el análisis de las opiniones a propósito de la universidad y de sus transformaciones, en un escrutinio de la encuesta sobre el sistema de enseñanza, realizado en 1969 a pedido de la Association d'Étude pour l'Expansion de la Recherche Scientifique (AEERS). El cuestionario incluía veinte preguntas sobre el desarrollo del año académico, la situación de la enseñanza, las transformaciones del contenido de la enseñanza, de los métodos pedagógicos y de la organización universitaria, sobre la formación, la selección y la remuneración de los docentes, las relaciones entre los docentes, los padres de los alumnos y los alumnos o estudiantes, los poderes de las diferentes categorías de agentes, las funciones impartidas a la institución (preparación para un oficio, inculcación de una formación moral, etc.), la política en los establecimientos educativos, la prolongación de la escolaridad obligatoria, la ayuda a la enseñanza privada, etcétera.

Habría sido importante, igualmente, obtener datos sobre la afiliación sindical de los universitarios de la muestra. Aunque el SNESup y el SGEN (Syndicats Généraux de l'Éducation Nationale) hayan acogido favorablemente nuestra solicitud, sus ficheros resultaron ser difícilmente utilizables: agrupan al conjunto de la gente que se suscribió al menos una vez en la vida, y los datos consignados allí (particularmente el grado) parecen corresponder con mayor frecuencia a la posición universitaria ocupada en el momento de la adhesión. Si el reparto según cada facultad de los miembros de esos dos sindicatos parece débil, no ocurre lo mismo con la distribución por grado o por lugar de enseñanza.

2. Transformaciones morfológicas de las facultades y las disciplinas*

* Se encontrará el conjunto íntegro de los datos en P. Bourdieu, L. Boltanski y P. Maldidier, "La défense du corps", *Information sur les sciences sociales*, X, 4, 1971, pp. 45-86.

LAS TRANSFORMACIONES MORFOLÓGICAS DE LAS FACULTADES

TABLA 1.A

DERECHO	Profesores	Profesores conferenciantes	Jefes de ayudantes y ayudantes	Conjunto docentes	Relación cuadro B / cuadro A	Relación ayudantes / profesores	Número de estudiantes	Tasa de encuadramiento global	Tasa de encuadramiento en A	Tasa de encuadramiento en B
1949	222	41		263			39.056	1/148	1/148	
1950							38.665			
1951							39.364			
1952*	263	76		339			41.309	1/122	1/122	
1953							41.368			
1954							40.322			
1955	242	91	70	403	0,2	0,3	37.029	1/92	1/111	1/528
1956	244	113	89	446	0,25	0,4	37.476	1/84	1/105	1/421
1957	261	130	131	522	0,3		35.171	1/67	1/90	1/268
1958	268	146	158	572	0,4		34.229	1/60	1/83	1/216
1959	274	170	195	639	0,45		34.171	1/53	1/77	1/175
1960	477		240	717	0,5		36.521	1/51	1/77	1/152
1961	—						42.721			
1962							50.318			
1963	581		528	1.109	0,9		61.851	1/56	1/106	1/117
1964	596		640	1.236	1,1		74.267	1/60	1/124	1/116
1965	356	298	776	1.430	1,1	1,5	86.733	1/60	1/132	1/112
1966	365	317	864	1.546	1,3	1,6	99.664	1/64	1/146	1/115
1967							113.144			
1968	439	413	1.492	2.344	1,7	2,4	126.696	1/54	1/149	1/85
1969	490	490	1.792	2.772	1,8	2,6	131.628	1/47	1/134	1/73

* Para el año 1952, el número de docentes efectivos (profesores especialmente) parecía elevado. No ha sido posible verificar los datos estadísticos (documento del buró universitario de estadísticas no publicado).

TABLA 1.B

CIENCIAS	Profesores	Profesores conferenciantes	Jefes de ayudantes, jefes de trabajos prácticos y ayudantes	Conjunto docentes	Relación cuadro B / cuadro A	Relación ayudantes / profesores	Número de estudiantes**	Tasa de encuadramiento general	Tasa de encuadramiento en A	Tasa de encuadramiento en B
1949	225	194	509	928	1,2	1,4	25.306	1/27	1/60	1/50
1950							26.981			
1951							28.200			–
1952*	297	208	502	1.007	1,0		30.683	1/30	1/61	1/61
1953							32.493			–
1954	523		626	1.149	1,2	–	36.102	1/31	1/69	1/58
1955	249	303	954	1.406	1,5	2,5	39.283	1/28	1/71	1/46
1956	264	346	984	1.594	1,6	2,6	45.147	1/28	1/74	1/46
1957	312	417	1.196	1.925	1,6		54.337	1/28	1/74	1/45
1958	334	475	1.472	2.281	1,8		61.725	1/27	1/76	1/42
1959	364	559	1.930	2.853	2,3		65.506	1/23	1/71	1/34
1960	1.068		2.564	3.632	2,4	–	69.978	1/19	1/65	1/27
1961							76.453	–		–
1962							89.882		–	–
1963	1.376		4.731	6.107	3,4	–	104.060	1/17	1/75	1/22
1964	1.484		5.417	6.901	3,65		113.084	1/16	1/76	1/21
1965	560	1.024	6.188	7.772	3,9	7,0	125.552	1/16	1/79	1/20
1966	583	1.111	6.580	8.274	3,9	7,1	129.413	1/16	1/76	1/20
1967							136.791	–	–	–
1968	660	1.463	8.166	10.289	3,8	7,6				
1969	696	1.534	8.519	10.749	3,8	7,3	147.458	1/14	1/66	1/17

** Los estudiantes de ciencias efectivos están sobreestimados; en efecto, habría que excluir de los estudiantes de ciencias a los estudiantes inscritos para el CPEM [Certificat Preparatoire aux Études Medicales] (n = 30.090 en 1969) y antes para el PCB [Physique, Chimie, Biologie] (n = 5.980 en 1960).

TABLA 1.C

LETRAS	Profesores	Profesores conferenciantes	Jefes de ayudantes y ayudantes	Conjunto docentes	Relación cuadro B / cuadro A	Relación ayudantes / profesores	Número de estudiantes	Tasa de encuadramiento global	Tasa de encuadramiento en A	Tasa de encuadramiento en B
1949	224	155	132	511	0,35	0,6	35.279	1/69	1/93	1/267
1950							36.265			
1951							36.956			
1952	293	238	177	708	0,3		38.947	1/55	1/73	1/220
1953							39.700			
1954							41.339			
1955	231	241	199	671	0,4	0,9	42.930	1/64	1/91	1/216
1956	242	265	228	735	0,45	0,95	48.606	1/66	1/96	1/213
1957	266	288	255	809	0,5		51.372	1/64	1/93	1/201
1958	276	298	302	876	0,5		55.653	1/64	1/97	1/184
1959	285	318	371	974	0,6		59.265	1/61	1/98	1/160
1960	653		497	1.150	0,8		66.814	1/58	1/102	1/134
1961							78.092			
1962							93.032			
1963	832		1.138	1.970	1,3		107.455	1/55	1/129	1/94
1964	903		1.493	2.396	1,65		122.972	1/51	1/136	1/82
1965	362	622	1.646	2.730	1,7	3,0	137.008	1/50	1/139	1/78
1966	373	674	2.139	3.186	2,0	3,6	158.657	1/50	1/151	1/74
1967			–				170.976			
1968	450	984	3.699	5.133	2,5	4,8	196.144	1/38	1/137	1/53
1969	492	1.119	4.171	5.782	2,5	5,0	208.515	1/36	1/129	1/50

Fuentes: En lo que concierne a los docentes, Ministerio de Educación Nacional, buró universitario de estadísticas, Dirección de Enseñanzas Superiores, Servicio de Estadísticas y Coyuntura (documentos no publicados), *Rapport général de la commission de l'équipement scolaire, universitaire et sportif, 1962-1965*; en lo concerniente a los estudiantes, *Informations statistiques*, y luego *Statistiques des enseignants*.

LAS TRANSFORMACIONES MORFOLÓGICAS DE LAS DISCIPLINAS

TABLA 2.A

	Estimación del número de agregados producidos entre 1927 y 1967 [2]		Número de agregados en los liceos en 1967-1968 [3]		Estimación del número de normalistas Ulm egresados entre 1923 y 1963 [4,5]	Número de docentes en las facs. de letras y ciencias humanas [6]		Tasa de crecimiento 1963-1967	Número de profesores [6]		Número de profesores conferenciantes [6]		Número de encargados de enseñanza		Número de jefes de ayudantes [6]		Número de ayudantes [6]		Tasa de crecimiento del cuadro A 1963-1967	Tasa de crecimiento del cuadro B 1963-1967
	H	F	H	F		1963	1967		1963	1967	1963	1967	1963	1967	1963	1967	1963	1967		
Francés [1]	1.549	1.249	1.090	1.371	570	338	675	200	90	110	11	13	35	66	62	154	140	332	139	242
Lenguas antiguas [1]	817	439				179	300	168	61	72	6	12	24	30	30	69	58	117	126	211
Historia	1.606	918	570	604	175	310	527	170	116	128	16	18	26	58	56	144	96	179	129	212
Geografía						179	337	188	54	62	7	23	8	19	46	88	64	145	151	211
Inglés	1.021	830	385	489	110	218	517	237	38	44	4	12	20	43	37	118	119	300	159	268
Filosofía	673	295	220	185	240	124	227	183	49	55	5	15	5	18	30	67	35	72	149	214
Lingüística						34	85	250	12	21	1	2	8	12	2	12	11	38	167	385
Psicología						77	221	325	23	21	3	8	4	22	24	59	23	111	170	362
Sociología						34	98	288	7	10	–	7	3	16	8	26	16	39	330	270

1 Las cifras inscritas en esta línea conciernen a la agregación de letras para francés y la agregación de gramática para lenguas antiguas, *en la medida en que los docentes de francés detentan en la mayoría de los casos una agregación de letras y los docentes de lenguas* antiguas una agregación de gramática.

2 *Fuente: L'Agrégation*, boletín oficial de la Sociedad de los Agregados, así como, para el período 1927-1939, *Les agrégées*, boletín trimestral de la Sociedad de las Agregadas. No se ha tenido en cuenta en los cálculos los años 1939-1944. Se obtendría una estimación más justa del número de agregados actualmente en actividad suprimiendo alrededor de un 15% de esos efectivos correspondiente a la tasa estimada de fallecimientos.

3 *Fuente:* Ministerio de Educación Nacional, Servicio Central de Estadísticas y Coyuntura.

4 Estadística establecida a partir del *Annuaire de l'Association Amicale des Anciens Élèves de l'École Normale Supérieure.*

5 Esta cifra no concierne tan sólo a los anglicistas, sino que se refiere al conjunto de los normalistas que se orientaron a las lenguas vivas.

6 Estadística establecida a partir del *Bulletin du Syndicat Autonome de l'Enseignement Supérieur.*

TABLA 2.B

	Relación encargados de enseñanza / profesores titulares		Relación ayudantes / profesores titulares		Tasa de ex alumnos de las escuelas normales superiores de Ulm y Sèvres		Tasa de ex alumnos de la École Normale Supérieure de Saint-Cloud		Tasa de ex alumnos de las clases preparatorias que no hicieron la integración en una gran escuela		Tasa de agregados		Tasa de tesis registradas o defendidas (cuadro B)	Proporción de mujeres en 1963		Proporción de mujeres en 1967		Tasa de tesis de 3er ciclo registradas (cuadro B)	Tasa de tesis de 3er ciclo defendidas		Relación[7] núm. de investigadores CNRS / núm. de docentes
	1963	1967	1963	1967	A	B	A	B	A	B	A	B		A	B	A	B		A	B	
Francés	0,39	0,60	1,5	3,3	39,0	19,0	6,8	7,4	8,3	6,6	95,8	93,8	95,2	7,0	19,0	8,0	34,6	16,1	1,5	8,6	5,8
Lenguas antiguas	0,39	0,42	0,9	1,6	40,0	18,0	1,8	4,1	3,3	3,2	96,8	97,8	89,0	6,0	24,3	9,5	28,4	20,9	1,8	5,5	12,6
Historia	0,22	0,45	0,8	1,4	23,9	12,8	4,4	5,4	3,5	3,0	86,7	90,2	94,1	2,8	11,4	5,0	17,8	31,0	3,5	19,0	22,9
Geografía	0,15	0,31	1,2	2,3	4,4	2,7	11,8	8,4	1,5	0,7	89,7	91,0	87,6	6,5	15,2	8,0	23,6	20,5	5,9	13,5	12,4
Inglés	0,53	0,98	3,1	6,8	12,5	5,8	6,3	11,2	14,6	3,2	98,0	96,8	88,4	9,7	28,8	13,1	35,2	16,5	2,2	1,1	–
Filosofía	0,10	0,33	0,7	1,3	40,7	23,9	–	4,2	3,4	4,2	86,7	86,1	90,1	14,0	10,0	13,0	18,0	13,5	3,5	13,5	31,2
Lingüística	0,67	0,57	0,9	1,8	19,0	6,2	2,7	12,6	·	–	86,7	74,4	76,6	–	30,4	8,6	33,8	27,4	6,6	13,0	71,7
Psicología	0,17	1,05	1,0	5,3	26,9	10,0	–	5,0	7,7	1,3	50,0	20,5	38,0	5,5	24,0	3,4	29,6	53,0	19,2	22,0	45,7
Sociología	0,43	1,60	2,3	3,9	25,0	5,6		2,8	-	–	52,6	19,4	22,9	–	...	–	18,5	25,7	13,2	34,3	108,0

7 Estadística establecida a partir de la relación nacional de coyuntura científica del CNRS.

3. El *ranking* de los intelectuales franceses o ¿quién será el juez de la legitimidad de los jueces?

Los palmarés que los diarios o semanarios publican de tanto en tanto –por ejemplo, al término de un decenio, con el pretexto de presentar el balance de los diez años pasados– son, junto con los golpes de efecto simbólicos que consisten en profetizar el fin de una corriente supuestamente dominante (marxismo, existencialismo, estructuralismo, etc.) o el comienzo de una tendencia nueva (el "postestructuralismo", los "nuevos filósofos", etc.), las más típicas entre las estrategias orientadas, más inconsciente que conscientemente, a la imposición de una visión del mundo intelectual, de sus divisiones y de sus jerarquías: según el procedimiento común en el campo político, los anhelos, las expectativas, las esperanzas de un grupo de intereses intelectuales (acabar con..., inmediato fin de...) se disimulan bajo el irreprochable exterior de la constatación (es el final para...) o de la previsión del informador bien informado. Cuando los juicios constativos o predictivos se presentan bajo la forma de profesiones de fe proféticas, proferidas por el principal interesado, o llevadas al campo de la prensa por cierto representante espontáneo, miembro menor del grupo, cliente o emisario, el golpe de efecto tiene una eficacia simbólica escasa (aunque la ingenuidad, y la convicción que ella traiciona, puedan agenciar una forma de crédito); una eficacia inversamente proporcional en todo caso al conocimiento que los receptores pueden tener de los intereses involucrados (y por lo tanto, a su proximidad social y espacial con respecto al juego y a lo que está en juego). La sospecha de indecencia que, a pesar de la tradición de manifestarse y del derecho al exhibicionismo históricamente conquistados por los artistas, se adhiere a las manifestaciones ingenuas de los intereses específicos de un grupo o de un individuo que pretenden su autolegitimación (según el paradigma de Napoleón coronándose a sí mismo), corre el riesgo de abolirse casi completamente con técnicas sociales tales como el *ranking* [*hit-parade*] de los intelectuales (cf. revista *Lire*, 68, abril de 1981): para empezar porque la amplitud de la consulta (la revista habla de "referéndum") le da al juicio una base colectiva, y por lo tanto, la apariencia de una validación consensual; para conti-

nuar, más sutilmente, porque el sujeto colectivo de este juicio parece coextenderse al objeto de juicio, produciendo así la apariencia de una autonomía perfecta.

De hecho, ese *ranking* representa una suerte de experimentación *in vitro* que permite observar procesos de evaluación de otro modo muy difíciles de objetivar. Si se posee a la vez la lista de los "elegidos" y la lista de los jueces, se descubre inmediatamente en la segunda el principio de la primera: personajes mixtos o bastardos que son un desafío para las taxonomías comunes, los escritores-periodistas y los periodistas-escritores, muy numerosos entre los nombres que la revista clasifica en las categorías de los periodistas, de los escritores o incluso de los escritores-docentes, están muy fuertemente representados tanto entre los jueces como entre los palmarés que la sumatoria de sus juicios ha producido (mientras que numerosas "autoridades" más reconocidas, por ejemplo todos los escritores de Éditions de Minuit, desde Beckett a [Claude] Simon, pasando por [Robert] Pinget y Robbe-Grillet, están ausentes de la lista de los jueces, y, a excepción de Beckett y de Marguerite Duras, también del palmarés –y sin que pueda suponerse que ellos mismos se hallan puesto de acuerdo–; y lo mismo ocurre con los filósofos).[1] El privilegio con-

1 Sobre 448 "jueces", se cuentan, fiándose de la clasificación operada por *Lire*, 132 "periodistas" (92 para la "prensa escrita", 40 para la "radio y televisión"), 66 "escritores"; 34 "profesionales del libro", editores, libreros, etc.; 34 "escritores-docentes", 21 "académicos" (a los que se añaden 44 profesionales de las "artes y espectáculos", 14 "políticos", 43 "docentes" y 34 "estudiantes", y 16 "diversos"). De hecho, las cuatro primeras categorías (que representan cerca de dos tercios de los "jueces") incluyen una gran proporción de personajes mixtos, que escapan a las clasificaciones propuestas: los autores clasificados entre los "periodistas" han escrito casi todos por lo menos un libro, y, de acuerdo con este criterio, podrían estar ordenados bajo la categoría de los "escritores". Es lo que advierten los autores de la clasificación que, a la inversa, omiten señalar que la mayoría de los autores clasificados entre los "escritores" están también ligados de manera más o menos permanente e institucionalizada a diarios o a semanarios. Esta diferencia de tratamiento testimonia la jerarquía tácitamente establecida entre las dos "cualidades": hay que excusarse ante los escritores a quienes se reduce al estatus de "periodistas"; no hay por qué hacerlo cuando se promueve a un periodista al estatus de escritor. En cuanto a los "escritores-docentes", cerca de la mitad de ellos podrían igualmente ser clasificados en la categoría (no prevista por *Lire*) de los "universitarios-periodistas" que, casi inexistente hace una treintena de años, es hoy muy nutrida, y donde se podría colocar también a algunos de los autores que, aunque tengan como principal fuente de ingresos la enseñanza, han sido clasificados por *Lire* entre los "periodistas" (hemos renunciado a presentar aquí las listas de nombres propios para evitar darle a la demostración los aires de la denuncia).

cedido en el palmarés a los intelectuales con fuerte "peso en los medios", como se dice en ciertas redacciones, y bien situados también en el palmarés de los best sellers (como Roger Garaudy, André Glucksmann y Bernard-Henri Lévy)[2] encuentra su principio en la lista de los jueces: se ha predeterminado la lista de los elegidos al determinar el principio de elección de los electores, ellos mismos predispuestos a elegir según el principio de su elección. Así se tiene un primer efecto de desconocimiento, que contribuye a la eficacia simbólica (no buscada) de la técnica del *ranking*, verdadera invención social, obtenida por medio de la transferencia al campo intelectual de un procedimiento común en otros dominios (canción, cocina o política): el malentendido sobre la composición social del grupo de los jueces anima al lector a *tomar por* un veredicto de los intelectuales sobre los intelectuales lo que en realidad es la visión que un conjunto de jueces dominado por los periodistas-intelectuales y los intelectuales-periodistas tiene del mundo intelectual. Pero este efecto de alodoxia, que todos los comentarios refuerzan –por ejemplo, poniendo por delante los juicios formulados por los pocos autores citados en el palmarés que aceptaron responder–, está presente a lo largo del todo el proceso, y en el proyecto mismo de los inventores de la técnica que tienden, por ejemplo, a pensar el campo intelectual por analogía con el campo político –lo que los conduce, entre otras cosas, a introducir la cues-

2 En la lista de los "best sellers del septenio" establecida por el diario *l'Express* en marzo de 1981 (véase el anexo más abajo) de acuerdo con la cantidad de semanas de presencia en la lista de los éxitos de la semana, Roger Garaudy está en el 13° puesto por *Appel aux vivants* –después de Jakez Helias, Peyrefitte (por *Le mal français*); Schwartzenberg, Viansson-Ponté, R. Moody, Peyrefitte (por *Cuando China despierte*); Émilie Carles, Dr. Roger Dalet, Lapierre-Collins, Murray Kendall, [Samuel] Pisar, Soljenitsyne, Troyat, [François] de Closets– y en el 11° puesto por *Palabra de hombre*; Bernard-Henri Lévy llega en el 20° puesto, por *El testamento de Dios*, y Glucksmann en el 21° por *Los maestros pensadores*. El efecto best seller es particularmente marcado, como se ve, en el dominio de las ciencias sociales y de la filosofía, sin duda porque allí es más difusa la frontera, a menos a ojos de los periodistas y del gran público (que ellos contribuyen a orientar), entre los trabajos de investigación y los ensayos: ninguno de los novelistas, poetas u hombres de teatro citados en el palmarés de *Lire* aparece en la lista de best sellers para novela. Más lejos en la lista, se encuentran todavía obras que Janick Jossin (*l'Express*, 18 de abril de 1981) llama los "best sellers imprevistos" (por ejemplo *Montaillou* de Emmanuel Le Roy Ladurie, *Plaidoyer pour une Europe décadente* de Raymond Aron o *Fragmentos de un discurso amoroso* de Roland Barthes). Janick Jossin cita también, por el lado de la novela, a Michel Tournier, Marguerite Yourcenar, J. M. G. Le Clézio, Julien Gracq.

ción de la "sucesión"–. De todos los mecanismos que hacen que los iniciadores de la "encuesta" y los que responden a ella hayan producido sin intención lo que puede aparecer como la expresión de una intención colectiva –la de imponer al campo de producción restringida, lugar de la producción para productores, las normas de producción y de consumo de los productos culturales contra los cuales ese campo se ha constituido–, uno de los más poderosos es, en efecto, la alodoxia, como quid pro quo o equivocación que lleva a tomar una cosa por otra, con total buena fe... un ensayista telegénico como un pretendiente a la "sucesión" del autor de *El ser y la nada* y de la *Crítica de la razón dialéctica*, y un periodista que escribe libros de los que los periodistas hablan porque él habla de libros en un diario, por un escritor del que hay que hablar. La indeterminación de las cosas a clasificar, en este universo donde los periodistas escriben libros y los escritores artículos, y donde los editores se empeñan en obtener de los periodistas –sobre todo cuando escriben sobre libros– que escriban libros para ellos, no tiene otro igual que la incerteza de los sistemas de clasificación, y se comprende que la redacción de *Lire* se pierda un poco en ellos cuando quiere clasificar a los clasificadores: uno se imagina que Jaen Cau, Jean-Claude Casanova, Catherine Clément, Jean-Marie Domenach, Paul Guth, Pierre Nora o Paul Thibauld (entre otros) no deben haber quedado muy satisfechos al verse ubicados en la categoría de los periodistas, junto a Jean Farran, a Jacques Goddet o a Louis Pauwels, mientras que Madeleine Chapsal, Jacques Lanzmann, Bernard-Henri Lévy o Roger Stéphane (entre otros) se descubren clasificados entre los escritores, y que tantos colaboradores regulares y, en algunos casos, regularmente remunerados, por los diarios o semanarios parisinos, encontraban sitio entre los escritores-docentes.

Pero la incertidumbre de los sistemas de clasificación que los intelectuales intermedios ponen en funcionamiento es ella misma la expresión directa de la posición que esos clasificadores inclasificables ocupan en las clasificaciones, y de los intereses que están asociados a ella, como la complacencia fascinada por las pequeñeces de los "grandes hombres" o la inclinación inconsciente a confundir las jerarquías, a igualarse a lo inigualable al igualarle el *alter ego*. Situados en posición intermedia entre el campo de producción restringida y el campo de gran producción, los intelectuales-periodistas y los periodistas-intelectuales no tienen, con la mayor frecuencia, los medios (y particularmente el tiempo) para hacer distinciones que, en todo caso, no tienen interés en operar: como si trabajasen inconscientemente en anular divisiones que los disminuyen, tienden de manera totalmente natural a yuxtaponer en sus preferencias a los grandes eruditos consagrados, y por lo tanto, inevita-

bles so pena de descalificación (Lévi-Strauss, Dumézil, Braudel, Jacob), y a los más periodistas de los intelectuales o los más intelectuales de los periodistas. Las aproximaciones a menudo descabelladas que resultan de ello tienen por efecto asegurar la *consagración por contagio* de toda la categoría de los intermedios entre el escritor y el periodista. Este efecto se ejerce en primer lugar sobre los periodistas mismos –y qué más quieren–, reforzando así la inclinación a la confusión de los órdenes.[3]

Sin duda se espera del sociólogo que, para afirmar el estatuto científico de su disciplina o, más simplemente, su propia dignidad de erudito, critique ese palmarés y le oponga procedimientos rigurosos, capaces de despejar una jerarquía realmente "objetiva". De hecho, sería fácil encontrar en la práctica científica más reconocida socialmente el equivalente estricto del *ranking*, ya se trate de la técnica de los "jueces" o de los procedimientos de muestreo en uso en las encuestas sobre las "elites" (*snow-ball*) o, más simplemente, del recurso a definiciones presuntamente operativas que zanjan antes de toda encuesta cuestiones –como la de las fronteras– que no están zanjadas en la realidad –"llamo intelectual a..."–, presuponiendo de ese modo el resultado de la encuesta por obra de la misma delimitación de la población sobre la cual se ejerce.[4] Por otra parte, cediendo a los reflejos de defensa contra la "competencia desleal", el sociólogo se privaría de una información capital, que se torna accesible desde el momento en que uno se toma la molestia de despejar la pregunta –en este caso científicamente válida– a la que responde *de hecho* la encuesta herética. El *ranking* intelectual representa una suerte de reconstitución artificial, y como tal más fácil de observar, del proceso que se

3 Cada periodista cultural tiende, por efecto de la competencia entre los órganos de prensa, a jugar el papel de *taste-maker* para el conjunto de los otros periodistas. Además, algunas instituciones proporcionan a los periodistas *marcas objetivas*: "A lo largo de estos siete años, la literatura francesa ha vivido al ritmo de esos dos barómetros oficiosos en los que se han convertido la emisión televisiva "Apostrophes" y la lista de best sellers de *l'Express*" (J. Jossin, *loc. cit.*). Es así como tiende a crearse una jerarquía de los intelectuales adecuada para los periodistas y una categoría especial de intelectuales-para-los-medios (siendo que el palmarés de *Lire* registra de alguna manera el producto de una acción de la que él mismo representa la forma más acabada).

4 Todas las peticiones de principio inconscientes que es posible hacer (definición previa, muestra implícitamente prejuzgada, etc.) quedan despejadas en el libro de Charles Kadushin, que tiene todas las apariencias sociales capaces de hacer de él un clásico de la sociología "empírica" de los intelectuales (cf. C. Kadushin, *The American Intellectual Elite*, Boston, Little, Brown and Co., 1974).

encuentra incesantemente en funcionamiento dentro del campo de producción cultural y en el que se elabora y se define una de las representaciones más poderosas (en tanto que objetivada y ampliamente publicada) de la jerarquía de los valores intelectuales. Este proceso [*processus*] que es también una causa [*procès*] o, si se prefiere, un proceso de formación de precios (como veredictos del mercado), se realiza a través de intercambios "informales" de juicios privados, incluso confidenciales ("el libro de Fulano, no lo repitas, pero es una completa nulidad") entre periodistas, entre periodistas-escritores y escritores-periodistas, pero también a través de los *veredictos públicos* que son las reseñas, las críticas, las invitaciones a la radio o a la televisión, y finalmente los palmarés, los palmarés de los palmarés o los *rankings*, sin hablar de los actos de consagración más antiguamente instituidos, como la nominación en una academia, que, en lo esencial, no hacen sino ratificar el conjunto de esos veredictos, etc. De ello se deduce que el palmarés de la revista *Lire* es una buena medida *de una* de las visiones del mundo intelectual, la que tiene de ese mundo un conjunto de gente que, sin dejar de ser culturalmente dominada, tiene en común el estar en situación de imponer (por un tiempo) su visión ("de los hombres y de las mujeres, nos dice *Lire*, que, mediante su actividad profesional, ejercen ellos mismos una influencia sobre el movimiento de las ideas y son detentores de un cierto poder cultural").

Además de que proporciona una buena medida de la *visibilidad periodística*, ese palmarés permite plantear la pregunta por los factores que contribuyen a determinarla. Se sobrentiende que la visibilidad (lo mismo valdría para eso que los universitarios norteamericanos llaman la *visibility* de un profesor y, de modo más general, de toda realidad social) se define en la relación entre cosa vista –en este caso en particular, la obra y sobre todo *el autor*– y las categorías de percepción y de apreciación susceptibles de serle aplicadas por la población involucrada –en este caso en particular, los periodistas o, en especial, los periodistas-escritores y los escritores-periodistas (se sabe, por ejemplo, que una obra puede *pasar inadvertida* por los contemporáneos y ser ulteriormente *redescubierta* por una posteridad dotada de las categorías de percepción y de intereses perceptivos capaces de permitirle "hacer la diferencia", escapar a la indiferencia y arrancar a la indiferenciación el mundo percibido).

Para comprender todo lo que contribuye a determinar el aspecto subjetivo del acto de percepción habría que tomar en cuenta, además de la propensión estatutaria a la alodoxia, el conjunto de las condiciones sociales de producción de los "jueces", especialmente su relación presente, y sobre todo pasada, con el sistema académico, así como las condiciones institucionales en

las cuales se elaboran y se ejercen sus veredictos: y para empezar, todos los efectos de campo que hacen que los periodistas estén sin duda más ocupados en leerse los unos a los otros que en leer los libros que se sienten *obligados* a leer porque los otros han hablado o van a hablar necesariamente de ellos (lo mismo ocurre cuando se trata de "acontecimientos" políticos); pero también la urgencia, la *prisa* [*presse*] de los periodistas que, con la prisa, siempre supuesta por los periodistas, de los lectores de la prensa [*presse*], impide las lecturas y los análisis en profundidad, y tiende a hacer de la legibilidad inmediata uno de los prerrequisitos tácitamente exigidos de las producciones culturales, excluyendo el "descubrimiento" de las obras y de los autores de legibilidad y visibilidad escasas (como lo testimonia la ausencia casi total, en el palmarés, de la vanguardia tanto en literatura como en ciencias humanas).

Para comprender, por otra parte, lo que determina el aspecto objetivo de la relación en la que se define la visibilidad periodística –o el "peso en los medios"– habría que tomar en cuenta las características de las obras y sobre todo las disposiciones de los autores, más o menos inclinados a hacerse ver, y bien ver, por los periodistas, manteniendo con ellos relaciones fundadas en la afinidad de los habitus o en la condescendencia interesada.[5] Estas disposiciones socialmente constituidas, y por lo tanto variables según las trayectorias sociales y las posiciones ocupadas en el campo de producción, pueden recibir expresiones diferentes según lo que entra, en el momento considerado, en la definición dominante de los puestos intelectuales. Por lo demás, es cierto que hoy la visibilidad periodística, ella misma ligada a la frecuencia de las intervenciones fuera del campo de producción restringida (o del campo universitario), especialmente en la política (a través del petitorio, la manifestación, etc.), es un componente mayor de la definición del intelectual tal como se ha

5 Una de las diferencias mayores entre el punto de vista de los contemporáneos y el punto de vista de la posteridad reside sin duda en el hecho de que los contemporáneos tienen un conocimiento (variable) de los autores, de su persona física, y también de todo aquello que se asocia a la contemporaneidad, chismes, rumores, mitologías personales. Y este *intuitus personae* que constituye uno de los principios de la percepción y de la apreciación inmediatas de los autores (más que de las obras, sin duda muy poco leídas por aquellos que hacen profesión de hablar de ellas en la prensa), y de la distancia con respecto a la percepción y a la apreciación posteriores, más directa y exclusivamente fundadas en la *lectura* de la obra, es muy difícil de reconstituir a través de los testimonios (por ejemplo, las anotaciones sobre el acento de los pintores o de los escritores del siglo XIX, sobre su *hexis* corporal, su complexión, etc., son muy raras y siempre ligadas a casos de excepción).

Le verdict [El veredicto]

Y a-t-il encore des maîtres à penser ? Des Gide, des Camus, des Sartre ? Lire a interrogé plusieurs centaines d'écrivains, de journalistes, de professeurs, d'étudiants, d'hommes politiques, etc.
La question était :
« Quels sont les trois intellectuels(-elles) vivants, de langue française, dont les écrits vous paraissent exercer, en profondeur, le plus d'influence sur l'évolution des idées, des lettres, des arts, des sciences, etc. ? »
Ils ont répondu massivement. En avouant leur embarras. En ne plébiscitant personne. Mais en reconnaissant l'influence de Lévi-Strauss, Aron et Foucault.*

1	Claude Lévi-Strauss	101
2	Raymond Aron	84
3	Michel Foucault	83
4	Jacques Lacan	51
5	Simone de Beauvoir	46
6	Marguerite Yourcenar	32
7	Fernand Braudel historien	27
8	Michel Tournier romancier	24
9	Bernard-Henri Lévy philosophe	22
9	Henri Michaux poète	22
11	François Jacob biologiste	21
12	Samuel Beckett auteur dramatique et romancier	20
12	Emmanuel Le Roy Ladurie historien	20
14	René Girard philosophe	18
15	Louis Aragon poète, romancier et homme politique	17
15	Henri Laborit biologiste	17
15	Edgar Morin sociologue et philosophe	17
18	E. M. Cioran essayiste et moraliste	16
18	Eugène Ionesco auteur dramatique	16
20	Marguerite Duras romancière et cinéaste	15
20	Roger Garaudy philosophe et homme politique	15
20	Louis Leprince-Ringuet physicien	15
20	Michel Serres philosophe	15
24	Julien Gracq romancier	14
24	Philippe Sollers romancier	14
26	Louis Althusser philosophe	12
26	Claire Brétécher dessinatrice	12
26	René Char poète	12
26	Gilles Deleuze philosophe	12
26	Georges Duby historien	12
26	Vladimir Jankélévitch philosophe	12
26	J. M. G. Le Clézio romancier	12
26	Alfred Sauvy économiste	12
34	Georges Dumézil historien des religions	11
34	Jean-Luc Godard cinéaste	11
36	Jean Bernard médecin	10
36	Pierre Boulez compositeur, chef d'orchestre	10
36	Pierre Bourdieu sociologue	10
36	Albert Cohen romancier	10
36	André Glucksmann philosophe	10
36	René Huyghe historien d'art	10
36	Léopold Sedar Senghor poète et homme politique	10

Lire, 68, avril 1981, pp. 38-39.

* ¿Existen todavía maestros pensadores? ¿Los Gide, los Camus, los Sartre? *Lire* ha interrogado a varios centenares de escritores, de periodistas, de profesores, de estudiantes, de políticos, etc. La pregunta era:
"¿Cuáles son los/as tres intelectuales vivos/as de lengua francesa cuyos escritos considera usted que ejercen, en profundidad, más influencia sobre la evolución de las ideas, de las letras, de las artes, de las ciencias, etcétera?"
Respondieron masivamente. Confesando su dificultad. Sin plebiscitar a nadie. Pero reconociendo la influencia de Lévi-Strauss, Aron y Foucault.

construido progresivamente en Francia, desde Zola a Sartre. Se sigue de ello que la propensión a sostener el rol público del intelectual implica, a través de la correlativa propensión a responder a la demanda periodística (que varía según la visibilidad, ella misma parcialmente ligada a la propensión a hacerse ver y bien ver), una forma de *dependencia* con respecto al campo periodístico (muy visible en la construcción del personaje social de Sartre), y por lo tanto, una forma de *reconocimiento* de hecho de la legitimidad de sus veredictos.

Todo permite suponer que el palmarés sin duda habría estado más alejado todavía de aquel que se obtendría partiendo de una lista de jueces más estrictamente restringida a los productores para productores, especialmente a lo que comúnmente se llama vanguardia (de la que se comprende mejor por qué está tan visiblemente ausente de la lista de los jueces), si el campo del periodismo, incluso y sobre todo cultural, no estuviese dominado por el

Les juges [Los jueces]

La question a été envoyée à 600 personnes. Le 11 mars, 448 avaient répondu. Qu'elles soient remerciées. Voici leurs noms. *

ACADEMICIENS

Membres de l'Académie française, de l'Académie des sciences morales et politiques, de l'Académie royale belge de langue et de littérature française, et de l'Académie Goncourt :

Ferdinand Alquié, Hervé Bazin, Jean Bernard, Bernard Chenot, Jean Dutourd, Jean-Jacques Gautier, Jean Guitton, René Huyghe, Jean Laloy, *Armand Lanoux, Suzanne Lilar, Félicien Marceau*, François Nourissier, Jean d'Ormesson, Karl Popper, Maurice Rheims, Robert Sabatier, Maurice Schumann, Georges Sion, Michel Tournier, Henri Troyat.

ECRIVAINS

ADG, Henri Amouroux, Christine Arnothy, Jean-Paul Aron, Dominique Aury, François-Régis Bastide, Tahar Ben Jelloun, Jean-Marie Benoist, Yves Berger, Daniel Boulanger, Jeanne Bourin, Chantal Chawaf, François Caradec, Marie Cardinal, Jean Carrière, Madeleine Chapsal, Edmonde Charles-Roux, François Clément, Georges Conchon, Jean-Louis Curtis, Conrad Detrez, Geneviève Dormann, Jean Elleinstein, Pierre Emmanuel, Alain Finkielkraut, Viviane Forrester, Max Gallo, François Georges, Alain Gerber, Roger Grenier, Benoîte Groult, Gérard Guégan, Eugène Guillevic, Bertrand de Jouvenel, Hubert Juin, Marcel Jullian, Jacques Lanzmann, Edmée de La Rochefoucauld, Bernard-Henri Lévy, Raymond Lévy, Jacques-Patrick Manchette, Diane de Margerie, Renée Massip, Gabriel Matzneff, Claude Mauriac, Patrick Modiano, Yves Navarre, Eric Ollivier, Hélène Parmelin, René-Victor Pilhes, Suzanne Prou, Pierre-Jean Rémy, Jean-Claude Renard, Alain Rey, Christine de Rivoyre, Denis Roche, Dominique Rolin, Claude Roy, Michel de Saint-Pierre, Jorge Semprun, Philippe Sollers, Roger Stéphane, René Taverner, Georges Thinès, Henri Vincenot, Kenneth White

ECRIVAINS-ENSEIGNANTS

Paul-Laurent Assoun, Jacques Attali, Elisabeth Badinter, Blandine Barret-Kriegel, Raymond Boudon, Louis-Jean Calvet, Hélène Carrère d'Encausse, François Châtelet, Anne-Marie Dardigna, Jean Denizet, Georges Duby, Jean Duvignaud, Jacques Ellul, Marc Ferro, François Furet, Alfred Grosser, Marie-Françoise Hans, Albert Jacquard, Raymond Jean, Julia Kristeva, Yves Lacoste, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie, Erik Orsenna, Daniel Oster, Mona Ozouf, Régine Pernoud, Catherine Ribot, Maxime Rodinson, Alfred Sauvy, Martine Segalen, Lucien Sfez, Louis-Vincent Thomas, Pierre Vidal-Naquet

ENSEIGNANTS

Professeurs de l'enseignement supérieur, de l'enseignement secondaire et instituteurs, de Paris et *de province* :

Aline Baldinger, Claude Bellier, Christian Bonnet, Alain Boyer, Josette Chazal, Jean Colmez, Jean-Pierre Cuvillier, M. Davy, L. Dugué, M. Dupuis, Jacques Fierain, Pierre Fontaney, Alain Fredaigue, Françoise Gadet, Claude-Louis Gallien, Nadine Gallifret-Grangeon, Jeanine Gombert, Lucienne Guillet, Henri Guitton, Ibram Harari, Simone Helfer, Michel Hervé, Dominique Janicaud, Jo Landormy, Rosine Lapresle, Mme Geneviève Laurent-Fabre, André Lebrun, Jean-Mary Leveque, Pierre Mathey, Jean-Michel Muglioni, Jim Pichot, Jacqueline Puysegur, Jean-Bruno Renard, Pierre Rigoulot, Jacques Rivelaygues, Michel Rouche, J.-C. Royet, Lélia Sennheenn, Philippe Sussel, M. Tourlières, Jean Touzot, Pierre Verdier, Patrick Vignolles.

ETUDIANTS

Etudiants et élèves de terminale de Paris et de province :

Véronique Angella, Corinne d'Argis, Gilles Basterra, Gisèle Berkman, Catherine Bernard, Agnès Besnier, Corinne Bilhannic, Laurent Collobert, Christophe Daniel, Marcelle Delhomme, Pierre Desesquelles, Bruno Dive, Jean-Baptiste Divry, Isabelle Duperrier, M. Teboul, Catherine Gaillot, Anne Garreta, Agnès Guiniot, Lydie Herbelot, Julie Jézéquel, Catherine Jouffre, Y. Le Marrec, Anne-Paul Lozac'hmeur, Isabelle Mavian, Isabelle Mercier, Eric Morillon, Pascale Perdereau, Isabelle Philippe, John-David Ragan, Joseph Raguin, Nathalie Richard, Blandine Rivière, F. Sportiche, François Tourlière.

PROFESSIONNELS DU LIVRE

Editeurs, libraires et bibliothécaires :

Pierre Angoulvent, Dominique Autié, André Balland, Christian de Bartillat, M. Beaudiguez, Marie-Thérèse Bouley, Christian Bourgois, Jean Callens, Jean-Baptiste Daelman, Henri Desmars, Vladimir Dimitrijevic, Yves Dubé, Anne-Marie Duchesne, Marie-Madeleine Erlevint, M. Gasguel, Gérald Gassiot-Talabot, Jean Goasguen, Gérald Grunberg, Jean Hamelin, Georges Lambrichs, Jean-Claude Lattès, Mlle Lavocat, Françoise Mourgue Molines, Simone Mussard, Paul Otchakovsky-Laurens, *Pierre Pain*, Geneviève Patte, Jean-Luc Pidoux-Payot, Jacques Plaine, Jean-Pierre Ramsay, Charles Ronsac, Albert Ronsin, M. Teulé, Louis Vitalis

PRESSE ECRITE

Directeurs de journaux, directeurs de revues, rédacteurs en chef, critiques littéraires, correspondants de journaux étrangers en poste à Paris, etc. A noter que beaucoup de journalistes sont aussi des écrivains.

Pierre Ajame, Jacques-Pierre Amette, Georges Anex, Yvan Audouard, René Andrieu, Robert Baguet, Barthélemy, Guy Bechtel, Edward Behr, Pierre Benichou, Alain de Benoist, Jean Barial, Jean Boissonnat, Henry Bonnier, André Bourin, Pierre Breton, André Brincourt, Jean-Jacques Brochier, José de Broucker, Alain Buhler, Robert Butheau, Jean Cau, Jean-Claude Casanova, Cavanna, Jean Chalon, Claude Cherki, Catherine Clément, Jean Clémentin, Claude-Michel Cluny, Françoise de Comberousse, Annie Copperman, James de Coquet, Jacques Cordy, Jean Daniel, Jean-Marie Domenach, Françoise Ducout, Guy Dumur, Jean-Pierre Enard, Jean-Louis Ezine, Jean Farran, Jacques Fauvet, André Fontaine, Jean-Jacques Gabut, Matthieu Galey, Jean-Louis Gauthier, Annick Geille, André Géraud, Paul Giannoli, Jacques Goddet, Léon-Gabriel Gros, Paul Guth, Danièle Heymann, Claude Imbert, Roland Jaccard, Jean-François Josselin, Janick Jossin, Jean-François Kahn, Konk, Serge Koster, Jean-Claude Lamy, Pierre Lepape, collectif *Libération*, Richard Liscia, René Mauriès, Georges Montaron, Pierre Nora, Jean-Paul Ollivier, Jacques Paugam, Louis Pauwels, Bernard Pellegrin, Bertrand Poirot-Delpech, Anne Pons, Marguerite Puhl-Demange, Marcel Raymond, Jean-François Revel, Angelo Rinaldi, Louis-Bernard Robitaille, Jean-Daniel Roob, Pierrette Rosset, Guy Rouzet, François Salvaing, Claude Servan-Schreiber, Maurice Siegel, Nadine Speller-Lefèvre, Paul Thibaud, Olivier Todd, Bernardo Valli, Eliane Victor, René Vigo, Wolinski, André Wurmser, Françoise Xenakis.

RADIO-TELEVISION

Laure Adler, André Arnaud, José Artur, André Asséo, Maurice Audran, Claude Barma, Jean de Beer, Gabriel de Broglie, Jacques Chancel, Jacques Chapus, Georges Charbonnier, François Chatel, Pierre Desgraupes, Alain Duhamel, Jean-Pierre Elkabbach, Freddy Eytan, Jean Ferniot, François Gonnet, Philippe Labro, Xavier Larère, Jacques Legris, Ivan Levai, Noël Mamère, Claude Mettra, Jean Montalbetti, Etienne Mougeotte, Jacques Paoli, Luce Perrot, Claude Jean-Philippe, Patrick Poivre d'Arvor, Jacques Rigaud, Philippe Saint-Germain, Anne Sinclair, Georges *Suffert, Jean-Pierre Tison, Alain Venstein, Jean-*Daniel Verhaeghe, Roger Vrigny, Pierre Wiehn, Jean-Didier Wolfromm

ARTS ET SPECTACLES

Comédiens, metteurs en scène, musiciens, peintres, architectes, directeurs de maisons de la culture, etc.

Geneviève Bailac, Michel Bouquet, Antoine Bourseiller, André Bruyère, César, Paul Chemetov, Coluche, Jacques Darrolles, Yves Deschamps, Pierre Dux, André Feller, Léo Ferré, Edwige Feuillère, Guy Fossy, Jean-Jacques Fouché, Raymond Gérôme, Didier Guilland, Michel Guy, Elisabeth Huppert, Francis Huster, Fabien Jannelle, Bernard Lefort, Maurice Le Roux, Marcel Maréchal, Mathieu, Silvia Monfort, Yves Montand, Jean Morlock, Claude Parent, Gilbert Pellissier, François Perier, Michel Piccoli, Michel Polac, Roland Poquet, Jean-Pierre Pottier, Paul Puaux, Dominique Quehec, Alain Sarfati, Pierre Schaeffer, Nicolas Shöffer, Simone Signoret, Pierre Soulages, Jacques Toja, Victor Vasarely

HOMMES ET FEMMES POLITIQUES

Christian Beullac, Huguette Bouchardeau, Jacques Chirac, Gaston Defferre, Françoise Gaspard, Pascal Gauchon, Valéry Giscard d'Estaing, Arlette Laguiller, Brice Lalonde, Jean-Philippe Lecat, Jacques Médecin, Pierre Mendès France, Edgard Pisani, Jean-Marie Poirier.

DIVERS

Religion :

R.P. Bro, Josy Eisenberg, Mgr Paul Poupard, M. le Grand Rabbin Sirat.

Publicité :

Bernard Brochand, Lucien Elia, Marcel Germon, Pierre Lemonnier, Maurice Lévy, J. Séguéla.

Attachés culturels étrangers en poste à Paris :

Bernardino Osio, Charlotte Sow, Bryan Swingler

Attachés culturels français en poste à l'étranger :

G. Coste, Gilbert Erouart, Christian Morieux

10 réponses ont été renvoyées anonymement.

* La pregunta fue enviada a 600 personas. El 11 de marzo, 448 habían respondido. Nuestro agradecimiento. Éstos son sus nombres.

campo restringido y por sus principios específicos de percepción y de apreciación, y si los jueces no tuviesen un conocimiento parcial de los *signos* institucionalizados o de las manifestaciones informales y difusas de la jerarquía tácita y confusamente admitida en el seno del campo de los productores para productores y también una vaga conciencia de la ley que quiere que las clasificaciones enunciadas corran siempre el riesgo de traicionar la posición de su autor en las clasificaciones. Los productos culturales están provistos de etiquetas (por ejemplo, los títulos profesionales atribuidos a los elegidos, "filósofo y sociólogo"), de *marcas* y de sellos de calidad que representan verdaderas garantías institucionales (pertenencia institucional, editor, colección, prologuista, etc.) que orientan y predeterminan el juicio. Se ve en ello una de las propiedades más generales de la percepción del mundo social: lo que los agentes tienen que percibir es, en cada momento, el producto de percepciones anteriores y de expresiones o de actos destinados a manifestarlos (lo que hace, por ejemplo, que las posibilidades de verse encerrado en el círculo mágico de las percepciones incesantemente confirmadas y reforzadas por una objetividad surgida de la objetivación de subjetividades de una misma estructura tiendan sin duda a acrecentarse junto con el poder simbólico que se posee).

La inclinación de los periodistas a imponer una definición del intelectual más próxima a sus inclinaciones, es decir, a sus capacidades productivas e interpretativas, resulta contrabalanceada así por su preocupación por afirmar su pertenencia al círculo de los jueces verdaderos.[6] Por no poder ir hasta una subversión radical de la tabla de valores, es sólo acordando un prejuicio favorable a los más periodistas de los intelectuales como los periodistas pueden afirmar su pertenencia legítima a un campo intelectual ampliado y su derecho a juzgar a los menos periodistas o periodísticos de los intelectuales, de los que, a pesar de todo, tienen que citar a los más visibles, so pena de excluirse del juego intelectual. Se comprende de ese modo el lugar eminente que se le confirió a Raymond Aron: más que la lucidez, muy natural dadas sus opciones políticas, que ha manifestado con respecto a la Unión Soviética, y que tenía como contrapartida tantas cegueras, es sin duda su estatuto de máximo honor intelectual de los intelectuales-periodistas y de los periodistas-intelectuales lo que explica que, con el favor del acrecentamiento de la in-

6 Es probable, pues, que el sesgo en favor de los intelectuales-periodistas o de los escritores con fuerte "peso en los medios" fuera incluso más marcado si se hubiese pedido dar una lista de nombres más larga, dejando así más libertad a la estrategia de panmixia.

fluencia del periodismo sobre el campo intelectual,[7] algunos hayan podido reconocer por un momento la figura del gran intelectual en ese gran periodista universitariamente consagrado, universalmente conocido por ese clásico del antiintelectualismo que es *L'Opium des intellectuels,* y tan a menudo celebrado por la claridad y el buen sentido que el larvado antiintelectualismo de los periodistas adora oponer a la oscuridad y a la irresponsabilidad de los intelectuales.[8]

Así, la estrategia del balance –individual o colectivo–, del que el *ranking* representa la consumación, tiende a sustituir los actos clasificatorios operados

7 El *ranking* de los intelectuales que, a diferencia de la encuesta de Huret de 1881, limitada solamente a recoger opiniones de escritores sobre escritores, es el producto de una intención explícita de juzgar y clasificar, y el privilegio que confiere a los autores más "mediáticos", no son más que índices entre otros del acrecentamiento de esa influencia: basta añadir el peso institucional que los universitarios-periodistas se han procurado en el seno de una institución universitaria como la École des Hautes Études o el hecho mismo de que los "periodistas culturales" de los grandes diarios y semanarios, fuertes por la mera autoridad que les confiere su supuesto poder de proporcionar notoriedad fuera del campo de la prensa y de la edición y por su capacidad real de producirla dentro de los límites de ese campo, especialmente en las editoriales, puedan afirmar colectivamente su pretensión de juzgar legítimamente trabajos (genéricamente llamados "ensayos") cuyo examen y cuya crítica estaban en otros tiempos reservados al campo científico y a sus revistas doctas (cf. *Les Nouvelles littéraires*, 3-9 de enero de 1980).

8 Es notable que, como señalan los propios responsables de la encuesta, Aron es "el nombre citado por aquellos que no tienen ganas de citar a nadie" (J. Jaubert, *Lire*, 68, abril del 81, p. 45): "Intelectuales influyentes, ya no hay, mi buen señor, apenas un poco Raymond Aron" (Yves Berges), "...a excepción de Raymond Aron" (Alain Buhler), "Aron, y sólo si se busca muy bien", dice Annie Copperman, quien añade: "Son los medios los que han tomado el relevo". Cosa que Jacques Lanzmann corrobora cuando cita a "Bernard-Henri Lévy, cuya linda facha telegénica viene a ponerles el hombro a ideas verdaderamente originales y contundentes". Todo ocurre como si, al coronar al más antiintelectualista de los intelectuales, se pretendiera destronar al intelectual o, mejor, anularlo. Intención que se expresa también en la diligencia que los periodistas de toda opinión ponen en declarar que Sartre no tiene sucesor. O incluso en la propensión a acoger a los defensores de las diferentes formas de irracionalismo de las que no hace falta averiguar si han favorecido la sumisión del campo intelectual a los problemas y a los procedimientos del periodismo o si la han determinado; a tal punto es seguro que están ligadas al advenimiento de una nueva definición social del "intelectual" que hace de la utilización racional de los "medios" –con todo lo que ello implica– una de las condiciones de acceso a la dominación sobre el campo intelectual.

al azar de los intercambios cotidianos y la *clasificación no escrita,* que al mismo tiempo que está en vigor es incesantemente cuestionada dentro del campo, por la realidad objetiva, visible, publicada, pública, cuasi oficial, de una clasificación que, aunque sea la expresión de la visión propia de un sector particular, y culturalmente dominado, del campo de producción cultural, está dotada de todas las apariencias de la objetividad. Ello da una justa idea de la acción que realiza, día tras día, semana tras semana, sin tener necesidad de ponerse de acuerdo ni de conspirar, el conjunto de aquellos que han respondido al cuestionario de *Lire* y a otros parecidos. Así, después de la significación social del palmarés, uno descubre ahora el sentido de la interrogación que había permitido producirlo: lo que está en juego es tal vez menos la lista de los intelectuales consagrados que la lista de los jueces que tienen *competencia* para establecerla y que, cosa muy significativa, se halla publicada junto al palmarés de los "42 primeros intelectuales". Como el palmarés de los palmarés publicado por *Les Nouvelles littéraires,* donde los jueces ordinarios se anuncian al anunciar sus palmarés de la década, la publicación de esta lista de jueces, de este *album judicum,* como decían los romanos, declara el golpe de efecto simbólico por el cual pretende instituirse un nuevo principio de legitimación.

La pregunta por la definición del intelectual o, mejor, por el trabajo propiamente intelectual, es inseparable de la pregunta por la delimitación de la población que puede ser admitida para participar de dicha definición. Lo que verdaderamente está en juego en la lucha que se desarrolla en el seno del campo de producción cultural, y de lo que el juego anodino de la revista *Lire* exhibe los mecanismos más profundos, es de hecho la atribución del derecho a juzgar en materia de producción cultural. Casi siempre ha sido en nombre de una ampliación de la población de los jueces que se han realizado los golpes de efecto contra la autonomía de los diferentes campos de producción para productores, comenzando por el campo científico: ya sea que se apele al "pueblo" para condenar las producciones que son el producto de las exigencias internas de un campo autónomo –tanto en biología como en poesía o en sociología– o, en un registro aparentemente muy diferente, o a una aptitud para "estar en televisión" o una "claridad periodística", constituidas como medida de todo valor cultural, el antiintelectualismo que florece espontáneamente entre los periodistas y, en sentido más amplio, entre los productores desclasados y obligados a producir para la demanda, y que puede encontrar las más diversas formas de expresión y de justificación –con, especialmente, todas las variantes, del talante populista, de extrema derecha, *völkisch,* o de extrema izquierda, jdanoviano–, hace pesar una perma-

nente amenaza sobre aquellos que tienen el *privilegio* históricamente conquistado de producir para una demanda que ellos mismos han producido.[9] No es por azar que el palmarés, aparentemente orientado hacia el establecimiento de jerarquías, tenga como principal efecto el abolir las fronteras, siempre inciertas y amenazadas, entre aquellos de los productores que, hallándose directamente sometidos a la demanda, reciben su problemática del exterior, y aquellos que, debido a la forma específica de la competencia que los opone, están en posición de producir una demanda que puede ir por delante de toda demanda social.

La sociología no tiene que instaurarse en juez de los jueces, y de su derecho a juzgar. Solamente recuerda que ese derecho es algo que está en juego en luchas cuya lógica ella analiza. Debido a que las jerarquías están allí poco codificadas, poco objetivadas en normas o en formas, la pregunta por la legitimidad de las instancias de legitimidad, por la última instancia, que se plantea en todo campo, se plantea más visiblemente en el campo de producción cultural: la inseguridad extrema que nace de la incertidumbre de los logros tiende a conferir una violencia particular a la lucha simbólica de todos contra todos y a todos los actos de jurisprudencia a la vez innumerables e ínfimos, maledicencias tan cercanas a la maldición, calumnias, "palabras" que matan, rumores devastadores, cuya clasificación no escrita fundada en el consenso, necesariamente tácito, de los mejor clasificados en esa clasificación tácita, no es otra cosa que la integral impracticable.[10] No deja de ser cierto que la autonomía del campo se afirma en el hecho de que, como bien puede verse en el caso extremo de las ciencias de la naturaleza –aunque las cosas no son tan diferentes en pintura o en poesía–, no se puede vencer en esas luchas sino a condición de emplear todas las armas, y sólo ésas, que se han acumulado en toda la historia *específica* de las luchas anteriores. Por consiguiente, según su maestría sobre esas armas, los diferentes competidores tienen un interés muy desigual en la autonomía, en el reforzamiento de las fronteras que impiden la irrupción de principios de evaluación externos, o, por el contrario, en la alianza más o menos cínica con las fuerzas externas y especialmente

9 Para un análisis ejemplar, que se deja trasponer fácilmente, véase M. Goldman, *Literary Dissent in Communist China*, Harvard University Press, 1967.

10 Se sabe que algunos etnólogos han observado que las acusaciones de hechicería aparecen en universos sociales donde las relaciones son a la vez mal definidas y competitivas, y donde las tensiones entre rivales no pueden resolverse de otra manera (cf. M. Douglas [comp.], *Witchcraft, Confessions and Acussations*, Londres, Tavistock Publications, 1970).

con todos los personajes bastardos de juicios equívocos que, instaurándose individual o colectivamente como jueces, trabajan para despojar a los productores más autónomos del derecho a decidir sobre el tribunal al que reconocen el derecho de juzgarlos.

4. Los análisis de las correspondencias

LAS CUATRO FACULTADES

Variables principales (se ha colocado entre paréntesis el número de posibilidades cuando es superior a dos):

Academia Francesa; *Bottin Mondain*; categoría del padre (20); Concurso General; comisiones CNRS (presencia en los tres últimos); colección de bolsillo; coloquios de Caén o Amiens (al menos en uno de los dos); coloquios (frecuencia) (10); Comité Consultor de las Universidades; dirección de UER [Unité de Enseignement et de Recherche] (desde 1968); disciplina derecho (4); disciplina letras (9); disciplina medicina (3); disciplina ciencias (3); decano; hijos (número de) (5); enseñanza en *grandes écoles* intelectuales; enseñanza en *grandes écoles* del poder; establecimiento secundario (público o privado) (4); facultad (4); *grande école* (9), laboratorio CNRS; *Le Monde* (escribe en); nacimiento (año de) (10); nacimiento (región de) (3); Orden del Mérito; organismos públicos (participación en); Plan (comisión del VI°); religión (4); revistas intelectuales (comité de redacción); sexo; traducciones (3); televisión (aparición en la); *Who's who* (presencia en el).

Se han tratado como variables ilustrativas el lugar de nacimiento (poco seguro y redundante con la región de nacimiento), la residencia, el estado civil (redundante con el número de hijos), el título de doctor *honoris causa* (poco seguro), el establecimiento de los estudios secundarios (poco seguro y redundante con la región de nacimiento), el apoyo a Giscard y a Mitterrand, la agregación (ya que la información es insuficiente), la pertenencia al SNESup, la Legión de Honor y las palmas académicas.

LA FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

Variables principales: Collège de France; Sorbona; Nanterre; EPHE VIª sección; EPHE IVª y Vª sección; otra pertenencia: EPHE VIª; otra pertenencia: EPHE IVª y Vª; otra pertenencia: director CNRS; otra pertenencia: lenguas orientales; otra pertenencia: enseñanza ENS; otra pertenencia: otro gran establecimiento; Instituto; disciplina (8); año de nacimiento (7); categoría del padre (13); *Who's who* (presencia en el); normalista; jurado de agregación; comité consultor; Consejo de la Enseñanza Superior; comisión CNRS 1967 y 1963; gabinete o Plan; dirección de un equipo de investigación; región de nacimiento (10); hijos (número de) (8); Legión de Honor; Orden del Mérito; establecimiento de preparatoria (6); barrio de residencia (9); palmas académicas; Academia Francesa; *Larousse 1968*; *Le Nouvel Observateur* (escribe en); televisión (6); colección Que sais-je? (6); colecciones Idées, Points, Médiations (4); revistas intelectuales (comité de redacción de); jurado ENS; traducciones (3); citas (número de citas en el *Citation Index*) (3).

Se han tratado como variables ilustrativas el lugar de nacimiento (poco seguro y redundante con la región de nacimiento), el estado civil (redundante con el número de hijos), la agregación (ya que la información es insuficiente y poco segura), el título de doctor *honoris causa* (poco seguro), el establecimiento de los estudios secundarios (poco seguro y redundante con la región de nacimiento), el apoyo a Giscard, a Mitterrand o a Flacelière.

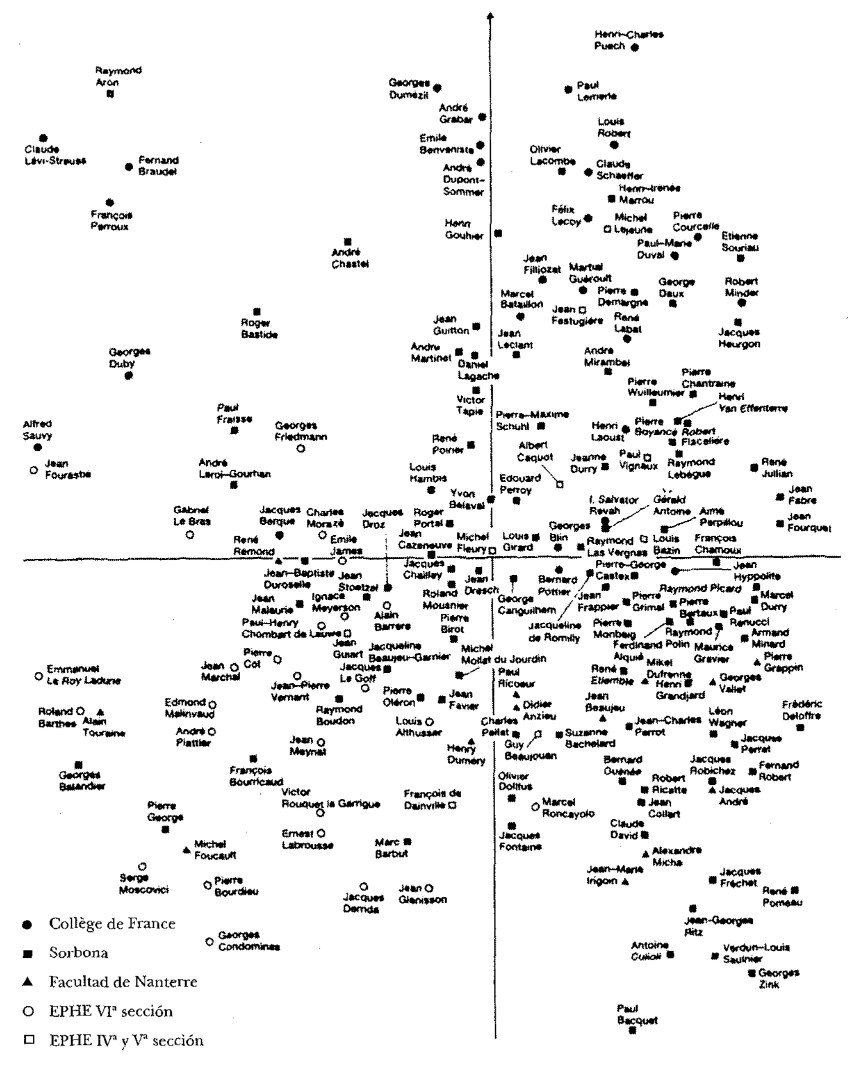
Posfacio
Veinte años después

Resultado de la reflexión crítica sobre la práctica científica que he llevado adelante sin cesar en la investigación misma,[1] el análisis sociológico del mundo universitario apunta a hacer caer al *Homo academicus*, clasificador entre los clasificadores, en sus propias clasificaciones. Situación de comedia, la del embaucador embaucado, la del burlador burlado, que a algunos, para darse miedo o para dar miedo, les gusta tomar trágicamente. Por mi parte, pienso que la experiencia cuyos resultados este libro presenta tal vez no es tan diferente de aquella que David Garnett le presta al héroe del relato titulado "A man in the zoo": de resultas de una pelea con su amiguita, en su desesperación un joven le escribe al director del zoológico para ofrecerle un mamífero ausente de su colección: él mismo. Lo ponen en una jaula, al lado del chimpancé, con una etiqueta que dice: "Homo sapiens. Este espécimen fue donado por John Cromantie, abogado. Se ruega a los visitantes no irritar al hombre con observaciones personales".

El sociólogo que toma como objeto su propio mundo, en aquello que tiene de más próximo y familiar, no debe, como hace el etnólogo, domesticar lo exótico, sino exotizar –si se me permite la expresión– lo doméstico mediante una ruptura de la relación primera de intimidad con modos de vida y de pensamiento que le resultan extraños precisamente por demasiado familiares. Este movimiento hacia el mundo originario, y ordinario, debería ser la culminación del movimiento hacia los mundos extranjeros y extraordinarios. Esto no ocurre prácticamente nunca: tanto en Durkheim como en Lévi-Strauss, no es cuestión de someter al análisis las "formas de clasificación" que el científico pone en funcionamiento ni de buscar en las estructuras sociales del mundo universitario (que sin embargo Durkheim había analizado magistralmente en *La evolución pedagógica en Francia*) los fundamentos de las cate-

1 Cf. por ejemplo P. Bourdieu, "Célibat et condition paysanne", *Études rurales*, abril-septiembre de 1962, pp. 32-136.

El espacio de las facultades de letras y de ciencias humanas. Análisis de correspondencias: plano del primer y del segundo eje de inercia-individuos



Se ha adoptado, para indicar la pertenencia principal de los profesores unidos a muchas de las instituciones retenidas en la población madre, la jerarquía socialmente admitida, que asigna, por ejemplo, al Collège de France o a la Sorbona aquellos que pertenecen a la vez al Collège de France o a la Sorbona y a la École Pratique des Hautes Études.

gorías del entendimiento profesoral. Por lo demás, la ciencia social puede esperar sus progresos más decisivos de un esfuerzo constante por proceder a una crítica sociológica de la razón sociológica: debe trabajar para reconstruir la génesis social no solamente de las categorías de pensamiento que pone consciente o inconscientemente en operación, tales como los pares de términos opuestos que tan a menudo orientan la construcción científica del mundo social, sino también de los conceptos que utiliza y que con frecuencia son nociones de sentido común introducidas sin examen en el discurso docto (como la noción de *profesión*, aquí tácitamente recusada) o de los problemas que se plantea y que en más de un caso no son más que una forma más o menos doctamente disfrazada de los "problemas sociales" del momento, "pobreza" o "delincuencia", "fracaso escolar" o "tercera edad", etcétera.

No es posible ahorrarse el trabajo de objetivación del sujeto objetivante. Es tomando como objeto las condiciones históricas de su propia producción, y no mediante una forma cualquiera de reflexión trascendental, como el sujeto científico puede procurarse un cierto dominio teórico de sus estructuras y de sus inclinaciones, así como de las determinaciones de las que aquellas resultan, asegurándose al mismo tiempo el medio concreto para redoblar sus capacidades de objetivación. Sólo un socioanálisis, que no le debe nada ni le concede nada a la complacencia narcisista, puede contribuir realmente a poner al investigador en situación de dirigir al mundo familiar la mirada distante que el etnólogo arroja espontáneamente sobre un mundo al que no está ligado por la complicidad inherente a la pertenencia a un juego social, esa *illusio* que hace al valor totalmente real de lo que está en juego y del juego mismo.

Analizar científicamente el mundo universitario es tomar como objeto una institución que es reconocida socialmente como una institución basada en operar una objetivación que aspira a la objetividad y a la universalidad. Lejos de conducir a un cuestionamiento nihilista de la ciencia, como algunos análisis llamados posmodernos que no hacen más que poner al gusto del día, ataviándolo con un aire de *french radical chic*, el viejo rechazo irracionalista de la ciencia, y muy especialmente de la ciencia social, enmascarado como denuncia del "positivismo" y del "cientificismo", esa suerte de experimentación sociológica aplicada al trabajo sociológico mismo apunta a mostrar que la sociología puede escapar al círculo historicista o sociologista, y que para ello basta servirse del conocimiento que ella proporciona del mundo social en el que se produce la ciencia para intentar dominar los efectos de los determinismos sociales que se ejercen sobre ese mundo y, excepto en caso de una vigilancia extrema, sobre el discurso científico mismo. Dicho de otra manera,

lejos de destruir sus propios fundamentos cuando saca a la luz las determinaciones sociales que la lógica de los campos hace pesar sobre todas las producciones culturales, la sociología reivindica un privilegio epistemológico: el que le asegura el hecho de poder invertir en la práctica científica, bajo la forma de un redoblamiento sociológico de la vigilancia epistemológica, sus propias conquistas científicas.

¿Qué beneficio científico puede haber en intentar saber lo que implica el hecho de pertenecer al campo universitario, sitio de una permanente competencia a propósito de la verdad del mundo social y del mundo universitario mismo, y ocupar en él una posición determinada, definida por un cierto número de propiedades, una formación, títulos, un estatuto, con todas las solidaridades o las adherencias asociadas? En primer lugar, es darse una oportunidad de neutralizar conscientemente las probabilidades de error que están inscritas en una posición entendida como punto de vista que implica una perspectiva, y por lo tanto, una forma particular de lucidez y de ceguera. Pero sobre todo, es descubrir los fundamentos sociales de la propensión al teoricismo, o al intelectualismo, que es inherente a la posición misma del científico, libre de retirarse del juego para pensarlo, y con la ambición, socialmente reconocida como científica, de adoptar sobre el mundo una visión aérea, trazada a partir de un punto exterior y superior. La mala fe de las resistencias que le niegan a la ciencia, cuando ella se aplica a los mundos doctos, aquello que sin gran dificultad se concede al objetivismo estructuralista cuando se lo ejerce sobre un "pensamiento salvaje" que se supone oscuro para sí mismo, es algo evidente; esa mala fe no debe impedir preguntarse, sin embargo, si en este caso la voluntad de saber no está animada subterráneamente por una forma particular de voluntad de poder, que se afirma en el hecho de pretender adoptar sobre los competidores reducidos al estado de objetos un punto de vista que ellos no pueden o no quieren adoptar sobre sí mismos. Pero poco importa, en realidad, la intensión de la empresa, que funciona como un engranaje generador de *problem situations*, como diría Popper. La tendencia a olvidar inscribir en la teoría completa del mundo analizado la distancia entre la experiencia teórica y la experiencia práctica de ese mundo halla su correctivo en la visión inevitablemente reflexiva que impone el análisis sociológico de las condiciones sociales del análisis sociológico. La construcción objetiva, e incluso objetivista, de las estructuras de un mundo en el cual el propio responsable del trabajo de objetivación resulta inserto y del que tiene una representación primera que puede sobrevivir al análisis objetivo, revela por sí misma su propio límite. Se choca, por ejemplo, con las estrategias de defensa, individuales o colectivas, que a menudo adoptan la

forma de un trabajo de negación, y por las cuales los agentes apuntan a mantener la existencia, para sí mismo y para los otros, de las representaciones del mundo social en desacuerdo con aquella que la ciencia construye por medio de una totalización que está excluida, de hecho o de derecho, de la existencia ordinaria. Ella obliga a percibir que los dos abordajes, estructuralista y constructivista (entendiendo por ello una forma de fenomenología de la experiencia primera del mundo social y de la contribución que ésta aporta a la construcción de dicho mundo), son dos momentos complementarios de una misma andadura. Si los agentes contribuyen efectivamente a construir las estructuras, ello es, en cada momento, dentro de los límites de las coerciones estructurales que se ejercen en sus actos de construcción a la vez desde afuera, a través de los determinantes asociados a su posición en las estructuras objetivas, y desde dentro, a través de las estructuras mentales –las categorías del entendimiento profesoral, por ejemplo– que organizan su percepción y su apreciación del mundo social. Dicho de otro modo, aunque no sean nunca otra cosa que perspectivas adoptadas a partir de puntos de vista que el *analysis situs* objetivista constituye como tales, las visiones parcelarias y parciales de los agentes involucrados en el juego y las luchas individuales o colectivas por las cuales apuntan a imponerlas forman parte de la verdad objetiva de ese juego, y contribuyen activamente a conservarlo o a transformarlo, dentro de los límites impuestos por las coerciones objetivas.

Una obra que apunte a explicar un recorrido iniciático orientado a una reapropiación de sí que no se obtiene, paradójicamente, sino por la objetivación del mundo familiar, está destinada a ser leída de un modo diferente por lectores que participan de ese mundo y por lectores ajenos a él. Y ello aunque tenga la particularidad, dado su objeto, de aportar consigo su propio contexto –a diferencia de lo que ocurre de ordinario, en la circulación internacional (y también intergeneracional) de las ideas, donde los textos se transmiten sin su contexto de producción y de utilización, apelando a una lectura llamada "interna" que los universaliza y los eterniza desrealizándolos por el hecho de relacionarlos en todo momento tan sólo con el contexto de recepción–.[2] Se puede suponer que, a diferencia del lector nativo que, en cierto sentido, com-

2 Por ello, los autores resultan reducidos (más o menos completamente según la información del lector) a la obra que lleva su nombre: resultan despojados de todas las propiedades sociales asociadas a su posición en su campo de origen, es decir, de la dimensión más institucionalizada de su autoridad y de su capital simbólico (pudiendo servir los prefacios, llegado el caso, para restaurar, a través de una transferencia, el capital simbólico

prende demasiado, pero puede verse llevado a resistirse a la objetivación, el lector extranjero, debido a que no tiene (al menos a primera vista) nada directamente en juego en el juego que describe, estará menos inclinado a resistirse al análisis. Tanto más cuanto, así como sucede que uno se ríe en el teatro, sin reconocerse, del retrato de sus propias taras, él siempre podrá esquivar los cuestionamientos encerrados en situaciones o en relaciones que conoce bien sin considerar, para tomar mejor distancia, más que los rasgos visiblemente exóticos, pero tal vez también los menos significativos, de tradiciones académicas remitidas así al estado de arcaísmos.[3] En realidad, *mutatis mutandis*, el lector extranjero se encuentra ante la misma alternativa que el lector nativo (y el sociólogo mismo): puede servirse de la objetivación de un mundo del que participa al menos por analogía (como lo testimonian las solidaridades internacionales entre ocupantes de posiciones equivalentes en campos nacionales diferentes) para reforzar los instrumentos de defensa de la mala fe, acentuando las diferencias que hacen a la singularidad de la especie *homo academicus gallicus*; por el contrario, puede buscar en ello instrumentos de autoanáli-

---

amenazado). La libertad, que de ese modo resulta sometida al juicio, es muy relativa debido a que los efectos de autoridad pueden continuar ejerciéndose por intermedio de las solidaridades entre ocupantes de posiciones homólogas en campos científicos nacionales diferentes, y en particular, entre dominantes: éstos pueden aprovechar el poder que detentan sobre los flujos de traducciones y sobre las instancias de consagración para asegurar transferencias internacionales de poder universitario y también para controlar el acceso al mercado nacional de los productos capaces de amenazar su propia producción. Por otra parte, esta libertad relativa tiene como contraparte el peligro de quid pro quo y la alodoxia que conlleva la ignorancia del contexto: así es como, por ejemplo, algunos ensayistas pueden eclipsar en el extranjero a los astros de primera magnitud de los que toman prestado el principio mismo de su irradiación.

3 No faltarán lectores extranjeros que, a falta de saber adoptar sobre el propio mundo la mirada desapegada del extranjero, encontrarán en este libro surgido de un esfuerzo metódico por acceder a esa mirada sin perder los beneficios de la familiaridad, una ocasión de reforzar la confianza originaria en su propio mundo –la que se expresa con total ingenuidad en ciertas obras escritas por autores extranjeros a propósito de Francia y de su universidad–. El paradigma de esta sociología que instituye el etnocentrismo como método (y que puede ser el producto de emigrados que tienen que justificar, a sus propios ojos, el hecho de su emigración) es una obra de Terry Clarck que mide a la universidad francesa con un conjunto de criterios no analizados que no son otra cosa que rasgos idealizados de la universidad norteamericana (cf. T. Clarck, *Prophets and Patrons. The French University and the Emergence of the Social Science*, Cambridge, Harvard University Press, 1973).

sis, ateniéndose a las invariantes del género *homo academicus* o, mejor, instruyéndose mediante aquello que sobre sí mismo le revela la objetivación, un poco cruel a primera vista, de una de las posiciones del *homo academicus gallicus* que es homóloga a la suya en su propio campo. Para favorecer la segunda lectura, la única según mi parecer conforme a la epistemología de la obra, habría que proponer ya sea un conjunto construido de reglas de transformación que permita pasar metódicamente de una tradición histórica a otra,[4] o bien, por lo menos, y más modestamente, puntos de partida para la transposición: pienso, por ejemplo, en el análisis de los fundamentos objetivos y subjetivos de la gestión del tiempo que permite mantener la jerarquía de los poderes, es decir "el orden de las sucesiones" sobre el cual reposa la perpetuación del orden social en el tiempo.

La virtud científica (y tal vez también ética) de la noción de campo reside sin duda en el hecho de que tiende a excluir esas objetivaciones parciales y unilaterales de lo impensado de los otros, competidores o adversarios, con las que se identifica la "sociología de los intelectuales" y que sólo difieren de la sociología espontánea del qué dirán intelectual por su pretensión de "neutralidad ética" de la ciencia, que hace de todo ello verdaderos abusos de poder simbólico. Así es por ejemplo que, cuando, en el clásico del género, *L'Opium des intellectuels*, Raymond Aron se propone reducir a causas las razones de sus adversarios del momento y describe los determinantes sociales de las tomas de posición éticas o políticas de aquellos que él denomina los intelectuales (excluyéndose evidentemente de la clase estigmatizada), es decir Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y los otros "intelectuales de izquierda", no se interroga para nada sobre el punto de vista a partir del cual opera esta objetivación soberana –no más por otra parte que la propia Simone de Beauvoir en el artículo simétrico e inverso que ella consagra aproximadamente en el mismo momento, y con la misma certidumbre ética, al "pensamiento de derecha"–:[5] en su interesada lucidez, ignora el espacio en el que está situado, como aquellos cuya ceguedad denuncia, y en el seno del cual se define la re-

4 En cada punto del análisis, y en lo que concierne por ejemplo a la distancia entre el campo universitario y el poder político o económico que, parece, es (o al menos era) más grande, por razones históricas, en Francia que en ningún otro país, habría que examinar lo que es variable y lo que es invariante e intentar descubrir en la variación de los parámetros tomados en cuenta en el modelo, el principio de las variaciones observadas en la realidad.

5 Cf. S. de Beauvoir, "La pensé de droite aujourd'hui", *Les Temps Modernes*, n. 112-113 y 114-115, 1985, pp. 1539-1575 y 2219-2261.

lación objetiva que lo une con ellos y que está en el principio de sus visiones [*vues*] y de sus equivocaciones [*bévues*].

La ruptura con la buena conciencia de las objetivaciones inconscientes de su propio principio está implicada en la construcción del campo de producción que sustituye la polémica de la toma de partido disfrazada de análisis por la polémica de la razón científica contra sí misma, es decir, contra sus propios límites. Es sólo por una abstracción injustificable (en este caso sería posible hablar de reducción) que se busca el principio de la comprensión de las producciones culturales en esas producciones mismas, tomadas aisladamente y más allá de sus condiciones de producción y de utilización, como lo quiere la tradición del *discourse analysis* que, en las fronteras de la sociología y de la lingüística, equivale hoy a formas indefendibles de análisis interno. El análisis científico debe operar la puesta en relación de dos conjuntos de relaciones, el espacio de las obras o de los discursos como tomas de posición diferenciales y el espacio de las posiciones ocupadas por aquellos que los producen. Esto quiere decir que, por ejemplo, una u otra de las obras que fueron producidas por universitarios a propósito de las jornadas de Mayo del 68 no entregan su sentido a menos que se las recoloque, según el principio de la intertextualidad, en el espacio de las obras que abordan ese asunto, en el interior del cual se definen sus propiedades simbólicas pertinentes, y si se relaciona ese espacio con el espacio homólogo de las posiciones ocupadas por sus autores en el campo universitario. Todo lector familiarizado con esa literatura podrá verificar, remitiéndose al diagrama del análisis de las correspondencias,[6] que las diferencias observadas entre los autores en la distribu-

6 Consciente de que el análisis del campo universitario que se propone en este libro perdería gran parte del interés que puede presentar para todos aquellos que se interesan en la producción cultural francesa de los últimos veinte años si no se hallaran en posición de leer el espacio de las obras y de las corrientes que se dibuja en filigrana detrás del espacio de las posiciones, he decidido dar con todas las letras los nombres de los universitarios estudiados en lugar de dejarlos en el cuasi anonimato de las iniciales, como lo había hecho en la edición inicial para evitar el efecto de denuncia o de "pescarlos" que, con el tiempo (han pasado veinte años) y la distancia que da la mirada foránea, debería estar hoy atenuado. El diagrama del espacio de las propiedades que corresponde al diagrama de los individuos se encuentra en la página 112. Si el lector desea actualizar mentalmente el esquema, le bastará tener en mente que la edad contribuye fuertemente a la segunda dimensión (vertical) del espacio y que los ocupantes más jóvenes, en el momento de la encuesta, de la región inferior del espacio (sobre todo el sector izquierdo) sin duda ocuparían hoy posiciones más elevadas y mucho más dispersas en la primera dimensión (ya que las

ción de los poderes y de los prestigios corresponden a las diferencias, buscadas o no, que manifiestan no solamente en su juicio global sobre los acontecimientos sino también en su manera de expresarlos. La hipótesis de que existe una homología casi perfecta entre el espacio de las tomas de posición, concebido como espacio de formas, de estilos, de modos de expresión tanto como de contenidos expresados, y el espacio de las posiciones ocupadas por los autores en el campo de producción, halla su confirmación más notable en el hecho, que saltará a la vista de todos los observadores familiarizados con el detalle de los acontecimientos universitarios de 1968, de que la distribución en el campo universitario construido tomando en cuenta *exclusivamente* las características más típicamente universitarias de los diferentes profesores (institución de pertenencia, títulos escolares, etc.) corresponde de manera muy estrecha a la distribución según las posiciones políticas o las afiliaciones sindicales e incluso según las tomas de posición durante las jornadas de Mayo. Así es como el director de la École Normale, Robert Flacelière, que se opone muy firmemente al movimiento estudiantil, está rodeado, en el diagrama, por los nombres de los profesores que han firmado mociones de apoyo en favor de su acción, mientras que aquellos que han adoptados posiciones favorables al movimiento se sitúan todos en la región opuesta. Esto significa que, al contrario de lo que de ordinario se cree, las tomas de posición políticas no son las que determinan las tomas de posición sobre las cosas de la universidad, sino que son las posiciones en el campo universitario las que orientan las tomas de posición sobre la política en general y sobre los problemas universitarios, dando por entendido que la parte de autonomía que, a pesar de todo, se le ha dejado al principio propiamente político de producción de las opiniones, varía según el grado en que ello concierne a los intereses asociados a la posición en el campo universitario o, si se trata de dominantes, los amenaza.

Pero se podría llegar más lejos y reintroducir en el modelo no solamente las tomas de posición políticas sino también las obras mismas, consideradas en sus propiedades más visiblemente sociales como el género o el lugar de edición, y en su asunto y su forma: así, por ejemplo, la distribución de las obras según su grado de conformidad con las normas académicas corresponde de manera muy visible a la distribución de los autores según la pose-

posiciones relativas de los más jóvenes en esta dimensión indican las direcciones en las que sus trayectorias, provisionalmente poco diferenciadas, tienen todas las probabilidades de orientarse, hacia el polo del prestigio intelectual para aquellos que están más a la izquierda, hacia el polo del poder temporal para aquellos que están más a la derecha).

sión de poderes propiamente universitarios. Y para dar una idea más concreta de esta relación, evocaré solamente la perplejidad de ese joven visitante norteamericano a quien yo tenía que explicar, a comienzos de los años setenta, que todos sus héroes intelectual, Althusser, Barthes, Deleuze, Derrida, Foucault, sin hablar de los profetas menores del momento, ocupaban posiciones marginales en la universidad que a menudo les impedían dirigir oficialmente trabajos (en cuanto a muchos de ellos, no habían producido ninguna tesis, al menos de forma canónica, y por eso no podían dirigirlas).

Si uno se detiene en el caso de estos filósofos, que tienen más posibilidades de resultar familiares a los lectores anglosajones, se puede ver que el conocimiento de la estructura del espacio global en el cual están situados permite ponerse de alguna manera *en su lugar* en el espacio social, mediante una verdadera objetivación participante que no tiene nada de una polémica reduccionista, y reconstruir el *punto de vista* a partir del cual se ha definido su proyecto intelectual. Como puede verse en el diagrama (donde se sitúan todos en el sector inferior izquierdo), ellos estaban atrapados en una doble relación: por un lado, la relación con el polo temporalmente dominante, con la filosofía de institución, fijada en el tiempo inmóvil de los cursos orientados por el eterno retorno de los temas de concurso, encarnado por los profesores universitarios que controlan los órganos de reproducción del cuerpo, instancias encargadas de la selección de los profesores de la enseñanza secundaria, como el concurso de agregación, o de la enseñanza superior, como el comité consultor de las universidades; por el otro, la relación con el polo "intelectualmente" dominante, ocupado por todos los grandes maestros de las ciencias humanas y dominado por la figura de Lévi-Strauss.

En la relación con el gran sacerdocio filosófico de la Sorbona que, como la mayoría de ellos, salió del "gran seminario" laico que es la École Normale Supérieure, cumbre de toda jerarquía académica, estos filósofos aparecen como heréticos de la Iglesia o, si se prefiere, como suertes de *free-lance intellectuals* instalados en la universidad misma o al menos, para hacer un juego de palabras a lo Derrida, en los márgenes o en los peldaños de un imperio académico amenazado desde todas partes por la invasión de los bárbaros (ésa es, por supuesto, la visión de los dominantes). Casi totalmente privados o libres de los poderes y de los privilegios, pero también de las cargas y obligaciones del profesor ordinario (jurados de concursos, dirección de tesis, etc.), están fuertemente ligados al mundo intelectual, y especialmente a las revistas de vanguardia (*Critique*, *Tel Quel*, etc.) y al periodismo (especialmente a *Le Nouvel Observateur*): Michel Foucault es sin duda el más representativo de esta posición, puesto que, hasta el final de su vida, e incluso cuando se había conver-

tido (de acuerdo con la encuesta), en profesor del Collège de France, siguió estando casi completamente despojado de poderes propiamente académicos e incluso científicos, y por lo tanto, de la clientela que esos poderes proporcionan, incluso si la notoriedad le aseguraba una influencia considerable sobre la prensa y, a través de ella, sobre todo el campo de producción cultural. La marginalidad de esta posición, más marcada aún en Althusser o Derrida, que ocupaban puestos menores en la École Normale, evidentemente no carece de relación con el hecho de que todos esos heréticos llamados a convertirse en heresiarcas tienen en común, más allá de las diferencias, las divergencias y a veces los conflictos que los separan, una suerte de *talante antiinstitucional* homólogo en su orden al de una fracción importante de los estudiantes: se ven llevados a vivir con impaciencia el desfase entre su renombre, ya grande, afuera, es decir fuera de la universidad y también fuera de Francia, y el estatuto infravalorado que les concede adentro, con la complicidad de sus desdenes y de sus rechazos, una institución que, cuando adolescentes, los había atraído y consagrado.[7]

Si había que comenzar por considerar el polo más oscuro, es porque éste tiene todas las probabilidades de escapar a la mirada foránea y al analista superficial (sin hablar del polemista que se encuentra situado en él). Sin embargo, no solamente a título de contraste, sino también en tanto que adversario al que hay que arrancarle, mediante una lucha continua, el derecho de vivir o de sobrevivir, sin duda ha jugado un papel determinante, al igual que la vieja Sorbona frente al equipo de los *Annales*, en la constitución o el reforzamiento de las disposiciones éticas o políticas que definirán la orientación general de las obras. No deja de ser cierto que es sobre todo en relación con el otro polo, el de las ciencias del hombre triunfantes, encarnadas por Lévi-Strauss –quien rehabilita esas disciplinas tradicionalmente despreciadas por los normalistas filósofos y quien las instituye como modelo de la realización intelectual–, que deben redefinirse proyectos filosóficos que se habían constituido inicialmente, entre 1945 y 1955, por referencia a la tradición fenomenológica y existencialista, y a la figura del filósofo dotada por Sartre de una estatura ejemplar, y también y sobre todo contra ella. La adopción, en lugar de la expresión banal y restrictiva "etnología", del término *antropología* que, to-

7 La Universidad de Vincennes, creada después de 1968, cristalizó la nueva manera de vivir la vida intelectual e instituyó en la universidad misma, para gran escándalo de los defensores de la antigua universidad, una versión de la vida intelectual que, en otros tiempos, habría sido relegada a las revistas intelectuales o a los cafés de la bohemia.

mado de la tradición anglosajona, está cargado también de todos los prestigios de un gran pasado filosófico alemán (Foucault traduce y publica, por esos años, la *Antropología* de Kant), simboliza el formidable desafío que las ciencias sociales, a través de su representante más eminente, lanzan a la filosofía, hasta ese punto soberana, y que se afirma directamente en la confrontación entre Lévi-Strauss y Sartre, primera impugnación real de un largo reinado absoluto sobre el conjunto del campo intelectual. En efecto, si bien es cierto que, en la generación precedente, Sartre y Merleau-Ponty habían debido contar también con las ciencias del hombre, se encontraban en una posición incomparablemente más fácil, puesto que, debido al sometimiento de la escuela durkheimiana y al estatuto muy inferior de una sociología empírica todavía en estado incipiente y "comprometida", en aquellos tiempos de fuerte politización, por sus orígenes norteamericanos, sólo tenían frente a ellos una psicología "cientificista" (con la excepción representada no obstante por Piaget) y un psicoanálisis sin influencia (a pesar de la presencia en la Sorbona de Lagache, condiscípulo de Sartre y Merleau-Ponty en la École Normale).

De allí en más, son las ciencias del hombre en su conjunto las que ocupan la posición simbólicamente dominante y colocan a los representantes de la filosofía, amenazada no solamente en su posición de "disciplina de la coronación", como dice Jean-Louis Fabiani, sino también en su identidad intelectual y su programa de investigación, ante una situación totalmente nueva: es la lingüística, verdadera disciplina faro, con Benveniste, y virtualmente Jakobson, consagrado por Lévi-Strauss, y, con menor peso, Martinet; es la "antropología", con Lévi-Strauss, reforzado por Dumézil; es la historia, con Braudel quien, consagrado filosóficamente desde hace mucho tiempo por la larga discusión que Sartre le había concedido a su *Méditerranée,* trabaja para crear las bases institucionales de las ciencias del hombre renovadas e integradas, con la sexta sección de la École Pratique des Hautes Études, su consejo científico prestigioso (se encuentra allí a Lévi-Strauss, Aron, Le Braz, Friedmann), sus centros de investigación en pleno desarrollo, sus revistas (entre ellas, *Les Annales,* heredados de Marc Bloch y Lucien Febvre, y *L'Homme,* fundada por Lévi-Strauss, que suplanta a los viejos *Temps modernes,* relegados al ensayismo partisano y parisino), y, muy pronto, su alto lugar parisino, la Maison des Sciences de l'Homme; es el psicoanálisis con Lacan quien, social y simbólicamente aliado a Lévi-Strauss y a Merleau-Ponty, detenta un peso muy grande en el campo (a pesar de que no se lo haya incluido en el análisis de las correspondencias, y por lo tanto en el diagrama, debido a que no ocupaba ninguna posición oficial en la universidad –la negativa a autorizarlo a dar un curso en la École Normale Supérieure había estado en el origen de la

revuelta contra Flacelière–); es la sociología misma que, aunque relegada al último puesto de las nuevas grandes potencias intelectuales, consigue, a través de Raymond Aron y sus polémicas contra Sartre o las nuevas corrientes filosóficas (*D'une Sainte familie à l'autre*), imponerse a una generación de filósofos que aún había disertado sobre los temas lanzados, en el período entre las dos guerras, por la *Introducción a la filosofía de la Historia.*

También habría que detenerse un momento en el caso de Roland Barthes, que trasunta más claramente que otros los efectos de la relación de doble diferencia, característica de la vanguardia de los años setenta: al no contarse entre el número de los elegidos de la institución (no es ni normalista, ni agregado, ni "filósofo"), puede, movido sin duda por el oscuro sentimiento de revancha del excluido, trabarse en polémicas públicas con los profesores ordinarios (representados para la ocasión por Picard), polémicas que el sentimiento de su propia dignidad estatutaria prohíbe a los más consagrados entre los jóvenes heresiarcas, y también puede manifestar, con respecto a los grandes maestros –que acumulan todos los títulos ordinarios y extraordinarios en su reconocimiento–, una reverencia sin rodeos, que otros no conceden sino en forma mucho más sutil o perversa. Condensando en su persona social las tensiones o las contradicciones inscritas en la posición en discordancia de las instituciones universitarias marginales (como la École des Hautes Études "posbraudeliana" o, en diferentes momentos, Nanterre o Vincennes), que tienden a convertir una doble oposición, a menudo asociada a una doble privación, en superación electiva, y que, en tanto lugares de pasaje para unos y de llegada para otros, provocan el momentáneo encuentro de dos trayectorias divergentes, Roland Barthes representa la cima de la clase de ensayistas que, al no tener nada que oponer a las fuerzas del campo, se ven condenados, para existir y para sobrevivir, a flotar a merced de las fuerzas externas o internas que agitan el universo, particularmente a través del periodismo. Evoca la imagen de un Théophile Gautier a quien un contemporáneo describía como "un espíritu que flota en todos los soplos, que vibra con todos los golpes, capaz de recibir todas las improntas y de transmitirlas a su vez, pero que necesita ser puesto en movimiento por un espíritu vecino, buscando siempre obtener una consigna, que luego tantos otros han venido a pedirle": como el buen Théo, a quien su amigo Flaubert le reprochaba la falta de "carácter" sin ver que su misma inconsistencia estaba en el principio de su importancia, y de quien cierta persona señalaba que recurría sucesivamente a un estilo chino, griego, español, medieval, siglo XVI, Luis XIII, Luis XIV, rococó y romántico, Roland Barthes expresa instantáneamente, dando la apariencia de precederlos, todos los cambios en las fuerzas del campo y, a

causa de ello, basta con seguir su itinerario, y sus entusiasmos sucesivos, para ver todas las tensiones que se han ejercido sobre el punto de menor resistencia del campo, donde continuamente hace eclosión lo que se llama la moda.

Está claro que la relación de doble oposición no podía ser vivida sino de modo muy diferente según la posición ocupada en el campo y la trayectoria anterior, como acabamos de verlo a propósito de Roland Barthes, y según el capital propiamente filosófico que podía invertirse en el esfuerzo por superar la tensión que esa relación engendra. Los que, como Althusser y sobre todo Foucault, habían sido expulsados por el rechazo de eso que se llama "filosofía del sujeto" y del "humanismo" asociado a la idea de existencialismo, hacia una tradición de epistemología y de historia de las ciencias y de la filosofía representada por Gaston Bachelard, Georges Canguilhem y Alexandre Koyré (entre otros), estaban predispuestos a reconocerse, con esa pizca de exceso ostentatorio que marca la distancia, con el "positivismo" de los científicos ("El hombre ha muerto"...), en la "filosofía sin sujeto" que Lévi-Strauss, fiel en ello a la tradición durkheimiana, acababa de reafirmar, dándole aires modernistas por la referencia a una noción de inconsciente que reconciliaba a Freud revisado por Lacan, a Saussure resumido por Jakobson y, si no al viejo Durkheim, siempre excluido del círculo cerrado de la filosofía distinguida, a Marcel Mauss, más fácil de acomodar, al costo de algunas reinterpretaciones intelectuales, al nuevo régimen intelectual (Merleau-Ponty, quien jugó un gran papel en la transición entre las dos generaciones intelectuales, en razón de su actitud particularmente abierta y abarcadora con respecto a las ciencias del hombre, especialmente a la biología, la psicología y la lingüística, había escrito un artículo titulado "De Mauss a Lévi-Strauss"). Así es como, por una extraña astucia de la razón intelectual, la filosofía durkheimiana del hombre resultaba rehabilitada, tras la figura más presentable de una antropología legitimada por la lingüística, contra la "filosofía del sujeto" que, en los años treinta, una generación de normalistas, la de Sartre, Aron y Nizan, había afirmado contra, entre otras, la filosofía "totalitaria" de los durkheimianos...

Pero –no hay que dejarse engañar por eso– la referencia a las ciencias del hombre no tiene nada que ver con una adhesión incondicional. Si los filósofos, cada uno a su manera, traicionan toda su reverencia o su dependencia con respecto a las ciencias del hombre, aunque más no sea, como en el caso de Derrida, tomándolas como blanco de su crítica, o tomando prestados de ellas temas (por ejemplo, la crítica de los efectos teóricos del pensamiento por pares), no dejan ellos de marcar, y para empezar en sus respectivos estilos –como ocurre con Foucault, que multiplica las piezas de elegancia acadé-

mica, o con Derrida, que importa al campo filosófico procedimientos y efectos en uso por el lado de *Tel Quel*– su distancia estatutaria con respecto a los practicantes ordinarios de las "ciencias llamadas sociales", como se complacía en decir Althusser (lo que les vale, evidentemente, un tratamiento diferente por parte de aquellos que los leen y que esperan de la lectura de sus obras la atestación de dignidad que ellos inscriben en su escritura). Y ponen en obra todos los recursos de su cultura para transfigurar, y sin duda en primer lugar a sus propios ojos, la filosofía "historicista" que toman en préstamo de las ciencias históricas al mismo tiempo que un gran número de sus temas, de sus problemas y de su modo de pensamiento. Así es como Foucault encuentra en Nietzsche al garante filosóficamente aceptable de la combinación socialmente improbable de transgresión artística y de invención científica que él lleva a cabo y los conceptos-pantalla que, como el de la genealogía, le permiten cubrir de honorabilidad filosófica una empresa de historia social o de sociología genética. Del mismo modo, como ya mostré a propósito del análisis que consagra a la *Crítica de la facultad de juzgar*, Derrida sabe detener la "deconstrucción" en el punto en el que, al bascular ésta hacia un análisis sociológico condenado a ser percibido como una vulgar "reducción sociologista", él se deconstruiría a sí mismo en tanto que filósofo.[8]

Dicho esto, que no podría pasar por una verdadera sociología genética de las obras mismas, captadas a partir de los puntos de vista singulares desde los cuales han sido elaboradas (y que las características secundarias, sociales, religiosas o sexuales de los diferentes productores especifican), sería imposible comprender la libertad crítica que les confiere un aire de familia y que hace que sean mucho más que reconversiones más o menos logradas de la empresa filosófica, si uno no viera que ella arraiga en una experiencia particularmente intensa de una crisis particularmente dramática. Las antiguas disciplinas dominantes, la filología, la historia literaria y la filosofía misma, que están amenazadas en sus fundamentos intelectuales por las nuevas disciplinas competidoras, como la lingüística, la etnología, la semiología e incluso la sociología, también se ven alcanzadas en los fundamentos sociales de su existencia universitaria por la crítica que se alza desde todas partes, con gran frecuencia en nombre de las ciencias del hombre y a iniciativa de los docentes de esas disciplinas, contra el arcaísmo de sus contenidos y de sus estructuras pedagógicas. Este doble cues-

8 Cf. P. Bourdieu, Posfacio: "Eléments pour une critique 'vulgaire' des critiques 'pures'", *La distinction*, París, Éditions de Minuit, 1979, pp. 565-585 ["Elementos para una crítica 'vulgar' de las críticas 'puras'", *La distinción*, *op. cit.*].

tionamiento suscita entre los profesores que no han tenido suficiente olfato y suficiente audacia para operar la reconversión a tiempo, y en particular entre aquellos a quienes yo llamo los oblatos y que –destinados a la institución escolar desde la infancia misma– le están totalmente consagrados, reacciones a menudo patéticas de conservadurismo integrista mandadas a hacer para exasperar la revuelta de aquellos a quienes su capital y sus disposiciones llevan a romper, en el mismo movimiento, con la filosofía de institución y con la institución filosófica. Mucho antes de 1968 en realidad, la ruptura, que a veces adquiere aires de guerra civil, tuvo lugar entre los profesores que permanecieron apegados a la definición tradicional de la disciplina y a los fundamentos sociales de su existencia en tanto cuerpo social (como la agregación), y los miembros de la nueva vanguardia que pudieron encontrar entre los recursos inherentes a la pertenencia a una disciplina prestigiosa los medios necesarios para operar una reconversión exitosa y que son percibidos por los guardianes de la ortodoxia –que salieron, como ellos, del "gran seminario"– como traidores o renegados. Así como esos modernistas que, aunque prometidos a los más altos destinos universitarios por una consagración precoz y a menudo rutilante, se ven relegados, a menudo con su propia complicidad, a posiciones discordantes que los predisponen a sentir y a expresar, bajo una forma directa o trasladada, una crisis de la institución universitaria de la que su misma posición en la institución es la manifestación. Una crisis que afecta a una institución que tiene por función inculcar e imponer formas de pensamiento, debilita o arruina los fundamentos sociales del pensamiento, y conlleva una crisis de creencia, una verdadera *epoché* práctica de la doxa, que favorece y facilita la aparición de una conciencia reflexiva de esos fundamentos. Si la experiencia y la expresión de esa crisis tomaron en Francia una forma más radical que en otros lugares, se debe a que, debido al particular arcaísmo de una institución académica fijada en la ilusión de su grandeza, aquellos que habían sido consagrados por una institución en bancarrota debían, para estar a la altura de las ambiciones que ella les había inculcado, romper con los roles irrisorios y en adelante insostenibles a los que ella los destinaba: se vieron conducidos así a inventar nuevas maneras, fundadas todas en la distancia reflexiva y en una suerte de doble juego con la definición ordinaria de la función, de consumar el personaje del maestro otorgándole la figura extraña de un maestro pensador que se piensa y, al hacerlo, contribuye a destruirse como tal.[9]

9 Asimismo, es una singularidad totalmente análoga de la institución académica encargada de formar y de consagrar a los pintores, y en particular la

Debido a sus disposiciones autocríticas y a su impaciencia en lo relativo a los poderes, y muy especialmente a los poderes que se ejercen en nombre de la ciencia, esos maestros capaces de fundar su maestría en un cuestionamiento de la maestría estaban preparados para entrar en resonancia con los movimientos que agitaban a la vanguardia ética y política del mundo estudiantil: víctimas de veredictos que, como los de la escuela, apelan a la razón y a la ciencia para vedar los caminos que (re)conducen al poder, los estudiantes de origen burgués escolarmente desclasados que pueblan las facultades de letras y especialmente las disciplinas nuevas, se inclinan espontáneamente a denunciar a la ciencia, al poder, al poder de la ciencia y sobre todo, tal vez, a un poder que, como la tecnocracia triunfante del momento, apela a la ciencia para legitimarse. Además, la nueva "vida estudiantil" que se inventa en facultades a menudo invadidas por una clientela incomparablemente más numerosa y más diversificada que en el pasado, de acuerdo con el origen social y sobre todo de acuerdo con el sexo (es hacia los años setenta cuando las chicas se vuelven tan numerosas como los muchachos en las facultades de letras), es *una suerte de experimentación social* a través de la cual, como en el siglo XIX en la "vida bohemia", se inventa un nuevo arte de vivir que les hace lugar a valores excluidos de la vieja universidad kantiana de la preguerra y todavía reprimidos por las disciplinas de internados que conducen a las "escuelas de elite": el deseo, el placer y todas las disposiciones antiautoritarias o, según el lenguaje de la época, "antirrepresivas", y tantos otros temas que, de Deleuze a Foucault, pasando por Derrida e incluso Althusser (con sus "aparatos ideológicos de Estado"), sin hablar de los heresiarcas menores, más directamente "de moda" en la nueva vulgata, serán poderosamente orquestados por toda la vanguardia filosófica.

Todo lo que se ha dicho aquí, sin complacencia, creo, ni malevolencia, implica, como se habrá comprendido, una buena medida de autoanálisis por procuración, al mismo tiempo que una distancia que sin duda la sociología ha favorecido pero que se afirma antes que nada en el hecho de abandonar la filosofía por las ciencias sociales –en un momento, evidentemente, en que, gracias a la rehabilitación que Lévi-Strauss aportó a la etnología, era posible hacerlo sin rebajarse demasiado–... Y el lugar que en mi trabajo ocupa una

---

concentración extraordinaria del poder de consagración y, por medio de éste, del acceso al mercado, entre las manos de los grandes dignatarios académicos, lo que explica, en buena medida, que la revolución de la que surgió la pintura moderna, con Manet y el impresionismo, haya aparecido en Francia antes que en ningún otro lugar.

sociología bastante particular de la institución universitaria se explica sin duda por la fuerza particular con la que se me impone la necesidad de dominar racionalmente, en lugar de rehuirlo con un resentimiento autodestructivo, el desencanto del oblato ante la futilidad o el cinismo de tantos prelados de curia y ante el tratamiento reservado, en la realidad de las prácticas, a las verdades y a los valores que profesa la institución y a los cuales, estando destinado a la institución, él estaba destinado y consagrado.

ENERO DE 1987

Índice analítico

Índice de tablas y gráficos